

OLGA TOKARCZUK

*Un lugar
llamado Antaño*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

OLGA TOKARCZUK

*Un lugar
llamado Antaño*



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

UN LUGAR LLAMADO ANTAÑO

OLGA TOKARCZUK



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Prawiek i inne czasy

Edición en formato digital: marzo de 2020

© imagen de cubierta, lookatcia.

De la fotografía: © Album / Forum

© de la traducción, Ester Rabasco Macías y Bogumila Wyrzykowska, 2002,
2020

© Olga Tokarczuk, 1992, 1996, 2000

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4112-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

TIEMPO DE ANTAÑO

Antaño es un lugar situado en el centro del universo.

Para cruzar Antaño de norte a sur, a paso ligero, sería necesaria una hora. Lo mismo, de este a oeste. Y, si alguien quisiera rodear Antaño, a paso lento, observándolo todo con detenimiento y atención, tardaría un día entero, desde la mañana hasta la noche.

Por la frontera norte de Antaño discurre un camino que va de Taszów a Kielce, transitado y peligroso, porque provoca ansia de viajes. Esta frontera la protege el arcángel san Rafael.

La frontera sur la marca el pueblo de Jeszkotle, con su iglesia, su asilo de ancianos y sus casas bajas que circundan una plaza llena de barro. Este pueblo es amenazador, porque engendra el deseo de poseer y de ser poseído. Por este lado, Antaño está protegido por el arcángel San Gabriel.

De norte a sur, Antaño se encuentra a ambos lados del Gran Camino, que conduce de la carretera de Kielce a Jeszkotle.

La frontera oeste de Antaño está jalonada por unos prados húmedos y cercanos al río, algo de bosque y un palacio. Junto a este hay una caballeriza, donde cada caballo vale tanto como todo Antaño. Los caballos pertenecen al amo y los prados al cura. El peligro de la frontera oeste es el pecado de la soberbia. Esta frontera está protegida por el arcángel san Miguel.

En el este, la frontera de Antaño sigue el curso del río Blanco, que separa sus tierras de las de Taszów. Luego el Blanco tuerce en dirección al molino, y la frontera continúa sola, por las praderas y entre los arbustos de alisos verdes. El peligro que amenaza este lado es la estupidez que procede de las ganas de dársele de inteligente. Esta frontera la vigila el arcángel san Uriel.

En el centro de Antaño, Dios erigió una colina que invade cada verano una multitud de abejorros. Por eso, la gente la llamó la Colina del Abejorro. Porque a Dios le corresponde crear y al ser humano dar nombres.

Del noroeste al sur fluye el río Negro, que se une con el Blanco junto al molino. El Negro es profundo y oscuro. Se abre camino a través del bosque, cuyo barbudo rostro se refleja en las aguas. Por él navegan las hojas secas y, en sus remolinos, luchan por su vida insectos imprudentes. El Negro forcejea con las raíces de los árboles y derrubia el bosque. Este río es capaz de mostrarse furioso, indomable y, a veces, hasta forma ollas en su oscura superficie. Cada año, avanzada la primavera, cubre los prados del cura; luego, discurre indolente bajo el sol y permite que las ranas proliferen por millares. El cura lucha todo el verano con el río y este, año tras año, no se aviene a dejarse reconducir a su lecho hasta finales de julio.

El Blanco es raudo y poco profundo. Su amplio cauce se extiende por la arena y no tiene nada que ocultar. Es transparente y el sol resplandece en su nítido fondo arenoso. Recuerda a un lagarto grande, reluciente. Se escurre entre los álamos, serpentea juguetonamente. Resulta difícil prever sus diabluras. Un año, puede formar una isla con una arboleda de alisos y luego, durante diez años, mantenerse alejado de esos árboles. El Blanco fluye por los bosquecillos, las praderas y los pastos. Brilla arenoso y dorado.

Junto al molino los ríos se unen. Primero, corren pegados, uno junto al otro, indecisos, intimidados por la anhelada cercanía. Al final, mezclan sus aguas y se entregan por completo. El río que discurre desde este crisol, que está junto al molino, ya no es ni el Blanco ni el Negro. Es un río potente que mueve, sin esfuerzo alguno, la rueda del molino que tritura el grano para el pan.

Antaño está situado sobre los dos ríos y sobre ese tercero que surge del deseo mutuo. El río que nace de la unión del Negro y del Blanco, junto al molino, se llama Río. Este sigue su curso, tranquilo y satisfecho.

TIEMPO DE GENOWEFA

En el verano del catorce, dos soldados del zar con uniformes de color claro llegaron a caballo para llevarse a Michał. Él ya había visto cómo se acercaban desde Jeszkotle. El aire caliente llevaba el eco de sus risas. Michał, con el guardapolvo emblanquecido de harina, se puso de pie en el umbral de la casa y esperó; ya sabía lo que querían.

—¿Quién eres? —preguntaron en ruso.

—Me llamo Mijaíl Yósefovich Niebieski —contestó Michał en ruso, dando nombre, patronímico y apellido, tal como se debía contestar.

—Tenemos una sorpresa para ti.

Cogió el papel que le dieron y se lo llevó a su mujer. Ella lloró durante todo el día mientras le preparaba a Michał todo lo necesario para ir a la guerra. Se sentía tan débil por el llanto, tan abatida, que ni siquiera pudo cruzar el umbral de la casa y acompañar con la mirada a su marido hasta el puente.

Cuando cayeron las flores de las patatas y, en su lugar, se formaron pequeños frutos verdes, Genowefa constató que estaba embarazada. Contó los meses con los dedos y le salieron las cuentas para la cosecha, hacia finales de mayo. Tendría que ser para entonces. En ese momento, lamentaba no haber tenido tiempo de decírselo a Michał. Tal vez la barriga que le crecía día a día fuera una señal: Michał volvería, tenía que volver. Genowefa, tal como lo había hecho su marido, dirigía sola el molino. Vigilaba a los trabajadores y les firmaba los recibos a los campesinos que le llevaban el grano. Escuchaba el murmullo del agua que movía las piedras del molino y el estruendo de la instalación. La harina le cubría de tal modo el pelo y las pestañas que cuando, por la noche, se ponía delante del espejo veía en él a una mujer vieja. Después, la mujer vieja se desnudaba ante el

espejo y examinaba su barriga. Se metía en la cama y, a pesar de las almohadas y de los calcetines de lana, no dejaba de sentir frío. Tardaba mucho en dormirse porque en el sueño, igual que en el agua, siempre se entra con los pies. Por eso, tenía mucho tiempo para rezar. Empezaba por el padrenuestro, seguía con el avemaría y dejaba para el final su oración preferida, la del sueño, la del ángel de la guarda. Le pedía que cuidara de Michał, porque tal vez en la guerra se necesitara más de un ángel de la guarda. Sin embargo, sus oraciones acababan transformándose en imágenes de la guerra. Eran imágenes sencillas y pobres, porque Genowefa no conocía otro mundo que no fuera Antaño, ni tampoco otras guerras, salvo las peleas de los sábados en el mercado, cuando los hombres borrachos salían del bar de Szlom, se tiraban de los faldones de los abrigos, acababan en el suelo y rodaban por el barro pringados, sucios, patéticos. Por tanto, Genowefa se imaginaba la guerra como una lucha cuerpo a cuerpo en medio de fango, charcos y basura; una lucha en la que todo se solucionaba de golpe, de una vez. Por eso le extrañaba que la guerra durara tanto.

A veces, cuando iba de compras al pueblo, escuchaba las conversaciones de la gente:

—El zar es más fuerte que los alemanes —decían.

O bien:

—La guerra terminará en Navidad.

Pero no terminó ni en esa Navidad, ni en ninguna de las cuatro siguientes.

Antes de las fiestas, Genowefa fue de compras a Jeszkotle. Al pasar por el puente, vio a una muchacha que caminaba a lo largo del río. Vestía miserablemente e iba descalza. Sus pies desnudos se hundían con firmeza en la nieve dejando unas huellas pequeñas y profundas. Genowefa se estremeció y se detuvo. Miró desde arriba a la muchacha y buscó para ella un copec en el bolso. La joven levantó la vista y sus miradas se encontraron. La moneda cayó en la nieve. La muchacha sonrió, pero no había en su sonrisa ni agradecimiento ni simpatía. Mostró sus grandes dientes blancos y sus ojos verdes brillaron.

—Es para ti —dijo Genowefa.

La muchacha se puso en cuclillas y, con dos dedos, sacó delicadamente de la nieve la moneda, después dio media vuelta y, sin decir ni una sola

palabra, siguió caminando.

Parecía como si le hubieran robado los colores a Jeszkotle. Todo era negro, blanco y gris. En el mercado había varios grupos de hombres. Discutían acerca de la guerra. Las ciudades estaban arruinadas y los bienes de sus habitantes desparramados por las calles. La gente huía ante las balas. Los hermanos se buscaban unos a otros. No se sabía quiénes eran peores, si los alemanes o los rusos. Los alemanes mataban con un gas que reventaba los ojos. El hambre llegaría antes de la cosecha. La guerra solo era la primera plaga. Tras ella, llegarían otras.

Genowefa esquivó los montones de excrementos de caballo que, calientes, derretían la nieve frente a la tienda de Szenbert. En la tablilla clavada en la puerta estaba escrito:

DROGUERÍA

Szenbert y socios
ofrece en su almacén
solo productos de primera clase:
Jabón para lavar
Azulete para la ropa blanca
Almidón de trigo y de arroz
Aceite mineral, velas y cerillas
Polvos insecticidas

Las palabras «polveros insecticidas» le produjeron náuseas. Pensó en aquel gas que usaban los alemanes y que reventaba los ojos. ¿Sentirían lo mismo las cucarachas cuando les echaban polvos de Szenbert? Tuvo que respirar profundamente varias veces para no vomitar.

—Dígame, señora —dijo con voz cantarina una mujer joven en avanzado estado de gestación. Miró la barriga de Genowefa y sonrió.

Genowefa pidió queroseno, cerillas, jabón y un nuevo cepillo para el suelo. Pasó un dedo por las cerdas.

—Voy a hacer limpieza para las fiestas. Fregaré el suelo, lavaré las cortinas, limpiaré la estufa.

—Nosotros también tenemos dentro de poco una fiesta, la de la consagración del Templo. Usted es de Antaño, del molino, ¿verdad? Yo la conozco.

—Ahora ya nos conocemos las dos. ¿Cuándo le toca a usted?

—En febrero.

—¿En febrero? A mí también.

La señora Szenbert empezó a colocar en el mostrador las pastillas de jabón blando.

—¿No se ha parado a pensar por qué, tontas de nosotras, nos ponemos a parir en plena guerra?

—Seguro que Dios...

—Dios, Dios... Es un buen contable y revisa los totales del «debe» y del «haber». Las cuentas tienen que cuadrar. Unos se van de este mundo y otros deben nacer. Y usted... con lo guapa que está, seguro que espera un niño.

Genowefa levantó la cesta.

—Pues yo necesito una niña, porque mi marido está en la guerra y un chico sin padre es difícil de criar.

La señora Szenbert salió de detrás del mostrador y acompañó a Genowefa hasta la puerta.

—Todas necesitamos niñas. Si nos pusiéramos de acuerdo en tener solo niñas, habría paz en el mundo.

Y las dos se echaron a reír.

TIEMPO DEL ÁNGEL DE MISIA

El ángel no vio el nacimiento de Misia de la misma forma que Kucmerka, la partera. En general, un ángel lo ve todo de otra manera. Los ángeles no perciben el mundo a través de las formas físicas en las que se reproduce incesablemente y que él mismo destruye, sino a través de la importancia y del alma de esas formas.

El ángel que Dios había destinado a Misia vio un cuerpo doliente y laxo, flotando en la existencia como un trapo: era el cuerpo de Genowefa que acababa de dar a luz. A Misia, el ángel la vio como un espacio vacío, fresco y luminoso, que estaba a punto de albergar un alma aturdida y confusa. Cuando la criatura abrió los ojos, el ángel de la guarda dio las gracias al Altísimo. Después, las miradas del ángel y de la criatura se encontraron por primera vez. El ángel tembló, como solo puede temblar un ángel, que no tiene cuerpo.

El ángel se colocó detrás de la partera y trajo a Misia a este mundo: purificó el espacio de su vida, se la mostró a los otros ángeles y al Altísimo y sus incorpóreos labios susurraron: «Mirad, mirad, he aquí mi pequeña alma.» Lo embargaba una ternura extraordinaria y angelical, una amorosa compasión, pues es este el único sentimiento que experimentan los ángeles. El Creador no les dio ni instintos, ni emociones, ni necesidades. Si los hubieran recibido, no serían puras existencias espirituales. El único instinto que poseen los ángeles es el de la compasión. Una compasión infinita y pesada como un firmamento.

El ángel vio entonces cómo Kucmerka lavaba al recién nacido con agua caliente y lo secaba con una tela de franela suave. Luego, dirigió su mirada a los ojos de Genowefa, enrojecidos por el esfuerzo.

Contempló los acontecimientos como si viera una corriente de agua. No le interesaban por sí mismos, no despertaban en él curiosidad alguna, porque sabía desde dónde y hacia dónde fluían, conocía su principio y su fin. Observó el curso de acontecimientos parecidos o distintos, cercanos o alejados en el tiempo, derivados unos de otros o totalmente independientes entre sí. Pero eso, para él, tampoco tenía mayor importancia.

Para los ángeles, los acontecimientos son algo parecido a un sueño o a una película sin principio ni fin. Los ángeles no son capaces de implicarse, los acontecimientos no les son en absoluto necesarios. En cambio, al hombre le proporcionan un mayor conocimiento del mundo y de sí mismo, le sirven de espejo, fijan sus límites, sus posibilidades, y le ayudan a designarse con nombres. Un ángel no necesita nada del exterior. Aprende a través de sí mismo, ya que abarca en sí todo el conocimiento acerca del mundo y de sí mismo. Simplemente, así lo creó Dios.

Un ángel no tiene el mismo entendimiento que un hombre, no extrae conclusiones, no juzga. No piensa de una forma lógica. A algunos, un ángel les parecería estúpido. Sin embargo, un ángel lleva en sí, desde el principio, el fruto del árbol de la sabiduría, puro conocimiento que tan solo se enriquece a través de la simple intuición. Es una mente desprovista de pensamientos y, por tanto, carente de equivocaciones y del temor que conllevan. Es una mente sin los prejuicios que surgen de la percepción errónea. Aunque, como todo lo creado por Dios, también los ángeles son volubles. Eso explica por qué el ángel de la guarda de Misia a menudo no se encontraba a su lado cuando ella lo necesitaba.

El ángel de Misia, cuando no estaba con ella, apartaba la vista del mundo terrenal y miraba a otros ángeles y a otros mundos, superiores e inferiores, asignados a todas las cosas del universo, a todos los animales y a todas las plantas. Era capaz de ver la enorme escala de existencias distintas, el prodigioso edificio y los Ocho Mundos contenidos en él. Y podía ver al Creador afanado en Su creación. Pero se equivocarían quienes pensarán que el ángel de Misia podía ver los distintos rostros del Señor. El ángel era capaz de ver más que el hombre, pero no lo veía todo.

Cuando los pensamientos del ángel regresaban de aquellos mundos, este se esforzaba en concentrar toda su atención en el mundo de Misia, que, semejante al mundo de otras personas y al de los animales, era oscuro y

estaba lleno de sufrimiento, como un turbio estanque lleno de lentejas de agua.

TIEMPO DE ESPIGA

Aquella chica descalza a quien Genowefa había dado un copec era Espiga.

Espiga había aparecido en Antaño en julio o en agosto. La gente le dio ese nombre porque, tras la cosecha, rebuscaba en el campo las espigas y las tostaba al fuego. Luego, en otoño, robaba patatas, y en noviembre, cuando el campo quedaba desierto, pasaba horas y horas en la posada. A veces alguien la invitaba a vodka, a veces recibía un pedazo de pan con tocino. No obstante, la gente no está dispuesta a dar algo a cambio de nada, gratis, particularmente en una posada, así que Espiga se echó a la mala vida. Algo bebida y caliente de vodka, salía con hombres y se ofrecía por una salchicha. Y, como era la única mujer tan joven y fácil de los alrededores, los hombres siempre andaban como perros a su alrededor.

Espiga era corpulenta y hermosa. Su pelo era rubio y su piel blanca nunca se rendía al sol. Siempre miraba descarada y directamente a la cara, incluso al cura. Tenía los ojos verdes y uno de ellos se le desviaba ligeramente. Los hombres que se iban con Espiga a los arbustos, después, siempre se sentían raros. Se abrochaban los pantalones y volvían con las caras enrojecidas al cargado ambiente de la taberna. Espiga nunca quería tenderse boca arriba. Decía:

—¿Por qué tienes que estar tú encima? Yo soy igual que tú.

Prefería apoyarse de cara a un árbol o a una de las paredes de madera de la taberna y echarse la falda sobre la espalda. Su trasero brillaba en la oscuridad como la luna.

Así fue como Espiga conoció el mundo.

Hay dos tipos de aprendizaje. Uno exterior y otro interior. El primero es considerado el mejor, incluso el único. Por eso, el hombre aprende haciendo largos viajes, mediante la observación, la lectura, las universidades, las

conferencias. Aprende gracias a lo que ocurre en el mundo externo que le rodea. El hombre es un ser estúpido que tiene que aprender. Se pertrecha de conocimientos, los recolecta como una abeja hasta tener cada vez más, después los utiliza y los transforma. Pero lo interno, lo que es «estúpido» y necesita aprendizaje, eso no cambia. Espiga aprendió asimilando en su interior lo que recogía en el exterior.

El conocimiento que tan solo se va acumulando no cambia en nada al hombre, o lo cambia aparentemente, por fuera; es como cambiar de ropa. Por el contrario, quien aprende absorbiendo hacia su interior sufre incesantes cambios, porque incorpora a su ser lo que aprende.

Espiga, acogiendo en el fondo de su ser a aquellos apestosos y sucios campesinos de Antaño y de los alrededores, se identificaba con ellos, solía estar tan borracha como ellos, tenía miedo de la guerra como ellos, y se excitaba como ellos. Es más, cuando les ofrecía cobijo en su persona, entre los arbustos, detrás de la posada, Espiga también se impregnaba de sus mujeres, sus hijos y sus sofocantes y apestosas casas de madera alrededor de la Colina del Abejorro. En cierto modo, vivía en comunión con todo el campo, con todos sus dolores y todas sus esperanzas.

Estas fueron las universidades de Espiga. Y su diploma fue una barriga que empezó a crecer.

La esposa del señor Popielski, el amo del palacio, se enteró de la vida de Espiga y ordenó que se la llevaran a palacio. Le miró la gran barriga.

—Estás a punto de dar a luz. ¿De qué piensas vivir? Voy a enseñarte a coser y a cocinar. Incluso podrás trabajar en la lavandería. ¡Quién sabe! Si todo va bien, te podrás quedar con el niño.

Sin embargo, cuando vio cómo la mirada ajena e insolente de la chica se paseaba sin pudor por entre los cuadros, los muebles y la tapicería, la señora Popielski vaciló. Y cuando vio que aquella misma mirada recorría las inocentes caritas de sus hijos y de su hija, cambió de tono.

—Nuestra obligación es socorrer al prójimo. Siempre que este se deje ayudar. Y yo, precisamente, colaboro en obras de beneficencia. Dirijo un asilo en Jeszkotle. Allí puedes dejar a tu hijo, es un lugar limpio y muy agradable.

La palabra «beneficencia» despertó el interés de Espiga. Miró a la señora Popielski. Esta ganó seguridad en sí misma.

—Antes de la cosecha, puesto que es la peor época, reparto ropa y alimentos. Mira..., aquí la gente no te quiere. Provocas conflictos, perturbas las buenas costumbres, te das a la mala vida... Sería mejor que te marcharas.

—¿Qué pasa? ¿Es que yo no tengo derecho a estar donde quiera?

—Todo esto es mío, estas tierras y estos bosques son míos.

Espiga mostró sus blancos dientes en una amplia sonrisa.

—¿Todo es tuyo? Maldita perra, serás...

La cara de la señora Popielski se puso rígida.

—Vete —dijo tranquilamente.

Espiga giró sobre sus talones, se oyó el sonido de sus pies desnudos sobre las baldosas.

—¡Putá! —le dijo Franiova, la sirvienta del palacio, cuyo marido, en verano, había perdido la cabeza por Espiga. Y la abofeteó.

Cuando Espiga se iba tambaleándose por la gravilla de la entrada, los carpinteros le empezaron a silbar desde el tejado. Ella se levantó la falda y les enseñó el culo desnudo.

Se detuvo más allá del parque, sin saber hacia dónde dirigirse.

A la derecha estaba Jeszkotle, a la izquierda el bosque. Sintió la atracción del bosque. Desde el instante en que se metió por entre los árboles, percibió que allí se respiraba de otra forma, todos los olores eran más intensos y límpidos. Fue en dirección a la casa abandonada de Wydymacz, donde a veces pasaba la noche. Aquella casa era todo lo que quedaba de un pueblo arrasado por el fuego y que el bosque iba ocupando. Sus pies, hinchados por el peso y el calor, no sentían las duras piñas esparcidas por el suelo. Fue junto al río cuando empezó a notar un extraño dolor que le invadía todo el cuerpo.

Lentamente, el pánico empezó a apoderarse de ella. «Me muero, ahora me muero, porque no hay nadie que pueda ayudarme», pensó aterrada. Se quedó de pie en medio del río Negro y ni siquiera intentó dar un paso más. El agua fría le bañaba las piernas y el bajo vientre. Vio una liebre en la orilla que, veloz, se escondía bajo unos helechos. Le dio envidia. Vio un pez que se deslizaba por entre las raíces de un árbol. Le dio envidia. Vio una lagartija que se escondía bajo una piedra. Y también le dio envidia. De nuevo sintió el dolor, pero esa vez más fuerte, aterrador. «Me muero»,

pensó, «ahora sí me muero. El niño va a nacer y nadie va a ayudarme.» Le entraron ganas de echarse sobre los helechos de la orilla del río, porque necesitaba un lugar fresco y oscuro; sin embargo, violentando su propio cuerpo, siguió caminando. El dolor volvió por tercera vez y Espiga supo que ya no le quedaba demasiado tiempo.

La casa en ruinas de Wydymacz tenía solo cuatro paredes y un trozo de tejado. Dentro, las ortigas crecían por entre los escombros. Apestaba a humedad. Caracoles ciegos se deslizaban por las paredes. Espiga arrancó grandes hojas de bardana y se preparó una cama. Las contracciones regresaban en oleadas, cada vez con más urgencia. De repente, el dolor se hizo insoportable. Espiga comprendió que tenía que hacer algo para sacárselo de dentro y arrojarlo a las ortigas y a las hojas de bardana. Apretó los dientes y empezó a empujar. «El dolor se irá por donde entró», pensó Espiga, y se sentó en la tierra. Se subió la falda. No vio nada especial: la pared de la barriga y los muslos. Su carne seguía obstinadamente cerrada, hermética. Espiga intentó atisbar en el interior de sí misma, pero se lo impedía su propia barriga. Con las manos temblorosas por el dolor, intentó palpar el lugar por donde debía salir el niño. Sentía en las yemas de los dedos la vulva hinchada y el áspero pelo del pubis; sin embargo, su entrepierna no percibía el contacto de los dedos. Espiga se tocaba como si se tratara de un extraño, con la sensación de estar palpando un objeto inanimado.

El dolor se intensificó y le turbó los sentidos. Los pensamientos se desgarraban como una tela raída. Las palabras y las ideas se descomponían y se filtraban en la tierra. Su cuerpo, hinchado por el parto, impuso sus exigencias. Y como el cuerpo humano vive de imágenes, estas inundaron la ofuscada mente de Espiga.

Le parecía que estaba dando a luz en una iglesia, en las frías losas, junto al altar. Oía el apaciguador murmullo del órgano. Luego, le pareció que ella misma era el órgano y que tocaba, que tenía en sí miles de sonidos y que, con tan solo desearlo, podía emitirlos todos de una sola vez. Se sintió poderosa y omnipotente. Pero, al instante, esa omnipotencia quedó aniquilada por una mosca, por el vulgar zumbido junto a su oreja de una mosca grande y violeta. Con renovada fuerza, el dolor arremetió contra Espiga. «Me muero, me muero», gemía. «No, no voy a morir, no voy a

morir», volvía a continuación. El sudor le pegaba los párpados y le picaban los ojos. Empezó a sollozar. Se apoyó en las manos y empezó a empujar desesperadamente. Tras ese esfuerzo sintió un gran alivio. Algo había chapoteado al salir de su interior. Espiga estaba en ese momento abierta. Se tiró sobre las hojas de bardana y buscó al niño entre ellas, pero allí no había nada, solo agua tibia. Espiga reunió fuerzas y de nuevo comenzó a empujar. Apretaba los ojos y empujaba. Cogía aire y empujaba. Lloraba y miraba hacia arriba. Entre las tablas podridas, vio un cielo sin nubes. Y justo allí descubrió a su hijo. La criatura se levantó tambaleándose. La miró como nadie la había mirado nunca, con un amor enorme e inefable. Era un niño. Este cogió de la tierra una rama que se metamorfoseó en una culebrilla. Espiga era feliz. Se acostó sobre las hojas y cayó en un pozo oscuro. Los pensamientos reaparecieron y fueron desfilando tranquilamente por su mente, con gracia. «Resulta que en esta casa hay un pozo. En el pozo hay agua. Viviré en el pozo porque es fresco y húmedo. En los pozos los niños juegan, los caracoles recuperan la vista y los cereales maduran. Y voy a tener con qué alimentar a mi hijo... Pero ¿dónde está el niño?»

Abrió los ojos y, aterrorizada, sintió que el tiempo se había detenido. Que allí no había niño alguno.

De nuevo regresó el dolor y Espiga empezó a gritar. Chilló tan fuerte que se estremecieron las paredes de la casa en ruinas, se espantaron los pájaros y la gente que rastrillaba el heno en los prados levantó la cabeza y se persignó. Espiga se sofocó al ahogar aquel chillido. Luego gritó hacia su interior, hacia dentro. Su alarido fue tan potente que la barriga se movió. Sintió entre las piernas algo nuevo y extraño. Se levantó apoyándose en las manos y miró la cara de su hijo. Los ojos del niño estaban dolorosamente cerrados. Espiga empujó otra vez y la criatura nació. Temblando por el esfuerzo, intentó cogerla en brazos, pero sus manos no eran capaces de atinar con la imagen que sus ojos veían. A pesar de todo, respiró con alivio y se dejó resbalar hacia las tinieblas.

Cuando despertó, vio junto a ella a la criatura encogida y muerta. Intentó darle el pecho. Su pecho era más grande que el propio recién nacido y estaba dolorosamente vivo. Las moscas revoloteaban a su alrededor.

Espiga pasó toda la tarde intentando reanimar a la criatura para que mamara. Al atardecer, el dolor volvió y Espiga expulsó la placenta. Luego,

se durmió de nuevo. En sueños, le daba el pecho a la criatura, pero no leche sino agua del río Negro. El niño era un vampiro de aquellos que se pegaban al pecho y absorbían la vida del hombre. Quería sangre. El sueño de Espiga se volvía cada vez más agitado y profundo, pero no podía despertarse. En él, apareció una mujer tan grande como un árbol. Espiga la veía perfectamente, podía ver cada detalle de la cara, del peinado y de la ropa. Era una mujer enorme. Tenía el pelo negro y rizado, como el de una judía, y una cara increíblemente expresiva. Le parecía muy bella. La deseaba con todo su cuerpo dolorido, pero no con el deseo que ella conocía, el del bajo vientre, el que se siente entre las piernas. Era un deseo que surgía de alguna parte de su cuerpo situada más arriba del vientre y cercana al corazón. La enorme mujer se inclinó sobre Espiga y le acarició la mejilla. Espiga la miró a los ojos muy de cerca y percibió en ellos algo que hasta aquel momento nunca había visto y que ni siquiera había imaginado que existiera. «Eres mía», dijo la enorme mujer mientras le acariciaba a Espiga el cuello y los pechos hinchados. Allí donde tocaban aquellos dedos, el cuerpo de Espiga se sentía dichoso e inmortal. Se entregó por completo a aquellas caricias, pulgada a pulgada. Luego, la enorme mujer tomó a Espiga entre sus brazos y la estrechó contra su pecho. Espiga, con sus agrietados labios encontró el pezón. Olía a pelo de animal, a manzanilla y a ruda. Espiga bebió y bebió.

En su sueño, cayó un rayo y, de golpe, vio que seguía acostada sobre las hojas de bardana, en la casa derrumbada. Todo era gris a su alrededor. No sabía si aquello era el amanecer o el anochecer. De nuevo, se oyó un trueno cerca de allí y, en menos de un segundo, cayó del cielo un chaparrón que ensordeció los truenos siguientes. El agua corría por las precarias tablas del tejado y lavaba la sangre y el sudor de Espiga, refrescaba su cuerpo ardiente, le daba de beber y lo alimentaba. Espiga bebió agua directamente del cielo.

Cuando amaneció, salió de la casa arrastrándose, empezó a cavar en la tierra y, luego, arrancó algunas raíces enmarañadas. La tierra era blanda y dócil, como si quisiera ayudarla en el entierro. En aquella fosa desigual echó el cuerpo del recién nacido.

Pasó mucho tiempo aplastando la tierra de aquella tumba. Cuando levantó la vista y miró a su alrededor, todo era totalmente diferente. Aquello

ya no era un mundo compuesto de objetos, de cosas, de fenómenos que existieran a su alrededor. En ese momento, lo que veía Espiga se había transformado en una masa, en un gran animal o en un gran hombre que había adoptado diversas formas para reproducirse, morir y renacer. Todo alrededor de Espiga era un único cuerpo y su cuerpo también formaba parte de aquel gran cuerpo, enorme, omnipotente e increíblemente poderoso. Una potencia que se manifestaba en cada movimiento y en cada sonido, capaz de crear de la nada y de volver también a la nada.

Espiga se mareó y apoyó la espalda en los restos del muro. El hecho de mirar la emborrachaba como el vodka, le enturbiaba la cabeza y hacía brotar su risa del fondo de su vientre. Aparentemente, todo seguía igual: más allá del pequeño prado verde, por el que pasaba un camino arenoso, se hallaba el pinar bordeado de avellanos. Un suave viento mecía la hierba y las hojas, un pequeño grillo cantaba, se oía el zumbido de las moscas. Nada más. No obstante, Espiga veía de qué forma el grillo se unía con el cielo y de qué modo los avellanos se aferraban al camino del bosque. Era capaz de ver mucho más. Percibía la fuerza que lo traspasaba todo y comprendía cómo actuaba. Distinguía las siluetas de otros mundos y de otros tiempos, extendidas por encima y por debajo de los nuestros. Veía, además, cosas que no se pueden nombrar con palabras.

TIEMPO DEL HOMBRE MALO

El Hombre Malo apareció en los bosques de Antaño antes de la guerra, aunque semejante ser podía haber vivido allí desde siempre.

Primero, durante la primavera, hallaron en Wodenica el cuerpo putrefacto de Bronek Malak, cuando ya todos creían que se había ido a América. Llegó la policía de Taszów, examinó el lugar y se llevaron el cuerpo en un carro. La policía volvió a Antaño varias veces más, pero todo fue en vano. No encontraron al asesino. Más tarde, alguien comentó que había visto en el bosque a un extraño. Iba desnudo y era peludo como un mono. Se escurría entre los árboles. Después, otros recordaron que también habían encontrado en el bosque extraños rastros: un agujero cavado en la tierra, pisadas en un sendero arenoso, cadáveres de animales descuartizados. Además, alguien había oído un aullido que venía del bosque, un chillido horrible, mitad humano y mitad animal.

La gente empezó a contar de dónde había salido el Hombre Malo. Pues, bien..., antes de que el Hombre Malo se convirtiera en el Hombre Malo, había sido un campesino normal y corriente que había cometido un crimen horrible, aunque nadie sabía exactamente cuál.

Fuera cual fuera el crimen que hubiera cometido, le remordía la conciencia y había perdido el sueño. Atormentado por aquella voz, huyó de sí mismo hasta encontrar sosiego en el bosque. Vagó hasta perderse. Le parecía que el sol bailaba en el cielo y que por eso se había desorientado. Pensó que la ruta del norte le conduciría con toda seguridad a algún lugar. Después dudó y se dirigió al este, confiando en que allí se acabaría el bosque. Cuando ya iba hacia el este, de nuevo le asaltó la duda. Se detuvo, confundido e inseguro. De ahí que cambiara de opinión y decidiera ir hacia el sur. En dirección al sur, otra vez vaciló y, de repente, se encaminó al

oeste. Al final, se dio cuenta de que había regresado al punto de partida; se hallaba justo en el centro del Gran Bosque. El cuarto día receló de los puntos cardinales del mundo. El quinto día dejó de confiar en su propio raciocinio. El sexto día olvidó de dónde venía y por qué había llegado al bosque. Y el séptimo día olvidó su nombre.

A partir de entonces, poco a poco se fue pareciendo más a los animales del bosque. Vivía de bayas, de setas... Más tarde, empezó a cazar animales pequeños. Día a día fue borrando de su memoria fragmentos cada vez mayores de su pasado y el cerebro del Hombre Malo se fue volviendo más y más romo. Olvidó las palabras a fuerza de no usarlas. Olvidó cómo rezar por la noche, cómo encender el fuego y cómo utilizarlo, cómo abrocharse los botones del abrigo y cómo atarse las botas. Olvidó todas las canciones aprendidas en la infancia e, incluso, toda su infancia. Olvidó los rostros de las personas que le eran más cercanas, el de su madre, el de su mujer, el de sus hijos. Y olvidó el sabor del queso, de la carne asada, de las patatas y de la sopa de cebada.

Siguió olvidando durante años y años... Al final, el Hombre Malo dejó de parecerse totalmente a aquel hombre que había llegado al bosque. El Hombre Malo no era el mismo y había olvidado lo que significaba ser él mismo. Su cuerpo se había cubierto de pelo y sus dientes, de comer carne cruda, se habían vuelto tan fuertes y blancos como los de los animales. Y su garganta tan solo emitía sonidos roncacos o gruñidos.

Un día, el Hombre Malo vio a un viejo que recogía ramas secas en el bosque. Sintió que el ser humano le era ajeno, le resultaba incluso repulsivo. Se abalanzó sobre el viejo y lo mató. En otra ocasión, se arrojó sobre un campesino que iba en su carro. Mató al hombre y a su caballo. Luego, devoró al caballo, pero al hombre ni lo tocó: muerto, el hombre era todavía más repugnante que vivo. Más tarde, mató a Bronek Malak.

En cierta ocasión, el Hombre Malo llegó por casualidad al límite del bosque y miró en dirección a Antaño. La visión de las casas despertó en él un sentimiento confuso, una mezcla de tristeza y rabia. De repente, se oyó en el campo un lamento horrible, parecido al aullido de un lobo. El Hombre Malo se quedó unos instantes en la linde del bosque, luego dio media vuelta y apoyó con torpeza las manos en el suelo. Se sorprendió al descubrir que esa forma de moverse era más cómoda y mucho más rápida. Sus ojos, más

pegados a la tierra, veían mejor y con más precisión. Su olfato, todavía poco desarrollado, percibía mejor los olores. Un único bosque era mejor que todos los pueblos, que todos los caminos y puentes, ciudades y torres. Y por eso el Hombre *Malo* volvió al bosque para siempre.

TIEMPO DE GENOWEFA

La guerra provocó confusión en el mundo. Se quemó el bosque en Przyjmy, los cosacos mataron a tiros al hijo de los Cherubin, faltaban hombres, no había a quién pedir que segara el campo y no había nada que comer.

El señor Popielski de Jeszkotle cargó sus pertenencias en las carretas y se perdió durante algunos meses. Luego volvió. Los cosacos le habían saqueado la casa y las bodegas. Se habían bebido su vino añejo. El viejo Boski, que lo había visto todo, dijo que uno de los vinos era tan viejo que lo habían cortado con una bayoneta, como si fuera gelatina.

Genowefa vigiló el molino mientras funcionó. Se levantaba al amanecer y lo controlaba todo. Comprobaba si alguien llegaba tarde al trabajo. Cuando ya todo estaba en marcha, con su ritmo y su estrépito habituales, sentía cómo le invadía una oleada de alivio, súbita y caliente como la leche. Todo iba bien. Volvía a casa y preparaba el desayuno para Misia, que seguía dormida.

En la primavera del diecisiete, el molino se paró. Ya no había nada que moler, la gente se había comido todas las reservas de grano. A Antaño le faltaba su bullicio cotidiano. El molino era el motor que accionaba el mundo, la instalación que lo ponía en movimiento. Ahora, solo se podía oír el murmullo del Río. Su fuerza se desperdiciaba. Genowefa caminaba por el molino vacío y lloraba. Andaba como un fantasma, como una espectral dama blanca de harina. Al atardecer, se sentaba en las escaleras de la casa y miraba el molino. Soñaba con él por la noche. En sus sueños, el molino era un barco de velas blancas, igual que los que había visto en los libros. En su enorme casco de madera, tenía engranajes grasientos de lubricante que mantenían su vaivén. Resollaba y jadeaba. Su interior despedía un calor

abrasador. Genowefa lo deseaba. Se despertaba sudando, inquieta. Al amanecer, se levantaba, se sentaba a la mesa y bordaba colgaduras.

En los tiempos de la epidemia del cólera, en el año dieciocho y cuando se establecieron los límites de las tierras, Espiga llegó al molino. Genowefa vio cómo merodeaba por allí y miraba hacia sus ventanas. Parecía agotada. Estaba flaca y daba la sensación de ser muy alta. Su pelo rubio había perdido el brillo y le cubría la espalda como un manto sucio. La ropa que llevaba estaba vieja y agujereada.

Genowefa la estuvo observando desde la casa; pero en cuanto Espiga miró hacia la ventana, ella se apartó. Espiga le daba miedo. Todos le tenían miedo. Estaba loca y probablemente también enferma. Decía cosas sin sentido, maldecía. Allí, en aquel momento, mientras merodeaba junto al molino, parecía una perra hambrienta.

Genowefa miró el cuadro de la Virgen de Jeszkotle, se persignó y salió de la casa.

Espiga se volvió hacia ella y a Genowefa se le puso la piel de gallina. ¡Qué mirada tan espeluznante tenía Espiga!

—Déjame entrar en el molino —dijo.

Genowefa fue a la casa a buscar la llave. Regresó y, sin decir palabra, le abrió la puerta.

Espiga fue la primera en entrar en la fresca sombra; corrió enseguida a ponerse de rodillas para recoger, uno a uno, los granos esparcidos entre los montones de polvo que antes habían sido harina. Los recogía con sus dedos reseco y se los metía con ansia en la boca.

Genowefa seguía todos sus movimientos. El cuerpo encorvado de Espiga parecía, visto desde arriba, un montón de harapos. Esta, cuando se hartó de comer granos, se sentó en el suelo y empezó a llorar. Las lágrimas rodaban por su cara sucia. Tenía los ojos cerrados y sonreía. A Genowefa se le hizo un nudo en la garganta. ¿Dónde vivía? ¿Tenía a alguien? ¿Qué hacía en Navidad? ¿Qué comía? Observó lo frágil que era su cuerpo y recordó a Espiga antes de la guerra. En aquella época era una muchacha robusta y bonita. Pero ahora veía unos pies desnudos y heridos, con unas uñas tan fuertes como las garras de un animal. Genowefa alargó su mano hacia aquellos cabellos grises. Entonces, Espiga abrió los ojos y miró de frente a Genowefa, pero no a los ojos sino directamente al alma, al mismísimo

centro de su alma. Genowefa retiró la mano. Aquellos no eran los ojos de un ser humano. Salió corriendo y sintió alivio al ver la casa, las cortinas, las malvas y el vestido de Misia corriendo tras el grosellero. Cogió una barra de pan de la cocina y volvió al molino.

Espiga, con un hatillo lleno de grano, emergió de la oscuridad por la puerta abierta. Observaba algo que estaba detrás de Genowefa. Su cara se había iluminado.

—¡Nena, bonita...! —dijo a Misia, que estaba junto a la cerca.

—¿Qué pasó con tu hijo?

—Murió.

Genowefa le dio la barra de pan con los brazos extendidos, pero Espiga se fue acercando a ella y, al coger el pan, le pegó los labios a la boca. Genowefa forcejeó y se apartó de un salto. Espiga soltó una carcajada. Metió la barra en el hatillo. Misia empezó a llorar.

—No llores, bonita, tu padre ya viene hacia aquí —dijo entre dientes Espiga, y se fue en dirección al pueblo.

Genowefa se frotó los labios con el delantal hasta que se le amorataron.

Esa noche le fue muy difícil dormirse. Espiga no podía equivocarse. Ella conocía el futuro. Eso, todos lo sabían.

A partir del día siguiente, Genowefa empezó a esperar. Pero no como lo había hecho hasta ese momento. Contaba las horas. Colocaba las patatas bajo una manta para que no se enfriaran tan deprisa. Preparaba la cama. Echaba agua en la bacía de afeitar. Ponía la ropa de Michał en la silla. Esperaba como si Michał hubiera ido a Jeszkotle a buscar tabaco y tuviera que volver enseguida.

De ese modo esperó todo el verano, el otoño y el invierno. No salía de casa, no iba a la iglesia. En febrero volvió el señor Popielski y encargó trabajo en el molino. ¿De dónde había sacado grano para moler? Eso nadie lo sabía. También les prestó a los campesinos semillas para la siembra. En casa de los Serafin nació una criatura, una niña, hecho que todos reconocieron como un presagio del final de la guerra.

Genowefa tuvo que contratar a gente nueva para el molino, porque muchos de los que habían trabajado allí antes de la guerra no volvieron. El amo le recomendó a Niedziela, de Wola, como encargado, para que se ocupara de todo. Niedziela era rápido y honesto. Trajinaba arriba y abajo,

pegaba voces a los campesinos. Escribía con tiza en la pared las cantidades de sacos molidos. Cuando Genowefa iba al molino, Niedziela se movía aún más deprisa y gritaba todavía con más fuerza. Además, se atusaba aquel bigote ralo que no recordaba en nada al de Michał, que era muy espeso.

Ella subía hasta allí de mala gana. Y solo cuando había asuntos verdaderamente urgentes, cuando había un error en las facturas del grano o cuando las máquinas se paraban.

Un día, cuando buscaba a Niedziela, vio a los muchachos cargando los sacos. Iban desnudos de cintura para arriba y tenían los torsos espolvoreados de harina, como grandes bizcochos. Los sacos les ocultaban las cabezas y parecían todos idénticos. No veía en ellos al joven de los Serafin o al de los Malak, sino a hombres. Los torsos desnudos atraían su mirada, la turbaban. Tuvo que dar media vuelta y mirar hacia otra parte.

Un día, Niedziela llegó con un muchacho judío. El chico era muy joven. No parecía tener más de diecisiete años. Tenía los ojos oscuros y el pelo negro, rizado. Genowefa vio sus grandes y hermosos labios, bien perfilados, los más oscuros que había visto nunca.

—He empleado a uno más —dijo Niedziela, y le ordenó al muchacho unirse al grupo de cargadores.

Genowefa siguió hablando con Niedziela de forma distraída. Cuando este se fue, ella encontró un pretexto para quedarse un rato más. Vio cómo el muchacho se quitaba la camisa de algodón, la doblaba con cuidado y la colgaba encima de la barandilla de las escaleras. Se emocionó al verle el tórax desnudo, delgado pero musculoso, con su piel morena, bajo la cual latía sangre y palpitaba un corazón. Regresó a casa, pero desde entonces encontró con frecuencia un motivo para bajar hasta el portillo donde se entregaban y se recogían los sacos de grano o de harina. O bien se acercaba durante la hora de la comida, cuando los hombres bajaban a comer. Observaba sus espaldas espolvoreadas de harina, sus venosas manos y el algodón de sus pantalones húmedos de sudor. Sin querer, su mirada solo buscaba a uno de aquellos hombres y, cuando lo encontraba, sentía que le bullía la sangre en la cara y que se sofocaba.

Aquel muchacho, Eli —había oído cómo le llamaban—, despertaba en ella miedo, inquietud, vergüenza. Al verlo, el corazón le palpitaba y se le aceleraba la respiración. Procuraba mirarlo con distancia e indiferencia. Su

cabello negro y rizado... Su fuerte nariz y sus labios extraños y oscuros... La velluda oscuridad de la axila, cuando levantaba el brazo para secarse el sudor de la cara... El vaivén de sus andares... Él se encontró varias veces con la mirada de Genowefa y, como un animal, se asustó por sentirse demasiado cerca. Por fin, en una puerta estrecha, chocaron el uno contra el otro. Ella le sonrió.

—Llévame a casa un saco de harina —dijo ella.

Desde ese momento, dejó de esperar al marido.

Eli puso el saco en el suelo, se quitó la gorra de tela y la empezó a estrujar entre sus manos enharinadas. Ella le dio las gracias, pero él no se fue. Genowefa notó que se mordía los labios.

—¿Quieres un vaso de compota?

Él asintió. Genowefa le sirvió una taza. Mientras se la tomaba, ella no le quitaba la vista de encima. Él bajó sus largas y femeninas pestañas.

—Quiero pedirte algo... —le dijo ella.

—¿Sí?

—Ven por la tarde a cortar leña. ¿Puedes?

Él asintió con la cabeza y salió.

Esperó toda la tarde. Se recogió el pelo y se miró en el espejo. Más tarde, cuando él ya había llegado y cortaba la leña, le llevó cuajada y pan. Él se sentó en un tronco y se puso a comer. Ella, sin saber por qué, le contó que Michał estaba en la guerra. Y él dijo:

—La guerra ya ha terminado. Todos vuelven.

Ella le dio un saquito de harina. Y le pidió que volviera al día siguiente. Al día siguiente, de nuevo le pidió que volviera.

Eli cortaba la leña, limpiaba el horno y hacía pequeñas reparaciones. Hablaban poco y siempre de temas insignificantes. Genowefa lo observaba de reojo y, cuanto más lo observaba, más se encariñaba con él. No tenía ojos más que para él, lo devoraba con la vista. Por la noche, soñaba que hacía el amor con un hombre y este no era ni Michał ni Eli, sino alguien desconocido. Se despertaba con la sensación de estar sucia. Se levantaba, llenaba de agua la palangana y se lavaba todo el cuerpo. Quería olvidar aquel sueño. Luego, atisbaba desde la ventana a los trabajadores cuando bajaban al molino. Sabía que Eli miraba a hurtadillas hacia sus ventanas.

Ella se escondía tras las cortinas, enfadada consigo misma porque el corazón le palpitaba como si hubiera estado corriendo. «No voy a pensar en él, lo juro», decidía. Y se ponía a trabajar. Hacia el mediodía, iba a ver a Niedziela y siempre, por casualidad, se encontraba con Eli. De repente, se sorprendía al oír su propia voz pidiéndole que fuera.

—Te he cocido pan —le dijo un día, y le señaló la mesa.

Él se sentó con timidez y dejó el sombrero a un lado. Ella se sentó enfrente y lo observó mientras comía. Lo hacía con moderación, lentamente. Se le pegaban pequeñas migas blancas en los labios.

—¿Eli?

—¿Sí? —levantó la vista hacia ella.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

Él alargó la mano, por encima de la mesa, hasta su cara. Ella retrocedió con brusquedad.

—No me toques —dijo ella.

El chico bajó la cabeza. Su mano volvió a la gorra. Guardó silencio. Genowefa se sentó.

—Dime, ¿dónde querías tocarme? —preguntó en voz baja.

Él levantó la cabeza y la miró. A ella le pareció ver rojizos destellos en sus ojos.

—Te habría tocado aquí. —Y señaló el lugar en su propio cuello.

Genowefa se pasó la mano por el cuello y sintió, bajo sus propios dedos, la piel caliente y el latido de la sangre. Cerró los ojos.

—¿Y después?

—Después te habría tocado los pechos...

Ella respiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás.

—Dime dónde exactamente.

—En el lugar más delicado y caliente... ¡Por favor, déjame que...!

—No —dijo ella.

Eli se levantó con ímpetu y se puso delante de ella. Ella sintió su aliento a pan dulce y a leche, como el aliento de un niño.

—No puedes tocarme. Prométele a tu Dios que no me vas a tocar.

—¡Zorra! —dijo él con voz ronca, y tiró al suelo la gorra arrugada.

La puerta se cerró con un golpe seco tras él.

Por la noche, Eli volvió. Llamó a la puerta con delicadeza y Genowefa supo que era él.

—Me he dejado la gorra —dijo en voz baja—. Te quiero. Te juro que no te voy a tocar hasta que tú lo quieras.

Se sentaron en el suelo de la cocina. Las rojas estelas de las brasas iluminaban sus rostros.

—Es necesario saber si Michał vive. Aún sigo siendo su mujer.

—Voy a esperar, pero dime, ¿cuánto tiempo?

—No sé. Pero puedes mirarme...

—Enséñame los pechos.

Genowefa se bajó el camisón por los hombros. Su vientre y sus pechos desnudos resplandecían al rojo vivo. Escuchó cómo Eli contenía la respiración.

—Demuéstrame cómo me deseas —dijo ella en voz baja.

Él se desabotonó los pantalones y Genowefa vio su miembro hinchado. Sintió el placer de ver realizado el sueño que colmaba todos sus esfuerzos, todas sus miradas y todos sus suspiros. Aquel placer estaba fuera de control y era imposible detenerlo. Lo que ocurría en aquel momento era terrible, porque después ya nada más podría existir. Aquello se realizaba, se desbordaba. Algo terminaba. Algo empezaba. Y, desde ese instante, todo cuanto sucediera sería insulso y repugnante. El hambre que se despertaba ahora sería más intensa que en cualquier momento del pasado.

TIEMPO DEL SEÑOR POPIELSKI

El señor Popielski estaba perdiendo la fe. No dejó de creer en Dios, pero Dios y todo lo demás pasó a ser inexpresivo, plano, como los grabados de su Biblia.

Para él, todo parecía estar en orden cuando le visitaban los Pelski de Kotuszów, cuando por las noches jugaba al whist, cuando hablaba de arte, cuando bajaba a sus bodegas y cuando cortaba rosas. Todo iba bien cuando los armarios despedían olor a lavanda, cuando se sentaba a su escritorio de roble y tenía en la mano su portaplumas de oro. O cuando, por las noches, las manos de su mujer le masajearon la espalda cansada. Pero, en cuanto salía de casa e iba a cualquier parte, incluso cuando iba a la sucia plaza del mercado de Jeszkotle o a los pueblos de los alrededores, su cuerpo perdía resistencia física frente al mundo.

Veía las casas envejecidas, las cercas podridas, las piedras que pavimentaban la calle principal deterioradas por el tiempo, y pensaba: «Nací demasiado tarde, el mundo se está acabando. Ya todo ha terminado.» Le dolía la cabeza, se le debilitaba la vista. Al amo le parecía que todo era más oscuro, se le congelaban los pies y un dolor indefinido le traspasaba. Todo estaba vacío y no había esperanza. Nada ni nadie podía ayudarlo. Volvía al palacio y se escondía en su despacho, lo cual detenía la desintegración del mundo durante algún tiempo.

A pesar de todo, el mundo se desintegró. El amo se dio cuenta cuando regresó y vio el estado de sus bodegas, puesto que había huido frente a la amenaza de los cosacos. Todo había quedado destrozado, roto, despedazado, quemado, pisoteado y húmedo. Observó las pérdidas mientras se abría paso con vino hasta los tobillos.

—Destrucción y caos, destrucción y caos... —repetía en voz baja.

Luego, se echó en la cama de su saqueada casa y pensó: «¿De dónde le viene el mal al mundo? ¿Por qué Dios permite el mal si Él es tan bondadoso? ¿Será que Dios no es tan bondadoso?»

Los cambios que tuvieron lugar en el país se convirtieron en un bálsamo para la melancolía del señor Popielski.

En el año dieciocho había muchísimo que hacer, y nada cura tanto la tristeza como la constante actividad. A lo largo de todo el mes de octubre, el amo fue aumentando paulatinamente el ritmo respecto a las actividades de tipo social, hasta que en noviembre le abandonó la melancolía y se encontró justo en el extremo opuesto. En esa época, en contra de la anterior, ya casi no dormía y no tenía tiempo de comer. Viajó por el país, visitó Cracovia y la ciudad le pareció una princesa despertando de su sueño. Organizó las elecciones para el primer parlamento, fue fundador de varias sociedades, de dos partidos y de la Unión de Propietarios de Piscifactorías del Sur de Polonia. En febrero del año siguiente, cuando fueron aprobadas las bases de la Constitución, el señor Popielski cogió un enfriamiento y se encontró otra vez en su habitación, en la cama, de cara a la ventana: justo en el mismo punto de partida.

Recuperarse de aquella pulmonía le supuso tanto esfuerzo como hacer un largo viaje. Leía mucho y empezó a escribir un diario. Tenía ganas de hablar con alguien, pero todos a su alrededor le parecían banales e insustanciales. Ordenaba que le llevaran a la cama libros de la biblioteca y, además, pedía otros nuevos por correo.

A principios de marzo, salió a dar su primer paseo por el parque y volvió a ver el mundo feo y gris, lleno de putrefacción y de destrucción. No lo consolaba la independencia, ni lo consolaba la Constitución. En el sendero del parque, vio cómo emergía de la nieve fundida un guante de niño de color rojo y, sin razón aparente, aquella imagen quedó grabada profundamente en su memoria. Todo renacía, ciega y persistentemente. La inercia de la vida y de la muerte... La inhumana máquina de la vida...

Los esfuerzos del año anterior para construirlo todo de nuevo habían acabado en nada.

Cuanto mayor se hacía el amo, más horrible le parecía el mundo. Mientras es joven el ser humano se halla ocupado en su propio desarrollo, se esfuerza por progresar y ampliar sus horizontes: desde la cuna hasta las

paredes de la habitación; luego, hasta la casa, el parque, la ciudad, el país, el mundo. Después, cuando ya es un hombre hecho y derecho, le llega el momento de soñar o de algo todavía más grande. Alrededor de los cuarenta se produce una crisis. La juventud, con toda su intensidad, se cansa de su propia fuerza. Una noche o una mañana, el hombre cruza la frontera, alcanza la cima y da el primer paso hacia abajo, hacia la muerte. Entonces, surge la pregunta: ¿bajar orgulloso de cara a la oscuridad o volver la vista a lo que hubo, mantener las apariencias, fingir que no hay oscuridad alguna y que la luz de la habitación se ha apagado?

En ese instante, la imagen del guante rojo, que emergía de la nieve sucia, convenció al amo de que el mayor de los engaños de la juventud consiste en todo su optimismo, en la obstinada fe en que todo cambia, en que todo mejora y en que en todo hay progreso. De repente, se rompió en él el frasco de la desesperación que siempre había llevado en su interior como si fuera cicuta. Miró a su alrededor y descubrió el sufrimiento, la muerte y la putrefacción, aunque eran tan corrientes como la suciedad. Caminó por todo Jeszkotle y vio un matadero judío con carne putrefacta en los ganchos, un mendigo aterido de frío delante de la tienda de Szenbert, un pequeño cortejo de luto que caminaba detrás de un féretro de niño, nubes bajas sobre las bajas casas de la plaza del mercado y una oscuridad que penetraba por todas partes y que ya se había apoderado de todo. Aquella imagen evocaba la inmolación lenta y perpetua a la que todo destino humano, toda vida, es arrojado y convertido en pasto de las llamas del tiempo.

De vuelta al palacio, pasó junto a la iglesia y se desvió hacia ella. No encontró nada. Vio el cuadro de la Virgen de Jeszkotle, pero en la iglesia no había Dios alguno que fuera capaz de devolverle la esperanza.

TIEMPO DE LA VIRGEN DE JESZKOTLE

Encerrada en el marco ricamente ornamentado de su cuadro, la Virgen de Jeszkotle tenía la vista limitada a una parte de la iglesia. Estaba colgada en una nave lateral y, por eso, no podía ver ni el altar, ni la entrada con la pila del agua bendita. La columna le ocultaba el púlpito. Veía solo a las personas que pasaban, de una en una, cuando entraban en la iglesia para rezar, o bien las largas filas que avanzaban hacia el altar para comulgar. Durante la misa observaba decenas de perfiles de personas: de hombres y de mujeres, de viejos y de niños.

La Virgen de Jeszkotle era pura voluntad de socorro de todo lo enfermo o tullido. Era pura fuerza inscrita en la imagen del cuadro por simple milagro divino. Cuando la gente volvía su mirada hacia ella, cuando movían los labios, cuando se apretaban el vientre con la mano o se la colocaban a la altura del corazón, la Virgen de Jeszkotle les daba la fuerza y la energía propias de la salud. Se la daba a todos, sin excepciones, no por piedad, sino porque su naturaleza consistía en otorgársela a quienes la necesitaban. Todo cuanto sucedía después dependía de la gente.

Unos permitían que esta fuerza obrara en ellos y se curaban. Después volvían y adornaban el cuadro con ofrendas: collares, colgantes y reproducciones en miniatura de las partes del cuerpo curadas, fundidas en plata, cobre e incluso oro.

Otros permitían que la fuerza saliera de ellos como si fueran un cántaro roto y que se filtrara en el suelo. Luego perdían la fe en los milagros.

Algo parecido ocurrió con el señor Popielski cuando se presentó ante el cuadro de la Virgen de Jeszkotle. Ella lo vio arrodillarse e intentar rezar.

Pero no podía. Se levantó con rabia y se quedó mirando las valiosas ofrendas y los chillones colores de la pintura sagrada. La Virgen de Jeszkotle percibió lo mucho que él necesitaba una buena y compasiva fuerza para su cuerpo y su alma. Se la dio, la vertió sobre él, lo bañó con ella. Sin embargo, el señor Popielski estaba entonces tan hermético como una esfera de cristal y aquella benévola fuerza resbaló por él hasta el frío pavimento, dejando en la iglesia un delicado temblor apenas perceptible.

TIEMPO DE MICHAŁ

Michał volvió durante el verano del año diecinueve. Fue un milagro, puesto que los milagros son frecuentes en un mundo en el que la guerra ha quebrantado todas las leyes.

El regreso de Michał a casa duró tres meses. Había salido de Vladivostok, un lugar que se encontraba casi en el otro extremo del mundo, una ciudad a orillas de un mar extranjero. Se había liberado del soberano del Este, del rey del caos. Pero Michał, mientras pasaba por el puente, ya no pensaba en nada de todo aquello. Porque todo cuanto existía tras las fronteras de Antaño era turbio e inestable como un sueño.

Estaba enfermo, agotado y sucio. Tenía el rostro cubierto por un bosque de pelos negros y un hervidero de pulgas le corría por el cabello. El destrozado uniforme del ejército derrotado ya no tenía ni un botón y colgaba de su cuerpo como si este fuera un palo. Los brillantes botones, con el águila del zar, los había cambiado por pan. Además, tenía fiebre, descomposición y el angustioso sentimiento de que ya no existía aquel mundo del cual se había ido. Recuperó la esperanza cuando llegó al puente y vio los ríos, el Negro y el Blanco, que continuaban uniéndose en su incesante ceremonia nupcial. Los ríos, el puente y también el calor que desmenuzaba las piedras seguían allí. Desde el puente, Michał vio el molino blanco y los rojos pelargonios en las ventanas.

Delante del molino había una niña jugando, una niña pequeña con gruesas trenzas. Debía de tener tres o cuatro años. La rodeaban unas cuantas gallinas blancas que escarbaban con gran ceremonia. Las manos de una mujer abrieron una ventana. «Ahora viene lo peor», pensó Michał. El sol se reflejó en el cristal que se movía y por un instante le cegó. Michał caminó hacia el molino.

Durmió un día y una noche y en su sueño se puso a contar, uno a uno, todos los días de aquellos últimos cinco años. Su mente cansada y aturdida se equivocaba y vagaba en los laberintos de los sueños y Michał debía empezar a contar una y otra vez. Mientras tanto, Genowefa examinó el uniforme rígido de polvo, tocó su cuello manchado de sudor y hundió las manos en los bolsillos que olían a tabaco. Acarició las hebillas de la mochila, pero no se atrevió a abrirla. Después, colgó el uniforme en la valla para que lo vieran todos los que pasaran junto al molino.

Michał despertó al amanecer del día siguiente. Se quedó contemplando a la niña que dormía y pronunció en voz alta todo cuanto vio:

—Tiene el pelo castaño, espeso. Tiene las cejas oscuras, la piel oscura, las orejas pequeñas, la nariz pequeña... Todos los niños tienen la nariz pequeña. Las manos son rollizas, infantiles, pero las uñas las tiene redondas.

Fue hasta el espejo y se miró. Aquel hombre le parecía un completo extraño.

Salió a dar una vuelta por el molino y acarició la gran rueda de piedra que se movía. Fue sacando con la mano el polvo de la harina y lo saboreó con la punta de la lengua. Metió las manos en el agua, pasó el dedo por el listón de la cerca, olió las flores, hizo girar la rueda del cortapajas. Este chirrió y cortó un manojo de ortigas.

Se metió entre la hierba alta, detrás del molino, y orinó.

Cuando volvió al dormitorio, se atrevió a mirar a Genowefa. No dormía. Ella lo miraba.

—Michał, ningún hombre me ha tocado.

TIEMPO DE MISIA

Misia, como todo ser humano, nació fragmentada, incompleta, a pedazos. Todo eran partes independientes: la mirada, el oído, el entendimiento, el sentimiento, la intuición y las sensaciones. Su pequeño cuerpo se hallaba dominado por impulsos y por instintos. Todo el futuro de Misia debía consistir en recomponer aquella vida y en permitir, posteriormente, su descomposición.

Misia necesitaba a alguien que se colocara frente a ella, que fuera el espejo en el que ella pudiera reflejarse como un todo.

El primer recuerdo de Misia era la visión de un hombre harapiento en el camino del molino. Aquel día a su padre le temblaban las piernas; después, había pasado muchas noches abrazado a los pechos de su madre. Por eso Misia lo trató como a su igual.

Desde aquel momento, sintió que entre un adulto y un niño no existía ninguna diferencia realmente importante. El niño y el hombre adulto son estados pasajeros. Misia observaba atentamente cómo cambiaba ella y cómo cambiaban los demás a su alrededor, pero no sabía hacia dónde se dirigía todo aquello, ni cuáles eran los objetivos de aquellos cambios. Guardaba sus propios recuerdos en una caja de cartón, los de cuando era más pequeña y los de cuando creció: unos peúcos de lana, un gorro pequeñito —más para un puño que para la cabeza de un niño—, una camisita de algodón y su primer vestido. Tiempo después, al cumplir los seis años, empezó a comparar el pie con la botita de lana y a intuir las fascinantes leyes del tiempo.

Misia empezó a ver el mundo tras el regreso de su padre. Antes, todo era borroso y estaba difuminado. Misia no recordaba nada de sí misma que fuera previo al regreso de su padre, como si nunca hubiera existido. Solo

recordaba fragmentos. El molino le parecía ahora una masa enorme y homogénea, sin principio ni fin, sin arriba ni abajo. Más tarde, vio el molino de otro modo, con la razón. Tenía sentido y forma. Le sucedió lo mismo con otras cosas. Antes, cuando Misia pensaba «río», significaba solo algo frío y mojado. Pero, luego, percibió que el río fluía desde algún lugar y hacia algún lugar, que ese mismo río existía antes y después del puente y que había otros ríos... Las tijeras: antes eran un artilugio extraño, complicado y difícil de usar, que mamá utilizaba de una forma mágica. En cambio, desde que su padre se había sentado a la mesa para siempre, Misia vio que las tijeras no eran más que un sencillo instrumento de dos filos e hizo algo parecido con dos palitos planos. Más tarde, intentó ver de nuevo las cosas tal como habían sido antes, pero su padre había cambiado el mundo para siempre.

TIEMPO DEL MOLINILLO DE MISIA

La gente piensa que vive más intensamente que los animales, que las plantas y, sobre todo, más que los objetos. Los animales presienten que viven más intensamente que las plantas y los objetos. Las plantas sueñan que viven más intensamente que los objetos. Pero las cosas duran y el hecho de perdurar es, más que ninguna otra cosa, la vida.

El molinillo de Misia nació de unas manos que unieron madera, porcelana y latón en un mismo objeto. Madera, porcelana y latón que materializaron la idea de moler. Moler granos de café, para después echar agua hirviendo. No hay nadie de quien se pueda decir que inventó el molinillo. Toda creación se debe solamente al recuerdo de aquello que existe fuera del tiempo, o sea, desde siempre. El hombre no es capaz de crear de la nada porque esa es una competencia divina.

El molinillo tiene una abombada panza de porcelana blanca con una cavidad en la que un cajoncito de madera recoge el fruto del trabajo. La panza está cubierta por un sombrerito de latón rematado por un trocito de madera. El sombrero tiene una abertura que se abre y se cierra, donde se echan los crujientes granos de café.

El molinillo vio la luz en un taller de artesanos. Más tarde, fue a parar a una casa donde todas las mañanas molía café. Allí lo sujetaban unas manos, vivas y calientes. Esas manos lo apretaban contra un pecho en el que, bajo el percal o la franela, latía un corazón humano. Después, el ímpetu de la guerra lo sacó de la cocina, de la seguridad de su estantería, y lo transportó en una caja con otros objetos, en bolsas de viaje y en sacos, en vagones de trenes. Vagones en los que la gente, presa del pánico ante la muerte violenta, emprendía la huida. El molinillo, como todas las cosas, se impregnaba de la confusión del mundo: imágenes de trenes ametrallados,

regueros de sangre rezagados, casas abandonadas con cuyas ventanas jugueteaban cada año otros vientos. Absorbía el calor humano de los cuerpos que ya se enfriaban, así como la desesperación de quienes abandonaban lo conocido. Lo tocaban diferentes manos y, todas ellas, lo rozaban con una cantidad incalculable de emociones y de pensamientos. El molinillo se embebía de ellas porque toda materia posee la capacidad de capturar lo que es efímero y pasajero.

Michał lo encontró lejos, allá en el este, y lo escondió como botín de guerra en su mochila militar. Por la noche, cuando hacía un alto en el camino, olía el cajoncito y aspiraba su aroma a seguridad, a café y a hogar.

Misia salía con el molinillo, se sentaba en el banco delante de la casa y le daba vueltas a la manivela. El molinillo iba ligero, era como si jugara con ella. Misia observaba el mundo desde el banco mientras el molinillo giraba y molía el vacío. Un día, Genowefa echó dentro un puñado de granos negros y le mandó molerlos. La manivela ya no giraba con tanta facilidad. El molinillo pareció atragantarse y luego, lenta y sistemáticamente, empezó a funcionar chirriando. Se había acabado el juego. En el trabajo del molinillo había tanta seriedad que nadie se hubiera atrevido a pararlo en aquel momento. Todo él era puro acto de moler. Al final, el olor a café recién molido se unió al molinillo, a Misia y al mundo entero.

Si se fija la atención en un objeto, con los ojos cerrados, para no dejarse engañar por las apariencias con que las cosas se envuelven, si uno se permite cierta desconfianza, es posible llegar a ver su verdadero rostro, al menos por un instante.

Las cosas son entes inmersos en otra realidad, donde no hay ni tiempo ni movimiento. Solo se ve su superficie. El resto, oculto en otro lugar, determina el significado y el sentido de cada objeto material. Por ejemplo, el del molinillo de café.

El molinillo es un trozo de materia al que se le ha infundido la idea de la molienda.

Los molinillos muelen y por eso existen. Pero nadie sabe qué significa realmente un molinillo. Nadie sabe realmente qué significa nada. Tal vez, un molinillo sea tan solo un vestigio de una ley fundamental de la transformación, absoluta y básica, una ley sin la cual este mundo no podría existir o sería totalmente distinto. Tal vez, los molinillos de café sean el eje

de la realidad en torno al cual todo gira y evoluciona; tal vez, sean más importantes para el universo que los propios hombres. Y, tal vez, ese singular molinillo de Misia fuera el pilar central de aquel lugar llamado Antaño.

TIEMPO DEL PÁRROCO

El final de la primavera era la época del año más odiosa para el párroco. Hacia San Juan, el Negro inundaba con insolencia sus praderas.

El párroco era por naturaleza impulsivo e irascible en todo lo relacionado con su dignidad. Por eso, lo arrebatava la ira cuando veía que algo tan inconcreto y lerdo, tan insípido e insensato, tan escurridizo y cobarde se apoderaba de sus praderas.

Junto con el agua, aparecían enseguida las impúdicas ranas, desnudas, repulsivas; se montaban constantemente unas sobre otras y copulaban con embrutecida obstinación. Al hacerlo, emitían unos sonidos inmundos. El diablo debía de tener una voz así: estridente como el croar, chapoteante, ronca de lujuria, temblorosa de deseo insatisfecho. Además de las ranas, en las praderas del cura hacían su aparición las culebras de agua, que se deslizaban y se contorsionaban de una forma tan repugnante que al párroco enseguida le entraban náuseas. Tan solo con pensar que uno de aquellos cuerpos alargados y viscosos podía tocarle un zapato, temblaba de asco, se le contraía el estómago y sufría espasmos. Después, durante mucho tiempo, la imagen de la serpiente se le quedaba grabada en la memoria e invadía sus sueños devastadoramente. En el terreno inundado, también aparecían peces, pero frente a estos el párroco mostraba una actitud más benevolente. Los peces se podían comer. Por tanto, eran un bien de Dios.

Tres breves noches bastaban para que el río se desbordara en las praderas. Tras la invasión, el Negro descansaba, reflejaba el cielo y holgazaneaba un mes entero. Durante ese tiempo, la hierba alta se iba descomponiendo bajo el agua. Cuando el verano era caluroso, en las praderas flotaba un fétido olor a putrefacción.

A partir del día de San Juan, el cura iba todos los días a ver cómo las aguas negras del río inundaban las flores de Santa Margarita, las campanillas de San Roque y la hierbabuena de Santa Clara. En ocasiones, le parecía que las inocentes, azules y blancas cabecitas de las flores, anegadas hasta el cuello, le pedían socorro. Escuchaba sus delicadas vocecitas, parecidas al sonido de las campanillas en el momento de la Elevación del Cuerpo de Cristo. No podía hacer nada por ellas. Se le encendía el rostro y apretaba los puños de pura impotencia.

Rezaba. Empezaba rezándole a san Juan, que santificaba todas las aguas. Pero, durante aquellas oraciones, muchas veces el párroco tenía la sensación de que san Juan no lo escuchaba, ya que andaba ocupado con el equinoccio, las hogueras que encendían los jóvenes, el vodka, las coronas de flores arrojadas al agua por las muchachas y los jadeos nocturnos entre los arbustos. Además, le guardaba rencor a san Juan por permitir que el Negro inundara las praderas todos los años sin excepción. En cierto modo, estaba incluso ofendido con san Juan. Por eso, empezó a rezarle directamente a Dios.

El año que siguió a la mayor de las inundaciones, Dios le dijo al párroco: «Separa el río de las praderas. Trae tierra y levanta un dique de contención que mantenga el río en su cauce.» El cura dio las gracias al Señor y empezó a organizar la construcción del dique. Durante dos domingos, con voz de trueno, clamó desde el púlpito que el río echaba a perder los dones que Dios les enviaba. Los exhortó a la lucha solidaria contra aquel elemento y a proceder de la siguiente forma: un hombre de cada casa del pueblo, dos días a la semana, llevaría tierra y ayudaría a levantar el dique. A Antaño le tocaba los jueves y los viernes, a Jeszkotle los lunes y los martes, a Kotuszów los miércoles y los sábados.

El primer día que le tocaba a Antaño solo se presentaron a trabajar dos campesinos: Malak y Cherubin. El párroco, encolerizado, subió a su calesa y recorrió todas las casas de Antaño. Resultó que Serafin tenía un dedo fracturado, al joven Florian se lo llevaban al servicio militar, en casa de los Chlipala había nacido un niño y a Swiatosz le había salido una hernia.

Al final, el cura no consiguió nada y, desilusionado, volvió a la casa parroquial.

Por la noche, durante sus oraciones, volvió a pedir consejo a Dios. Él le contestó: «Págales.» El cura quedó algo desconcertado con esta respuesta. Sin embargo, como el Dios del párroco en ocasiones se parecía mucho a él, se precipitó a añadir: «Dales como máximo diez groszy por cada jornada porque, de otro modo, no te saldrá a cuenta. Todo el heno no vale más de quince zlotys.»

El cura montó en su calesa, volvió de nuevo a Antaño y contrató a algunos campesinos robustos para construir el dique. Cogió a Jozef Chlipala —que acababa de tener un hijo—, a Serafín —el del dedo fracturado— y a dos jornaleros más.

Solo disponían de un carro y el trabajo no avanzaba. El cura temía que el clima primaveral acabara desbaratando sus proyectos. Metía tanta prisa como podía a los campesinos. Él mismo se arremangaba la sotana y corría entre los jornaleros —cuidando de no ensuciarse sus buenos zapatos de piel—, apuntalaba los sacos y azuzaba al caballo.

Al día siguiente, solo fue a trabajar Serafín, el del dedo fracturado. El cura, furioso, recorrió de nuevo todo el pueblo con su calesa, pero, o bien los trabajadores no estaban en casa, o bien guardaban cama rendidos ante alguna enfermedad.

Ese día, el párroco odió a todos los hombres de Antaño: aquellos hombres perezosos y apáticos que solo pensaban en el dinero. Luego, con gran fervor, se justificó ante el Señor por aquel sentimiento, indigno de un servidor de Dios. De nuevo, pidió consejo a Dios. «Súbeles el sueldo», le dijo Dios. «Dales quince groszy al día y, aunque este año el heno no te aporte beneficios, tus pérdidas se verán recompensadas el próximo año.» Era un sabio consejo. Por fin, el trabajo se puso en marcha.

Primero transportaban en carros la arena de la colina; luego, metían la arena en sacos de yute y los disponían a modo de emplastos por la orilla del río, como si este estuviera herido. Por último, los cubrían de tierra y sembraban hierba.

El párroco observaba con gran regocijo su obra. El río ya estaba totalmente separado del prado. El río no veía el prado. El prado no podía ver el río.

El río ya no intentaba escapar de los límites trazados. Fluía tranquilo, pensativo e impenetrable ante la mirada de la gente. Los prados

reverdecieron a lo largo de ambas orillas, y, más tarde, florecieron los dientes de león.

Las flores, en los prados parroquiales, rezan sin cesar. Rezan todas las flores de Santa Margarita y las campanillas de San Roque, así como los dorados y más comunes dientes de león. A fuerza de oraciones, los cuerpos de los dientes de león se vuelven cada vez menos materiales, cada vez menos dorados, cada vez menos concretos, hasta que, en junio, se transforman en sutiles angelitos. En ese momento, Dios, conmovido por su devoción, envía vientos cálidos que conducen al cielo las angelicales almas de los dientes de león.

Ese año, esos mismos vientos cálidos trajeron lluvias para San Juan. El río empezó a crecer centímetro a centímetro. El párroco no dormía ni comía. Se apresuraba por los prados hacía el dique y miraba el río. Medía el nivel del agua con un palo mientras murmuraba entre dientes blasfemias y oraciones. El río Negro no le hacía el menor caso. Fluía por su ancho cauce, daba vueltas en los remolinos y derrubió las débiles orillas. El 27 de junio empezaron a empaparse de agua los prados parroquiales. El párroco corría por el nuevo dique con su palo y constataba con desesperación que el agua se metía sin dificultad por las grietas, fluía por secretos caminos y sobrepasaba el terraplén. A la noche siguiente, el agua del Negro destruyó el dique y, como cada año, se inundaron los prados.

El domingo, desde el púlpito, el cura comparó los extravíos del río con la labor del diablo. Satanás cada día, hora tras hora, como el agua del río, se apodera del alma humana, declamó. Por tanto, el hombre está obligado a esforzarse constantemente y a levantar terraplenes. Al menor descuido frente a las más cotidianas obligaciones religiosas se debilita ese terraplén y la perseverancia del demonio es comparable a la perseverancia del agua del río. El pecado se filtra poco a poco, fluye y gotea sobre las alas del alma. Y la inmensidad del mal sumerge al hombre hasta que este queda atrapado en sus remolinos y se hunde en el fondo.

Tras aquel sermón, el cura siguió exaltado durante mucho tiempo y sin poder dormir. Pasaba las noches en blanco porque odiaba el Negro. Se decía a sí mismo que era imposible odiar un río, su cauce de aguas turbias; ni siquiera era una planta, ni siquiera era un animal, sino tan solo una parte del

relieve de un terreno. ¿Cómo era posible que él, un cura, pudiera sentir algo tan absurdo? ¡Odiar un río!

Sin embargo, aquello era odio. Ni siquiera se trataba del heno inundado, se trataba de la insensatez y de la estúpida terquedad del Negro, de su falta de tacto, de su egoísmo y de su ilimitada torpeza. Cuando pensaba en el río, la sangre le bullía palpitante en las sienes y el latido de su corazón se aceleraba. Se subía por las paredes. Por la noche, fuera la hora que fuera, se levantaba, se vestía, salía de la casa parroquial y se iba a las praderas. Con el aire frío se tranquilizaba. Entonces, sonreía y se decía: «¿Cómo puede enfurecer a alguien un río, una simple depresión del terreno? Un río es simplemente un río, nada más.» Pero en cuanto llegaba a sus orillas todo empezaba de nuevo. Sentía asco, náuseas y rabia. Con qué ganas lo hubiera cubierto de tierra desde su nacimiento hasta su desembocadura. Y, asegurándose de que nadie lo viera, cortaba una rama de aliso y empezaba a dar latigazos al cuerpo oblongo e impúdico del río Negro.

TIEMPO DE ELI

—Vete. Cada vez que te veo, después no puedo dormir —le dijo Genowefa.

—Y yo no puedo vivir cuando no te veo.

Lo miró con sus ojos claros y grises y de nuevo sintió que tocaba con su mirada el mismísimo centro de su alma. Colocó los cubos en el suelo y se apartó el mechón de la frente.

—Coge los cubos y ven conmigo al río.

—¿Qué dirá tu marido?

—Está en el palacio.

—¿Qué dirán los trabajadores?

—Que me ayudas.

Eli cogió los cubos y empezó a caminar tras ella por el sendero pedregoso.

—Ya eres todo un hombre —dijo Genowefa sin volverse.

—¿Tú piensas en mí cuando no nos vemos?

—Pienso en ti siempre que tú piensas en mí. Cada día. Sueño contigo.

—¡Dios santo! ¿Por qué no pones fin a todo esto? —Eli dejó de repente los cubos en el suelo—. ¿Qué pecado he cometido? ¿Qué pecado han cometido mis padres? ¿Por qué me haces sufrir de esta manera?

Genowefa se paró y bajó la vista.

—Eli, no blasfemes.

Se quedaron callados un momento. Eli volvió a coger los cubos y continuaron caminando. El sendero se fue ensanchando de modo que pudieron seguir andando uno junto al otro.

—No nos vamos a ver nunca más, Eli. Estoy embarazada. Voy a dar a luz en otoño.

—Ese hijo debería ser nuestro hijo.

—Las cosas se han solucionado y se han puesto en su sitio...

—Huyamos a la ciudad, a Kielce.

—... Todo nos separa. Tú eres joven, yo soy vieja. Tú eres judío, yo soy polaca. Tú eres de Jeszkotle y yo de Antaño. Tú eres libre y yo estoy casada. Tú eres puro movimiento y yo ya estoy parada en este lugar.

Habían llegado a la plataforma de madera y Genowefa empezó a sacar la ropa de los cubos. La hundía en el agua fría. El agua oscura arrastraba la blanca espuma del jabón.

—Fuiste tú quien me hizo perder la cabeza —dijo Eli.

—Lo sé.

Ella dejó la ropa y, por primera vez, apoyó la cabeza en el hombro de él. Eli sintió el olor de su pelo.

—En cuanto te vi, me enamoré. Al instante. Un amor así nunca se acaba.

—¿Esto es amor?

Ella no contestó.

—Desde mis ventanas veo el molino —dijo Eli.

TIEMPO DE FLORENTYNKA

La gente se imagina que el origen de la locura es un acontecimiento extraordinario, dramático, un sufrimiento imposible de soportar. Creen que uno se vuelve loco por motivos concretos: por un amor imposible, por la muerte de un ser querido, por la pérdida de bienes, por haber visto el rostro de Dios. La gente también piensa que uno pierde la razón de repente, de golpe, en circunstancias anómalas y que la locura cae sobre uno como una red, una trampa, haciéndole perder la razón y enturbiándole los sentimientos.

En cambio, Florentynka se volvió loca de una forma totalmente normal, e incluso podría decirse que sin razón alguna. Tiempo atrás habría tenido motivos suficientes para volverse loca: cuando su esposo, totalmente borracho, se ahogó en el Blanco; cuando se le murieron siete de sus nueve hijos; cuando sufrió un aborto tras otro o cuando ella misma se los provocó y estuvo a punto de morir dos veces; cuando se le quemó el establo; cuando los dos hijos que habían sobrevivido la abandonaron, se fueron y se perdieron por el mundo.

Florentynka, en aquel entonces, era ya vieja y había vivido lo suyo. Seca como un palo y desdentada, dejaba pasar la vida en una casita de madera cerca de la colina. Por una parte, sus ventanas daban al bosque y, por la otra, al pueblo. A Florentynka todavía le quedaban dos vacas que la mantenían a ella y también a sus perros. Tenía un pequeño huerto lleno de ciruelos agusanados y, junto a la casa, grandes matas de hortensias que florecían en verano.

Florentynka se volvió loca de un modo imperceptible. Al principio, le dolía la cabeza y no podía dormir durante la noche. Le molestaba la luna y les decía a las vecinas que la luna la observaba, que su atenta mirada

traspasaba las paredes y las ventanas, que su resplandor le preparaba emboscadas en los espejos, en los cristales y en los reflejos del agua.

Más tarde, empezó a salir de casa por las noches. Apostada a la puerta de su casa, esperaba a que saliera la luna. Esta asomaba sobre los prados; siempre la misma, aunque adoptara formas diferentes. Florentynka la amenazaba con el puño. La gente veía cómo alzaba su puño al cielo y decía: «Ha perdido la cabeza.»

El cuerpo de Florentynka era menudo y flaco. Pero, tras su fértil periodo de continuos partos, se le había quedado la barriga redondeada y aquello le daba un aspecto ridículo, como si llevara metido un pan redondo bajo la falda. En contrapartida, su fértil periodo de partos no le había dejado ni un diente, de acuerdo con el popular dicho polaco: «Un hijo más, un diente menos.» «Todo se paga en esta vida.» Los pechos de Florentynka, o mejor dicho, lo que el tiempo hace con los pechos de una mujer, eran planos, alargados y se le pegaban al cuerpo. Su piel recordaba el papel de seda con que se envuelven las bolas del árbol de Navidad tras las fiestas. A través de ella, se veían las pequeñas y delicadas venas azules, pálida prueba de que Florentynka seguía viviendo.

Aquellos eran tiempos en que las mujeres morían antes que los hombres, las madres antes que los padres, las esposas antes que sus maridos. Ellas eran el receptáculo del que, desde siempre, había brotado gota a gota la humanidad. Los hijos rompían el cascarón y se asomaban al mundo como polluelos. Después, el huevo debía recomponerse enseguida. Cuanto más fuerte era la mujer, más hijos daba a luz y, por lo tanto, más débil se volvía. Así, el cuerpo de Florentynka, a sus cuarenta y cinco años, y ya liberado del círculo del eterno parto, alcanzó un peculiar nirvana de esterilidad.

Desde que Florentynka se volvió loca, su casa empezó a llenarse de gatos y perros. Al poco tiempo, la gente la empezó a utilizar como remedio para su conciencia y, en lugar de ahogar a las crías de gato o a los cachorros, los arrojaban a aquellas matas de hortensias. Las dos vacas, cual nodrizas, criaban con la complicidad de Florentynka a aquella legión de animales abandonados. Florentynka siempre trataba a estos animales con gran respeto, como si fueran personas. Por la mañana les daba los buenos días y, cuando les dejaba las escudillas con leche, no se olvidaba de decirles

«¡Que aproveche!». Por si fuera poco, no hablaba de ellos como de «perros» o «gatos» porque esto le sonaba como si se refiriese a objetos. Les llamaba «Pérez» o «Gátez», como quien habla de los Malak o los Chlipala.

Florentynka no se consideraba loca ni de lejos. La luna la perseguía como lo hubiera hecho un fanático perseguidor. Una noche sucedió algo extraño.

Florentynka cogió a sus Pérez y se fue a la colina a maldecir a la luna, tal y como hacía siempre que había luna llena. Los Pérez se tumbaron a su alrededor en la hierba y ella gritó al cielo:

—¿Dónde está mi hijo? ¿Cómo lo embaucaste? ¡Sí! ¡Tú! ¡Asquerosa rana plateada y grasienta! ¡Encantaste a mi marido y te lo llevaste al agua! ¿Crees que no te he visto hoy en el pozo? Te he cogido con las manos en la masa, nos has envenenado el agua...

En la casa de los Serafin se encendió una luz y la voz de un hombre gritó en la oscuridad:

—¡Silencio, loca! Queremos dormir.

—Dormid, dormid hasta que os muráis. ¿Para qué nacisteis? ¿Para dormir?

La voz calló y Florentynka se sentó en el suelo y miró la cara plateada de su perseguidora. Estaba agrietada, llena de arrugas, legañosas, con cicatrices de algún tipo de viruela cósmica. Los Pérez se tumbaron en la hierba; en sus ojos oscuros también se reflejaba la luna. Siguieron sentados en silencio, luego la vieja puso una mano en la cabeza de una de las perras, peluda y grande. De pronto, Florentynka percibió en su mente un pensamiento que no era suyo; ni siquiera era un pensamiento, sino la sombra de un pensamiento, una imagen, una sensación. Se trataba de algo ajeno a su mente, no solo porque —tal como lo sentía— viniera del exterior, sino también porque era completamente distinto: monocromático, claro, profundo, sensual y aromático.

En él había un cielo y dos lunas, una junto a otra. Había un río frío y alegre. Había casas, cautivadoras y horribles al mismo tiempo. La linde de un bosque, cuya visión suscitaba una excitación desconocida. En el suelo había ramitas, piedras, hojas llenas de imágenes, de recuerdos. Junto a ellos corrían, como si formaran senderos, reflejos llenos de significado. Bajo tierra, había galerías calientes y vivas. Todo era diferente. Solo los

contornos del mundo seguían siendo los mismos. Entonces, Florentynka comprendió con su mente humana que la gente tenía razón. Se había vuelto loca.

—¿Estoy hablando contigo? —le preguntó a la perra peluda y grande que tenía la cabeza en sus rodillas.

Supo que sí.

Volvieron a casa. Florentynka vertió en un plato los restos de leche de aquella noche. También ella se sentó a comer. Mojaba en la leche un trozo de pan y lo masticaba con las encías desdentadas. Mientras comía, miró a uno de los Pérez e intentó comunicarle algo mediante una simple imagen. Arrojó un pensamiento, imaginando algo parecido a «Existo y como». El perro levantó la cabeza.

Aquella noche, ya fuera por la luna perseguidora o por su propia locura, Florentynka aprendió a hablar con sus perros y sus gatos. Las conversaciones consistían en emitir imágenes. Lo que le enviaban los animales no era tan conciso ni concreto como el lenguaje de los hombres. Al contrario, eran cosas vistas desde el interior, sin la distancia propia del ser humano que conlleva la sensación de aislamiento. El mundo parecía mucho más acogedor.

Lo más importante para Florentynka eran aquellas dos lunas que aparecían en las imágenes de los animales. Lo más sorprendente era que los animales vieran dos lunas y la gente solo una. Florentynka no podía entender eso, y acabó por no intentar siquiera comprender. Las lunas eran diferentes; en cierto sentido, eran incluso antagónicas e idénticas al mismo tiempo. Una era blanda, algo húmeda y tierna. La otra era dura como la plata, tintineaba alegremente y brillaba. Su perseguidora poseía una doble naturaleza y, en consecuencia, Florentynka se sentía mucho más amenazada.

TIEMPO DE MISIA

Cuando tenía diez años, Misia se sentaba en la primera fila porque era la más pequeña en estatura de la clase. La maestra, cuando pasaba junto a los pupitres, siempre le acariciaba la cabeza.

Cuando regresaba de la escuela, Misia recogía en el camino cosas que necesitaba para sus muñecas: cáscaras de castañas para hacer platitos, cascabillos de bellotas para los vasitos y musgo para las almohaditas.

Pero en cuanto entraba en casa, le costaba decidir a qué quería jugar. Por una parte, tenía ganas de coger sus muñecas, ponerles vestidos, prepararles comiditas que no se veían y que, sin embargo, existían. Tenía ganas de envolver sus inmóviles cuerpos en pequeñas mantas y contarles sencillas historias de trapo para dormirlas. Después, cuando las tomaba en brazos, se le quitaban las ganas. Ya no existían ni Karmilla ni Judyt ni Bobasek. Los ojos de Misia observaban aquellos ojos planos dibujados sobre plástico rosado, las mejillas rojizas, los labios eternamente unidos y para los que no existía ningún tipo de alimento. Misia le daba la vuelta a lo que un momento antes había reconocido como Karmilla y le propinaba a ese algo un azote en el culo. Sentía que golpeaba un tejido relleno de serrín. La muñeca no se quejaba, no protestaba. Entonces, Misia la sentaba con la cara de plástico contra el cristal y se olvidaba de ella. Y se iba a trastear en el tocador de mamá.

Era maravilloso acercarse sigilosamente al dormitorio de sus padres y sentarse delante del doble espejo, capaz de mostrar incluso lo que normalmente no puede ser visto: las sombras de los rincones, la parte posterior de la cabeza... Misia se probaba los collares y los anillos, destapaba los perfumes y pasaba mucho tiempo descubriendo los secretos del lápiz de labios. Un día, enfadada particularmente con Karmilla y

compañía, se llevó el pintalabios a la boca y se la pintó de rojo sangre. El rojo de la barra de labios alteró el tiempo y Misia se vio a sí misma al cabo de muchos años, tal y como sería al morir. Se limpió con brusquedad el carmín de los labios y volvió junto a sus muñecas. Tomó en sus manos las rudas manitas rellenas de serrín y les hizo dar silenciosas palmadas.

A pesar de todo, siempre acababa regresando al tocador de su madre. Se probaba sus sujetadores satinados y los zapatos de tacón alto. Se hacía un vestido largo hasta los pies con las enaguas de encaje. Observaba su imagen en el espejo hasta que, de repente, se veía ridícula. «¿No sería mejor ir a coserle un vestido de fiesta a Karmilla?», pensaba, y excitada por esa idea volvía junto a sus muñecas.

Un día, a medio camino entre el tocador de mamá y las muñecas, Misia descubrió un cajón en la mesa de la cocina. En aquel cajón había de todo. Todo un mundo.

En primer lugar, allí se guardaban las fotos. En una de ellas estaba su padre, que vestía un uniforme ruso, con un compañero. Estaban abrazados como buenos amigos. Michał llevaba un bigote de oreja a oreja. Al fondo, se veía el caño de una fuente. En otra, se veían las cabezas de papá y mamá. Mamá con un velo blanco y papá con el mismo bigote negro. La foto de mamá con el pelo corto y una cinta ceñida en la frente acabó siendo la preferida de Misia. Mamá parecía una verdadera princesa. También allí había una foto de Misia. Estaba sentada en el banco, frente a la casa, y con el molinillo en las rodillas. Por encima de ella florecían las lilas.

En segundo lugar, también se encontraba allí el objeto más valioso para Misia: la «piedra lunar», tal como ella la llamaba. Su padre la había encontrado un día en el campo y le había dicho que era distinta a todas las piedras normales. Era casi perfectamente redonda y en su superficie tenía incrustadas pequeñas partículas de algo muy brillante. Parecía un adorno del árbol de Navidad. Misia se la colocaba al lado de la oreja y esperaba algún sonido, una señal de la piedra. Pero aquella piedra del cielo permanecía en silencio.

En tercer lugar, había un termómetro viejo que tenía dentro un tubito de mercurio roto. El mercurio podía andar libremente por el termómetro, sin sentirse coartado por ningún tipo de escala, impasible frente a cualquier temperatura. A veces, se extendía como un riachuelo y luego se quedaba

paralizado, enrollado como una bola, como un animal asustado. A veces, parecía ser negro. Otras veces, era negro, plateado y blanco al mismo tiempo. A Misia le gustaba jugar con el termómetro en el que estaba encerrado el mercurio. Pensaba que el mercurio era un ser vivo. Lo empezó a llamar Chispa. Cuando abría el cajón decía en voz baja:

—¡Buenos días, Chispa!

En cuarto lugar, en aquel cajón se solía dejar la bisutería vieja, rota y pasada de moda, resultado de todas aquellas compras a las que uno no podía resistirse durante las fiestas del pueblo: una cadenita rota de la que había desaparecido la pátina dorada y que ahora descubría un metal gris, un delicado broche de asta, que representaba a la Cenicienta y a los pájaros que la ayudaban a sacar los guisantes de las cenizas. Entre los papeles, relucían abalorios de olvidados anillos comprados en la feria, cuentas de vidrio de diferentes formas y cierres de pendientes. Misia admiraba su sencilla e inútil belleza. Miraba por la ventana a través del vidrio verde de un anillo. El mundo se veía distinto. Precioso. Nunca podía decidirse por el mundo en el que prefería vivir: en el verde, en el de color rubí, en el azul celeste o en el amarillo.

En quinto lugar, había una navaja automática, escondida entre varias cosas para que los niños no la vieran. A Misia le daba miedo aquella navaja, aunque a veces imaginara que podía usarla. Por ejemplo, para defender a papá si alguien quería hacerle daño. La navaja parecía inofensiva. Tenía un mango de ebonita de color rojo oscuro en el que estaba maliciosamente escondido el filo. Misia había visto en una ocasión cómo su padre lo había liberado con el simple gesto de un dedo. Tan solo el clic había sonado como un ataque y a Misia le había producido escalofríos. Por eso, trataba de no tocar ni por casualidad la navaja. La dejaba tranquila en su sitio, en el rincón más profundo, a la derecha del cajón, debajo de las estampitas de los santos.

En sexto lugar, encima de la navaja, las pequeñas estampitas de santos, recogidas durante años, que el cura párroco daba a los niños durante la colecta de Navidad. Todas representaban a la Virgen de Jeshkotle o a un niño Jesús apacentando a un cordero y con una camisa que le quedaba corta. Era rollizo y tenía el pelo rubio y rizado. Misia quería mucho al niño Jesús. Una de las estampitas representaba a Dios, barbudo y arrellanado en

su trono celestial. Dios llevaba en la mano un bastón que parecía quebrado, pero Misia no sabía lo que era. Más tarde, comprendió que aquel Dios sostenía un relámpago y empezó a tenerle miedo.

Entre las estampitas andaba rodando una medalla. No era una medalla común. Estaba hecha con un copec. En una cara tenía estampada la imagen de la Madre de Dios y en la otra un águila extendía sus alas.

En séptimo lugar, en el cajón, castañeteaban unos pequeños huesecitos de cerdo que servían para jugar a la taba. Misia vigilaba a su madre cuando preparaba la gelatina con patas de cerdo para que no tirara los huesecitos. Había que limpiar bien los más regulares y luego tostarlos en el horno. A Misia le gustaba tenerlos en la mano, eran ligeros y se parecían mucho; incluso los de distintos cerdos eran iguales. Cómo era posible, pensaba Misia, que todos los cerdos que se mataban para Navidad o para Semana Santa, todos los cerdos del mundo tuvieran los mismos huesecitos para jugar. A veces, Misia se imaginaba aquellos cerdos vivos y le daban lástima. Pero en su muerte había por los menos algo positivo: quedaban huesecitos para jugar.

En octavo lugar, en el cajón se guardaban las pilas Volta viejas y gastadas. Al principio, Misia ni siquiera las tocaba. Sucedió lo mismo que con la navaja. Su padre le había dicho que todavía podían estar cargadas de energía. Pero la sola idea de energía encerrada en una cajita pequeña y plana le resultaba extraordinariamente curiosa. Le recordaba al mercurio encerrado en el termómetro. Sin embargo, el mercurio se podía ver y la energía no. ¿Cómo es la energía? Misia cogía la pila y la sopesaba un rato con la mano. La energía no era ligera. Aquella pequeña cajita debía de contener mucha energía. Seguramente la habían embutido y aplastado con la yema de los dedos, como la col fermentada de los tarros. Luego, Misia tocaba con la punta de la lengua el alambre dorado y sentía un delicado hormigueo. Aquello significaba que se escapaban de la pila restos de energía eléctrica e invisible.

En noveno lugar, Misia encontraba en el cajón diferentes medicamentos y sabía que estaba absolutamente prohibido metérselos en la boca. Estaban allí las pastillas de mamá y la pomada de papá. Pero lo que despertaba más respeto en Misia eran las píldoras blancas de mamá que estaban en una bolsita de papel. Antes de tomarlas, mamá siempre estaba de mal humor,

irritada, y le dolía la cabeza. Pero después, cuando se las tragaba, se tranquilizaba y empezaba a hacer solitarios.

Allí, justamente y en décimo lugar, estaban las cartas para hacer solitarios y para jugar al remigio. Por una cara, todas parecían iguales, con sus ornamentos vegetales, pero cuando Misia les daba la vuelta aparecía toda una galería de retratos. Observaba durante horas las caras de los reyes y las de las damas. Trataba de analizar las relaciones entre ellos. Sospechaba que, en cuanto cerraba el cajón, ellos empezaban largas conversaciones e incluso, tal vez, discutían por reinos imaginarios. La que más le gustaba era la dama de picas. Le parecía la más bella y la más triste. La dama de picas tenía un marido malo. No tenía amigos. Estaba muy sola. Misia siempre la buscaba en las hileras de los solitarios de mamá. La buscaba también cuando mamá echaba las cartas. Pero mamá examinaba demasiado tiempo las cartas extendidas. Misia se aburría cuando en la mesa no pasaba nada. Se iba a revolver al cajón. Allí había todo un mundo.

TIEMPO DE ESPIGA

En la choza de Espiga, en Wydymacz, vivían una serpiente, un búho y un milano. Vivían en paz y jamás se peleaban. La serpiente tenía su lugar en la cocina, junto al fogón, donde Espiga le ponía una escudilla con leche. El búho se instaló en el desván, en el hueco de una ventana tapiada. Parecía una pequeña estatua. El milano se había metido en la bóveda del techo, en el punto más alto de la casa, pero su verdadera vivienda era el cielo.

Espiga pasaba mucho tiempo domesticando a la serpiente. Le ponía cada día leche e iba desplazando la escudilla cada vez más hacia el interior de la casa. Un día, la serpiente se deslizó hasta sus pies. Espiga la cogió en brazos. El reptil se embriagó con su piel caliente que olía a hierba y a leche. Se enrolló alrededor de su brazo y miró con sus pupilas doradas a los ojos claros de Espiga. Esta le puso el nombre de Dorada.

Dorada se enamoró de Espiga. Su cálida piel calentaba el frío cuerpo de la serpiente y su frío corazón. Dorada anhelaba sus olores, el aterciopelado tacto de su piel, que no se podía comparar con nada en el mundo. Cuando Espiga la tomaba entre sus brazos, le parecía que ella, un reptil común y corriente, se transformaba en algo totalmente distinto, en algo muy importante. Le llevaba los ratones que cazaba, bonitas piedras blancas de la orilla del río o trozos de cortezas, como si se tratara de regalos. Una vez, le llevó una manzana. La mujer se la acercó al rostro entre carcajadas, con una risa que olía a abundancia.

—Ahhh..., tentadora... —le solía decir cariñosamente.

A veces, le tiraba alguna prenda de ropa. Dorada se enroscaba en la tela y se deleitaba con los restos del aroma de Espiga. El reptil la esperaba junto a cualquier camino, adondequiera que fuera vigilaba todos sus movimientos. Espiga, durante el día, le permitía echarse en su cama. La

llevaba alrededor del cuello como si fuera una cadena de plata, se la ajustaba a la cintura, se la ponía como brazalete. Por la noche, cuando ella dormía, Dorada observaba los sueños de la mujer y le lamía furtivamente las orejas.

Dorada sufría cuando la mujer hacía el amor con el Hombre Malo. Sentía que este era ajeno a las personas y a los animales. En esos momentos, se ocultaba entre las hojas o miraba directamente al sol. En el sol vivía el ángel de la guarda de Dorada. Los ángeles de la guarda de las serpientes son los dragones.

En cierta ocasión, Espiga, con la serpiente al cuello, fue a los prados para buscar hierbas junto al Río. Allí encontró al párroco. El cura las vio y retrocedió aterrorizado.

—¡Bruja! —gritó agitando el bastón—. Mantente lejos de Antaño, de Jeszkotle y de todos mis feligreses. ¿Cómo te atreves a pasearte con el diablo en el cuello? ¿Es que no has oído lo que dicen las Escrituras? ¿Qué dijo Dios a la serpiente? «Enemistad pondré entre ti y la mujer, ella te pisará la cabeza y tú le morderás el talón.»

Espiga soltó una carcajada, se levantó la falda y le enseñó su bajo vientre desnudo.

—¡Atrás, atrás, Satanás! —gritó el párroco santiguándose una y otra vez.

En el verano del veintisiete, delante de la cabaña de Espiga, creció una angélica. Espiga no dejó de observarla desde el momento en que brotó de la tierra un pimpollo grasiento, gordo y duro. Vio cómo iba desenvolviendo lentamente sus grandes hojas. El tallo creció todo el verano, día a día, hora a hora, hasta que alcanzó el tejado de la cabaña y abrió sobre ella sus abundantes umbelas.

—Bien, ¿y ahora qué, joven caballero? —le dijo Espiga con ironía—. Te has abierto camino y has trepado tan alto que tus semillas no van a germinar en la tierra, sino en el techo de paja.

El tallo de angélica medía dos metros y sus hojas eran tan inmensas que hasta robaban el sol a las plantas que había a su alrededor. A finales de verano, no había ninguna planta capaz de crecer a su lado. Para San Miguel floreció y, durante algunas noches calurosas, Espiga no pudo dormir por el agridulce aroma que flotaba en el aire. El cuerpo potente y venoso de la

planta se recortaba contra el cielo plateado por la luna. A veces, la brisa pasaba por las umbelas y caían las flores marchitas. Espiga, al oír aquel susurro, se sentaba en la cama apoyándose en un codo y escuchaba con suma atención la vida que latía en la planta. Toda la habitación se llenaba de seductores aromas.

Un día, cuando Espiga finalmente se quedó dormida, apareció ante ella un joven de cabellos rubios. Era alto y fuerte. Sus hombros y sus muslos parecían de madera pulida. Lo iluminaba la luz de la luna.

—Te he estado mirando por la ventana —dijo él.

—Lo sé. Hueles tanto que trastornas a cualquiera.

El joven caminó hasta el centro de la habitación y le tendió los brazos a Espiga. Ella se abrazó a él y apretó su cara contra su pecho fuerte y duro. Él la alzó ligeramente para que sus bocas pudieran encontrarse. Con los ojos entreabiertos, Espiga miró su cara. Era rugosa como el tallo de una planta.

—Te he deseado durante todo el verano —le dijo ella acercándose a su boca que olía a caramelo, a fruta en almíbar, a tierra mojada.

—Y yo a ti.

Se echaron en el suelo y se rozaron como si fueran hierba. Después, el tallo de angélica se colocó a Espiga sobre las caderas y fue arraigándose en ella rítmicamente, profundizando cada vez más, traspasando todo su cuerpo, penetrando sus entrañas, absorbiendo toda su savia. Bebió de ella hasta el amanecer, cuando el cielo se volvió gris y los pájaros empezaron a cantar. De pronto, el tallo de angélica se vio sacudido por un temblor y su duro cuerpo quedó inmóvil, como una madera. Las umbelas susurraron y sobre el cuerpo desnudo y agotado de Espiga cayeron unas semillas secas y punzantes. El joven de cabellos rubios volvió a ocupar su lugar frente a la casa y Espiga anduvo todo el día sacándose del pelo los aromáticos granos.

TIEMPO DE MICHAŁ

Misia había sido bonita desde siempre, desde que la vio por primera vez delante de la casa, jugando con la tierra. Se enamoró de ella al instante. Encajaba perfectamente en aquel desolado y pequeño rincón de su alma. Le ofreció el molinillo de café, aquel trofeo de guerra que había traído desde el este. Junto con el molinillo se entregó a sí mismo a la pequeña, para poder empezar de nuevo.

La vio crecer y perder los primeros dientes, cuyo lugar ocuparían otros nuevos, blancos y demasiado grandes para una boquita tan pequeña. Por las noches, la observaba con un placer sensual cuando se deshacía las trenzas; luego, sus ojos seguían el lento y adormecedor movimiento del cepillo del pelo. El cabello de Misia era al principio de color castaño claro; más tarde, se volvió castaño oscuro. Pero conservó siempre unos reflejos rojos, como la sangre, como el fuego. Michał nunca permitió que se lo cortaran, ni siquiera cuando estuvo enferma y los mechones, apelmazados por el sudor, se le pegaban a la almohada. En aquella ocasión, el médico de Jeszkotle había dicho que tal vez Misia no se salvaría. Michał se desmayó. Se fue escurriendo de la silla y cayó al suelo. Lo que había querido comunicar el cuerpo de Michał al caerse era evidente. Si Misia moría, él también se moriría. Así de claro, literalmente y sin lugar a duda.

Michał no sabía cómo expresar lo que sentía. Creía que quien ama da constantemente. Por eso le hacía regalos inesperados, le buscaba piedras brillantes en el río, le fabricaba caramillos de madera de sauce, le vaciaba cascarones de huevo para jugar, le hacía pajaritas de papel, le compraba juguetes en Kielce. Hacía todo cuanto podía gustar a una niña pequeña. Aunque a él le importaban sobre todo las cosas grandes, bellas y al mismo tiempo duraderas, las relacionadas más intrínsecamente con el tiempo que

con el hombre. Esas cosas debían detener su amor en el tiempo para siempre. Y detener a Misia en el tiempo para siempre. Gracias a ellas, el amor de ambos llegaría a ser eterno.

Si Michał hubiera sido un poderoso monarca, habría construido para Misia un gran palacio bello e indestructible en la cumbre de una montaña. Pero Michał solo era un molinero común y corriente, así que compraba para Misia ropa y juguetes, y le hacía pajaritas de papel.

Misia tenía más ropa que todos los niños de los alrededores. Parecía una pequeña princesa por lo bien que vestía. Tenía muñecas de verdad, compradas en Kielce, muñecas con ojos que parpadeaban y que, al ponerlas boca arriba, emitían un chillido que recordaba el llanto de un niño. Tenía para ellas un cochecito de madera, mejor dicho, no uno sino dos cochecitos. Uno de ellos hasta con capota de quita y pon. Tenía una casa de muñecas de varios pisos y diferentes ositos de peluche. Michał, adondequiera que fuera, siempre pensaba en Misia, siempre la echaba de menos. Nunca le levantó la voz.

—Podrías darle algún azote en el culo —le decía Genowefa quejándose.

La simple idea de golpear ese menudo y confiado cuerpecito, le provocaba a Michał la misma flojedad que aquella tarde que había acabado en desmayo. Por eso, muchas veces Misia huía de su madre enfadada y corría hasta su padre. Se escondía como un animalito debajo de su chaqueta blanqueada de harina. Él se quedaba inmóvil, siempre sorprendido ante su ingenuidad todavía inmaculada.

Cada día, desde que Misia había empezado a ir a la escuela, hacía un breve descanso en el molino para ir hasta el puente y verla regresar. Su pequeña figura aparecía junto a los álamos y aquella visión restituía todo lo que Michał perdía cuando Misia salía por la mañana. Después ojeaba sus cuadernos, le ayudaba con las lecciones. También le enseñaba ruso y alemán. Guiaba su pequeña manita por todas las letras del alfabeto. Le afilaba los lápices.

Más tarde, algo empezó a cambiar. Fue en el año veintinueve. Ya estaba en el mundo Izydor y el ritmo de vida había cambiado. Un día Michał las vio a las dos, a Misia y a Genowefa, tendiendo la colada. Las dos de la misma estatura, con pañuelos blancos en la cabeza y la ropa blanca en las cuerdas: camisas, sujetadores, enaguas. Algunas de aquellas prendas eran

tan solo algo más pequeñas que las otras, que las de mujer. Por un instante, se quedó pensando a quién podrían pertenecer aquellas más pequeñas y, cuando lo comprendió, se quedó tan perplejo como un joven ingenuo. Hasta ese momento las diminutas ropas de Misia le inspiraban ternura. En ese momento, mientras miraba las cuerdas con la colada, algo le dio rabia: que el tiempo corriera tan deprisa... Habría preferido no ver aquella colada de ropa blanca.

Por aquellos días, o tal vez poco después, Genowefa le dijo por la noche, antes de dormir y con voz soñolienta, que Misia ya tenía el periodo. Luego, se durmió abrazada a él y, una vez dormida, empezó a respirar como una mujer vieja. Michał no podía conciliar el sueño. Se quedó acostado, con la mirada perdida en la oscuridad. Cuando por fin se durmió, tuvo un sueño extraño e inconexo.

Soñó que caminaba por la linde de unos campos. A ambos lados crecía el trigo, o tal vez una hierba alta y amarillenta. Vio a Espiga caminando por ella. Llevaba una hoz con la que cortaba las espigas de hierba.

—Mira —le dijo a él—. ¡Sangran!

Él se agachó y vio que era verdad, de los tallos cortados brotaban gotas de sangre. Aquello le pareció poco natural, extraño. Empezó a tener miedo. Quería irse de allí, pero al volverse vio a Misia en la hierba. Llevaba el uniforme del colegio y estaba echada en el suelo con los ojos cerrados. Michał comprendió que había muerto de tifus.

—Está viva —dijo Espiga—. Pero siempre es así, primero hay que morir.

Espiga se inclinó sobre Misia y le dijo algo al oído. Misia despertó.

—Ven, vámonos a casa. —Michał tomó a su hija de la mano e intentó arrastrarla consigo.

Pero Misia era otra, como si todavía no hubiera recobrado el sentido. No lo miraba.

—No, papá, tengo tantas cosas que hacer... No voy a ir contigo.

Entonces, Espiga le señaló con el dedo la boca de Misia.

—Mira, no mueve los labios cuando habla.

En su sueño, Michał comprendió que Misia había sufrido una especie de muerte, una muerte incompleta, pero tan terrible como la verdadera.

TIEMPO DE IZYDOR

El mes de noviembre del año veintiocho fue un mes de lluvias y vientos. Uno de aquellos días, Genowefa empezó a dar a luz a su segundo hijo.

En cuanto llegó Kucmerka, la partera, Michał llevó a Misia a casa de los Serafin. El señor Serafin puso una botella de vodka en la mesa y al rato llegaron otros vecinos. Todos querían beber a la salud del hijo de Michał Niebieski.

En ese preciso instante, Kucmerka calentaba agua y preparaba las sábanas. Genowefa gemía monótonamente y parecía medir la cocina con su constante ir y venir.

En ese preciso instante, en el firmamento otoñal, Saturno se tendió sobre Sagitario como una gran montaña de hielo. El poderoso Plutón, el planeta que ayuda a pasar todas las fronteras, se encontraba en Cáncer. Esa noche atrajo hacia sí a Marte y a la delicada luna. Los sensibles oídos de los ángeles percibieron en la armonía de los ocho cielos un sonido estridente, un sonido parecido al de una taza que cae y se rompe en mil pedazos.

En ese preciso instante, Espiga, que acababa de barrer su habitación, se puso en cuclillas en un rincón, sobre un manojo de heno del año anterior. Empezó a dar a luz. Duró unos minutos. Dio a luz a un bebé grande y hermoso. Y en la habitación empezó a oler a angélica.

En ese preciso instante, en casa de los Niebieski, cuando la cabecita ya asomaba, Genowefa empezó a tener problemas. Se desmayó. Kucmerka, aterrorizada, abrió la ventana y gritó en la oscuridad:

—¡Michał! ¡Michał! ¡Venid, por favor...!

Pero el viento apagó su voz y Kucmerka comprendió que debía apañárselas sola.

—¡Eres una debilucha..., no una mujer! —le gritaba a la mujer desmayada para darse ánimos a sí misma—. ¡Tú has nacido para bailar, no para parir! Esta es capaz de asfixiar al niño, lo va a asfixiar...

Y abofeteó a Genowefa.

—¡Dios mío! ¡Empuja, empuja...! —insistía.

—¿Es una niña? ¿Un niño? —preguntó Genowefa delirando. El dolor la había reanimado y empezó a empujar.

—¿Niño, niña...? ¿Cuál es la diferencia? Venga, venga... ¡Ya falta poco...!

El niño resbaló hasta las manos de Kucmerka y Genowefa se desmayó de nuevo. Kucmerka se dedicó a atender al niño. Este empezó a llorar muy flojito.

—¿Una niña? —se reanimó Genowefa.

—¿Una niña, una niña...? —la imitaba la partera—. ¡Eres una inútil! ¡Vaya mujer estás hecha!

Algunas mujeres entraron en la casa jadeando.

—Id y decidle a Michał que tiene un hijo —ordenó Kucmerka.

Al niño le pusieron de nombre Izydor. Genowefa, por su parte, estaba realmente mal. Tenía fiebre, no podía darle el pecho al niño. Deliraba y gritaba que le habían cambiado al niño. Cuando por fin se recuperó, dijo enseguida:

—Dadme a mi hija.

—Tenemos un hijo —le contestó Michał.

Genowefa estuvo mirando durante mucho tiempo al bebé. Era un niño, grande y pálido. Los finos párpados transparentaban sus azules venas. Su cabeza parecía demasiado grande, demasiado gruesa. Era muy nervioso, lloraba, se sobresaltaba con el menor sonido, se ahogaba en llantos y era imposible calmarlo. Lo despertaba el simple crujido del suelo o el tictac del reloj.

—Eso le pasa por tomar leche de vaca —le decía Kucmerka—. Tienes que empezar a darle el pecho.

—No tengo leche, no tengo leche —gemía Genowefa—. Hay que encontrarle cuanto antes una nodriza.

—Espiga ha dado a luz.

—No quiero que sea Espiga —dijo Genowefa.

Encontraron una nodriza en Jeszkotle. Era una judía a quien se le había muerto uno de sus gemelos. Michał tenía que llevarla hasta el molino dos veces al día.

Aunque aquella mujer lo amamantara, Izydor siguió llorando. Genowefa pasaba las noches enteras con el niño en brazos, de aquí para allá, por la cocina, por la habitación. También probó a acostarse e ignorar el llanto, pero entonces se levantaba Michał y en silencio, para no importunar el sueño de Misia, envolvía al pequeño en una manta y lo sacaba afuera, bajo el cielo estrellado. Se llevaba al niño a la colina o al camino del bosque. Al mecerlo y con el olor de los pinos, el niño se tranquilizaba. Pero en cuanto Michał regresaba y cruzaba el umbral de la casa, de nuevo se echaba a llorar.

A veces, Michał simulaba dormir para mirar con los ojos entrecerrados a su mujer cuando se colocaba frente a la cuna y observaba al niño. Lo miraba impasible y fría, como si fuera una cosa, un objeto y no una persona. El niño, como si sintiera aquella mirada, lloraba a lágrima viva, con gran desconsuelo. Michał no sabía qué se les pasaba por la cabeza, tanto a la madre como al hijo, pero una noche Genowefa le confesó en voz baja:

—Este no es nuestro hijo. Es el hijo de Espiga. Kucmerka me dijo que era «una niña», de eso me acuerdo. Después algo debió suceder. Puede que Espiga engañara a Kucmerka de alguna manera, porque cuando me desperté había un niño.

Michał se sentó y encendió la lámpara. Vio la cara de su mujer empapada de lágrimas.

—Geno —le dijo cariñosamente—, no puedes pensar eso. Este es Izydor, nuestro hijo. Se parece a mí. Además, queríamos un niño.

Los restos de aquella breve conversación nocturna quedaron flotando en casa de los Niebieski. Ahora, eran ambos quienes observaban al niño. Michał buscaba parecidos y Genowefa, a escondidas, contaba los dedos de su hijo, le miraba la piel de la espalda, le examinaba la forma de las orejas. Y cuanto mayor se hacía el niño, más razones iba encontrando para convencerse de que no era suyo.

Cuando llegó su primer cumpleaños, Izydor todavía no tenía ni un diente. Apenas sabía sentarse y no había crecido mucho. Estaba claro que

todo su crecimiento se reducía a la parte de la cabeza. Aunque la carita seguía siendo pequeña, la cabeza de Izydor crecía a partir de la línea de las cejas, a lo largo y a lo ancho.

En la primavera del año treinta fueron a Taszów, a ver al médico.

—Puede ser hidrocefalia, lo más seguro es que el niño se muera. No se puede hacer nada.

Las palabras del médico fueron la fórmula mágica que despertó en Genowefa el amor que había sido congelado por la sospecha.

Empezó a querer a Izydor como se puede querer a un perro o a un animalito herido y desamparado. Con la más pura misericordia humana.

TIEMPO DEL SEÑOR POPIELSKI

El señor Popielski tuvo una buena racha en los negocios. Cada año conseguía tener un estanque más en su piscifactoría. Sus carpas eran enormes, gordas y se metían solas en la red cuando les llegaba la hora. Al amo le encantaba pasear por sus viveros, dar vueltas a su alrededor, mirar el agua y después el cielo. Aquella abundancia de peces le calmaba los nervios. Los estanques le permitían encontrar cierto sentido a la vida. Cuantos más estanques, más sentido. La mente del señor Popielski, dedicada a los estanques, se mantenía ocupada con el trabajo: hacer planes, proyectos, llevar la contabilidad, crear, estudiar soluciones. Era posible pensar continuamente en los estanques, de modo que su mente no se desviara por oscuras y frías regiones, ni se lo tragarán sus ciénagas.

Por la noche, el señor Popielski dedicaba su tiempo a la familia. Su mujer, delgada y delicada como un ácoro, lo acribillaba constantemente con problemas que a él le parecían pequeños e insignificantes. Que si el servicio doméstico, que si una fiesta, que si la escuela de los niños, que si el coche, que si el dinero, que si el orfanato. Por la noche, además, se sentaba en el salón con él y con su monótona voz iba sofocando la música de la radio. Años atrás, cuando ella le daba masajes en la espalda, el amo era feliz. Pero, ahora, los escuálidos dedos de su mujer se dedicaban a pasar la página, cada hora, del libro que leía desde hacía un año. Sus hijos crecían y él cada vez sabía menos de ellos. La presencia de su hija mayor, con sus labios gruesos y despectivos, lo importunaba; le resultaba una persona extraña e incluso hostil. Su hijo se había vuelto silencioso y miedoso, ya no se sentaba en sus rodillas ni le tiraba del bigote. Su hijo menor, el preferido, el mimado, a veces se ponía terco y le daban rabietas.

En el año treinta y uno, el señor Popielski, su esposa y sus hijos fueron a Italia. A la vuelta de las vacaciones, el señor Popielski comprendió que al fin había encontrado su pasión. En el arte. Empezó a coleccionar álbumes de pintura, y más tarde empezó a ir a Cracovia, cada vez con más frecuencia, para comprar cuadros. Es más, invitaba a artistas a su palacio, organizaban tertulias y bebían juntos. Al amanecer, los llevaba a los estanques y les enseñaba los enormes cuerpos aceitinados de sus carpas.

Al año siguiente, el señor Popielski se enamoró locamente de Maria Szer, una pintora jovencita de Cracovia, entusiasta del futurismo y del tachismo. Como suele suceder con las pasiones repentinas, en su vida empezaron a multiplicarse las coincidencias significativas, la cantidad de conocidos casualmente comunes y la necesidad de hacer viajes imprevistos. Gracias a Maria Szer, el señor Popielski se enamoró del arte moderno. Su amante era como el futurismo y el tachismo. Estaba llena de energía y de locura, aunque en algunos aspectos era lúcida como el diablo. Su cuerpo era liso y duro, como una escultura. Sus mechones rubios se le pegaban a la frente cuando trabajaba con algún lienzo enorme. Era lo contrario de la esposa del señor Popielski. Junto a ella, su mujer recordaba el clásico paisaje del siglo XVIII: lleno de detalles, armonioso y dolorosamente estático.

A sus treinta y ocho años, el señor Popielski sintió que había descubierto el sexo. Era un sexo salvaje y loco, como el arte moderno, como Maria Szer. Junto a la cama, en el taller, había un espejo muy grande, donde se reflejaba el proceso de transformación de Maria Szer y del señor Popielski en mujer y hombre, respectivamente. Se reflejaban las sábanas revueltas, la piel de carnero y los cuerpos desnudos manchados de pintura; los gestos de sus caras, los pechos desnudos, los miembros, las espaldas con estelas de carmín corrido por el sudor.

Cuando regresaba de Cracovia y se dirigía al palacio en su coche nuevo, el señor Popielski urdía planes para fugarse con su Maria a Brasil o a África. Pero, una vez cruzado el umbral de su casa, se alegraba de que todo estuviera en su lugar, fijo y seguro, sin riesgo alguno.

Tras seis meses de locura, Maria Szer le anunció al amo que se iba a América. Le dijo que allí todo era nuevo y estaba lleno de fuerza y energía. Que allí la vida podía crearse como una obra futurista. Tras su partida, el

señor Popielski contrajo una extraña enfermedad de variados síntomas, a la que llamó artritis para facilitar las cosas. Pasó un mes en cama, donde con toda tranquilidad pudo entregarse a su sufrimiento.

Guardó cama un mes, no tanto a causa del dolor ni de la debilidad, sino porque de nuevo le invadió todo lo que había intentado olvidar durante los últimos años, es decir, que el mundo se acababa, que la realidad se derrumbaba como un árbol carcomido, que el moho corrompía a la materia desde su misma base, que todo sucedía sin razón alguna y que nada tenía sentido. Su cuerpo, que también se derrumbaba, capituló. Su voluntad se rindió. El tiempo que mediaba entre el momento de tomar una decisión y el de realizar la acción correspondiente se dilató hasta el punto de llegar a ser infranqueable. La garganta del señor Popielski estaba hinchada, como atorada. Todo aquello significaba que todavía estaba vivo, que en su cuerpo ciertos procesos seguían su curso, que la sangre circulaba y que su corazón latía. «Se ha apoderado de mí», pensó, e intentó, desde la cama, fijar la vista en algún objeto. Pero su mirada se hizo pegajosa: revoloteaba por los muebles de la habitación y se paraba como una mosca. ¡Blop! —se posó en un montón de libros que el amo había ordenado comprar y que no leía—. ¡Blop! —un bote de medicinas—. ¡Blop! —una mancha en la pared—. ¡Blop! —la vista del cielo tras la ventana—. Le cansaba mirar a las personas a la cara. Le parecían tan vivas, tan ágiles. Era necesario estar muy atento para mirarlas y el señor Popielski no tenía fuerzas para eso. Apartaba la vista.

El señor Popielski tenía la sensación intensa y horrible de que el mundo pasaba de largo por su lado, con todo lo que contenía de bueno y de malo: el amor, el sexo, el dinero, la exaltación, los viajes a lugares lejanos, los cuadros hermosos, los buenos libros, la gente maravillosa. Todo discurría junto a él. Su tiempo iba pasando. Un día, en un momento de repentina desesperación, le entraron ganas de pegar un salto de la cama y salir volando hacia alguna parte. Pero ¿adónde y para qué? Se hundía entre los almohadones mientras las ganas de llorar le sofocaban.

La primavera trajo de nuevo una esperanza de salvación. Cuando empezó a caminar, a decir verdad, con bastón, estuvo en su estanque preferido y se hizo a sí mismo una primera pregunta: «¿De dónde vengo?», se revolvió inquieto, «¿de dónde he salido?, ¿dónde está mi origen?»

Regresó a casa e hizo un gran esfuerzo por leer. Sobre la antigüedad y la prehistoria, sobre los restos arqueológicos y la cultura cretense. Sobre antropología y heráldica. Pero toda esa sabiduría no le condujo a nada. Entonces, se hizo una segunda pregunta: «¿Qué es lo que realmente se puede saber?, ¿cuáles son las ventajas cuando se adquiere sabiduría?, ¿se puede conocer algo por completo?» Pensaba y pensaba, y los sábados discutía este tema con Pelski, con quien jugaba al bridge. Ni aquellas discusiones ni aquellas meditaciones resolvieron nada. Con el tiempo, acabó por no tener ganas ni de abrir la boca. Sabía de antemano qué diría Pelski y lo que él mismo respondería. Tenía la sensación de que hablaban continuamente de lo mismo; que repetían sus respectivos papeles como si actuaran; que eran como mariposas nocturnas, se acercaban a una lámpara y después huían frente al peligro de quemarse. Al final, se hizo una tercera pregunta: «¿Cómo hay que obrar?, ¿cómo vivir?, ¿qué hacer y qué no hacer?» Leyó *El príncipe* de Maquiavelo, los libros de Thoreau, de Kropotkin, de Kotarbinski. Durante todo el verano leyó tanto que casi no salía de su habitación. Inquieta, la señora Popielski se acercó una noche a su escritorio y dijo:

—Dicen que el rabino de Jeszkotle es curandero. He ido a su casa y le he pedido que venga. Ha aceptado.

El amo sonrió, desarmado ante la ingenuidad de su esposa.

Sin embargo, la conversación no fue tal y como él había imaginado. El rabino, que no hablaba polaco, llegó acompañado de un joven judío. El señor Popielski no tenía ganas de confiar sus sufrimientos a aquel par de extraños. Por tanto, le hizo al viejo sus tres preguntas; aunque, a decir verdad, no esperaba respuesta. El joven judío con *peot* tradujo las frases polacas, lógicas y claras, a la embrollada y gutural lengua del rabino. Este dejó sorprendido al amo.

—Coleccionas preguntas. Eso está bien. Tengo para tu colección una pregunta más, la última: ¿Adónde nos dirigimos?, ¿cuál es el objetivo del tiempo?

El rabino se levantó. Al despedirse, con un gesto muy cortés, le tendió la mano al señor. Instantes después, ya en la puerta, dijo algo incomprensible que el joven le tradujo:

—El tiempo de algunas tribus está llegando a su fin. Por eso te voy a dar algo que ahora deberías poseer tú.

Al señor le divirtió el tono misterioso y la gravedad del judío. Pero por primera vez, desde hacía meses, cenó con apetito y bromeó con su mujer.

—Te fías de cualquier brujería para curarme la artritis. Como puedes ver, la mejor medicina para los problemas de articulaciones es un viejo judío que contesta una pregunta con otra.

Para cenar había carpa con gelatina.

Al día siguiente, el joven con *peot* volvió a casa del amo y le llevó una caja de madera bastante grande. Él la abrió lleno de curiosidad. Dentro había varios compartimentos. Uno de ellos contenía un libro antiguo con el título parcialmente en latín: *Ignis fatuus o Juego educativo para un solo jugador*.

En otro compartimento, forrado de terciopelo, había un dado de madera de ocho caras. Cada cara tenía grabada una serie de puntos, del uno al ocho. El señor Popielski nunca había visto un dado igual. Los demás compartimentos contenían figuras pequeñas de latón: de personas, de animales y de objetos. Debajo, encontró un trozo de tela plegado y raído por los bordes. Cada vez más sorprendido por el extraño regalo, extendió la tela en el suelo, de forma que esta ocupó casi todo el espacio libre que había entre el escritorio y las estanterías llenas de libros. Era una especie de parchís o de juego chino, en forma de gran laberinto circular.

TIEMPO DEL AHOGADO CHOPCHAF

El Ahogado es el alma de un hombre al que llamaban Chopchaf. Se ahogó en el estanque un día de agosto, cuando el vodka que se había tomado le diluyó demasiado la sangre. Volvía de Wola con su carro. De repente, los caballos se espantaron con las sombras de la luna y volcaron el carruaje. El hombre cayó en aguas poco profundas y los caballos, avergonzados por su conducta, se marcharon. El calor de agosto mantenía tibias las aguas en la orilla del estanque y para Chopchaf resultaba agradable estar tendido allí. No se dio cuenta de que se moría. Cuando el agua tibia penetró en los pulmones de Chopchaf, que seguía ebrio, este gimió, pero no despabiló.

El alma aturdida y carente de absolución, atrapada en el cuerpo embriagado y sin un mapa que la guiara hasta Dios, se quedó como un perro junto al cuerpo que se enfriaba entre los juncos.

Un alma así, ciega y desamparada, siempre se obstina en regresar a su cuerpo porque no conoce otro modo de existir. Sin embargo, echa de menos el país del que procede, donde había estado siempre y desde el cual la empujaron hacia el mundo de la materia. Se acuerda de él, lo rememora, se lamenta y lo echa de menos, pero no sabe cómo volver allí. Olas de desesperación la sublevaran. Abandona el cuerpo que se está corrompiendo y busca el camino por su cuenta. Vagabundea por las encrucijadas, por los caminos, y cuando pasan carros aprovecha la ocasión y se sube en ellos. Adopta diferentes formas. Penetra en los objetos y en los animales, a veces incluso en gente poco lúcida, pero ya nunca consigue encontrar su lugar. Está desterrada del mundo material y tampoco la quieren en el mundo de las almas. Porque para entrar en este es necesario un mapa.

Tras esas desesperadas migraciones, el alma vuelve al cuerpo o al lugar donde lo abandonó. Pero el cuerpo frío y muerto es para ella lo mismo que

los escombros de una casa para un hombre vivo. El alma intenta poner en movimiento el corazón muerto y mover los párpados inertes, pero carece de fuerza o de determinación. Conforme al orden divino, el cadáver dice «no». El cuerpo del hombre se convierte en una casa odiosa, y el lugar de su muerte, en la odiosa prisión del alma. El alma del ahogado susurra entre las cañas, se enmascara de sombras y, a veces, le toma prestada a la niebla alguna forma para intentar contactar con la gente. No entiende por qué la gente la evita ni por qué causa terror.

Del mismo modo, el alma de Chopchaf creía, en su confusión, que seguía siendo Chopchaf.

Con el tiempo, el alma de Chopchaf experimentó cierto desencanto y desgana hacia todo lo humano. Se le enmarañaban restos de viejos recuerdos, imágenes tanto de hombres como de animales. Estaba segura de que reviviría de nuevo el momento de la catástrofe, el instante de la muerte de Chopchaf, o de cualquier otro, y que eso le permitiría liberarse. Por eso deseaba tanto espantar a los caballos, volcar un carro y ahogar a algún hombre. Así fue como el alma de Chopchaf engendró a Ahogado.

Ahogado estableció su residencia en un estanque del bosque donde había un dique y un pequeño puente, y también en todo el bosque llamado Wodenica, así como en los prados, desde la Papelera hasta Wydymacz, donde solía haber abundante niebla. Vacío y sin pensamiento alguno, vagaba por sus tierras. Solo el encuentro ocasional con un hombre o un animal despertaba en él un sentimiento de ira. En esos momentos, su existencia cobraba sentido. Intentaba hacer daño a toda costa al ser que había encontrado, en mayor o menor grado, pero hacerle daño.

Ahogado seguía descubriendo en sí nuevas posibilidades. Primero creyó que era débil y vulnerable, que era algo parecido a un remolino de viento, a la niebla poco espesa, a un charco de agua. Después descubrió que, mediante un simple pensamiento, podía moverse más rápido de lo que nadie hubiera podido imaginar. Con solo pensar en un lugar, al momento podía estar allí. En un abrir y cerrar de ojos. Descubrió también que la niebla le obedecía, que la podía manipular como le apeteciera. Podía tomar de ella la fuerza o la forma, podía mover capas enteras de la misma, tapar con ellas el sol, difuminar el horizonte, prolongar la noche. Ahogado se convenció de

que era el Dueño de la Niebla y desde ese momento empezó a considerarse exactamente eso, el Dueño de la Niebla.

El Dueño de la Niebla se sentía mejor bajo el agua. Se pasaba años enteros echado en su lecho, en su fondo de lodo y hojas podridas. Observaba desde las profundidades del agua las sucesivas estaciones del año, seguía los pasos del sol y de la luna. Desde allí veía la lluvia, las hojas que caían en otoño, los veraniegos bailes de las libélulas, la gente que se bañaba, las palmeadas y anaranjadas extremidades de los patos salvajes. A veces algo lo sacaba de ese sueño insomne, a veces no. Pero él no analizaba nada. Seguía existiendo.

TIEMPO DEL VIEJO BOSKI

El viejo Boski pasó toda su vida en el tejado del palacio. El palacio era grande y el tejado era enorme, lleno de chaflanes, vertientes y caballetes. Estaba totalmente cubierto de preciosas tejas de madera. Era un tejado que, desplegado y extendido en el suelo, habría cubierto todos los campos que poseía Boski.

Boski dejó las tierras al cuidado de su mujer y de sus hijos. Tenía tres hijas y un hijo, Paweł, inteligente y fornido. Todas las mañanas, el viejo subía al tejado y cambiaba las tejas que estaban podridas o carcomidas. Su trabajo no tenía fin. Tampoco tenía principio, ya que Boski no empezaba por un lugar concreto y no avanzaba en una dirección concreta. Examinaba el tejado de madera de rodillas, metro a metro, moviéndose de aquí para allá.

A mediodía, su mujer le llevaba la comida en una fiambarrera. Unas veces, le ponía sopa de harina de centeno y patatas; otras, alforfón con torreznos y cuajada; o bien, col y patatas. El viejo Boski no bajaba a comer. Le colocaban la fiambarrera en el mismo cubo atado a una cuerda en el que subían las tejas de madera.

Boski comía y, mientras masticaba, miraba el mundo que lo rodeaba. Desde el tejado del palacio veía los prados, el río Negro, los tejados de Antaño y las figuras humanas, tan pequeñas y frágiles que al viejo Boski le entraban ganas de barrerlas del mundo de un soplido, como si fueran basura. Mientras pensaba esto se llenaba la boca con otra cucharada de comida y en su cara tostada por el sol aparecía una mueca parecida a una sonrisa. A Boski le gustaba ese momento del día, ver aquella imagen de gente esparcida por todas partes. A veces, se imaginaba algo diferente: su aliento se convertía en un huracán, arrancaba los tejados de las casas,

derribaba los árboles y arrasaba los huertos. El agua invadía la llanura y la gente construía barcas a toda prisa para salvar sus vidas y sus bienes. En la tierra se abrían cráteres que arrojaban puro fuego. El vapor que producía la lucha entre el fuego y el agua salía disparado hacia el cielo. Temblaban los cimientos y al final todo se derrumbaba, como el tejado de una casa vieja. La gente ya no era importante. Boski destruía el mundo.

Tragaba un bocado y suspiraba. La visión se desvanecía. Se liaba un cigarrillo y miraba lo que le quedaba más cerca: el patio del palacio, el parque y la fosa, los cisnes y el estanque. Veía los carruajes que llegaban y, años más tarde, los coches. Desde el tejado, veía sombreros de señoras, calvas de señores, al amo cuando volvía de montar a caballo, a la señora Popielski que siempre andaba a pasos cortos y a la frágil y delicada señorita con sus perros que despertaban terror en el pueblo. Veía el incesante y bullicioso ir y venir de gente, sus gestos y sus caras al saludarse y al despedirse, gente que entraba y salía, que hablaba y escuchaba.

Pero ¿qué le importaba a él toda aquella gente? Terminaba de fumarse su cigarro y su mirada siempre acababa regresando a las tejas de madera para pegarse a ellas como una lapa, para alimentarse de ellas hasta la saciedad. De nuevo pensaba en cómo cortar y tallar las tejas. Así terminaba su descanso para comer.

La mujer recogía la fiambarrera que bajaba en el extremo de la cuerda y regresaba a Antaño por el prado.

TIEMPO DE PAWEŁ BOSKI

Paweł, el hijo del viejo Boski, quería llegar a ser alguien «importante». Temía acabar, si no hacía algo enseguida, siendo tan «insignificante» como su propio padre, acabar poniendo tejas en algún tejado y para siempre. Por eso, cuando tenía dieciséis años, abandonó su casa —donde reinaban sus feas hermanas— y empezó a trabajar para un judío de Jeszkotle. El judío se llamaba Aba Kozienicki y comerciaba con madera. Al principio, Paweł trabajó como simple leñador, cortando y cargando, pero debió de gustarle a Aba, porque al poco tiempo le confió la responsabilidad de marcar y clasificar los troncos.

Paweł Boski siempre miraba hacia el futuro, incluso cuando clasificaba la madera. El pasado no le interesaba. Le entusiasmaba la sola idea de poder modelar el futuro, de influir en todo lo que sucediera. En ocasiones, pensaba en los mecanismos que lo regían todo. Si hubiera sido hijo de los Popielski, los amos del palacio: ¿habría sido la misma persona?, ¿habría pensado de la misma forma?, ¿le habría gustado también Misia Niebieski?, ¿habría querido ser enfermero igualmente, o tal vez habría deseado llegar más alto y ser médico o profesor de universidad?

Sin embargo, el joven Boski sí estaba seguro de algo: del poder de la educación. La cultura y la formación estaban al alcance de todos. Claro que a otros les resultaba más fácil, a aquellos Popielski y demás gente por el estilo. Y no era justo. Pero, por otra parte, él también podía estudiar, aunque con mayor esfuerzo. Él debía ganarse la vida y, además, ayudar a sus padres.

Cuando salía del trabajo, iba a la biblioteca municipal y cogía libros. La biblioteca municipal tenía grandes carencias. Faltaban enciclopedias y diccionarios. Las estanterías estaban llenas de títulos como *Las hijas de los*

reyes, Sin dote, es decir, libros para mujeres. En casa, escondía entre las sábanas los libros que cogía prestados. No le gustaba que sus hermanas le tocaran sus cosas.

Sus tres hermanas eran grandes, corpulentas y torpes. Sus cabezas parecían pequeñas. Tenían la frente estrecha y el cabello espeso y rubio. Como la paja. La más guapa era Stasia. Cuando se reía, sus blancos dientes relucían en su rostro moreno. Pero la desfavorecían un poco sus feas y patosas piernas. Tosia, la mediana, estaba ya comprometida con un campesino de Kotuszów y Zosia, grande y fuerte, pronto iba a irse a servir nada menos que a Kielce. Paweł estaba contento de que se fueran, aunque no le gustaban ni su casa ni sus hermanas.

Odiaba la suciedad que se colaba por las rendijas de la vieja cabaña de madera, entre las tablas del suelo e incluso debajo de las uñas. Odiaba el hedor del estiércol de vaca que, nada más entrar en el establo, impregnaba la ropa. Odiaba el penetrante olor de las patatas hechas al vapor para los cerdos porque invadía toda la casa y todos sus objetos, el pelo y la piel. Odiaba el dialecto pueblerino que hablaban sus padres y que a veces contagiaba su propio lenguaje, la tela rústica, los muebles rústicos, las cucharas de tosca madera, los desabridos cuadros de santos, las piernas gordas de sus hermanas. A veces era capaz de acumular todo ese odio en algún lugar cercano a las mandíbulas y entonces sentía una gran fuerza interior. Sabía que conseguiría todo cuanto deseara, que progresaría y que nadie sería capaz de detenerlo.

TIEMPO DEL JUEGO

El laberinto dibujado en el lienzo se componía de ocho zonas o círculos llamados Mundos. Cuanto más cerca del centro, tanto más intrincado parecía el laberinto y tantos más callejones sin salida y caminos que no llevaban a ninguna parte había en él. Por el contrario, las zonas exteriores daban una impresión más clara, espaciosa, y las sendas del laberinto parecían allí más anchas y menos caóticas, como si invitaran a adentrarse. La zona que se hallaba en el centro del laberinto, la más oscura y enmarañada, se llamaba Primer Mundo. Alguna mano inexperta había trazado con tinta una flecha junto a ese mundo y había escrito: «Antaño.» «¿Por qué Antaño?», se extrañó el señor Popielski. «¿Por qué no Kotuszów, Jeszkotle, Kielce, Cracovia, París o Londres?» Un complicado dédalo de pequeños senderos, encrucijadas, bifurcaciones y campos llevaba confusamente hacia la entrada del siguiente círculo, llamado Segundo Mundo. Comparado con el tupido centro, en este había algo más de espacio. Había dos salidas que llevaban hacia el Tercer Mundo, y el señor Popielski comprendió rápidamente que en cada mundo habría dos veces más salidas que en el anterior. Con la punta de la pluma estilográfica contó cuántas salidas había exactamente desde la última zona del laberinto. Había 128.

El librito *Ignis fatuus o Juego educativo para un solo jugador* contenía simplemente las instrucciones del juego escritas en latín y en polaco. El amo las hojeó página por página y todo le pareció muy complicado. Las instrucciones describían ordenada y respectivamente las diversas posibilidades al tirar el dado, todos los movimientos y funciones de las figuras y cada uno de los Ocho Mundos. La descripción parecía incoherente y estaba llena de digresiones, tanto que al final pensó que tenía ante sí la obra de un loco.

«El juego es una especie de camino a lo largo del cual se suceden repetidamente diversas posibilidades de elección», dictaban las primeras palabras. «Las posibles opciones se cumplen automáticamente, pero a veces el jugador tiene la sensación de que toma decisiones de forma razonada y consciente. Eso puede atemorizarlo puesto que se siente responsable del destino escogido y de lo que allí halle.

»El jugador ve su camino como grietas en el hielo: líneas que se bifurcan, giran y cambian de rumbo a un ritmo vertiginoso. O como un relámpago en el cielo que busca su camino por el aire de forma imprevisible. Un jugador que crea en Dios dirá: “Es la Providencia”; o bien: “Es la mano de Dios”, esa omnipotente y poderosa extremidad del Creador. Si, por el contrario, no cree en Dios dirá: “Es casualidad”; o bien: “Es una simple coincidencia.” A veces el jugador usará las palabras “mi libre albedrío”, pero seguramente lo dirá en voz baja y sin convencimiento.

»El Juego es el mapa de una fuga. Empieza en el centro del laberinto. Su objetivo es pasar por todas las zonas e irse liberando de las cadenas de los Ocho Mundos.»

El señor Popielski hojeó la complicada descripción de las figuras y las estrategias del inicio del Juego. Y llegó a la descripción del Primer Mundo:

«En el principio no existía Dios alguno. No había ni tiempo, ni espacio. Solo había luz y oscuridad. Era perfecto.»

Tuvo la sensación de conocer ya aquellas palabras.

«La luz se agitó en su interior y resplandeció. Un haz de luz irrumpió en las tinieblas y encontró allí la materia, inmóvil desde toda la eternidad. Acometió contra ella con toda su fuerza y en ella despertó a Dios. Todavía confundido, todavía inseguro de lo que Él mismo era, Dios miró a su alrededor y, no viendo a nadie aparte de Él, se reconoció como Dios. Innombrable e inconcebible para Sí mismo, deseó conocerse. Cuando se contempló a Sí mismo por primera vez, fue pronunciado el Verbo. Y Dios creyó que el conocimiento consistía en nombrar.

»Y he aquí que el Verbo rueda desde la boca de Dios y se rompe en mil pedazos que se convierten en las semillas de diversos Mundos. A partir de ese instante, los Mundos crecen y Dios se refleja en ellos como en un espejo. Analiza Su reflejo en los Mundos y cada vez se ve y se conoce más

y mejor. Este conocimiento lo enriquece y, por tanto, enriquece también a los Mundos.

»Dios se va conociendo con el transcurso del tiempo, porque solamente lo inaccesible e inestable se asemeja a Dios. Se conoce a través de las rocas calientes que emergen del mar, a través de las plantas enamoradas del sol, a través de todas las generaciones de animales. Cuando hace su aparición el hombre, Dios experimenta un deslumbramiento. Por primera vez y en Sí mismo, aprende a nombrar la delicada línea entre la noche y el día, esa sutil frontera donde lo claro empieza a ser oscuro y lo oscuro, claro. Desde entonces, se mira a Sí mismo con los ojos del hombre. Ve en Sí mismo mil rostros y se los va probando como si fueran máscaras. Como un actor, por un instante, se convierte en su máscara. Alza sus plegarias hacia Sí mismo con las bocas de los hombres y descubre en Sí mismo la contradicción: el reflejo del espejo es real y la realidad pasa a ser reflejo.

»“¿Quién soy?”, pregunta Dios. “¿Hombre o Dios? ¿Ambos a la vez o ninguno de ellos? ¿Fui Yo quien creó a los hombres o ellos a Mí?”

»Se siente seducido por el hombre. A tientas, se aproxima al lecho de los amantes y encuentra allí el amor. A tientas, se aproxima al lecho del anciano y encuentra allí el paso del tiempo. A tientas, se aproxima al lecho del moribundo y encuentra allí la muerte.»

«¿Por qué no intentarlo?», pensó el señor Popielski. Volvió al mismo principio del libro y dispuso frente a él las figuras de latón.

TIEMPO DE MISIA

Misia se fijó en que el chico alto y de cabellos claros de la familia Boski la miraba en la iglesia. Luego, cuando terminaba la misa y salía, él estaba allí fuera, mirándola, contemplándola. Misia sentía sus ojos como un vestido incómodo. Tenía miedo de moverse con naturalidad y de respirar profundamente. La oprimía.

Y así fue durante todo el invierno, desde la Misa del Gallo hasta Semana Santa. Desde que empezó a hacer calor, Misia iba todas las semanas a la iglesia cada vez más ligera de ropa. Y notaba todavía más intensamente la mirada de Paweł Boski. En Corpus Christi su mirada alcanzó la nuca desnuda y sus hombros descubiertos. Misia sintió que era muy tierna y agradable, como las caricias de los gatos, como las plumas, como el polen de las cerrajas.

Un domingo, Paweł Boski fue hasta Misia y le preguntó si podía acompañarla a casa. Ella aceptó.

Habló durante todo el camino y todo cuanto le decía la dejaba asombrada. Le dijo que era pequeña como un lujoso reloj suizo. Misia jamás se había considerado pequeña. Le dijo que sus cabellos tenían el color de la variedad más cara del oro. Misia siempre había creído tener el pelo castaño. Le dijo también que su piel olía a vainilla. Misia no se atrevió a confesar que había estado preparando un pastel.

Todo en las palabras de Paweł Boski redescubría a Misia de nuevo. Volvía luego a casa y no conseguía trabajar en nada. Sin embargo, no pensaba en Paweł sino en sí misma: «Soy una chica guapa. Tengo los pies pequeños como una china. Tengo el pelo bonito. Sonrío de una forma muy femenina. Huelo a vainilla. Desea volver a verme. Soy una mujer.»

Antes de las vacaciones, Misia le dijo a su padre que no iba a volver a la Escuela de Profesores de Taszów, que no tenía cabeza ni para las cuentas ni para la caligrafía. Todavía seguía siendo amiga de Raquel Szenbert, pero sus conversaciones eran diferentes. Iban juntas al bosque por el Gran Camino. Raquel intentaba convencer a Misia de que no dejara la escuela. Le prometía ayudarla en aritmética. Pero Misia solo hablaba a Raquel de Paweł Boski. Raquel la escuchaba como una buena amiga, pero su opinión era otra.

—Yo me casaré con un médico o algo parecido. Y no tendré más de dos niños para guardar la línea.

—Pues yo solo voy a tener una hija.

—Misia, intenta aguantar hasta los exámenes finales.

—Quiero casarme.

Por ese mismo camino iba Misia de paseo con Paweł. Cuando estaban cerca del bosque se cogían de la mano. La mano de Paweł era grande y caliente, la de Misia pequeña y fría. Se salían del Gran Camino y se metían en algún sendero del bosque. Entonces, Paweł se paraba y esa mano fuerte y grande atraía a Misia hacia él, que olía a jabón y a sol. Misia se transformaba; era delicada, sumisa, frágil. Aquel hombre de camisa blanca, almidonada, le parecía enorme. Ella apenas le llegaba al pecho. Dejaba de pensar. Aquello era peligroso. Recuperaba la lucidez cuando sus pechos ya estaban desnudos y la boca de Paweł recorría su vientre.

—No —decía ella.

—Tienes que casarte conmigo.

—Lo sé.

—Voy a pedir tu mano.

—Bien.

—¿Cuándo?

—Dentro de poco.

—¿Estará de acuerdo? ¿Tu padre estará de acuerdo?

—No hay nada con lo que estar de acuerdo. Quiero casarme contigo y ya está.

—Pero...

—Te quiero.

Misia se arreglaba el pelo y volvían al Gran Camino como si nunca se hubieran desviado.

TIEMPO DE MICHAŁ

A Michał no le gustaba Paweł. Tal vez fuera guapo, pero eso era todo. Cuando Michał miraba sus anchos hombros, sus fuertes piernas bajo los pantalones de montar y sus resplandecientes botas de oficial, sentía el dolor de ser viejo y de estar arrugado como una pasa.

En aquella época, Paweł iba a su casa muy a menudo. Se sentaba a la mesa y cruzaba las piernas. La perra, Pepona, olfateaba con el rabo entre las patas las lustrosas botas de oficial cuya caña era de piel de perro. Hablaba del negocio de madera que tenía con Aba Kozienicki, de la escuela para enfermeros en la que se había inscrito, de sus grandes planes de futuro. Miraba a Genowefa y sonreía todo el tiempo. Era posible ver entera su dentadura blanca y perfecta. Genowefa se mostraba encantada. Paweł le llevaba pequeños regalos y ella, ruborizada, colocaba las flores en un jarrón. El celofán de la caja de bombones crepitaba.

«Qué inocentes son las mujeres», pensaba Michał.

Tenía la sensación de que su Misia ya formaba parte, como un simple objeto, de los ambiciosos planes de futuro de Paweł Boski. Solo por interés: porque era su única hija, prácticamente su única hija —Izydor no contaba—. Porque iba a tener una dote considerable, porque era de una familia más acomodada, porque era diferente y delicada, vestía bien y era elegante.

Michał, en ocasiones y como quien no quiere la cosa, sacaba a relucir ante su mujer y su hija al viejo Boski: que si en toda su vida no había dicho más de cien o doscientas palabras, que si había pasado todo su tiempo en el tejado del palacio... O a las hermanas de Paweł: que si tenían defectos, que si eran feas...

—El viejo Boski es un buen hombre —decía Genowefa.

—¿Y qué? Uno no tiene la culpa de cómo sean sus hermanos —añadía Misia, y miraba significativamente a Izydor—. En todas las familias hay alguno así...

Michał simulaba leer el periódico cuando su emperifollada hija se iba al baile con Paweł el domingo por la tarde. Antes, se emperifollaba durante una hora delante del espejo. Michał veía cómo se retocaba las cejas con un lápiz oscuro de su madre y cómo, a escondidas, se pintaba delicadamente los labios. Veía cómo revisaba el efecto del sujetador colocándose de perfil frente al espejo y cómo se rociaba por detrás de las orejas su primer perfume de violetas, el que había pedido al cumplir los diecisiete. Michał no abría la boca cuando Genowefa e Izydor la miraban por la ventana.

—Paweł me ha recordado lo de la boda. Me ha dicho que quiere pedir su mano —dijo Genowefa un domingo.

Michał ni siquiera la dejó acabar de hablar.

—No, es demasiado joven. Tenemos que enviarla a Kielce, a una escuela mejor que la de Taszów.

—Pero ella no quiere seguir estudiando. Quiere casarse. ¿Es que no lo ves?

Michał empezó a negar con la cabeza.

—No, no, no. Es demasiado pronto. ¿Para qué quiere tener ya marido y niños? Primero que disfrute de la vida... ¿Dónde van a vivir? ¿Dónde va a trabajar Paweł? Pero si él también estudia... No, no, no, hay que esperar.

—¿Esperar a qué? ¿A que sea necesario casarlos a toda prisa y a la fuerza?

Entonces Michał inventó lo de la casa. Que le construiría a su hija una casa grande y cómoda en un buen terreno. Y que le plantaría un huerto, le haría un sótano, e, incluso, un jardín. Una casa para que Misia no tuviera que irse, para que pudieran vivir todos juntos. Contaría con suficientes habitaciones para todos y sus ventanas darían a los cuatro puntos cardinales. Sobre los cimientos, se levantarían los muros, con la base hecha de arenisca y el resto de auténticos ladrillos; luego, los revestiría por el exterior con la mejor madera. Y tendría una planta baja y un primer piso y una buhardilla y una planta en el sótano y un porche con vidrieras y un balcón para que Misia viera pasar la procesión por el campo durante el Corpus Christi. En

esa casa Misia podría tener muchos niños. Habría también un cuarto para la sirvienta, puesto que Misia debería tener una criada.

Al día siguiente, comió antes de lo normal y anduvo por Antaño buscando un lugar para la casa. Pensó en la Colina del Abejorro. También pensó en los prados del Blanco. Mientras caminaba, calculaba que la construcción de una casa como esa duraría por los menos tres años. Y ese tiempo retrasaría la boda de Misia.

TIEMPO DE FLORENTYNKA

El Sábado de Gloria, Florentynka fue a la iglesia con uno de sus perros para bendecir la comida. Puso en el cesto un frasco de leche, con la que se alimentaban ella y sus Pérez, porque era lo único que tenía en casa. Tapó el frasco con hojas frescas de rábano picante y de vincapervinca.

En Jeszkotle, los cestos con las viandas bendecidas suelen ponerse en el altar lateral de la Virgen de Jeszkotle. La mujer debe ocuparse de la comida, no solo de prepararla sino también de bendecirla. Dios, que es también hombre, tiene en la cabeza cosas más importantes: guerras, cataclismos, conquistas, expediciones lejanas...

La gente llevaba los cestos hasta el altar lateral de la Virgen de Jeszkotle y esperaba en los bancos a que saliera el cura con el hisopo. Todos se sentaban distanciados entre sí y en silencio, porque el Sábado de Gloria la iglesia está oscura y silenciosa como una cueva, como un refugio antiaéreo de hormigón, como la tumba del asesinado Hijo de Dios.

Florentynka fue hasta el altar lateral con su perro, el que se llamaba Chivo. Dejó el suyo entre los demás cestos. En los otros había salchichas, pasteles, rábanos con nata, huevos pintados y pan blanco, crujiente y esponjoso. ¡Ay, qué hambre tenía Florentynka y qué hambre tenía su perro!

Florentynka observaba el cuadro de la Virgen de Jeszkotle y vio una sonrisa en aquel rostro de piel delicada. Chivo olfateó un cesto y sacó un trozo de salchicha.

—Tú colgada ahí arriba, Señora mía, sonriendo mientras el perro se te come las ofrendas —dijo Florentynka a media voz—. A veces es difícil para los hombres entender a los perros. Tú, Señora, seguro que entiendes por igual a los animales y a los hombres. Seguro que hasta entiendes los pensamientos de la luna...

Florentynka suspiró.

—Voy a rezarle a tu marido. Tú vigílame al perro.

Ató al perro en la barandilla que había frente al maravilloso cuadro y entre los cestos que habían tapado con servilletas de hilo.

—Enseguida vuelvo.

Encontró un lugar en la primera fila, entre las emperifolladas mujeres de Jeszkotle. Estas se apartaron un poco y se miraron con complicidad unas a otras.

Mientras tanto, el sacristán que cuidaba de la iglesia se acercó hasta el altar lateral de la Virgen de Jeszkotle. Aunque enseguida advirtió cierto movimiento, por un instante sus ojos no lograron unir las piezas de aquel mosaico. Cuando comprendió que hacía rato que un perro sarnoso, grande y repugnante revolvía los cestos de comida bendecida, le flaquearon las piernas y se le subió la sangre a la cabeza. Pasmado ante aquel sacrilegio, se abalanzó para echar de allí al desvergonzado animal. Agarró la cuerda del perro y con las manos temblándole de indignación trató de deshacer el nudo. Pero le llegó del cuadro una voz queda de mujer:

—¡Deja a ese perro! ¡Se lo estoy cuidando a Florentynka de Antaño!

TIEMPO DE LA CASA

Cavaron los fundamentos tras trazar un perfecto cuadrado. Sus lados correspondían a los cuatro puntos cardinales.

Michał, Paweł Boski y los trabajadores levantaron las paredes, primero de piedra y luego de troncos.

Empezaron a llamar a aquel lugar «casa» cuando acabaron las bóvedas del sótano, pero solo se convirtió en una casa de verdad cuando coronaron el tejado. Porque una casa empieza a serlo cuando sus paredes encierran en sí un trozo de espacio, y ese espacio cerrado constituye el alma de la casa.

La edificaron en dos años. Pusieron el clásico adorno en el tejado durante el verano del treinta y seis y se hicieron una foto delante de la casa.

La casa tenía varias piezas en el sótano. En una había dos ventanas a ras de suelo: iba a ser al mismo tiempo despensa y cocina de verano. En la segunda también había una ventana en lo alto y la reservaron como pequeño almacén, lavadero y como cuarto para almacenar las patatas. En la tercera no había ventanas y en todo caso podía servir de trastero. Debajo de este, Michał mandó cavar un cuartucho más, el último, pequeño y frío, para el hielo y cualquier eventualidad.

La planta baja era alta en realidad, porque estaba construida sobre una base de piedra. Se accedía a ella por unas escaleras con barandilla de madera. Había dos entradas. Una de ellas daba al camino y llevaba directamente del porche al gran zaguán, que conducía a las habitaciones. La segunda entrada estaba en un pequeño vestíbulo que daba paso a la cocina. Esta tenía una ventana grande y, justo en la pared de enfrente, un fogón de cerámica de azulejos azules —que la propia Misia había escogido en Taszów— y en el que pusieron herrajes y ganchos de latón. En la cocina había tres puertas: una que daba a la habitación más grande, otra a las

escaleras y otra a un dormitorio. Las estancias de la planta baja se comunicaban entre ellas de forma que, si se abrían todas las puertas, se podía pasar trazando un círculo imaginario.

Las escaleras del recibidor daban al primer piso, donde esperaban ser terminadas cuatro habitaciones más.

Una última planta coronaba la construcción: la buhardilla, a la que se accedía por unas estrechas escaleras de madera. Aquel espacio fascinaba al pequeño Izydor porque tenía ventanas que daban a los cuatro puntos cardinales.

En el exterior, la casa estaba revestida de tablas, colocadas como si fueran escamas de pez. Había sido idea del viejo Boski, que también había hecho el tejado, tan bonito como el del palacio. Delante de la casa crecía un arbusto de lilas. Estaba allí desde antes de que se construyera la casa. Y por aquel entonces ya se reflejaba en los cristales de la casa. Debajo de las lilas pusieron un banco. Y allí se paraba la gente de Antaño y admiraba la casa. Nadie en los alrededores había construido una casa tan bonita. Hasta el señor Popielski fue a caballo hasta allí y le dio a Paweł Boski unas palmadas en la espalda. Y Paweł lo invitó a la boda.

Un domingo, Michał fue a buscar al cura de la parroquia para bendecir la casa. El cura se paró en el porche, admiró la obra y mostró su aprobación.

—Le has construido a tu hija una casa preciosa —le dijo a Michał.

Paweł los miró por encima del hombro.

Finalmente, llevaron los muebles. La mayoría de ellos los había hecho el viejo Boski, pero otros los habían traído en carro desde Kielce. Por ejemplo, un reloj de péndulo, un aparador para el comedor y una mesa redonda de roble y con las patas talladas.

A Misia se le entristecían los ojos cuando miraba los alrededores de la casa. La tierra llana y gris estaba cubierta con la misma hierba seca que crecía en los barbechos. Por eso, Michał compró árboles para Misia. Y en tan solo un día preparó en torno a la casa algo que con el tiempo llegaría a ser un huerto. Manzanos, perales, ciruelos y nogales. En el mismo centro del huerto plantó dos manzanos gemelos, la variedad de árbol cuyo fruto tentó a Eva.

TIEMPO DE LA SEÑORA PAPUG

Tras la muerte de su madre, las bodas de sus hermanas y la de Paweł con Misia, Stasia Boski se quedó sola con su padre.

Era difícil vivir con el viejo Boski. Siempre estaba descontento y era agresivo. A veces le pegaba cruelmente cuando se retrasaba la comida. En esas ocasiones, Stasia se iba a los groselleros, se agazapaba entre las matas y lloraba. Intentaba llorar en silencio para que su padre no se irritara todavía más.

Cuando Boski supo por su hijo que Michał Niebieski había comprado un terreno para construirle una casa a su hija, no pudo conciliar el sueño. Unos días después cogió todos sus ahorros y también compró tierra, justamente al lado de la de Michał. Y decidió construir allí una casa para Stasia. Había pensado en aquello durante mucho tiempo, sentado en el tejado del palacio. «¿Por qué Michał Niebieski puede construir una casa para su hija y yo, el señor Boski, no puedo?», reflexionaba. «¿Por qué no iba a poder yo construir una casa?»

Y Boski empezó a construir una casa.

Trazó con un palo un rectángulo en la tierra, y al día siguiente empezó a cavar los cimientos. El señor Popielski le concedió unas vacaciones, las primeras vacaciones que Boski había tenido en toda su vida. Después, transportó de los alrededores piedras grandes y pequeñas, blancas rocas de cal que fue colocando encajadas en la fosa que había cavado. Todo eso duró un mes. Paweł iba a ver a Boski, su padre, y se quejaba de las obras.

—¿Qué hace, padre? ¿De dónde saca el dinero? Haga usted el favor de no ponerse en ridículo y no me construya en las narices una especie de gallinero.

—¿Ya se te empiezan a subir los humos? Le estoy construyendo una casa a tu hermana.

Paweł sabía que no existía ningún modo de convencer a su padre, así que al final acabó por llevarle madera con su carro.

En adelante, las casas empezaron a crecer casi paralelamente. Una era grande y estaba bien hecha, con ventanas enormes y espaciosas habitaciones. La otra era pequeña, quedaba pegada a la tierra, inclinada, y tenía unas ventanas minúsculas. Una estaba en terreno abierto, con el bosque y el Río al fondo. La otra metida en la cuña que formaban el Gran Camino y el sendero de Wola, escondida entre los arbustos de grosellas y de lilas salvajes.

Mientras Boski estuvo ocupado en la construcción de la casa, Stasia vivió más tranquila. Por la mañana, tenía que dar de comer a los animales y después preparaba la comida. Primero iba al campo para arrancar patatas de la tierra arenosa. Soñaba con la posibilidad de encontrar un tesoro debajo de las matas, joyas envueltas en un trapo o una lata con dólares. Más tarde, cuando pelaba las menudas patatas, se imaginaba que era una curandera y que las patatas eran personas enfermas que iban a su casa; ella les quitaba las enfermedades y les limpiaba los cuerpos de todas sus inmundicias. Al final, metía las patatas peladas en agua hirviendo e imaginaba que cocía el elixir de la felicidad y que, tras bebérselo, su vida cambiaría definitivamente. En el Gran Camino la vería un médico o un abogado de Kielce, la colmaría de regalos y la amaría como a una princesa.

Por eso el hecho de hacer la comida requería tanto tiempo.

Imaginar es en suma crear, es el puente que reconcilia a la materia con el espíritu. Especialmente cuando se practica a menudo y de forma intensiva. La imagen se transforma en una gota de materia y se incorpora a la corriente de la vida. A veces, por el camino, algo en ella se deforma y cambia. Por eso, todos los deseos humanos se cumplen si son lo suficientemente fuertes. Aunque no siempre del todo, ni tal y como uno esperaba.

En cierta ocasión, cuando Stasia arrojaba delante de la casa un cubo de agua sucia, vio a un desconocido. Y todo fue tal y como en sus sueños. Él se acercó a ella y le preguntó por el camino a Kielce, y ella se lo indicó. Pasadas unas horas, volvió y de nuevo se encontró con Stasia, que llevaba a

hombros una pértiga con dos cubos. Él la ayudó y estuvieron hablando un rato. La verdad es que no era abogado ni médico, sino un obrero que trabajaba en la instalación de las líneas telefónicas de Kielce a Taszów. Con Stasia se mostró alegre y seguro de sí mismo. Quedaron para pasear el miércoles y para ir a bailar el sábado. Curiosamente, al viejo Boski le gustó. El forastero se llamaba Papug.

A partir de aquel día la vida de Stasia siguió un curso totalmente distinto. Stasia se abrió como una flor. Solía ir a Jeszkotle, hacía las compras en la tienda de los Szenbert y todos podían verla con Papug, que la llevaba en su calesa. En otoño del treinta y siete, Stasia se quedó embarazada, y en Navidad se casaron. Se convirtió en la señora Papug. La humilde recepción de la boda tuvo lugar en la única sala de la isba recientemente terminada. Al día siguiente, el viejo Boski levantó en el centro una pared de madera y, de este modo, partió la casa por la mitad.

En verano, Stasia tuvo un niño. La línea telefónica ya había llegado lejos, fuera de las fronteras de Antaño. Papug aparecía solo los domingos, cansado y exigente. Le ponían nervioso las caricias de su mujer y le fastidiaba tener que esperar por la comida. Después, empezó a ir solo cada dos domingos, y para Todos los Santos desapareció del todo. Había dicho que tenía que visitar las tumbas de sus padres y Stasia le creyó.

Mientras lo esperaba para la cena de Nochebuena, vio su reflejo en el cristal que la noche había transformado en espejo y comprendió que Papug se había ido para siempre.

TIEMPO DEL ÁNGEL DE MISIA

Mientras Misia daba a luz a su primer hijo, el ángel le mostró Jerusalén.

Misia estaba acostada en la cama de su habitación, entre sábanas blancas, envuelta en el olor del suelo recién fregado con lejía, protegida del sol por unas cortinas de reps ornadas de azucenas. Con ella estaba el médico de Jeszkotle, la enfermera, Genowefa, Paweł, que esterilizaba constantemente todos los utensilios, y el ángel, a quien nadie podía ver.

A Misia se le confundían las ideas. Estaba cansada. Los dolores le llegaban sin previo aviso y no era capaz de controlarlos. Se dormía, se quedaba semidormida, soñaba despierta... Le daba la sensación de que era pequeña como un grano de café y que caía en la tolva de un molinillo enorme, como un palacio. Se precipitaba por su negro abismo hasta llegar al engranaje de la máquina de moler. Le dolía. Su cuerpo se transformaba en polvo.

El ángel observaba los pensamientos de Misia y, aunque en realidad no entendía en qué consistía el dolor, se compadecía de su cuerpo. Por eso, se llevó el alma de Misia por unos momentos a un lugar totalmente distinto. Le enseñó Jerusalén.

Misia vio la enorme extensión de un desierto. Era del color del ante y se ondulaba como si se moviera. En aquel mar de arena, en una suave hondonada, había una ciudad. Era circular y la rodeaban unas murallas que tenían cuatro puertas. La primera era la de Leche, la segunda la de Miel, la tercera la de Vino y la cuarta la de Aceite. Todas las puertas tenían un camino que conducía al interior de la ciudad. Por la primera arreaban a los bueyes, por la segunda conducían a los leones, por la tercera llevaban a los halcones y por la cuarta pasaba la gente. Misia se vio de pronto en el centro

de la ciudad, en la plaza empedrada en la que se hallaba la casa del Salvador. Se detuvo frente a la entrada.

Alguien llamó a la puerta desde el interior y Misia, extrañada, preguntó: «¿Quién es?» «Soy yo», contestó una voz. «Sal», repuso ella. Entonces, salió Jesús y la abrazó contra su pecho. Misia sintió el olor de la tela con la que iba vestido. Se pegó a su camisa de lino y sintió lo amada que era. Era amada por Jesús y por todo el universo.

Pero en ese momento el ángel de Misia, que la velaba continuamente, la arrancó de los brazos de Jesús y la arrojó de vuelta al cuerpo que estaba dando a luz. Misia suspiró y nació su hijo.

TIEMPO DE ESPIGA

Durante la primera luna llena de otoño, Espiga arrancaba raíces de plantas medicinales: jabonera, consuelda, cilantro, achicoria y malva blanca. Muchas de ellas crecían junto al estanque de Antaño. Por la noche, Espiga cogía a su hija y se iban juntas al bosque y al campo.

En cierta ocasión, cuando pasaban por la Colina del Abejorro, vieron la encorvada silueta de una mujer rodeada de perros. La luz plateada de la luna se reflejaba en la coronilla de todos.

Espiga caminó en dirección a la mujer llevando consigo a Ruta. Se acercaron a la viejecita. Los perros gruñían nerviosos.

—Florentynka —le dijo Espiga en voz baja.

La mujer se volvió de cara a ellas. Sus ojos habían perdido el color, estaban como desteñidos. Su cara recordaba una manzana marchita. Por la escuálida espalda le caía una trenza blanca y mustia.

Se sentaron en la tierra, al lado de la viejecita. Y, al igual que ella, contemplaron la cara de la luna. Era grande, redonda y se mostraba satisfecha de sí misma.

—Me quitó a mis niños, sedujo a mi marido y a mí me ha confundido el entendimiento —se quejó Florentynka.

Espiga suspiró profundamente y miró directamente a la luna.

De repente uno de los perros aulló.

—Yo tuve un sueño —dijo Espiga—. La luna llamó a mi ventana y dijo: «No tienes madre, Espiga, y tu hija no tiene abuela, ¿no?» «No», dije. Y continuó: «En el campo vive una mujer solitaria a quien hace tiempo perjudiqué, ya ni siquiera sé por qué. Ella no tiene hijos ni nietos. Ve donde está y dile que me perdone. Yo ya soy vieja y mi espíritu está agotado.» Eso

me dijo. Y después añadió: «La encontrarás en la Colina. Desde allí me insulta cada mes, cuando muestro toda mi plenitud ante el mundo.» Entonces le pregunté: «¿Por qué quieres que ella te perdone? ¿Qué te importa a ti el perdón de una persona?» Y ella contestó: «Porque los sufrimientos humanos esculpen oscuras arrugas en mi cara. Y llegará un día en que me apagaré a causa del dolor de los hombres.» Eso me dijo y por eso he venido.

Florentynka dirigió una penetrante mirada a los ojos de Espiga.

—¿Todo eso es verdad?

—Es verdad. Es la pura verdad.

—¿Quiere que la perdone?

—Sí.

—¿Para que tú seas mi hija y ella mi nieta?

—Eso me dijo.

Florentynka alzó la cara al cielo y en sus pálidos ojos algo brilló.

—Abuelita, ¿cómo se llama este perro grande? —preguntó la pequeña Ruta.

Florentynka parpadeó.

—Chivo.

—¿Chivo?

—Sí, acarícialo.

Ruta estiró la mano con precaución y la puso en la cabeza del perro.

—Es mi primo. Es muy inteligente —dijo Florentynka, y Espiga vio que rodaban lágrimas por sus arrugadas mejillas.

—La luna es solo la máscara del sol. Se la pone cuando sale por la noche para vigilar el mundo. La luna tiene muy mala memoria y nunca recuerda lo sucedido un mes atrás. Todo se le hace un lío. Perdónala, Florentynka.

Florentynka respiró profundamente.

—La perdono. Ya somos viejas las dos, ¿para qué vamos a seguir enfadadas? —dijo en voz baja—. ¡Te perdono, vieja estúpida! —gritó al cielo.

Espiga se echó a reír y empezó a soltar carcajadas cada vez más fuertes, hasta que los Pérrez se despertaron y se pusieron en pie. Florentynka

también se echó a reír. Luego se levantó y alzó los brazos tendidos hacia el cielo.

—¡Te perdono, luna! ¡Te perdono todo el daño que me has hecho! —gritó con voz penetrante.

De repente, empezó a soplar un viento suave desde el río Negro que desgredió los grises mechones de la viejecita. En una de las casas se encendió una luz y una voz masculina gritó:

—¡Cállate ya, mujer! ¡Queremos dormir!

—¡Sí, sí..., dormid, dormid hasta que os muráis! —les gritó Espiga por encima del hombro—. ¿Para qué nacisteis? ¿Para dormir?

TIEMPO DE RUTA

—No vayas al pueblo o acabarás metida en algún problema —le decía Espiga a su hija—. A veces pienso que allí todos están borrachos; son tan torpes, tan lentos. Solo se espabilan cuando sucede algo malo.

Pero Ruta sentía la atracción de Antaño. Allí había un molino con su molinero y su molinera, había jornaleros pobres y estaba Cherubin, que arrancaba dientes con unas tenazas. Allí jugaban niños que eran como ella. Al menos, lo parecían. Y había casas con contraventanas verdes. Y la colada puesta a secar en las cercas era la cosa más blanca que había en el mundo de Ruta.

Cuando pasaba con su madre por el pueblo, Ruta sentía que todo el mundo las miraba. Las mujeres se tapaban los ojos del sol y los hombres escupían disimuladamente al suelo. Su madre no les prestaba atención, pero Ruta tenía miedo de aquellas miradas. Intentaba caminar lo más cerca posible de su madre y se aferraba a su mano grande.

Por las noches, durante el verano, cuando la gente mala ya estaba en casa y se ocupaba de sus cosas, a Ruta le gustaba acercarse al pueblo, observar las siluetas sombrías de las chozas y el humo claro de las chimeneas. Cuando creció un poco más, se atrevió ya a tanto que hasta se acercaba sigilosamente a las ventanas y atisbaba lo que sucedía en el interior. En casa de los Serafín siempre había niños pequeños que andaban a gatas por el suelo de madera. Ruta podía pasarse horas contemplándolos. Los miraba cuando se paraban ante un trocito de madera, lo lamían y le daban veinte mil vueltas con sus manos regordetas; cuando se ponían en la boquita otros objetos y los chupaban como si fueran azúcar; cuando se metían debajo de la mesa y admiraban muertos de curiosidad el cielo de la mesa de madera.

Al final, cuando la gente acostaba a sus hijos, Ruta observaba las cosas que poseían: los platos, las ollas, los cubiertos, las cortinas, los cuadros de santos, los relojes, los tapices, las macetas con flores, las fotos en marcos, los floreados hules de las mesas, las colchas de las camas, los cestitos; todos aquellos insignificantes objetos que hacen que las casas de los humanos sean irrepetibles. Conocía todos los objetos del pueblo y sabía a quién pertenecían. Solo Florentynka tenía visillos calados y blancos. En casa de los Malak había un juego de cubiertos niquelados. La joven de los Cherubin hacía bonitas almohadas de ganchillo. En casa de los Serafín había un enorme cuadro de Jesús predicando desde su barca. Solo los Boski tenían cubrecamas verdes con rosas estampadas. Y también fueron ellos quienes empezaron a transportar verdaderos tesoros, una vez que tuvieron casi preparada su nueva casa, justo al lado del bosque.

A Ruta le gustaba aquella casa. Era la más grande y la más bonita. En su tejado inclinado tenía pararrayos y ventanas, había un balcón de verdad, un porche con vidrieras y también una puerta trasera en la cocina. Ruta preparó en las altas lilas un lugar para sentarse y poder observar la casa de los Boski por la noche. Desde allí los vio desenrollar en la habitación más grande la alfombra nueva y mullida, tan maravillosa como el sotobosque en otoño. También estaba sentada en las lilas cuando llevaron el gran reloj de péndulo, cuyo corazón se mecía de un lado a otro mientras medía el tiempo. Aquel reloj debía de estar vivo, puesto que funcionaba por sí mismo. Así vio también los juguetes del niño pequeño, el primer niño de Misia, y, tiempo después, la cuna que compraron para el siguiente bebé.

Solo cuando ya conocía cada cosa, hasta el más mínimo objeto de la nueva casa de los Boski, solo entonces, le llamó la atención un chico de su edad. La mata de lilas era demasiado baja y no podía ver lo que hacía en su habitación en la buhardilla. Sabía que aquel era Izydor y que no era como los otros niños. No sabía si aquello era bueno o malo. Tenía la cabeza muy grande y una boca entreabierta de la que bajaba un hilo de saliva hasta la barbilla. Era alto y delgado como las cañas del estanque.

Una noche, cuando Ruta estaba sentada en las lilas, Izydor la agarró por la pierna. Ella logró soltarse y escapó. Pero al cabo de unos días volvió. Él la estaba esperando. Ella le hizo un hueco entre las ramas, a su lado. Estuvieron allí sentados toda la noche y no dijeron ni palabra. Izydor

observaba la vida de su nueva casa. Vio gente que movía los labios, pero cuyas palabras no se podían oír. Vio sus caóticos recorridos de una habitación a otra, hacia la cocina, hacia la despensa... Vio el llanto mudo de Antek.

A Ruta y a Izydor les gustó su compartido silencio en el árbol.

Empezaron a encontrarse cada día. Desaparecían de la vista de la gente. Salían por un agujero de la cerca al campo de Malak y se iban por el camino de Wola en dirección al bosque. Ruta recogía al borde del camino ramas de algarrobo, orzaga, orégano y acedera. Y se las acercaba a la nariz de Izydor para que este las oliera.

—Esto se puede comer. Esto también. Y esto también se puede comer.

Desde el camino observaban el río Negro —una reluciente grieta justo en medio del verde valle—. Después pasaban por un oscuro bosquecillo de níscalos que olía a setas y entraban en el Gran Bosque.

—No vayamos demasiado lejos —protestaba al principio Izydor, pero después empezó a confiar del todo en Ruta.

En el bosque siempre se sentía una confortable calidez, como en la cajita forrada de terciopelo en la que estaba la medalla de Michał. El suelo del bosque, lleno de hojarasca, se hundía ligeramente dondequiera que uno se acostara, formando una cavidad que se adaptaba perfectamente al cuerpo. Las copas de los pinos, si se miraban desde allí, parecían arraigar en el cielo. Olía bien.

Ruta siempre tenía muchas ideas. Jugaban al escondite, a imitar a los árboles, a pillarse, a construir diferentes figuras con palitos, unas veces pequeñas, del tamaño de una mano, y otras tan grandes que ocupaban un buen trozo de bosque. En verano, descubrían dorados calveros llenos de rebozuelos y se dedicaban a observar aquellas estáticas familias de setas.

Ruta amaba más las setas que las plantas o los animales. Le contaba que el verdadero reino de las setas estaba oculto bajo la tierra, allí donde nunca llegaba el sol. Decía que solo las setas castigadas a pena de muerte o desterradas del reino salían a la superficie de la tierra. Y que allí morían a causa del sol, por culpa de la mano del hombre o pisoteadas por los animales. En cambio, el verdadero reino de los micelios, le decía, era inmortal.

En otoño, los ojos de Ruta se volvían dorados y penetrantes como los de un pájaro. Cuando Ruta iba a buscar setas se volvía aún más taciturna de lo habitual, y a Izydor le parecía que se encontraba muy lejos de allí. Ella sabía en qué lugares los micelios brotaban a la superficie, por dónde sacaban sus tentáculos al mundo. Cuando encontraba una seta calabaza o un boleto de abedul, se tumbaba frente a ella y la observaba largo rato antes de permitir que Izydor la arrancara. Pero las que más le gustaban a Ruta eran las amanitas muscaria. Conocía todos sus calveros preferidos. La mayoría de las amanitas estaban en el bosque de abedules, al otro lado del Gran Camino. El año en que la presencia divina se hizo particularmente evidente en todo Antaño, las amanitas aparecieron ya a principios de julio y los calveros de abedules se cubrieron de sombreritos rojos. Ruta saltaba por encima de ellas, pero con mucho cuidado para no pisarlas. Después se tumbaba y miraba por debajo de sus faldones rojos.

—Ten cuidado, son venenosas —le prevenía Izydor, pero Ruta se reía.

Le enseñaba a Izydor las diferentes amanitas, no solo las rojas: las blancas, las verdes o algunas que se parecían a otras setas, por ejemplo, a los champiñones.

—Estas se las come mi madre.

—Mientes, pero si son mortalmente venenosas —se indignaba Izydor.

—A mi madre no le hacen daño. Algún día, yo también podré comerlas.

—Bueno..., pero ten cuidado con estas blancas. Son las peores.

Izydor admiraba el valor de Ruta. Sin embargo, él no tenía bastante con el hecho de mirar las setas. Quería saber algo más de ellas. En un libro de cocina de Misia encontró todo un capítulo dedicado a las setas. En una página había dibujos de las setas comestibles y en otra estaban las no comestibles y venenosas. Cuando fueron de nuevo al bosque, se llevó el libro debajo del jersey y le enseñó los dibujos a Ruta. Pero ella no le creyó.

—Lee lo que hay escrito aquí. —Ella le indicó con el dedo el texto que había debajo de la amanita.

—*Amanita muscaria*.

—¿Cómo sabes que pone eso?

—Porque voy uniendo las letras.

—¿Qué letra es esta?

—La *a*.

—¿La *a*? ¿Y nada más? ¿Solo la *a*?

—Y esta es la *eme*.

—*Eme*.

—Y esta, como si fuera media *eme*, es la *ene*.

—Izek, enséñame a leer.

Izydor empezó a enseñar a leer a Ruta. Primero con el libro de cocina de Misia; después, llevó un viejo almanaque. Ruta aprendía rápidamente, pero también se aburría pronto. Para principios de otoño, Izydor le había enseñado a Ruta casi todo lo que él sabía.

En cierta ocasión, cuando la esperaba en el bosquecillo de niscalos hojeando el almanaque, cayó sobre las hojas blancas una gran sombra. Izydor levantó la cabeza y se asustó. Detrás de Ruta estaba su madre. Era grande e iba descalza.

—No me tengas miedo. Te conozco muy bien —dijo.

Izydor no dijo nada.

—Eres un chico listo —se arrodilló junto a él y le tocó la cabeza—. Tienes buen corazón. Llegarás lejos en tus viajes.

Con un solo movimiento, lo atrajo hacia ella y lo abrazó contra su pecho. El estupor o el miedo se apoderó de Izydor y, como si durmiera, dejó de pensar.

Después la madre de Ruta se fue. Ruta escarbaba con un palo en la tierra.

—A ella le gustas. Siempre pregunta por ti.

—¿Pregunta por mí?

—No sabes lo fuerte que es. Puede acarrear piedras muy grandes.

—Ninguna mujer puede ser más fuerte que un hombre. —Izydor ya se había recuperado de la impresión.

—Ella conoce todos los secretos.

—Si ella fuera como dices, no viviríais en el bosque, en una cabaña destartalada, sino en Jeszkotle junto a la plaza del pueblo. Ella llevaría zapatos y vestidos, tendría sombreros y anillos. Entonces sí sería importante de verdad.

Ruta bajó la cabeza.

—Te voy a enseñar una cosa, aunque es un secreto.

Caminaron hasta más allá de Wydymacz, pasaron junto a un joven robledo y llegaron a un bosquecillo de abedules. Izydor no había estado nunca allí. Tenían que estar muy lejos de casa.

De repente, Ruta se paró.

—Aquí es.

Izydor, sorprendido, miró a su alrededor. Estaban rodeados de abedules. Hacía viento y las débiles hojas susurraban.

—Esta es la frontera de Antaño —dijo Ruta, y extendió la mano frente a ella.

Izydor no lo entendía.

—Aquí se termina Antaño. Más allá no hay nada.

—¿Cómo que no hay nada? ¿Y Wola, Taszów y Kielce? Por aquí tiene que estar el camino a Kielce.

—No hay nada que se llame Kielce. Además, Wola y Taszów pertenecen a Antaño. Aquí se acaba todo.

Izydor se echó a reír y giró sobre sus talones.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Pero si muchas personas suelen ir a Kielce. Mi padre va a Kielce. A Misia le trajeron los muebles de Kielce. Paweł ha estado en Kielce. Mi padre estuvo en Rusia.

—Imaginaron que habían ido... Se ponen en camino, llegan a la frontera y ahí se quedan inmóviles. Tal vez sueñen que van más allá y que Kielce o Rusia existen. Un día, mi madre me mostró algunas de esas personas petrificadas. Están en el camino a Kielce. Permanecen inmóviles, tienen los ojos abiertos, son horribles... Como si hubieran muerto. Al cabo de un tiempo, despiertan, regresan y toman por verdaderos recuerdos sus sueños. Eso es lo que sucede.

—¡Pues ahora te voy a enseñar yo algo! —gritó Izydor.

Retrocedió algunos pasos y empezó a correr en dirección al lugar donde, según Ruta, se hallaba la frontera. De repente, se detuvo. Sin saber ni él mismo por qué. Algo no iba bien. Extendió las manos y desaparecieron las yemas de sus dedos.

Izydor tuvo la sensación de que su interior se partía en dos, como si fuera dos personas diferentes. Una de ellas estaba de pie con las manos

tendidas frente a él y era evidente que le faltaban las puntas de los dedos. La otra estaba al lado. No era capaz de ver al primer chico y mucho menos que le faltaran los dedos. Izydor era dos personas al mismo tiempo.

—¡Izydor! —dijo Ruta—. Volvamos.

Él volvió en sí y se metió las manos en los bolsillos. Su doble esencia se desvaneció lentamente. Emprendieron el regreso.

—Esta frontera pasa por detrás de Taszów, Wola y de los alrededores de Kotuszów. Pero nadie sabe exactamente por dónde. Más allá, la propia frontera fabrica y elabora gente, y a nosotros nos da la sensación de que vienen del exterior. Lo que más me asusta es que no se puede salir de aquí. Es como estar en una olla.

De vuelta, Izydor no soltó ni media palabra. Tan solo cuando entraron en el Gran Camino dijo:

—Podríamos preparar una mochila, coger comida y caminar a lo largo de la frontera, para explorarla. A lo mejor hay algún agujero.

Ruta saltó por encima de un hormiguero, dio media vuelta y regresó al bosque.

—No te preocupes, Izek. ¿Para qué necesitamos otros mundos?

Izydor vio cómo su vestido se escabullía entre los árboles. Después, la muchacha desapareció.

TIEMPO DE DIOS

Es extraño que Dios, siendo atemporal, se manifieste en el tiempo y sus cambios. Si no se sabe «dónde» está Dios —a veces la gente se pregunta este tipo de cosas—, debe dirigirse la mirada hacia todo lo que se modifica y se mueve, hacia lo que desborda las formas, hacia lo que fluctúa y desaparece: la superficie del mar, las danzas de la corona solar, los temblores de la tierra, la deriva de los continentes, el deshielo de las nieves y los erráticos caminos de los glaciares, de los ríos que fluyen hasta el mar, la germinación de las semillas, el viento que esculpe las montañas, el desarrollo del feto en el vientre de la madre, las arrugas alrededor de los ojos, la descomposición de los cuerpos en sus tumbas, la maduración del vino, las setas que brotan tras la lluvia.

Dios está en todos los procesos. Dios late en las transformaciones. Algunas veces está presente, otras veces lo está menos, y otras no lo está en absoluto. A pesar de todo, Dios se manifiesta incluso estando ausente.

Las personas —que también son en sí mismas un proceso— tienen miedo de todo lo inestable y mutable. Por eso, imaginaron algo que no existe —la inmutabilidad— y decretaron que todo lo eterno e inmutable es perfecto. Le atribuyeron la inmutabilidad a Dios. Y de esta forma perdieron la capacidad de comprenderlo.

Durante el verano del treinta y nueve, Dios giraba en torno a todo y sucedieron cosas inexplicables e insólitas.

Al principio de los tiempos, Dios creó todas las cosas posibles, a pesar de que Él mismo es el Dios de las cosas imposibles, aquellas que no suceden jamás o que se dan muy raramente.

Dios se manifestó en las bayas silvestres, tan grandes como las ciruelas, que maduraban bajo el sol justo al lado de la casa de Espiga. Esta arrancó

las más maduras y, mientras frotaba su piel violeta con un pañuelo, vio en su reflejo otro mundo. Allí, el cielo era oscuro, casi negro; el sol se veía borroso y lejano; el bosque parecía una muralla de palos desnudos clavados en el suelo; la tierra, ebria y vacilante, sufría llena de agujeros. Allí la gente resbalaba en el lodo negro. Espiga comió esa baya de mal agüero y sintió en la lengua su sabor áspero. Comprendió que tenía que reunir provisiones para el invierno, muchas más que en cualquiera de los anteriores.

Desde entonces, cada mañana, Espiga levantaba a Ruta de la cama al amanecer, iban juntas al bosque y de allí regresaban con todo tipo de riquezas: cestos de setas, cubos de fresas silvestres y de arándanos, avellanas aún verdes, agracejinas, cerezas de San Gregorio, arándanos rojos, bayas de cornejo macho, de saúco negro, de majuelo y de espino amarillo. Durante varios días lo secaban todo a la sombra o bajo el sol. Inquietas, observaban si este relucía igual que antes.

Dios turbó también el cuerpo de Espiga. Se manifestó en sus pechos, que de repente se llenaron milagrosamente de leche. Cuando la gente se enteró, empezaron a ir a escondidas a casa de Espiga. Colocaban bajo su pezón la parte del cuerpo que tenían enferma y ella les rociaba con un blanco hilo de leche. Aquella leche curó la conjuntivitis del joven Krasny, las verrugas de las manos de Franek Serafin, la úlcera de Florentynka y el herpes del niño judío de Jeszkotle.

Todos los que fueron a curarse murieron durante la guerra. Así es precisamente como Dios se manifiesta.

TIEMPO DEL SEÑOR POPIELSKI

Dios se manifestó al señor Popielski a través del Juego que le había dado el rabino menudo. El amo había intentado empezar el Juego en varias ocasiones, pero le resultaba difícil entender aquellas excéntricas reglas. Sacó el librito y leyó las instrucciones tantas veces que llegó a sabérselas casi de memoria. Para empezar el Juego era necesario sacar un uno, pero el señor Popielski siempre acababa sacando un cero. Aquello era contrario a todos los principios de la probabilidad y pensó que le habían engañado. El extraño dado octogonal podía estar trucado. Como quería ser honesto en el juego, tenía que esperar hasta el día siguiente para lanzarlo otra vez, porque así eran las reglas del Juego. Pero siguió fallando. Y lo mismo sucedió durante toda la primavera. La diversión se convirtió en desesperación. Aquel testarudo uno se dejó ver por fin en el alterado verano del treinta y nueve, y el señor Popielski respiró aliviado. El Juego empezó.

El Juego era absorbente y a partir de entonces necesitó mucho tiempo libre y tranquilidad. Exigía concentración incluso a lo largo de día, cuando no jugaba. Por las noches se encerraba en la biblioteca, desplegaba el tablero de tela y acariciaba en sus manos el dado octogonal durante un buen rato. O bien seguía las órdenes del Juego. Le inquietaba perder tanto tiempo, pero no podía parar.

—Va a haber guerra —le decía su mujer.

—En el mundo civilizado no hay guerra —le contestaba él.

—Tal vez en el civilizado realmente no la haya. Pero aquí va a haber guerra. Los Pelski se van a América.

Al oír la palabra «América», el señor Popielski se removió inquieto, pero ya nada tenía la misma importancia que antes, es decir, antes del Juego.

En agosto, el amo quiso alistarse, pero fue rechazado a causa de su mala salud. Se pasaron todo septiembre escuchando la radio, antes de que esta empezara a emitir en alemán. Por la noche, la señora Popielski se dedicaba a enterrar toda la plata en el parque del palacio. El señor Popielski pasaba la noche sentado ante el Juego.

—Ni siquiera han luchado. Han vuelto a casa. A Paweł Boski ni siquiera le entregaron una simple pistola —lloraba la señora Popielski—. Feliks, hemos perdido.

Él, ensimismado, meneó la cabeza.

—¡Feliks, hemos perdido la guerra!

—¡Déjame en paz! —dijo, y se fue a la biblioteca.

El Juego le descubría algo nuevo cada día, algo que no sabía, que no intuía. ¿Cómo era posible?

Una de las primeras imposiciones fue un sueño. Para pasar a la siguiente casilla, tenía que soñar que era un perro. «Qué excentricidad», pensó con disgusto. Pero se acostaba, pensaba en perros y en que él mismo podía llegar a serlo. En esas visiones que precedían al sueño, se imaginaba como un perro de caza que seguía la pista de aves acuáticas y correteaba por los prados. Pero por la noche sus sueños hacían lo que les daba la gana. Era difícil en ellos dejar de ser un hombre. Vislumbró cierto progreso la vez en que soñó con los estanques. En esa ocasión, el señor Popielski soñó que era una carpa aceitunada. Nadaba en el agua verde, donde el sol apenas era una luz difusa. No tenía mujer, no tenía palacio, no tenía propiedades y no le importaba nada. Fue un sueño precioso.

La madrugada del mismo día en que los alemanes aparecerían en su palacio, el señor Popielski soñó por fin que era un perro. Corría por la plaza de Jeszkotle y buscaba algo, sin saber ni él mismo qué. Escarbaba delante de la tienda de Szenbert entre los desechos, en las sobras, y se las comía gustoso. Se sentía atraído por el olor del estiércol de caballo y por los excrementos humanos de los arbustos. La sangre fresca olía a ambrosía.

El señor Popielski despertó asombrado. «Esto es irracional, absurdo», pensó. Pero se alegró de poder seguir adelante con el Juego.

Los alemanes se mostraron muy educados. El coronel Gropius y otro más. El amo salió de la casa y se dirigió hacia ellos. Intentó mantener las distancias.

—Le entiendo —declaró el capitán Gropius al ver la cara agria del amo—. Desgraciadamente, estamos ante usted como ocupantes, invasores. Sin embargo, somos gente civilizada.

Querían comprar una gran cantidad de madera. El señor Popielski les contestó que se ocuparía de suministrársela, pero en el fondo no tenía intención alguna de apartarse del Juego. Con esto terminó la conversación entre los invasores y el invadido. El señor Popielski volvió al Juego. Estaba contento de haber conseguido ser un perro y de poder pasar a la siguiente casilla.

La noche siguiente, el señor Popielski soñó que leía las instrucciones del Juego. Las palabras saltaban ante sus ojos dormidos, pues esa parte de sí mismo, la que soñaba, no era rápida en la lectura.

«El Segundo Mundo fue creado por Dios cuando aún era joven. Todavía no tenía experiencia. Por eso, todo en ese mundo está descolorido, borroso, y las cosas enseguida se convierten en polvo. La guerra dura eternamente. La gente nace, ama con desesperación y encuentra repentinamente la muerte, que se halla en todas partes. Pero cuanto más sufrimiento les da la vida, más desean vivir.

»Antaño no existe. Ni siquiera ha sido creado. La tierra donde hubiera podido ser fundado es cruzada constantemente, de este a oeste, por las hambrientas hordas de un ejército. Nada tiene nombre. La tierra está agujereada por las bombas. Los dos ríos, enfermos y heridos, llevan aguas turbias, y es difícil diferenciarlos. Las piedras se deshacen entre los dedos de los niños hambrientos.

»En ese mundo, Caín encontró a Abel en el campo y dijo: “¿No hay justicia ni juez! No hay más allá, ni recompensa para los justos ni pena para los criminales. Este mundo no fue creado en estado de gracia ni se halla gobernado por la compasión. ¿Por qué, si no, tu ofrenda ha sido aceptada y la mía rechazada? ¿Para qué desea Dios un carnero muerto?” Abel contestó: “Mi ofrenda ha sido aceptada porque amo a Dios y la tuya rechazada porque tú lo odias. Los que son como tú no deberían existir.” Y Abel mató a Caín.»

TIEMPO DE KURT

Kurt vio Antaño desde el camión en que habían transportado a los soldados de la Wehrmacht. Para Kurt, Antaño no difería en nada de los otros poblados extranjeros que había atravesado en aquel país ajeno y hostil. Y esos poblados no diferían mucho de aquellos otros que había visitado durante las vacaciones. Tal vez tenían las calles más estrechas, las casas más pobres, las cercas de madera ridículas y torcidas, las paredes blanqueadas con cal. Kurt no sabía casi nada del campo. Él era de una gran ciudad y la echaba de menos. En la ciudad había dejado a su mujer y a su hija.

No intentaron organizar el alojamiento en las casas de los campesinos. Confiscaron el huerto de Cherubin y allí empezaron a construir barracas de madera. En una de ellas iba a estar la cocina que dirigiría Kurt. El capitán Gropius lo llevaba en un todoterreno a Jeszkotle, al palacio, a Kotuszów y a los pueblos de los alrededores. Compraban madera, vacas y huevos por un precio muy bajo que ellos mismos imponían o simplemente no pagaban. Entonces Kurt veía de cerca aquel país ocupado y enemigo, se colocaba cara a cara frente a él. Veía la mirada malintencionada y de pocos amigos de los campesinos y los cestos de huevos que sacaban del cobertizo, con restos de excrementos de gallina en sus cáscaras de color crema. Veía las vacas deformes, flacuchas, y le sorprendía la ternura con que las cuidaban. Veía las gallinas escarbando en los montones de estiércol, las manzanas puestas a secar en las buhardillas, los panes redondos que cocían una vez al mes, los niños descalzos y de ojos azules cuyas voces chillonas le recordaban a su hija. Pero todo aquello le era ajeno. Tal vez fuera por la áspera y primitiva lengua que hablaban, o tal vez por los extraños rasgos de sus caras. A veces, cuando el capitán Gropius declaraba suspirando que era necesario arrasar

completamente aquel país y en su lugar construir un nuevo orden, a Kurt le parecía que el capitán tenía razón. Todo sería más limpio y bonito. En otras ocasiones, se le metía en la cabeza una idea insoportable: que tenía que volver a casa y dejar en paz aquel trozo de tierra arenosa, a aquella gente, aquellas vacas y aquellos cestos de huevos. Por la noche, soñaba con el cuerpo de piel clara y suave de su mujer. Todo en aquel sueño le olía familiar, a seguridad. Nada que ver con lo de allí.

—Mira, Kurt —le decía el capitán Gropius cuando salían en busca de provisiones—. Mira, cuánta mano de obra, cuánto espacio, cuánta tierra... Mira, Kurt, esos caudalosos ríos... Se podrían levantar centrales hidroeléctricas en lugar de esos molinos primitivos, instalar líneas eléctricas, construir fábricas y, a ellos, ponerlos a trabajar de verdad. Míralos, Kurt... Al fin y al cabo, no son tan malos. A mí, los eslavos hasta me gustan. ¿Sabes que el nombre de esta raza viene de la palabra latina *sclavus*, «esclavo»? Es una nación que ya lleva la esclavitud en la sangre...

Kurt lo escuchaba sin prestarle mucha atención. Echaba de menos su casa.

Les arrebatában todo cuanto caía en sus manos. A veces, cuando entraban de repente en sus casas, Kurt tenía la sensación de que acababan de esconder la comida por los rincones. El capitán Gropius sacaba su pistola y gritaba encolerizado:

—¡Confiscado en nombre de la Wehrmacht!

En esos momentos Kurt se sentía como un ladrón.

Por las noches rezaba: «Que no tenga que seguir hacia el este. Que pueda quedarme aquí y regresar a casa por el mismo camino. Que la guerra se acabe...»

Kurt se fue acostumbrando poco a poco a aquella tierra extranjera. Sabía más o menos dónde vivía cada familia; incluso sus estafalarios apellidos le deleitaban tanto como las carpas. Como le gustaban los animales, ordenó que se llevaran todas las sobras de la cocina a la casa de su vecina, una mujer vieja y flaca que tenía unos cuantos perros famélicos. Al final, logró que la viejecita le saludara con una sonrisa desdentada y silenciosa. Los niños de la última casa nueva que estaba junto al bosque también iban a ver a Kurt. El niño era algo mayor que la niña. Los dos

tenían el pelo rubio, casi blanco, como su hija. La niña levantaba la mano regordeta y chapurreaba:

—*Heil Hitla!*

Kurt les daba caramelos. Los soldados que estaban de guardia se reían.

A principios del cuarenta y cuatro enviaron al capitán Gropius al frente del este. Por lo visto no rezaba por las noches. Kurt ascendió, pero ni mucho menos se alegró. Un ascenso en aquel momento resultaba peligroso, lo alejaba de casa. Era cada vez más difícil conseguir provisiones y Kurt recorría cada día los pueblos vecinos con un destacamento de hombres. Imitaba la voz del capitán Gropius y decía:

—¡Confiscado en nombre de la Wehrmacht! —y les arrebatava todo cuanto había.

Su gente ayudaba al destacamento de la SS en la represión de los judíos de Jeszkotle. Kurt vigilaba cuando los cargaban en los camiones. Le entristecía, aunque sabía que iban a un lugar mucho mejor para ellos. No le resultaba muy agradable tener que buscar a los judíos refugiados en los sótanos y en las buhardillas, o perseguir por los prados a las mujeres locas de miedo y arrancarles a sus hijos de los brazos. Ordenaba que les dispararan, ya que no había otra solución. Él mismo disparaba y no se complicaba mucho la vida. Los judíos no querían subir a los camiones, huían y gritaban. Prefería no darles demasiadas vueltas a las cosas. Al fin y al cabo aquello era una guerra. Por las noches rezaba: «Que no tenga que irme de aquí hacia el este. Que pueda quedarme aquí hasta el final de la guerra. Dios mío, por favor, haz que no me envíen al frente del este.» Y Dios escuchó sus oraciones.

En la primavera del cuarenta y cuatro, Kurt recibió la orden de trasladar todos sus efectivos a Kotuszów, un pueblo más al oeste, es decir, un pueblo menos en dirección a su casa. Se decía que llegaban los bolcheviques, aunque Kurt no podía creerlo. Más tarde, mientras recogían todas sus pertenencias y se metían en los camiones, Kurt vivió un ataque aéreo ruso. Las guarniciones alemanas de Taszów fueron bombardeadas. Algunas de las bombas cayeron en los estanques. Una en el granero de la viejecita de los perros. Enloquecidos, los perros se dispersaron por la Colina del Abejorro. Los soldados de Kurt abrieron fuego. Él ni siquiera intentó detenerlos. No eran ellos quienes disparaban. Disparaba su miedo en un país ajeno, la

nostalgia por su casa, su temor ante la muerte. Los perros, enfurecidos por el miedo, se arrojaban contra los camiones y mordían los neumáticos de goma. Los soldados les apuntaban directamente a los ojos. El impacto de las balas impulsaba los cuerpos de los perros y daban la impresión de que estaban haciendo cabriolas en el aire. En sus saltos a cámara lenta lo salpicaban todo de sangre oscura. Kurt vio cómo la viejecita salía corriendo de su casa, intentaba arrastrar a los perros vivos, llevaba en brazos a los que estaban heridos en dirección al huerto. Su delantal gris se tiñó instantáneamente de rojo. Gritaba algo que Kurt fue incapaz de comprender. Como comandante, hubiera debido acabar con aquel estúpido tiroteo, pero de repente una idea se había apoderado de él, la de que era testigo del fin del mundo y que pertenecía a aquellos ángeles cuya misión era purificar el mundo de la suciedad y del pecado. Que era necesario poner punto final a algo para que pudiera empezar lo nuevo. Que aquello era horrible, pero que así debía ser. Que no había marcha atrás y que el mundo estaba condenado a muerte.

Kurt mató a tiros a la viejecita que siempre le saludaba con una sonrisa desdentada y silenciosa.

En Kotuszów se congregaron las fuerzas militares de todos los alrededores. Fueron ocupando todos los edificios que se habían salvado de los ataques aéreos y se construyó un puesto de observación. El deber de Kurt era vigilar Antaño. Gracias a ello, y a pesar del traslado, Kurt permaneció allí.

Veía Antaño desde cierta distancia, más allá de la línea del bosque y del río, como una aglomeración de casas diseminadas. También, con bastante claridad, podía ver la casa nueva próxima al bosque donde vivían los niños de cabellos rubios.

A finales de verano, Kurt vislumbró a los bolcheviques con sus gemelos. Sus autos avanzaban con odio y en silencio absoluto; eran del tamaño de un guisante y esparcían, como semillas de amapolas, innumerables cantidades de soldados. A Kurt le parecía que era una invasión de pequeños insectos mortalmente peligrosos. Se echó a temblar.

Desde agosto hasta enero del año siguiente, se dedicó a observar Antaño varias veces al día. Durante ese tiempo llegó a conocer cada árbol, cada pequeño sendero, cada casa. Veía los tilos del Gran Camino, la Colina del

Abejorro, los prados, el bosque y las arboledas; a la gente, que abandonaba el pueblo en sus carretas y se perdía tras el telón del bosque; a todos y cada uno de los bandidos nocturnos, que de lejos parecían hombres lobo. Y veía cómo, día a día, hora a hora, los bolcheviques reunían cada vez una mayor cantidad de tropas y de enseres. En ocasiones, intercambiaban disparos, no para hacerse daño —¡todavía no había llegado el momento...!— sino para seguir acordándose los unos de los otros.

Cuando anochece, Kurt dibujaba un mapa y trasladaba Antaño al papel. Lo hacía por gusto, porque, curiosamente, empezaba a echar de menos Antaño. Incluso imaginaba que, cuando se purificara el mundo de todo aquel desorden, podría coger a su mujer y a su hija y establecerse allí, pescar carpas y llevar un molino.

Como Dios leía los pensamientos de Kurt como si estuvieran en un mapa y por lo común cumplía sus deseos, le permitió quedarse en Antaño para siempre. Le destinó una de aquellas balas perdidas cuyo trayecto, según se dice, solo Dios decide.

Antes de que la gente de Antaño se atreviera a enterrar los cadáveres tras la ofensiva de enero, llegó la primavera, y ya nadie reconoció en aquel cadáver descompuesto a Kurt, el soldado alemán. Lo enterraron junto a la aliseda, al lado de los prados del cura. Hoy yace todavía allí.

TIEMPO DE GENOWEFA

Un día, cuando Genowefa hacía la colada blanca en el río Negro, se le entumecieron las manos por el frío. Las elevó hacia el sol y, por entre sus dedos, entrevió Jeszkotle. Distinguió cuatro camiones militares que pasaban junto a la capilla de San Roque y que iban hacia la plaza. Después, se perdieron tras los castaños de Indias de la iglesia. Cuando de nuevo metió los brazos en el agua, oyó disparos. La corriente del río le arrancó la sábana de las manos. Los disparos aislados se convirtieron en una ráfaga y a Genowefa se le heló el corazón. Corrió por la orilla tras la tela blanca que, inerte, se fue alejando. Corrió hasta que la perdió de vista tras la curva del río.

Sobre Jeszkotle apareció una nube de humo. Genowefa, impotente, se detuvo. La misma distancia que la separaba de su casa la separaba también del cubo de la ropa y de Jeszkotle en llamas. Pensó en Misia y en los niños. Se le secaron los labios cuando empezó a correr a por el cubo.

—¡Ay, Virgen Santa! ¡Ay, Virgen de Jeszkotle...! —repitió algunas veces mientras miraba con desesperación hacia la iglesia, al otro lado del río. La iglesia seguía estando allí, donde siempre.

Los camiones se metieron en los prados. De uno de ellos saltaron soldados y formaron una hilera. Luego aparecieron otros camiones con toldos de lona agitados por el viento. De las sombras de los castaños emergió una columna de gente. Corrían, tropezaban y se levantaban, cargaban maletas, empujaban carros. Los soldados los empujaban hacia el interior de los camiones. Todo sucedía tan deprisa que Genowefa no comprendía el significado de la escena de la que era testigo. Se llevó las manos a los ojos porque la puesta de sol la cegaba, y justo entonces vio al viejo Szlom con la levita desabrochada, a los niños rubios de los Gerc y de

los Kindel, a la señora Szenbert con un vestido azul, a la hija de esta con una criatura en brazos y al menudo rabino, a quien sostenían para caminar. Y vio con toda claridad a Eli, que llevaba de la mano a su hijo. Luego, de repente, hubo un momento de gran confusión y el gentío rompió la fila de soldados. La gente echó a correr en todas direcciones, y los que ya estaban en los camiones empezaron a saltar. Con el rabillo del ojo, Genowefa vio llamas en las bocas de los fusiles y al instante la ensordecieron las ráfagas de incontables metralletas. La figura masculina de la que no había apartado la vista se tambaleó y cayó, como otros, como muchísimos otros. Genowefa soltó el cubo y se metió en el río. La corriente tiraba de su falda; le impedía caminar. Las metralletas callaron como si se hubieran cansado.

Cuando Genowefa consiguió pasar a la otra orilla del río Negro, uno de los camiones cargados iba ya en dirección al camino. En otro, la gente iba entrando en silencio. Vio cómo se daban la mano para ayudarse. Un soldado remataba de un simple disparo a los que yacían en el suelo. Otro de los camiones se puso en marcha.

De un salto, una figura femenina se levantó del suelo e intentó correr en dirección al río. Genowefa enseguida reconoció a Raquel, la hija de los Szenbert, de la edad de Misia. Llevaba en brazos una criatura. Uno de los soldados se puso de rodillas y, sin prisa alguna, apuntó hacia la muchacha. Ella zigzagueaba con torpeza. El soldado disparó y Raquel se detuvo. Se tambaleó unos segundos y luego cayó. Genowefa vio correr al soldado y darle la vuelta con el pie. Después disparó sobre el pequeño bulto blanco y volvió a los camiones.

A Genowefa le flaquearon las piernas hasta tal punto que tuvo que arrodillarse.

Cuando los camiones se fueron, se levantó a duras penas y empezó a caminar por el prado. Sentía las piernas pesadas, petrificadas, negándose a obedecerla. La falda mojada tiraba de ella hacia el suelo.

Eli yacía acurrucado en la hierba. Genowefa, por primera vez en muchos años, volvió a verlo de cerca. Se sentó junto a él y ya nunca más pudo sostenerse sobre sus propias piernas.

TIEMPO DE LOS SZENBERT

Al día siguiente, Michał despertó por la noche a Paweł y ambos salieron. Misia ya no pudo dormir. Le parecía oír disparos, lejanos, anónimos, espantosos. Su madre estaba acostada en la cama, inmóvil, con los ojos abiertos. Misia comprobó si respiraba.

Al amanecer los hombres regresaron con un grupo de personas. Los llevaron al sótano y echaron la llave.

—Nos van a matar a todos —le dijo Misia a Paweł al oído, cuando este volvió a la cama—. Nos pondrán contra la pared y nos quemarán la casa.

—Se trata del yerno de los Szenbert y de su hermana con los niños. No se ha salvado nadie más —dijo.

Por la mañana, Misia bajó con comida al sótano. Abrió la puerta y dijo «buenos días». Los vio a todos: una mujer corpulenta, un muchacho de más de diez años y una niña. No los conocía. Pero sí conocía al yerno de los Szenbert, el marido de Raquel. Estaba de espaldas y se golpeaba sin cesar la cabeza contra la pared.

—¿Qué va a ser de nosotros? —preguntó la mujer.

—No lo sé —contestó Misia.

Los alojaron en el último cuarto del sótano, el más oscuro, hasta Nochebuena. Únicamente la mujer y su hija subieron en una ocasión, y fue para bañarse. Misia ayudó a la mujer a peinarse los largos cabellos negros. Michał bajaba a verlos cada noche, con comida y con mapas. El segundo día de las fiestas los llevó hasta el camino de Taszów.

Días después, se paró frente a la cerca de Krasny, su vecino. Estuvieron hablando de los rusos, que, según decían, ya no estaban lejos. Michał no

preguntó por el hijo de Krasny, que estaba con la Resistencia. De ese tema no se hablaba. Cuando ya se iba, Krasny se dio la vuelta y le dijo:

—En el camino de Taszów, en las rozas, hay unos judíos. Los han matado.

TIEMPO DE MICHAŁ

En el verano del cuarenta y cuatro, los rusos llegaron desde Taszów. Pasaron todo el día desfilando por el Gran Camino. Todo estaba cubierto de polvo: los camiones, los tanques, los cañones, las camionetas, los fusiles, los uniformes, los cabellos y los rostros. Parecía como si brotaran de la tierra, como si el ejército de un cuento despertara de su sueño en las tierras del soberano del Este.

La gente se fue situando a lo largo del camino para saludar con entusiasmo a la vanguardia de la columna militar. Los rostros de los soldados no respondían. Sus indiferentes miradas pasaban de largo por las caras de quienes los recibían. Llevaban uniformes raros, abrigos con los bordes deshilachados, bajo los cuales destellaban a veces colores chillones: pantalones carmesíes, chalecos negros y dorados relojes requisados.

Michał sacó hasta el porche la silla de ruedas donde estaba sentada Genowefa.

—¿Dónde están los niños? ¡Michał, coge a los niños! —balbució Genowefa.

Michał salió por detrás de la valla y agarró con decisión las manos de Antek y de Adelka. Sintió que se le aceleraba el corazón.

No veía esa guerra sino aquella otra. De nuevo tenía ante sus ojos aquellas enormes extensiones de tierra que había recorrido. Aquello tenía que ser un sueño, porque solo en los sueños todo se repite como un estribillo. De nuevo tuvo el mismo sueño vasto, silencioso, tan aterrador como las columnas de un ejército y como las explosiones ensordecidas por el dolor.

—Abuelo, ¿cuándo va a venir el ejército polaco? —preguntó Adelka, y levantó el banderín hecho con un palito y unos retales.

Michał le arrebató el banderín a la nieta y lo tiró hacia las lilas. Después, llevó a los niños a casa. Se sentó en la cocina, junto a la ventana, y miró hacia Kotuszów y hacia la Papelera, donde aún estaban los alemanes. Y se dio cuenta de que el camino de Wola se había convertido en la primera línea del frente. Justo allí.

Izydor entró corriendo en la cocina.

—¡Papá, ven! Se han parado unos oficiales y quieren hablar con alguien. ¡Ven!

Michał se quedó petrificado. Se dejó llevar por Izydor, bajó las escaleras y se detuvo. Vio a Misia, a Genowefa, a los Krasny y a un grupito de niños de Antaño. En el centro había un jeep militar con la puerta abierta, en el que estaban sentados dos hombres. Un tercero hablaba con Paweł. Este, como siempre, daba la impresión de entenderlo todo. Cuando vio a su suegro, se animó.

—Este es nuestro padre. Conoce vuestra lengua. Luchó en vuestro ejército.

—¿En nuestro ejército? —se extrañó el ruso.

Michał vio aquel rostro y se acaloró. Sentía el corazón en la garganta. Sabía que tenía que decir algo en ese momento. Pero su lengua se había quedado paralizada, y la removía en la boca como si fuera una patata caliente. Intentó pronunciar alguna palabra en ruso, incluso la más simple, pero no pudo. Lo había olvidado.

El joven oficial lo miró con curiosidad. Bajo su capote militar asomaban los faldones negros de un frac. En sus ojos rasgados apareció un rayo de felicidad.

—Venga, hombre, ¿qué te pasa?, pero ¿qué te pasa? —le dijo en ruso.

Michał tuvo la sensación de que todo aquello, el oficial de ojos rasgados, el camino, las columnas de soldados polvorientos, ya había sucedido antes, de que incluso aquel «*pero ¿qué te pasa?*» ya había acontecido. Le parecía que el tiempo se arremolinaba. El pánico le sobrecogió.

—Me llamo Mijaíl Yósefovich Niebieski —dijo en ruso con voz temblorosa.

TIEMPO DE IZYDOR

El joven oficial de ojos rasgados se llamaba Iván Mukta. Era el edecán de un sombrío teniente de ojos sanguíneos.

—A mi teniente le ha gustado tu casa. Vamos a acuartelarnos aquí —decía en ruso, con entusiasmo, mientras llevaba las cosas del teniente a la casa. Hacía muecas que provocaban la risa de todos los niños, excepto la de Izydor.

Izydor lo miraba atentamente y pensaba que ahora sí estaba viendo a alguien extraño de verdad. A pesar de ser malos, los alemanes tenían el mismo aspecto que la gente de Antaño. Si no hubiera sido por los uniformes, habría sido imposible diferenciarlos. Le sucedía lo mismo con los judíos de Jeszkotle, aunque estos tal vez tenían la piel un poco más oscura y los ojos negros. Pero Iván Mukta era diferente, no se parecía a nadie. Tenía la cara redonda y mofletuda, de un color extraño, era como mirar el río Negro a plena luz del día. Había momentos en que el cabello de Iván parecía azul marino, y sus labios recordaban a las moras. Lo más peculiar eran sus ojos: negros, penetrantes y tan rasgados que parecían estrechas rendijas, casi ocultos bajo unos párpados tensos. Probablemente nadie hubiera podido decir lo que expresaban. A Izydor le resultaba muy difícil mirarlos.

Iván Mukta instaló a su teniente en la habitación más grande y bonita, en la planta baja, donde estaba el reloj de péndulo.

Izydor encontró la mejor forma de vigilar al ruso: se encaramaba al arbusto de lilas y desde allí observaba su habitación. El teniente sombrío solía examinar unos mapas extendidos sobre la mesa, o bien se quedaba encorvado sobre el plato.

Iván Mukta, por el contrario, estaba en todas partes. Una vez que le había servido el desayuno al teniente y le había limpiado las botas, se ponía a ayudar a Misia en la cocina, cortaba leña, les daba de comer a las gallinas, recogía bayas para hacer compota, jugaba con Adelka y sacaba agua del pozo.

—Es muy amable por su parte, señor Iván, pero puedo apañármelas sola —le decía Misia al principio, pero después resultó evidente que aquello había empezado a gustarle.

En pocas semanas, Iván Mukta aprendió a hablar polaco.

La principal ocupación de Izydor se convirtió en no perder de vista a Iván Mukta. No le quitaba ojo de encima. Temía que, si dejaba de vigilar al ruso, este se volvería mortalmente peligroso. Le crispaba los nervios que Iván fuera tan galante con Misia. La vida de su hermana corría peligro. Por eso Izydor siempre buscaba algún pretexto para permanecer en la cocina. A veces, Iván Mukta intentaba dirigirle la palabra a Izydor, pero el chico entonces se sentía tan azorado que babeaba y tartamudeaba el doble de lo normal.

—Es así desde que nació —suspiraba Misia.

Iván Mukta se sentaba encima de la mesa y bebía grandes cantidades de té. Siempre llevaba encima azúcar, ya fuera suelto o en terrones sucios, que retenía en la boca mientras tomaba el té. Entonces contaba historias muy curiosas. Izydor se esforzaba por mostrar total indiferencia, aunque, por otra parte, aquel ruso contaba cosas muy interesantes... Para guardar las apariencias, Izydor debía fingir que tenía algo muy importante que hacer en la cocina. Pero era difícil dedicarse durante una hora entera a beber agua o echarle leña al fogón. Misia, perspicaz en extremo, le acercaba a su hermano un cuenco lleno de patatas y le ponía un cuchillo en la mano. Un día, Izydor se llenó los pulmones de aire y balbució de repente:

—Los rusos dicen que Dios no existe.

Iván Mukta dejó el vaso y miró a Izydor con aquellos impenetrables ojos suyos.

—Lo importante no es si Dios existe o no. No se trata de eso. Creer o no creer, esa es la cuestión.

—Yo creo que existe —dijo Izydor, y levantó la barbilla envalentonado—. Si existe, se me tendrá en cuenta que creo. Si no existe, tampoco me

cuesta nada creer.

—Tienes razón —le elogió Iván Mukta—. Pero no es verdad que la fe no cueste nada.

Misia removió la sopa bruscamente con la cuchara de madera y carraspeó.

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted? ¿Dios existe o no?

—Bueno, veamos... —Iván desplegó cuatro dedos a la altura de su cara y a Izydor le pareció que le guiñaba el ojo. Extendió el primer dedo:

—O Dios existe y ha existido siempre. O bien —aquí añadió el segundo dedo— Dios no existe y jamás ha existido. O puede que —apareció el tercero— Dios haya existido, pero ya no exista. Y, finalmente —y clavó sus cuatro dedos en el pecho de Izydor—, Dios todavía no existe, pero va a existir.

—Izek, ve a por leña —dijo Misia con el tono que usaba cuando los hombres contaban chistes verdes.

Izydor se fue y estuvo pensando todo el tiempo en Iván Mukta y en las muchas cosas que aún tendría para contar.

Al cabo de unos días, por fin, consiguió coger a solas a Iván. Estaba sentado en el banco que había delante de la casa y limpiaba el fusil.

—¿Cómo es el lugar donde vives? —se atrevió a preguntarle Izydor.

—Exactamente igual que este. Solo que no hay bosque. Hay un río, pero muy grande y está muy lejos.

Izydor no insistió en el tema.

—¿Eres joven o viejo? No podemos adivinar cuántos años tienes.

—Ya tengo mis años.

—¿Y podrías tener, por ejemplo, setenta años?

Iván se echó a reír y apartó el fusil. No contestó.

—Iván, ¿tú qué crees?, ¿crees en la posibilidad de que Dios no exista? En ese caso, ¿de dónde habría surgido todo?

Iván lió un cigarrillo, aspiró el humo e hizo un mohín con los labios.

—Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Veo el camino y detrás el campo, los ciruelos rodeados de hierba...

—Izydor miró lleno de curiosidad al ruso—. Y el bosque, donde sin duda

hay setas, aunque desde aquí no se vean... Y además veo el cielo, azul por abajo y blanco como el algodón por arriba.

—¿Y dónde está ese Dios?

—Es invisible. Está detrás de todo esto. Lo dirige y lo gobierna todo, establece leyes y hace que todo armonice.

—Muy bien, Izydor. Veo que, aunque no lo parezcas, eres inteligente. Sé que tienes imaginación. —Iván bajó la voz y empezó a hablar muy despacio—. Imagínate ahora que detrás de todo esto, como tú dices, no hay ningún Dios. Que nadie vigila nada, que el mundo es un gran caos o, aún peor, una máquina, un cortapajas estropeado, que funciona tan solo por inercia...

Izydor lo miró todo de nuevo, esforzándose por verlo tal y como le había sugerido Iván Mukta. Puso toda su alma en ello, y abrió enormemente los ojos, hasta que le empezaron a llorar. Entonces, durante un breve instante, lo vio todo de una forma totalmente distinta. Por todas partes se extendía un espacio vacío e infinito. Todo cuanto se encontraba en aquel espacio muerto y todo cuanto vivía estaba desamparado y solo. Las cosas ocurrían por casualidad, y en cuanto esa casualidad fallaba, intervenía una ley mecánica. La rítmica máquina de la naturaleza. Los pistones y las ruedas dentadas de los hechos. Las reglas se corroían desde dentro y se convertían en polvo. En todas partes reinaba la frialdad y la tristeza. Todas las criaturas anhelaban abrazarse a algo, adherirse a algo, a las cosas, a sus semejantes, pero tan solo conseguían sufrimiento y desesperación.

La provisionalidad era el rasgo común de todo cuanto había visto Izydor. Bajo aquella irisada apariencia externa, todo se fundía en la descomposición, la putrefacción y la destrucción.

TIEMPO DE IVÁN MUKTA

Iván Mukta le mostró a Izydor todas las cosas importantes.

Empezó por mostrarle el mundo sin Dios.

También lo llevó al bosque donde se solía enterrar a los partisanos que los alemanes habían fusilado. Izydor había conocido a muchos de aquellos hombres. La visión de aquel lugar le provocó fiebre, y lo metieron en la cama de su hermana, ya que aquel dormitorio era el más fresco. Misia no dejaba entrar allí a Iván Mukta.

—Usted se divierte enseñándole todas esas barbaridades. Y él es todavía un niño.

Pero al final permitió a Iván sentarse junto a la cama del enfermo. Este puso su fusil a los pies de Izydor.

—Iván, hálame de la muerte y de lo que pasa después de la muerte. Y dime si tengo un alma inmortal que nunca va a morir —le pidió Izydor.

—Hay en ti una pequeña chispa que nunca se apagará. Y yo tengo otra igual.

—¿Todos la tenemos? ¿Los alemanes también?

—Todos. Y ahora duerme. Cuando te pongas bien te llevaré al bosque, donde están los nuestros.

—Váyase ya —dijo Misia asomándose desde la cocina.

Cuando Izydor se restableció, Iván cumplió su promesa y llevó a Izydor con él a ver los destacamentos rusos que estaban acampados en el bosque. También le dejó mirar por sus prismáticos a los alemanes en Kotuszów. A Izydor le extrañó que, vistos de aquella forma, los alemanes no se diferenciaban en nada de los rusos. Llevaban uniformes de un color parecido, cascos parecidos y sus trincheras eran parecidas. No podía

entender por qué disparaban a Iván cuando llevaba los mensajes del teniente sombrío en su cartera de piel. El día que lo acompañó en esa misión también dispararon contra Izydor. Tuvo que prometerle a Iván que no se lo diría a nadie. Si su padre se enteraba le arrancaría el pellejo.

Iván Mukta le enseñó a Izydor, además, otra cosa que tampoco podía contarle a nadie. No porque no fuera libre de hacerlo ni porque Iván se lo hubiera ordenado, sino porque aquellos recuerdos le causaban inquietud y vergüenza. Demasiado importantes como para contárselos a cualquiera, y no lo suficiente como para olvidarlos.

—Todas las cosas se unen entre sí. Así es desde siempre. La necesidad de unión es la más poderosa de todas. Basta con mirar a tu alrededor.

Se puso en cuclillas en el sendero por donde caminaban y señaló con el dedo a dos insectos unidos por el abdomen.

—Esto es instinto, es decir, algo que no se puede controlar.

De repente Iván Mukta se desabrochó los pantalones y se agitó los genitales.

—Este es el instrumento de unión. Se acopla al agujero que hay entre las piernas de las mujeres, porque en el mundo rige el orden. Todas las cosas pueden acoplarse a otras.

Izydor se puso rojo como un tomate. No sabía qué decir. Bajó la vista. Entraron en un campo más allá de la Colina, donde ya no llegaban los disparos de los alemanes. Junto a las casas abandonadas pastaba una cabra.

—Cuando hay pocas mujeres, como sucede ahora, este instrumento se acopla a la mano, al culo de otros soldados, a hoyos cavados en la tierra o a todo tipo de animales. Quédate aquí y mira —dijo rápidamente Iván Mukta tendiéndole a Izydor la gorra y la cartera de los mapas. Corrió hasta la cabra, se echó el fusil a la espalda y se bajó los pantalones.

Izydor vio cómo Iván se pegaba al trasero de la cabra y empezaba a mover las caderas rítmicamente. Cuanto más rápidos eran los movimientos de Iván, más petrificado se iba quedando Izydor.

Cuando Iván volvió a por la gorra y la cartera de mapas, Izydor lloraba.

—¿Por qué lloras? ¿Te da pena ese animal?

—Quiero volver a casa.

—Claro que sí. ¡Vete! Todos quieren volver a su casa.

El chico dio media vuelta y corrió hacia el bosque. Iván Mukta se secó con la mano el sudor de la frente, se puso la gorra y, silbando con tristeza, siguió caminando.

TIEMPO DE RUTA

En el bosque, Espiga sentía miedo de la gente. Los observaba a escondidas, cuando violaban la tranquilidad del bosque con su extraña jerigonza. Llevaban ropa gruesa que no se quitaban ni siquiera cuando hacía calor. Acarreaban sus armas con ellos. Todavía no habían llegado a Wydymacz, pero ella presentía que sucedería tarde o temprano. Sabía que se perseguían mutuamente para matarse y se preguntaba adónde podían escapar ella y Ruta. Al principio, se habían quedado muchas noches en casa de Florentynka, a pesar de la inquietud que el pueblo despertaba en Espiga. Por las noches soñaba que el cielo era una tapadera de metal y que no había nadie capaz de levantarla.

Durante mucho tiempo Espiga no había querido volver a Antaño. Por tanto, no sabía que el camino de Wola se había convertido en la frontera entre rusos y alemanes. No sabía que Kurt había matado a Florentynka y que las ruedas de los coches militares y los fusiles habían matado a sus Pérez. Se dedicaba a cavar un refugio debajo de la casa para esconderse en cuanto llegaran los hombres de uniforme. Se afanaba tanto en aquel socavón que acabó siendo imprudente: le permitió a Ruta que fuera sola al pueblo. Le puso en un cesto zarzamoras y patatas que había robado del campo. Justo cuando Ruta ya se había ido, Espiga se dio cuenta de que había cometido un terrible error.

Ruta salió de Wydymacz y se fue al pueblo por el camino de costumbre, hacia la casa de Florentynka. Pasó junto a la Papelera y por el camino de Wola, que bordeaba el bosque. En el cesto de mimbre llevaba comida para la anciana. Además, tenía que regresar de casa de Florentynka con uno de los Pérez; cuando se acercara alguien, el perro las avisaría. Su madre le

había dicho que si veía a cualquier hombre —daba igual si era de Antaño o un desconocido— debía meterse en el bosque y huir.

Ruta pensaba solo en el perro cuando vio a un hombre que orinaba junto a un árbol. Se detuvo y empezó a retroceder lentamente. En ese momento alguien muy fuerte la agarró por detrás y le retorció los brazos cruelmente. El que orinaba corrió hacia ella y le dio un puñetazo en la cara, tan fuerte que a Ruta le flaquearon las piernas y cayó al suelo. Los hombres dejaron sus fusiles y la violaron. Primero uno, después el otro y, al final, un tercero.

Ruta estaba tirada en el camino de Wola, que era la frontera entre los alemanes y los rusos. Junto a ella estaba el cesto con zarzamoras y patatas. Así la encontró otra patrulla. En esa ocasión, los hombres llevaban uniformes de otro color. Se le subieron encima uno tras otro, mientras se confiaban los fusiles entre ellos. Después, de pie junto a ella, se pusieron a fumar. Le quitaron el cesto y la comida.

Espiga encontró a Ruta demasiado tarde. La muchacha tenía el vestido arremangado hasta la boca y el cuerpo malherido. El vientre y los muslos enrojecidos por la sangre que atraía a las moscas. Había perdido el sentido.

La madre se la llevó en brazos y la colocó en el socavón que estaba cavando bajo la casa. La colocó sobre hojas de bardana. Aquel olor le recordó el día en que murió su primer hijo. Se echó al lado de la muchacha y concentró toda su atención en escuchar su respiración. Después se levantó y preparó, con manos temblorosas, una mixtura de hierbas. Olía a angélica.

TIEMPO DE MISIA

Un día de agosto los rusos le dijeron a Michał que cogiera a la gente de Antaño y se la llevara al bosque. Le explicaron que Antaño se encontraría en la línea del frente de un día para otro.

Hizo lo que le pidieron. Fue por todas las casas y repitió:

—Antaño se encontrará en la línea de frente de un día para otro.

Por inercia, fue también hasta la casa de Florentynka, pero en cuanto vio los platos vacíos de los perros recordó que Florentynka ya no estaba.

—¿Qué va a ser de vosotros? —le preguntó a Iván Mukta.

—Nosotros estamos en la guerra y esa línea es para nosotros.

—Mi mujer está enferma. No camina. Nosotros dos nos quedamos.

Iván Mukta se encogió de hombros.

En el carro ya estaban sentadas Misia y la señora Papug. Abrazaban a sus hijos. Misia tenía los ojos hinchados por el llanto.

—Papá, veníos con nosotros. Por favor, por favor...

—Nosotros cuidaremos de la casa. No va a sucedernos nada malo. He pasado por cosas peores.

Le dejaron una vaca a Michał y ataron otra al carro. Izydor sacó las que quedaban en el establo y les quitó las sogas del cuello. No querían caminar, así que Paweł cogió un palo del suelo y les empezó a pegar en el trasero. Entonces, Iván Mukta dio un largo silbido y las vacas, asustadas, empezaron a trotar por el huerto de Stasia Papug hacia el campo. Más tarde, vieron desde el carro cómo se quedaban paradas, atontadas por su inesperada libertad. Misia lloró durante todo el camino.

Desde el Gran Camino, el carro se desvió hacia el bosque. Sus ruedas encajaban en los surcos de otros carros que ya habían pasado por allí. Misia

iba detrás del carro y llevaba a los niños de la mano. En el camino crecían muchos rebozuelos y setas amarillas. Ella se paraba a cada rato, se ponía de cuclillas y arrancaba aquellas setas de la tierra junto con musgo y césped.

—Hay que dejar un piececito, un trozo de pie en la tierra —se preocupaba Izydor—. Porque si no nunca más volverán a crecer.

—Pues que no crezcan —dijo Misia.

Las noches eran calurosas y por eso dormían en el suelo, sobre los edredones que habían llevado de sus casas. Los hombres cavaban durante todo el día en la tierra y cortaban leña. Las mujeres, como en el pueblo, cocinaban y se pedían sal para las patatas.

Los Boski vivían entre grandes pinos y en sus ramas tendían los pañales. Al lado de los Boski se habían instalado las hermanas Malak. El marido de la menor de ellas se había ido a luchar con la Resistencia polaca y el de la mayor con Jędrusie, un grupo de partisanos. Paweł e Izydor cavaron una guarida para las mujeres.

Sin haberlo acordado antes, la gente se fue situando tal y como habían vivido en Antaño. Dejaron incluso un lugar vacío entre los Krasny y los Cherubin. Allí estaba en Antaño la casa de Florentynka.

Un día, a principios de septiembre, Espiga y su hija llegaron al poblado del bosque. Era evidente que la muchacha estaba enferma. A duras penas arrastraba las piernas. Estaba llena de cardenales y tenía mucha fiebre. Paweł Boski, que ejercía en el bosque las funciones de médico, se acercó a ellas con su maletín, donde llevaba yodo, vendas, pastillas antidiarreicas y polvos de sulfamida. Espiga no le permitió acercarse a su hija, pero les pidió agua caliente a las mujeres y preparó unas hierbas. Misia le dio una manta. Apparently, Espiga quería quedarse con ellos, y los hombres le improvisaron una guarida en la tierra.

Por la noche, cuando el bosque enmudecía, todos se sentaban junto a las diminutas hogueras y aguzaban el oído. A veces la noche resplandecía como si estallara una tormenta muy cerca de allí. Después oían una resonancia sorda, horrible, amortiguada por el bosque.

Los más valientes solían ir al pueblo. Iban a buscar las patatas que maduraban en los huertos de las casas, a por harina, o simplemente porque no podían vivir en la incertidumbre. La que más iba era la vieja de los

Serafin, a quien ya no le importaba la vida. En ocasiones una de sus nueras la acompañaba. Fue una de ellas quien le dijo a Misia:

—Ya no tienes casa. Solo queda un montón de escombros.

TIEMPO DEL HOMBRE MALO

Desde que la gente de Antaño había huido al bosque y vivía en guaridas subterráneas, el Hombre Malo ya no pudo encontrar su lugar en el bosque. Aquellos hombres se metían por todas partes, en todas las arboledas y en todos los calveros del bosque. Arrancaban la turba, buscaban setas y avellanas. Salían por cualquier lado del improvisado campamento para hacer sus necesidades directamente en las fresas silvestres o en la hierba fresca. En las noches más calurosas oía cómo hacían el amor entre los arbustos. Asombrado, observaba los endeble refugios que construían y el mucho tiempo que les llevaba hacerlo.

Los espiaba durante todo el día, y cuanto más los miraba más los temía y más los odiaba. Eran ruidosos y falsos. Movían sus bocas sin parar y emitían sonidos que no tenían sentido. No eran ni llantos, ni gritos, ni murmullos de alegría. Su lenguaje no tenía significado alguno. Dejaban rastro y olores por todas partes. Eran desconsiderados y descuidados. Cuando se avecinaban espantosos truenos y el cielo se teñía de rojo en plena noche, se dejaban llevar por el pánico y la desesperación, no sabían hacia dónde huir ni dónde refugiarse. Sentía su miedo. Apestaban como las ratas que caían en la trampa del Hombre Malo.

Al Hombre Malo le irritaban los olores que los envolvían. Aunque también se entremezclaban otros aromas agradables y nuevos: el olor de la carne asada, de las patatas hervidas, de la leche, de las zamarras y de las pieles, el olor del café de achicoria, de la ceniza y del grano de centeno. Había también olores horribles, ajenos a los animales, olores puramente humanos, de jabón, de acetileno, de lejía, de papel, de armas, de lubricantes y de azufre.

En cierta ocasión, el Hombre Malo se paró en la linde del bosque y se quedó observando el pueblo. Estaba vacío y se había vuelto tan frío como la carroña. Algunas casas tenían los techos derrumbados y, otras, los cristales rotos. En el pueblo no había pájaros ni perros. Nada. Al Hombre Malo le gustó aquel espectáculo. Como la gente había entrado en el bosque, el Hombre Malo entró en el pueblo.

TIEMPO DEL JUEGO

En el librito *Ignis fatuus o Juego educativo para un jugador* la descripción del Tercer Mundo empieza del siguiente modo:

«Entre la Tierra y el Cielo existen Ocho Mundos. Penden inmóviles en el espacio como edredones tendidos al aire.

»El Tercer Mundo lo creó Dios hace mucho tiempo. Empezó por los mares y los volcanes y finalizó con las plantas y los animales. Pero, como en la creación no hay nada sublime, y solo hay esfuerzo y trabajo, Dios se cansó y se desanimó. El nuevo mundo Le resultaba aburrido. Los animales no entendían su armonía, no se maravillaban ante él, no loaban a Dios. Comían y se reproducían. No le preguntaban a Dios por qué había hecho azul el cielo y húmeda el agua. El erizo no se asombraba de sus púas, ni el león de sus dientes y los pájaros no se interrogaban acerca de sus alas.

»Este mundo duró muchísimo tiempo y acabó por matar de aburrimiento a Dios. Así que Dios bajó a la tierra y empezó a dotar de dedos, manos, cara, piel delicada, entendimiento y capacidad de sorprenderse a todos los animales que encontraba. Convirtió, a la fuerza, a los animales en personas. Pero los animales no querían ser transformados en hombres; les parecían seres horribles y espantosos, verdaderos monstruos. Llegaron a un acuerdo, cogieron a Dios y lo ahogaron. Y así acabó todo.

»En el Tercer Mundo no hay hombres ni Dios.»

TIEMPO DE MISIA

Misia se puso dos faldas, dos jerséis y un pañuelo en la cabeza. Salió de la guarida silenciosamente para no despertar a nadie. El bosque amortiguaba el monótono bombardeo de los cañones. Cogió la mochila y, cuando ya estaba a punto de ponerse en camino, vio a Adelka. La niña se acercó a su madre.

—Voy contigo.

Misia se irritó.

—Vuelve a la guarida. Venga... Yo vendré enseguida.

Adelka se agarró con todas sus fuerzas a su doble falda y se puso a llorar. Misia dudó unos instantes. Después volvió a la guarida a por la zamarra de la niña.

Esperaban ver Antaño al llegar a la linde del bosque. Pero Antaño no estaba allí. En el cielo oscuro no se podía ver ni el más mínimo rastro de humo, no había ninguna luz encendida, ningún perro ladraba. Solo hacia el oeste, por Kotuszów, resplandecían unas nubes bajas y amarronadas. Misia tembló y recordó un viejo sueño en el que había exactamente aquello. «Sueño», pensó. «Estoy acostada en el camastro de la guarida. No he ido a ninguna parte. Esto lo estoy soñando.» Y después pensó que en realidad se había quedado dormida mucho antes. Le parecía que estaba acostada en su doble y nueva cama de matrimonio, y que al lado dormía Paweł. No había guerra. Tenía una pesadilla muy larga: con los alemanes, los rusos, el frente, el bosque, las patatas... Eso la ayudó. Misia dejó de tener miedo y se fue hacia el Gran Camino. Las piedras mojadas del sendero crujieron bajo sus zapatos. Después, imaginó llena de esperanza que se había quedado dormida aún mucho antes. Que se había aburrido de darle vueltas sin parar a la pequeña manivela del molinillo y que se había quedado dormida en el

banco junto al molino. Era pequeña y en ese momento tenía un sueño infantil sobre la vida adulta y la guerra.

—Quiero despertarme —dijo en voz alta.

Adelka la miró extrañada y Misia entendió que ningún niño era capaz de crear en su sueño la masacre de los judíos, ni la muerte de Florentynka, ni a los partisanos, ni lo que le habían hecho a Ruta, ni los bombardeos, ni los desalojos, ni la parálisis de su madre.

Miró hacia arriba. El cielo era como la tapa de un frasco de conserva en el cual Dios había encerrado a la gente.

Pasaron junto a una silueta oscura y Misia dedujo que aquello había sido su granero. Fue hasta el borde del camino y extendió la mano hacia la oscuridad. Tocó las ásperas tablas de la valla. Escuchó unos sonidos indefinidos, extraños y sordos.

—Alguien toca el acordeón —dijo Adelka.

Se pararon frente al portillo y el corazón de Misia aceleró sus latidos. Su casa seguía en pie. Lo sabía, aunque no la veía. Sentía ante ella su poderoso volumen cuadrangular, sentía su peso y la forma en que llenaba el espacio. A tientas abrió el portillo y se dirigió hacia el porche.

La música venía de dentro. La puerta del porche que daba al recibidor estaba atrancada con las maderas que habían clavado, tal como la habían dejado. Fueron hacia la entrada de la cocina. La música empezó a oírse con más claridad. Alguien tocaba con el acordeón melodías llenas de energía. Misia se santiguó, cogió con fuerza la mano a Adelka y abrió la puerta.

La música cesó. Vio su cocina sumergida en humo y tinieblas. En las ventanas colgaban mantas. En la mesa, junto a la pared e incluso en la alacena había soldados sentados. De repente, uno de ellos les apuntó con el fusil. Misia levantó las manos lentamente.

El sombrío teniente se levantó de la mesa. Alzó la mano para estrecharle la suya y saludarla.

—Esta es la señora de la casa... —dijo en ruso, y Misia hizo una torpe reverencia.

Entre los soldados estaba Iván Mukta. Tenía la cabeza vendada. Por él supo Misia que sus padres vivían en el molino con la vaca. Aparte de ellos, ya no quedaba nadie en Antaño. Iván acompañó a Misia arriba y abrió ante ella la puerta de la habitación que daba al sur. Misia vio frente a ella el cielo

de aquella noche invernal. La habitación que daba al sur había dejado de existir; pero eso, curiosamente, a ella le parecía poco importante. Esperaba haber perdido toda la casa. Por tanto, qué significado podía tener la pérdida de una sola habitación.

—Señora Misia —le dijo Iván Mukta en las escaleras—, tiene que llevarse a sus padres de aquí y esconderlos en el bosque. El frente se trasladará en cuanto pasen sus fiestas de Navidad. La lucha será terrible. No se lo diga a nadie. Es secreto militar.

—Gracias —dijo Misia, y justo después cayeron sobre ella aquellas palabras con todo su peso—. Dios mío, ¿qué va a ser de nosotros? ¿Cómo nos las apañaremos durante el invierno en el bosque? ¿Para qué sirve esta guerra, señor Iván? ¿De quién es esta guerra? ¿Por qué se meten en ese matadero? ¿Por qué se matan?

Iván Mukta la miró con tristeza y no contestó.

Misia repartió cuchillos entre los achispados soldados para que pelaran patatas. Sacó la manteca de cerdo que habían escondido en el sótano y les preparó una bandeja de patatas fritas. Nunca habían comido patatas fritas. Primero las miraron con desconfianza, pero luego empezaron a comer cada vez con más apetito.

—No pueden creer que sean patatas —explicó Iván Mukta.

En la mesa aparecieron más botellas de vodka. Empezó a sonar el acordeón. Misia puso a dormir a Adelka bajo el hueco de las escaleras; le parecía que allí estaba más segura.

La presencia de la mujer excitó a los soldados. Unos empezaron a bailar, primero en el suelo, después en la mesa. El resto seguía el ritmo de la música con las palmas. El vodka corría a chorros por sus gargantas. De repente les había dado un ataque de locura: pataleaban, gritaban, golpeaban los fusiles contra el suelo. Un joven oficial de ojos claros desenfundó su pistola y disparó varias veces contra el techo. La argamasa se esparció sobre los vasos. Misia, ensordecida, se tapó la cabeza con las manos. De pronto se hizo el silencio y Misia se oyó gritar a sí misma. Desde el hueco de las escaleras, le hizo coro el llanto asustado de su hija.

El teniente sombrío le chilló al de los ojos claros y tocó la funda de su propia pistola. Iván Mukta se arrodilló junto a Misia.

—Señora, no tenga miedo, venga... Misia... Solo es un juego...

Le dejaron a Misia toda la habitación para ella. Y ella comprobó dos veces que había cerrado la puerta con llave.

Por la mañana, cuando fue al molino, se le acercó el joven oficial y le dijo algo como pidiéndole disculpas. Le enseñó un anillo en el dedo y unos papeles. Como siempre y mira por dónde, apareció Iván Mukta.

—Tiene a su mujer y a su hijo en Moscú. Es esa inquietud lo que lo altera. Le pide disculpas de todo corazón por lo de anoche.

Misia no sabía qué hacer. Tras un impulso repentino fue hasta el hombre y lo abrazó. Su uniforme olía a tierra.

—Y usted, señor Iván, procure que no lo maten —le dijo como despedida a Mukta.

Él negó con la cabeza y sonrió. Sus ojos parecían en ese momento dos líneas negras.

—Los que son como yo no mueren.

Misia le volvió a mirar y tuvo la sensación de que conocía a Iván desde hacía mucho.

—Entonces... hasta la vista —dijo ella.

TIEMPO DE MICHAŁ

Vivían en la cocina del molino con la vaca. Michał le había hecho a esta una cama de heno detrás de la puerta, justo donde siempre estuvieron los cubos del agua. Durante el día iba en busca de heno por los graneros, después daba de comer a la vaca y sacaba el estiércol. Genowefa lo miraba desde su silla. Él cogía un cubo dos veces al día, se sentaba en un taburete y ordeñaba al animal lo mejor que sabía. No era mucha la leche. Justo la necesaria para dos personas. De esa leche, además, Michał sacaba la nata con la intención de llevársela un día a los niños al bosque.

El día duraba poco, como si estuviera enfermo y no tuviera fuerza para desarrollarse hasta el final. Oscurecía más temprano y por eso los dos se sentaban junto a la mesa donde ardía débilmente el quinqué. Habían cubierto las ventanas con gualdrapas. Michał encendía el fogón y abría sus puertecillas. El fuego les levantaba el ánimo. Genowefa le pedía que la pusiera de cara al fuego.

—No puedo moverme. He muerto en vida. Soy para ti una carga enorme que no te mereces —decía a veces con una voz sepulcral que le salía de las entrañas.

Michał la tranquilizaba:

—Me gusta cuidarte.

Todas las noches la sentaba en el orinal, la lavaba y la llevaba a la cama. Le estiraba las manos y las piernas. Le parecía que ella lo miraba desde lo más profundo de su cuerpo, como si la hubieran encerrado allí. Una princesita prisionera en la torre de su propio cuerpo. Por la noche ella le susurraba: «Abrázame.»

Escuchaban juntos el estruendo de los cañones, que casi siempre venía de Kotuszów; pero a veces todo temblaba y entonces sabían que el proyectil

había caído en Antaño. Por las noches les llegaban sonidos extraños: chasquidos o ronroneos, seguidos de rápidos pasos de hombre o de animal. Michał tenía miedo, pero no quería demostrarlo. Cuando el corazón empezaba a latirle demasiado rápido, se volvía de espaldas.

Más tarde, Misia y Adelka fueron a buscarlos. Michał ya no insistió en quedarse. El molino del mundo se había parado, su mecanismo se había estropeado. Anduvieron hundiéndose en la nieve del Gran Camino en dirección al bosque.

—Déjame ver Antaño otra vez —pidió Genowefa, pero Michał simuló no haberla oído.

TIEMPO DEL AHOGADO CHOPCHAF

El Ahogado Chopchaf volvió en sí y se asomó a la superficie del mundo. Vio una gran marea: el aire pasaba en grandes ráfagas, se arremolinaba y salía disparado contra el cielo. Las aguas se agitaban y se volvían turbias con el impacto del calor y el fuego. Lo que había estado arriba se dirigía hacia abajo y lo que había estado abajo se impulsaba hacia arriba.

La curiosidad y el deseo de actuar guiaban al Ahogado. Puso a prueba su fuerza y arrancó un torbellino de niebla y humo de vapor de la superficie del río. La nube gris se arrastró tras él por el camino de Wola en dirección al pueblo.

Junto a la valla de los Boski vio un perro flaco. Sin intención alguna, se agachó hacia él. El perro gimió lastimeramente y escapó con el rabo entre las patas. El Ahogado Chopchaf se irritó y dirigió la nube de niebla y humo por encima del huerto. Intentó meterla por las humeantes chimeneas, tal y como solía hacer, pero las chimeneas no estaban calientes. Chopchaf rodeó la casa de los Serafin y vio que allí no había nadie. No había nadie en Antaño. El sonido del portón del granero que batía el viento retumbaba en el aire.

El Ahogado Chopchaf deseaba brincar y moverse entre los enseres humanos para que el mundo reaccionara ante su presencia. Quería gobernar el aire, detener el viento con su cuerpo de niebla, jugar con las formas del agua, atraer y asustar a la gente, ahuyentar a los animales. Pero los violentos movimientos del aire habían cesado y todo se hallaba vacío y silencioso.

Se detuvo un instante y sintió un calor dilatado, mezquino y humano, que venía del bosque. Se sintió alborozado y se arremolinó. Volvió por el camino de Wola y asustó otra vez al mismo perro. Por el cielo se

arrastraban unas nubes bajas que fortalecieron al Ahogado. Aún no había amanecido.

Algo le retuvo junto al bosque. No sabía exactamente qué. Vaciló y luego dio media vuelta hacia el río, no hacia los prados del cura, sino más bien hacia la Papelera.

El calvero del bosque de pinos estaba arrasado y humeaba. En la tierra ardían enormes agujeros. El día antes debió de haber pasado por allí el fin del mundo. Sobre la hierba se enfriaban centenares de cuerpos humanos ya sin vida. El tinte rojo de la sangre se evaporaba en el cielo gris, hasta tal punto que el este empezó a teñirse de carmín.

El Ahogado percibió cierto movimiento entre aquel montón de cadáveres. El sol se desprendió de las cadenas del horizonte y empezó a liberar a los espíritus de los cuerpos muertos de los soldados.

Los espíritus se evadían de sus cuerpos, confundidos y aturdidos. Se balanceaban como sombras, como globos transparentes. El Ahogado Chopchaf se alegró casi tanto como se puede alegrar un ser vivo. Avanzó por el calvero del bosque e intentó que los espíritus giraran sobre sí, quiso bailar con ellos, asustarlos y arrastrarlos tras él. Eran muchísimos, centenares, tal vez miles. Se levantaban y oscilaban inseguros sobre el suelo. Chopchaf pasaba entre ellos, los rozaba, resollaba y daba vueltas, con tantas ganas de divertirse como un cachorro. Pero los espíritus, como si no existiera, no le prestaban atención. Se bamboleaban un instante entre las capas del aire matutino, tomaban altitud y desaparecían como globos liberados.

El Ahogado no podía comprender que se fueran, ni que existiera un lugar adonde se pudiera ir tras la muerte. Intentó perseguirlos, pero ellos ya se encontraban sujetos a otra ley, totalmente diferente a la del Ahogado Chopchaf. Ciegos y sordos a sus juegos, se movían como renacuajos, por instinto y en una única dirección.

El bosque, previamente emblanquecido con las almas, de repente se despobló. El Ahogado Chopchaf, de nuevo, se quedó solo. Estaba enojado. Dio algunas vueltas sobre sí mismo y acabó golpeándose contra un árbol. Un pájaro se asustó, chilló con fuerza y echó a volar a ciegas en dirección al río.

TIEMPO DE MICHAŁ

Los rusos recogieron de la Papelera a sus muertos y se los llevaron en carros al pueblo. En el campo de Cherubin cavaron un gran hoyo y enterraron los cuerpos de aquellos soldados. Pusieron a un lado, juntos, a los oficiales.

Todos los que habían vuelto a Antaño fueron a ver aquel apresurado entierro, sin cura, sin discursos y sin flores. Michał también fue, y esa imprudencia permitió que la mirada del teniente sombrío se posara en él. El sombrío teniente le dio a Michał unos golpecitos en la espalda y ordenó que llevaran los cuerpos de los oficiales junto a la casa de los Boski.

—No, no cavéis aquí —les pidió Michał—. ¿Es que no hay terreno de sobra para las tumbas de vuestros soldados? ¿Por qué en el huerto de mi hija? ¿Por qué tenéis que arrancar las flores? Id al cementerio o, si queréis, os puedo enseñar otros sitios...

El teniente sombrío, que siempre había sido educado y amable, empujó a Michał al mismo tiempo que uno de los soldados le apuntaba con el fusil. Michał se apartó.

—¿Dónde está Iván? —le preguntó Izydor al teniente.

—Murió —dijo en ruso.

—No —dijo Izydor, y el teniente se quedó mirándolo.

—¿Por qué no? —preguntó en ruso.

Izydor se dio la vuelta y se fue corriendo.

Los rusos enterraron en el huerto a ocho oficiales, justo debajo de la ventana del dormitorio. Los cubrieron con tierra y, cuando se fueron, empezó a nevar.

Desde ese momento ya nadie quiso dormir en el dormitorio que daba al huerto. Misia enrolló los edredones y se los llevó arriba.

En primavera, Michał hizo una cruz con dos maderos y la puso debajo de la ventana. Después, con un palo, abrió unos delicados surcos en la tierra para sembrar conejitos. Crecieron flores en abundancia, de varios colores, con sus boquitas abiertas en dirección al cielo.

A finales del verano del cuarenta y cinco, cuando la guerra ya había terminado, llegó a la casa un jeep militar del que bajaron un oficial polaco y un civil. Dijeron que iban a exhumar a los oficiales. Después apareció un camión con soldados y una carreta, en donde fueron colocando los cuerpos que sacaban de la tierra. La tierra y los conejitos les habían chupado toda la sangre y el agua. Los uniformes de lana era lo que mejor se había conservado y gracias a ellos los cadáveres que se descomponían se habían mantenido íntegros. Los soldados que los llevaban a la carreta se cubrieron la boca y la nariz con pañuelos.

Los habitantes de Antaño se reunieron en el Gran Camino. Intentaban ver lo máximo posible desde la cerca y solo iniciaron una silenciosa retirada cuando el carro se puso en marcha en dirección a Jeszkotle. Las más valientes fueron las gallinas. Con gran coraje salieron corriendo detrás del carro que traqueteaba sobre las piedras y se fueron tragando ávidamente todo cuanto fue cayendo al suelo.

Michał vomitó en la mata de lilas. Nunca más se llevó a la boca un huevo de gallina.

TIEMPO DE GENOWEFA

El cuerpo de Genowefa se petrificó como una olla de arcilla cocida al rojo vivo. Lo sentaron en una silla de ruedas. Su cuerpo estaba a merced de los demás. Lo metían en la cama, lo lavaban, lo ayudaban para hacer sus necesidades y lo llevaban al porche.

El cuerpo de Genowefa era una cosa y Genowefa era otra. Esta permanecía encerrada en aquel, atrapada y confusa. Solo podía mover las puntas de los dedos y la cara, pero ni siquiera del todo. Ya no sabía ni sonreír ni llorar. Las palabras caían de su boca como piedras torpes y ásperas. Aquellas palabras no tenían poder alguno. A veces intentaba reñir a Adelka cuando esta pegaba a Antek, pero la nieta hacía caso omiso de sus amenazas. Antek se escondía bajo la falda de la abuela y Genowefa no podía hacer nada para ocultarlo o al menos abrazarlo. Impotente, veía cómo Adelka, mayor y más fuerte, agarraba a su hermano por el pelo. A Genowefa se la llevaban los demonios, pero hasta estos acababan muriendo al no encontrar salida alguna.

Misia le hablaba mucho a su madre. Empujaba la silla desde la puerta hasta las baldosas calientes del fogón y le soltaba su monserga. Genowefa la escuchaba sin prestarle mucha atención. Lo que le decía su hija la aburría. Cada vez sentía menos curiosidad por saber quién había sobrevivido y quién había muerto; no le importaban las misas, ni las amigas de Misia de Jeszkotle, ni la nueva forma de hacer conserva de guisantes, ni las noticias de la radio que Misia siempre comentaba, ni sus absurdas dudas y preguntas. Genowefa prefería concentrar su atención en lo que hacía Misia y en lo que pasaba en casa. Observaba la barriga de su hija que crecía por tercera vez; la minúscula nieve de harina que caía desde la artesa hasta el suelo cuando preparaba la masa para la pasta; una mosca que se ahogaba

en la leche; el ardiente atizador tirado sobre la plancha del fogón; las gallinas en el zaguán que intentaban sacar los cordones de las botas. Aquella era la vida real y palpable, la que se alejaba de ella día tras día. Genowefa veía que Misia no daba abasto en aquella gran casa que le habían regalado. Un día, consiguió hilvanar algunas frases y convenció a su hija de que cogiera a una chica para ayudarla. Y Misia hizo venir a Ruta.

Ruta se había convertido en una chica muy bonita. A Genowefa se le encogía el corazón cuando la miraba. Aguardaba aquellos instantes en que las dos, Misia y Ruta, estaban juntas y las comparaba. (¿Es que nadie se había dado cuenta?) Eran muy parecidas. Dos variantes de lo mismo. Una era más menuda y morena, la otra más alta y llena. Los ojos y el cabello de una eran castaños y los de la otra del color de la miel. El resto era exactamente igual. Al menos, eso le parecía a Genowefa.

Miraba cómo Ruta fregaba el suelo, picaba las cabezas de col, cómo aplastaba el queso en un cuenco de barro. Y cuanto más las miraba, más segura estaba. En ocasiones, cuando lavaban o limpiaban en la casa y Michał estaba ocupado, Misia les ordenaba a los niños que llevaran a la abuela al bosque. Los niños sacaban la silla con cuidado, pero una vez pasadas las lilas, cuando ya no los podían ver desde la casa, se echaban a correr por el Gran Camino, empujando la silla con el rígido y majestuoso cuerpo de Genowefa. La dejaban abandonada con el cabello alborotado, indefensa, con la mano colgando sobre el brazo de la silla, mientras ellos corrían por la arboleda buscando setas o fresas silvestres.

Uno de esos días Genowefa vio con el rabillo del ojo a Espiga, que salía del bosque y se dirigía al Gran Camino. Genowefa no podía mover la cabeza, así que esperó. Espiga se le acercó y con gran curiosidad dio una vuelta alrededor de la silla. Se puso en cuclillas frente a Genowefa y la miró a la cara. Ambas se sostuvieron la mirada durante un momento. Espiga ya no recordaba en nada a aquella muchacha que caminaba descalza por la nieve. Se había vuelto gorda y más grande. Sus gruesas trenzas ya eran blancas.

—Cambiaste a nuestros hijos —dijo Genowefa.

Espiga se echó a reír y cogió con su mano caliente una de sus tullidas manos.

—Te llevaste a mi niña y me dejaste a tu niño. Ruta es mi hija.

—Todas las mujeres jóvenes son hijas de las mujeres mayores. Además, tú ya no necesitas ni hijas ni hijos.

—Me quedé paralítica. No puedo moverme.

Espiga cogió la mano inmóvil de Genowefa y la besó.

—Levántate y anda —dijo.

—No —le susurró Genowefa, y, sin darse cuenta de que se estaba moviendo, negó con la cabeza.

Espiga se echó a reír y se fue en dirección a Antaño.

Tras aquel encuentro, Genowefa perdió las ganas de hablar. Solo decía «sí» o «no». En una ocasión, oyó que Paweł le decía en voz baja a Misia que la parálisis también atacaba la mente. «Bueno, pues muy bien; la parálisis ataca mi mente», pensó ella, «pero yo sigo existiendo, a pesar de todo.»

Todos los días, después de desayunar, Michał sacaba a Genowefa delante de la casa. Ponía la silla en la hierba, junto a la valla, y él se sentaba en el banco. Sacaba papel de fumar y durante un buen rato trituraba con los dedos el tabaco. Genowefa observaba el Gran Camino frente a ella y contemplaba el pavimento de piedras lisas que semejabán miles de cabezas de personas enterradas en la tierra.

—¿No tienes frío? —preguntaba Michał.

Ella negaba con la cabeza.

Después Michał se terminaba el cigarro y se iba. Genowefa se quedaba en la silla. Miraba el huerto de los Papug, el arenoso camino del campo que trepaba entre manchas verdes y amarillas. Después miraba sus pies, sus rodillas, sus caderas. Le eran tan lejanos y le pertenecían tan poco como la arena, el campo y los huertos. Su cuerpo era una figura hecha de desmenuzada materia humana.

No podía creer que todavía moviera los dedos, que le quedara tacto en las yemas de sus pálidas manos, que, desde hacía meses, habían perdido el hábito del trabajo. Ponía aquellas manos en sus rodillas muertas y revolvía con ellas los pliegues de la falda. «Soy un cuerpo», se decía a sí misma. Pero en el cuerpo de Genowefa seguía creciendo la imagen de aquella matanza humana, como un cáncer, como el moho. La vida es movimiento y matar consiste en privar del derecho al movimiento. Al matarlo, el cuerpo

se inmoviliza. El hombre es un cuerpo. Y todo lo que el hombre experimenta tiene principio y fin en el cuerpo.

Un día Genowefa le dijo a Michał:

—Tengo frío.

Él le llevó un chal de lana y unos guantes. Ella todavía movía los dedos, pero ya no los sentía. Por tanto, no sabía si se movían o no. Cuando alzó la mirada hacia el Gran Camino, vio que los muertos habían vuelto. Avanzaban arrastrándose por el Gran Camino, desde Czernica hasta Jeszkotle, como una gran procesión, como una peregrinación a Częstochowa. Solo que las peregrinaciones siempre van acompañadas de bullicio, de monótonas canciones, de lacrimosas letanías, de ruido de suelas sobre las piedras. Pero allí reinaba el silencio.

Eran miles. Marchaban en filas rotas e irregulares. Caminaban en gélido silencio, a paso ligero. Eran grises, como si les hubieran sorbido la sangre.

Genowefa empezó a buscar entre ellos a Eli y a la hija de los Szenbert con su bebé en brazos, pero los muertos avanzaban demasiado deprisa como para poder percibirlos. Justo después vio al hijo de los Serafin, pero solo porque había pasado más cerca de ella. Tenía en la frente un agujero enorme, de color marrón.

—Franek —susurró.

Él volvió la cabeza y sin aflojar el paso la miró. Le tendió la mano. Su boca se movió, pero Genowefa no oyó ni una palabra.

Los vio durante todo el día, hasta la noche, sin que la marcha disminuyera en ningún momento. Todavía siguieron desfilando cuando ella cerró los ojos. Sabía que Dios también los observaba. Podía ver su rostro. Era negro, horrible y estaba lleno de cicatrices.

TIEMPO DEL SEÑOR POPIELSKI

En el cuarenta y seis, el señor Popielski seguía viviendo en el palacio, aunque era evidente que aquello ya no iba a durar mucho. Su mujer había llevado a los niños a Cracovia y, por aquel entonces, ella preparaba el traslado viajando de un lado a otro.

Parecía que al señor Popielski le diera igual lo que sucediera a su alrededor. Él seguía jugando. Pasaba los días y las noches en la biblioteca. Dormía en el diván. No se vestía ni se afeitaba. Cuando su mujer se iba a ver a los niños, no comía. A veces, durante tres o cuatro días. No abría las ventanas, no decía ni una palabra, no salía de paseo, ni siquiera iba a la planta baja. Los del distrito fueron una o dos veces al palacio por el asunto de la nacionalización. Llevaban las carteras llenas de notificaciones y de sellos. Aporreaban la puerta y sacudían la campanilla. En una ocasión, el amo fue hasta la ventana, los miró desde arriba y se frotó las manos.

—Todo encaja —dijo con una voz ronca y embotada—. Voy a entrar en la siguiente casilla.

A veces, el señor Popielski necesitaba sus libros.

El Juego le exigía todo tipo de información, pero nunca tenía problemas porque todo lo podía encontrar en su propia biblioteca. Además, como los sueños eran los verdaderos protagonistas del Juego, el señor Popielski aprendió a soñar como por encargo. Es más, poco a poco adquirió control sobre ellos, hacía en ellos lo que quería; al contrario que en su vida. Soñaba conscientemente con el tema que necesitaba y luego despertaba conscientemente en la otra orilla, como si hubiera pasado por el agujero de una cerca. Necesitaba un momento para recobrarse del todo y luego se ponía manos a la obra.

El Juego le daba todo cuanto necesitaba e incluso más. ¿Para qué tenía que salir de la biblioteca?

Mientras tanto, los funcionarios del distrito le quitaron los bosques, los desmontes, las tierras de cultivo, los estanques y los prados. Le enviaron una carta oficial en la que, como ciudadano del joven estado socialista que era, se le informaba de que ya no le pertenecía el ladrillar, ni el aserradero, ni la destilería, ni el molino. Al final, pasó lo mismo con el palacio. Fueron atentos e incluso le fijaron un término para el traspaso de bienes. Su mujer primero lloró, después empezó a rezar y al final acabó empaquetando las cosas. Parecía un cirio. Estaba delgada y pálida como la cera. La pálida y fría luz de su cabello, que se le había vuelto blanco de repente, relucía en la penumbra del palacio.

La señora Popielski no le guardaba rencor a su marido porque se hubiera vuelto loco. Se preocupaba porque tenía que decidir ella misma qué podía llevarse y qué debía dejar. A pesar de todo, cuando llegó el primer camión, el señor Popielski, pálido y sin afeitarse, bajó con una maleta en cada mano. No quiso enseñar lo que contenían.

Su esposa corrió arriba e inspeccionó con suma atención la biblioteca. Tenía la sensación de que allí no faltaba nada, no había ni un solo lugar vacío en los anaqueles, no se había movido de su lugar ni un solo cuadro, ni ningún adorno, nada. Llamó a los obreros y estos pusieron los libros en cajas de cartón tal como fueron cayendo. Después, para ir más deprisa, empezaron a coger de una vez filas enteras de las estanterías. Los libros abrían sus alas, incapaces de volar, y luego caían apilados en un montón. Cuando faltaron cajas, los obreros se lo tomaron con calma: cogieron las cajas que estaban llenas y salieron. Más tarde resultó que tan solo habían cogido los libros de la A a la L.

Mientras tanto, el señor Popielski estaba plantado frente al camión y respiraba con entusiasmo el aire fresco que acabó por embriagarlo, tras haber pasado tantos meses encerrado. Tenía ganas de reír, de alegrarse y de bailar. El oxígeno ardía en su sangre densa y abúlica y le hinchaba sus secas arterias.

—Todo encaja —le dijo a su mujer en el camión, cuando iban por el Gran Camino en dirección a Kielce—. Todo cuanto sucede, sucede tal y como debe ser.

Luego añadió algo que hizo que el chófer, los obreros y la señora cruzaran las miradas de modo significativo:

—Ha sido fusilado el ocho de tréboles.

TIEMPO DEL JUEGO

En el libro *Ignis fatuus o Juego educativo para un solo jugador*, es decir, en las instrucciones del Juego, la descripción del Cuarto Mundo contiene la siguiente historia:

«La pasión con que Dios creaba el Cuarto Mundo aliviaba su divino sufrimiento.

»Cuando creó al hombre, fue tanta la impresión que recobró el ánimo. Abandonó la creación del mundo y en Su tiempo divino se dedicó a contemplar Su obra. ¿Podía existir algo más perfecto? Cuanto más penetraba Su mirada en el interior humano, mayor era el fervor con que se avivaba Su amor por el hombre.

»Pero el hombre resultó ser un desagradecido. Se ocupaba del cultivo de la tierra, de engendrar hijos y no prestaba atención a Dios. En el pensamiento divino apareció la tristeza y la oscuridad se filtró por ella.

»Dios se había enamorado del hombre y Su amor no era correspondido.

»El amor de Dios, como cualquier otro, resultaba incómodo. Por tanto, el hombre maduró y decidió liberarse de su importuno amante. “Permite que me vaya”, le dijo. “Déjame conocer el mundo a mi manera y prepárame para el camino.”

»“Sin mí no conseguirás apañártelas”, dijo Dios al hombre. “No te vayas.”

»“Déjame tranquilo”, dijo el hombre.

»Dios, muy apenado, inclinó sobre él la rama de un manzano.

»Dios se quedó solo. Lo echaba de menos. Sufría mucho al pensar que había sido abandonado y soñó que Él había expulsado al hombre del paraíso.

»“Vuelve conmigo. El mundo es horrible y te puede matar. Mira los terremotos, las explosiones de los volcanes, los incendios y los diluvios”, tronó desde las nubes tormentosas.

»“Déjame en paz, conseguiré apañármelas”, le contestó el hombre. Y se fue.»

TIEMPO DE PAWEŁ

—Hay que seguir viviendo —dijo Paweł—. Hay que educar a nuestros hijos, ganar dinero, desarrollarse y prosperar.

Y eso fue lo que hizo.

Él y Aba Kozienicki, que había sobrevivido a un campo de concentración, volvieron a dedicarse al comercio de la madera. Compraban bosques para talar y organizaban la producción y el transporte de la madera. Paweł se compró una moto y empezó a recorrer los alrededores en busca de encargos. También se hizo con una carpeta de piel de cerdo en la que llevaba el talonario y algunos lápices de tinta.

Como los negocios no le iban mal y en su bolsillo no dejaban de caer continuas sumas de dinero, Paweł decidió continuar sus estudios. No hubiera sido muy realista ponerse a estudiar medicina; sin embargo, aún podía especializarse en higiene pública y asistencia sanitaria. A partir de entonces, Paweł Boski se adentró todas las noches en los secretos de las reproducciones de las moscas y en la complicada cadena de la vida de las tenias. Estudió el contenido de las vitaminas en los alimentos y los caminos de propagación de enfermedades como la tuberculosis y la fiebre tifoidea. A lo largo de varios años de cursos y formación, adquirió la seguridad de que la medicina y la higiene, una vez liberadas del poder del oscurantismo y la superstición, estarían en condiciones de transformar la vida del hombre y el campo polaco se convertiría en un oasis de ollas esterilizadas y de patios desinfectados con lisol. Por eso, Paweł fue el primero de los alrededores que destinó una pieza de su casa a instalar un cuarto de baño, que hacía al mismo tiempo las veces de enfermería. Aquel lugar estaba impecablemente limpio: la bañera esmaltada, los grifos relucientes, un cubo metálico para la basura con tapa, frascos de vidrio para el algodón y las tiras de lignina, un

armario con una vitrina cerrada con candado donde guardaba todos los medicamentos e instrumentos médicos. Cuando acabó el último curso, obtuvo un título de enfermero y entonces, en aquella habitación, se dedicó a poner inyecciones a la gente, sin olvidarse de recitar al mismo tiempo un pequeño sermón sobre el tema de la higiene cotidiana.

Más tarde, su negocio con Aba quebró porque se nacionalizaron los bosques. Aba decidió irse. Cuando fue a despedirse ambos se abrazaron como hermanos. Paweł Boski se dio cuenta de que empezaba una nueva etapa en su vida, que desde aquel momento tenía que salir adelante solo y, para colmo, en unas condiciones totalmente diferentes. No se podía mantener a una familia poniendo inyecciones.

Así que metió en su cartera de piel todos sus certificados de los cursos que había realizado y se fue en moto a Taszów a buscar trabajo. Lo encontró en el Servicio de Inspección de Higiene, ese reino de desinfección y de muestras de excrementos. Desde entonces, sobre todo tras haber entrado en el partido, empezó a ascender lenta e irreversiblemente.

Aquel trabajo consistía en desplazarse ruidosamente en su moto por los pueblos de los alrededores y en analizar la limpieza de tiendas, restaurantes y bares. Su aparición con la cartera de piel, llena de documentos y de probetas para las muestras de excrementos, se vivía como si llegara uno de los jinetes del Apocalipsis. Paweł podía ordenar en cualquier momento el cierre de una tienda o de una casa de comidas. Era un hombre importante. Le daban regalos, lo invitaban a vodka y a los más frescos pies de cerdo con gelatina.

Y así fue como conoció a Ukleja, que era el dueño de una pastelería en Taszów y de otros negocios mucho menos oficiales. Ukleja, a su vez, introdujo a Paweł en el mundo de los secretarios del partido y de los abogados, de las juergas y de la caza, de las camareras tetudas y calientes, y del alcohol que daba valor para gozar de la vida a lo loco.

Ukleja ocupó de este modo el lugar abandonado por Aba Kozienicki, un lugar reservado en la vida de cada hombre para el guía y el amigo; sin este uno sería tan solo un guerrero solitario e incomprendido en el mundo del caos y de las tinieblas, que surgen por todas partes en cuanto uno desvía la mirada.

TIEMPO DE LOS MICELIOS

El micelio crece en el subsuelo de todo el bosque e incluso, tal vez, bajo las tierras de Antaño. Crea una gran confusión de finos hilos, de cordoncitos y de ovillos que todo lo embrollan, tanto en la tierra como por debajo del monte, de la hierba y de las piedras. Los filamentos de los micelios tienen una fuerza poderosa, se meten entre los terrones de tierra, envuelven las raíces de los árboles y frenan las grandes rocas que avanzan lenta y eternamente. El micelio es parecido al moho: blanco, delicado, frío, un plateado encaje subterráneo, húmedas puntillas de hifas, pegajosos cordones umbilicales del mundo. Se extiende por los prados, trota bajo los caminos de los hombres, trepa por los muros de sus casas y a veces, poseído por su propia potencia, ataca imperceptiblemente sus cuerpos.

El micelio no es una planta ni un animal. No es capaz de alimentarse de la energía solar porque su naturaleza es ajena al sol. No siente atracción ni por lo caliente ni por lo vivo, porque su naturaleza no es caliente ni está viva. El micelio vive succionando restos de líquidos de todo cuanto muere, se descompone y se filtra en la tierra. El micelio es la vida de la muerte, la vida de la descomposición, la vida de todo lo que está muerto.

El micelio da a luz a sus fríos y húmedos hijos a lo largo de todo el año, pero los más hermosos son los que llegan al mundo en verano y en otoño. Las senderuelas, de delgados pedúnculos, germinan por los caminos de los humanos; los casi perfectos cuescos de lobo y los esclerodermas blanquean en la hierba; las setas amarillas y las yescas toman posesión de los árboles enfermos. El bosque está lleno de mízcalos amarillos, de carboneras aceitunadas y de setas comestibles de piel de ante.

El micelio no diferencia a sus hijos ni cuida de ellos, a todos los dota de energía para crecer y de potencia para sembrar esporas. A unos les da un

aroma, a otros el arte de camuflarse, y hay otros con formas que dejan sin respiración.

En el mismo centro de Wodenica, en lo más profundo de la tierra, late una gran maraña blanca de hifas, que constituye el corazón del micelio. Desde aquí el micelio se extiende a todos los rincones del mundo. En ese lugar, el bosque es oscuro y húmedo. Las esbeltas zarzas aprisionan los troncos de los árboles. Todo se halla totalmente cubierto de musgo. La gente evita instintivamente Wodenica, aunque no saben que allí, en el subsuelo, late el corazón del micelio.

Ruta es la única que lo sabe. Empezó a sospecharlo al ver las bellas amanitas que crecían allí cada año. Las amanitas son las guardianas del micelio. Ruta se acuesta en el suelo, en medio de ellas. Desde allí abajo, observa sus espumosas enaguas, blancas como la nieve.

En una ocasión Ruta pudo oír la vida de los micelios. Era un susurro subterráneo que sonaba como un suspiro sordo. Luego, escuchó el delicado crujido de los minúsculos terrones de tierra, entre los cuales se abría paso un hilo de hifas. Ruta sintió los latidos del corazón del micelio que se producen una vez cada ochenta años humanos.

Desde ese día, suele ir a aquel húmedo lugar de Wodenica y siempre se acuesta sobre el húmedo musgo. Cuando permanece echada mucho tiempo, siente el micelio de una forma diferente. El micelio ralentiza el tiempo. Ruta se hunde entre el sueño y la vigilia y lo ve todo de una manera totalmente diferente. Ve cada ráfaga de viento, la acompasada gracia del vuelo de los insectos, los armoniosos movimientos de las hormigas, las partículas de luz que se posan en la superficie de las hojas. Todos los sonidos agudos (el trino de los pájaros, los chillidos de los animales) se transforman en zumbidos y resonancias que pasan a ras de tierra, como la niebla. Ruta tiene la impresión de llevar horas acostada allí, aunque apenas haya transcurrido un instante. Así es como el micelio toma posesión del tiempo.

TIEMPO DE IZYDOR

Ruta lo esperaba bajo el tilo. Hacía viento, el árbol crujía y se lamentaba.

—Va a llover —dijo en vez de saludarlo.

Fueron en silencio por el Gran Camino y después giraron en dirección a su bosque, que se hallaba tras el Wodenica. Izydor caminaba medio paso atrás y miraba de reojo los hombros desnudos de la chica. Su piel le parecía muy fina, casi transparente. Tenía ganas de tocarla y de acariciarla.

—¿Recuerdas que hace tiempo te enseñé la frontera?

Él asintió con la cabeza.

—Teníamos que explorarla. A veces yo ya no creo en esa frontera. Dejó que entraran extraños...

—Desde el punto de vista científico esa frontera no es posible.

Ruta se echó a reír y agarró a Izydor de la mano. Lo arrastró por entre los pinos bajos.

—Te voy a enseñar otra cosa.

—¿Qué? ¿Cuántas cosas tienes aún para enseñarme? Enséñamelas todas de golpe.

—Eso es imposible.

—¿Es algo vivo o muerto?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Un animal?

—No.

—¿Una planta?

—No.

Izydor se paró y preguntó inquieto:

—¿Un hombre?

Ruta no contestó. Soltó su mano.

—No voy —dijo él, y se puso en cuclillas.

—Bueno, pues nada. No te voy a obligar.

Se arrodilló junto a él y miró las filas de grandes hormigas negras.

—A veces eres tan inteligente. Y otras tan tonto...

—Pero con más frecuencia tonto —dijo él con tristeza.

—Quisiera enseñarte algo extraño que está en el bosque. Mi madre dice que es el centro de Antaño y tú no quieres ir.

—Vale..., pues vamos.

En el bosque no se podía oír el viento, pero empezaba a hacer bochorno. Izydor vio pequeñas gotas de sudor en la nuca de Ruta.

—Descansemos —dijo desde atrás—. Acostémonos aquí para descansar.

—Va a empezar a llover de un momento a otro, vamos.

Izydor se acostó en la hierba y se colocó las manos debajo de la cabeza.

—No quiero ver ningún centro del mundo. Quiero tumbarme aquí contigo. Ven.

Ruta vaciló. Aún caminó algunos pasos y después retrocedió. Izydor entornó los ojos y Ruta se transformó en una figura difusa. La figura se acercó y se sentó en la hierba. Izydor alargó la mano y esta fue a dar en la pierna de Ruta. Bajo los dedos sintió su delicado vello.

—Quisiera ser tu marido, Ruta. Quisiera hacer el amor contigo.

Ella retiró la pierna. Izydor abrió los ojos y miró a Ruta directamente a la cara. La tenía fría y rígida. No era la misma que él conocía.

—Nunca voy a hacer eso con alguien a quien quiera. Solo con hombres a los que odie —dijo, y se levantó—. Me voy. Si quieres, ven conmigo.

Él se levantó rápidamente y se puso en marcha detrás de ella, como siempre medio paso atrás.

—Has cambiado —dijo él en voz baja.

Ella se volvió con violencia y se detuvo.

—Claro que he cambiado. ¿Te extraña? El mundo es malo. Tú mismo lo has visto. ¿Qué Dios puede haber creado un mundo así? O Él mismo es malo o simplemente permite el mal. O bien todo se Le ha hecho un lío.

—No se pueden decir esas cosas.

—Yo sí puedo... —dijo, y se fue corriendo.

Se hizo un gran silencio. Izydor no oía ni el viento, ni los pájaros, ni el zumbido de las abejas. Todo estaba vacío y silencioso, como si él hubiera caído sobre una multitud de plumones, en el mismo centro de un enorme edredón, en un montón de nieve.

—¡Ruta! —gritó.

Ella se escurrió entre los árboles y después se perdió. Él corrió en la misma dirección. Impotente, miró a su alrededor porque sabía que no estaba en condiciones de volver a casa sin ella.

—¡Ruta! —gritó aún más fuerte.

—Estoy aquí —dijo ella, y salió de detrás de los árboles.

—Quiero ver el centro de Antaño.

Lo llevó hasta unos matorrales de frambuesas y de zarzamoras silvestres. Los arbustos agarraban a Izydor por el jersey. Frente a él había un pequeño calvero rodeado de enormes árboles. La tierra estaba cubierta de bellotas viejas y nuevas. Unas se deshacían en polvo, otras germinaban y otras resplandecían todavía verdes. En el mismo centro del calvero había una piedra alta y alargada, de arenisca blanca. Sobre aquel obelisco había otra, más ancha y maciza. Parecía un sombrero. Izydor percibió bajo el sombrero de piedra el perfil de una cara. Se acercó para observarla y entonces vio que la misma cara se reproducía en ambos lados. Por tanto, había tres caras. De repente, Izydor sintió la profunda sensación de lo incompleto, la falta de algo extraordinariamente importante. Tuvo la impresión de que todo aquello ya lo conocía de antes, que ya había visto el calvero y la piedra en el centro del calvero y también sus tres caras. Buscó la mano de Ruta, pero ni siquiera esto lo tranquilizó. La mano de Ruta tiró de él y empezaron a caminar por el mismo borde del calvero, sobre las bellotas. En ese momento Izydor vio la cuarta cara, igual que las anteriores. Aceleró el paso y después soltó la mano de Ruta para correr sin dejar de mirar la piedra. Veía todo el rato una cara frente a él y dos de perfil. Entonces, comprendió de dónde salía aquella sensación de carencia. Surgía de la tristeza que, desde siempre, yace en los cimientos de todo, está presente en todas las cosas y en cada fenómeno: es imposible entenderlo todo al mismo tiempo.

—No se puede ver la cuarta cara —dijo Ruta, como si le leyera el pensamiento—. Este es exactamente el centro de Antaño.

Empezó a llover y cuando llegaron al Gran Camino, estaban completamente empapados. A Ruta se le pegaba el vestido al cuerpo.

—Ven a mi casa a secarte —le propuso él.

Ruta se paró delante de Izydor. A sus espaldas quedaba el pueblo.

—Izek, me voy a casar con Ukleja.

—¡No! —dijo Izydor.

—Quiero irme de aquí, a la ciudad, quiero viajar, quiero tener pendientes y zapatos elegantes.

—¡No! —repitió Izydor, y empezó a temblar. El agua le caía por la cara y le nublaba la visión de Antaño.

—Sí —dijo Ruta, y dio unos pasos atrás.

A Izydor se le doblaron las piernas. Temió caerse.

—Voy a estar en Taszów. ¡No está lejos! —le gritó ella, y regresó al bosque.

TIEMPO DE ESPIGA

El Hombre Malo iba a Wydymacz por la noche. Emergía del bosque al anochecer y parecía como si se despegara de un mural: era moreno y tenía en el rostro una sombra de árboles que nunca desaparecía. Las telarañas brillaban en sus cabellos y por su barba se paseaban tijeretas y pequeños abejorros. A Espiga todo eso le daba mucho asco. Además, olía de otra forma. No como un hombre, sino como un árbol, como el musgo, como el pelaje del jabalí, como la piel de la liebre. Cuando le permitía entrar en ella, sabía que no copulaba con un hombre. No era un hombre, a pesar de su aspecto humano, a pesar de las dos o tres palabras humanas que sabía decir. En cuanto tomaba conciencia de ello, la sobresaltaba el miedo, pero también la excitación de transformarse ella misma en una cierva, en una jabalina, en un anta, de no ser nada más que una hembra, como millares de hembras en el mundo, y de tener en su interior a un macho igual que otros millares de machos del mundo. El Hombre Malo emitía un aullido largo y penetrante, que debía de oírse en todo el bosque.

Él abandonaba la casa al amanecer y antes de salir siempre le robaba algo de comida. Espiga intentó muchas veces seguirlo por el bosque y descubrir su guarida, porque si llegaba a conocerla tendría mayor poder sobre él. Tanto el hombre como el animal muestran el lado débil de su naturaleza en el lugar en que se ocultan.

Nunca consiguió perseguir al Hombre Malo más allá del gran tilo. En cuanto ella apartaba la vista de su encorvada espalda que se colaba entre los árboles, el Hombre Malo se perdía como si se lo tragara la tierra.

Al final, Espiga comprendió que le traicionaba su olor humano, de mujer, y que por eso el Hombre Malo sabía que ella lo perseguía. Un día recogió setas, cortezas de árboles, pinocha y hojas. Lo metió todo en una

gran olla de piedra. Vertió agua de lluvia y esperó algunos días. El Hombre Malo volvió y a la mañana siguiente se fue al bosque con un trozo de tocino entre los dientes. Ella se desnudó rápidamente, se frotó con aquella mixtura y salió tras él.

Lo vio sentarse en el suelo, en las lindes del prado, y comerse el tocino. Luego, se limpió las manos en la hierba y se metió entre la maleza. En los espacios abiertos, miraba receloso a su alrededor y husmeaba. Llegó incluso a tirarse al suelo; justo un instante después Espiga escuchó el traqueteo de una carreta en el camino de Wola.

El Hombre Malo entró en los parajes de la Papelera. Espiga se escondió entre la hierba y, agachada, siguió sus huellas. Cuando se encontró en la linde del bosque ya no pudo verlo por ninguna parte. Intentó husmear como él, pero no sentía nada. Impotente, empezó a dar vueltas bajo el enorme roble, cuando de repente cayeron junto a ella varias ramitas, una tras otra. Espiga comprendió su error. Alzó la cabeza. El Hombre Malo estaba sentado en una rama del roble y le enseñaba los dientes. Ella se asustó ante su nocturno amante. No parecía un hombre. Él gruñó amenazadoramente y Espiga entendió que debía irse.

Fue directamente al río y allí se lavó el olor a tierra y a bosque.

TIEMPO DE RUTA

El coche de Ukleja, un Warszawa, llegó tan lejos como pudo. Después, Ukleja tuvo que bajar y hacer a pie los últimos metros, tropezando con los baches del camino del bosque y maldiciendo. Por fin llegó a la destartada cabaña de Espiga y escupió con rabia.

—Buena mujer, acérquese, tengo algo que proponerle —gritó.

Espiga salió y miró directamente a los ojos enrojecidos de Ukleja.

—No voy a dártela.

Por unos instantes, él perdió la seguridad en sí mismo, pero enseguida se sobrepuso.

—Ella ya es mía —dijo tranquilamente—. Lo que pasa es que se ha empeñado en que la bendigas. Tengo que pedirte su mano.

—No voy a dártela.

Ukleja se volvió hacia el coche y gritó:

—¡Ruta!

Al cabo de un momento la puerta se abrió y Ruta bajó del coche. Ahora llevaba el pelo corto y por debajo de su pequeño sombrero asomaban unos rizos.

Llevaba una falda estrecha y unos tacones que la hacían muy delgada y alta. Le resultaba difícil andar con sus elegantes zapatos por el camino de tierra. Espiga la devoraba con la mirada.

Ruta se detuvo junto a Ukleja y tímidamente se cogió de su brazo. Aquel gesto envalentonó del todo a Ukleja.

—Dale la bendición a tu hija, mujer; no tenemos demasiado tiempo. —Empujó ligeramente a la chica hacia delante.

—Entra en casa, Ruta —dijo Espiga.

—No, mamá, quiero casarme con él.

—Te hará daño. Te perderé por su culpa. Es un hombre lobo.

Ukleja se echó a reír.

—Ruta, vámonos..., esto no tiene sentido.

La muchacha se volvió bruscamente hacia él y le tiró el bolso a los pies.

—No me voy hasta que no me dé su permiso —gritó ella con rabia.

Se acercó a su madre. Espiga la abrazó y se quedaron así hasta que Ukleja empezó a impacientarse.

—Volvamos, Ruta. No tienes que convencerla. ¿Y qué más da lo que ella diga? ¡Ja! ¡La gran señora!

Entonces, Espiga se dirigió a él por encima de la cabeza de su hija.

—Puedes llevártela, pero te voy a poner una condición.

—¿Sí? —se interesó Ukleja, pues le gustaba negociar.

—Desde octubre hasta finales de abril es tuya. Desde mayo hasta septiembre, mía.

Sorprendido, Ukleja la miró como si no entendiera. Luego, contó los meses con los dedos y se dio cuenta de que ese reparto no era exacto y de que él salía ganando. Tenía más meses que Espiga. Sonrió con malicia:

—Bien, que así sea.

Ruta cogió la mano de su madre y se la puso en la mejilla.

—Gracias, mamá. Me irá bien. Tengo allí todo lo que deseo.

Espiga la besó en la frente. Ni siquiera miró a Ukleja cuando ya se marchaban. Antes de arrancar, el coche lanzó un torbellino de humo gris y, por primera vez en su vida, los árboles de Wydymacz saborearon los gases del tubo de escape.

TIEMPO DE MISIA

Para la familia y los amigos del trabajo, para los secretarios y los abogados, Paweł celebraba su santo en junio, por San Pedro y San Pablo. Pero para su cumpleaños invitaba siempre y únicamente a Ukleja. El cumpleaños es para los amigos y Paweł tenía un único amigo.

Cuando los niños oían el zumbido sordo del Warszawa, huían aterrorizados hacia el escondite que tenían debajo de las escaleras. Ignorante del terror que despertaba, Ukleja les llevaba a los niños un gran termo con helado y galletas en una caja de cartón.

Ese día, Misia, con un vestido premamá azul, les invitó a sentarse a la mesa del comedor, pero ellos se demoraron en ocupar sus asientos. Izydor abordó a Ruta en la puerta.

—Tengo más sellos —dijo.

—Izydor, no molestes a nuestros invitados —le riñó Misia.

—Te queda muy bien ese abrigo de piel, pareces la Reina de las Nieves —le susurró Izydor a Ruta.

Misia empezó a servir la comida. Había pies de cerdo con gelatina, dos tipos de ensalada, fuentes con embutido y huevos rellenos. En la cocina se calentaba el *bigos* de col fermentada y carne y chisporroteaban los muslos de gallina. Paweł sirvió vodka en los vasos. Los dos hombres se habían sentado uno frente al otro y hablaban de los precios de las pieles en Taszów y en Kielce. Luego, Ukleja contó un chiste verde. El vodka desaparecía por sus gargantas y los vasos parecían demasiado pequeños para saciar el terrible deseo de los cuerpos. Los hombres todavía parecían sobrios, aunque ambos tenían los rostros enrojecidos y llevaban abierto el cuello de la camisa. Al final, sus ojos se enturbiaron como si se hubieran ido congelando desde el interior. Ruta se fue a la cocina detrás de Misia.

—Te ayudo —dijo. Misia le dio un cuchillo.

Las grandes manos de Ruta cortaban el pastel y sus uñas rojas brillaban como gotas de sangre sobre la nata blanca.

Los hombres empezaron a cantar y Misia miró con inquietud a Ruta.

—Tengo que acostar a los niños. Llévalos mientras tanto el pastel —le pidió.

—Te espero. Iré fregando.

—¡Ruta! —gritó de repente Ukleja, ya borracho, desde la sala contigua —. ¡Putas, ven aquí!

—Ven —dijo enseguida Misia, y cogió la bandeja del pastel.

Ruta dejó el cuchillo y sin muchas ganas siguió a Misia. Se sentaron con los hombres.

—Mira qué sujetador le he comprado a mi mujer —gritó Ukleja, y tiró de la blusa descubriendo su escote lleno de pecas y un sujetador de encaje tan blanco como la nieve—. ¡Es francés!

—¡Para! —dijo en voz baja Ruta.

—¿Qué es eso de «para»? ¿No tengo derecho? Eres mía, toda tú y todo lo que llevas. —Ukleja miró a Paweł, que se divertía con aquello, y repitió —: ¡Es totalmente mía! ¡Y también todo lo que lleva encima! La tengo todo el invierno. En verano, la muy jodida se va a casa de su madre.

Paweł le señaló el vaso lleno. Ni se dieron cuenta cuando las mujeres se fueron de nuevo a la cocina. Ruta se sentó a la mesa y encendió un cigarrillo. Entonces Izydor, que estaba pendiente de ella todo el tiempo, aprovechó la ocasión y le llevó su caja de sellos y postales.

—Mira —intentó animarla.

Ruta tomó en sus manos las postales y les dio una ojeada a todas ellas. De sus labios rojos salían bocanadas de humo blanco. El carmín dejaba en el cigarrillo misteriosas marcas.

—Puedo dártelas —dijo Izydor.

—No. Prefiero verlas aquí, en tu casa, Izek.

—En verano vamos a tener más tiempo, ¿no?

Izydor vio que, en las pestañas de Ruta, rígidas por el rímel, se había quedado suspendido un lagrimón. Misia le sirvió un vaso de vodka.

—No tengo suerte, Misia —dijo Ruta, y la lágrima aprisionada en las pestañas cayó rodando por su mejilla.

TIEMPO DE ADELKA

A Adelka no le gustaban los amigos de su padre, aquellos hombres a quienes les olía la ropa a tabaco y a polvo. El más importante de todos era Ukleja, seguramente porque era muy grande y gordo. Pero, cuando el señor Widyna visitaba a su padre, hasta Ukleja se volvía amable, educado y hablaba con una voz más apagada.

Widyna llegaba con su chófer, que se pasaba toda la noche esperando en el coche junto a la casa. Widyna llevaba siempre un uniforme verde de cazador y una pluma en el sombrero. Saludaba a Paweł dándole unas palmadas en la espalda y besaba a Misia en la mano de forma pausada y lujuriosa. Misia le ordenaba a Adelka que se ocupara del pequeño Witek mientras ella sacaba de la despensa sus mejores reservas. El cuchillo brillaba en su mano cuando cortaba la longaniza seca y el jamón cocido. Paweł hablaba de Widyna con orgullo.

—Con los tiempos que corren es bueno tener este tipo de relaciones.

Aquellas amistades de su padre le tomaron afición a la caza y volvían del Gran Bosque cargados de liebres o de faisanes. Lo colocaban todo encima de la mesa del recibidor y antes de sentarse a la mesa se bebían medio vaso de vodka. La casa olía a *bigos*.

Adelka sabía que en aquellas ocasiones tenía que tocar. Se encargaba también de que Antek estuviera cerca con su acordeón. Porque no había nada que temiera más que ver a su padre furioso.

Cuando llegaba el momento, su madre les mandaba coger los instrumentos e ir a la sala. Los hombres encendían un cigarro y se hacía el silencio. Adelka daba el tono y ambos empezaban a tocar. Cuando llegaban a «Las estepas de Manchuria», Paweł cogía su violín y se unía al dúo. Misia se quedaba de pie en la puerta y los miraba con orgullo.

—Al más pequeño le compraré un contrabajo —decía Paweł. Y Witek se escondía detrás de su madre cuando lo miraban.

Mientras tocaba, Adelka pensaba todo el tiempo en los animales muertos que estaban sobre la mesa del recibidor.

Todos ellos tenían los ojos abiertos. Los ojos de aquellas aves parecían cuentas de cristal. En cambio, los de las liebres eran horrorosos y a Adelka le parecía que vigilaban todos sus movimientos. Las aves estaban atadas por las patas como un manojo de rábanos. Las liebres, de una en una. Ella buscaba las heridas de bala entre su pelaje y sus plumas, pero solo a veces conseguía encontrar unas costras circulares y coaguladas. A las liebres muertas les goteaba la sangre de la nariz hasta el suelo. Tenían los hocicos parecidos a los de los gatos. Adelka les colocaba bien la cabeza encima de la mesa, de modo que no quedaran colgando.

En una ocasión, entre los faisanes que habían cazado, vio un pájaro diferente. Era más pequeño y tenía unas plumas azules muy bonitas. Aquel color la fascinó. Adelka deseaba tenerlas. No sabía todavía qué haría con ellas, pero sabía que quería tenerlas. Arrancó las plumas con delicadeza, una tras otra, hasta que tuvo en la mano un ramo azul y plumoso. Lo ató con una cinta blanca del pelo y fue a enseñárselo a su madre. En la cocina tropezó con su padre.

—¿Qué es esto? Pero ¿qué has hecho? ¿Sabes lo que has hecho?

Adelka retrocedió hasta la alacena.

—¡Has desplumado el arrendajo del señor Widyna! ¡Lo ha cazado para quedárselo!

Misia se puso junto a Paweł y en la puerta aparecieron las cabezas curiosas de los invitados.

El padre agarró con fuerza de la mano a Adelka y la llevó a la sala. La empujó con rabia hasta dejarla frente a Widyna, que estaba hablando.

—¿Qué pasa? —preguntó este confundido. Tenía la mirada turbia.

—Ha desplumado tu arrendajo —gritó Paweł. Adelka le tendió el ramo de plumas. Las manos le temblaban.

—Dale esas plumas al señor Widyna —le gruñó Paweł—. Misia, tráeme los garbanzos. Le daremos un castigo ejemplar. Con los niños hay que ser duro... Y no soltar las riendas.

Misia le entregó de mala gana un paquete de garbanzos. Paweł tiró los garbanzos en un rincón de la sala y le ordenó a su hija que se arrodillara sobre ellos. Adelka se arrodilló y por un momento reinó el silencio. Sintió que todos la miraban. Deseó morir en aquel momento.

—A la mierda el arrendajo. Sírveme vodka —farfulló Widyna en medio de aquel silencio, y el bullicio revivió de nuevo.

TIEMPO DE PAWEŁ

Paweł estaba echado boca arriba y supo que ya no se dormiría. Tras la ventana empezaba a apuntar el día. Le dolía la cabeza y tenía una sed horrible. Sin embargo, estaba demasiado cansado y abatido como para levantarse e ir a la cocina. Pensó en la noche anterior, en la gran juerga, en algunos de los primeros brindis —de los siguientes ya no se acordaba—, en los chistes groseros de Ukleja, en los bailes, en los gestos de fastidio de las mujeres y en sus quejas. Después pensó que ya había cumplido cuarenta años y que con ello había concluido la primera parte de su vida. Había llegado a la cumbre. En ese instante, estaba tendido boca arriba, con una resaca tremenda, y observaba el paso del tiempo. Empezó a recordar otros días, otras noches. Lo vio todo como si rebobinara una película en el tiempo. Una película grotesca, ridícula y sin sentido alguno, como su vida. Vio todas y cada una de las imágenes con todo tipo de detalles, pero le parecieron nimias e insignificantes. Y de este modo fue revisando su pasado. No encontró en él nada de lo que sentirse orgulloso, nada que le alegrara, ni que le despertara una mínima sensación de bienestar. En aquella extraña historia no había nada seguro ni estable a lo que poder agarrarse. Solo había tormento, sueños no realizados y deseos insatisfechos. «Nada me ha salido bien», pensó. Le entraron ganas de llorar e intentó hacerlo, pero tal vez se había olvidado porque desde pequeño no lloraba. Tragó saliva, espesa y amarga, e intentó arrancar un sollozo infantil de la garganta y de los pulmones. Pero no lo consiguió. Por eso, proyectó sus pensamientos hacia el futuro y se esforzó en imaginar lo que vendría, lo que todavía le quedaba por hacer: el curso y tal vez un ascenso, la escuela secundaria de sus hijos, la ampliación de la casa y el alquiler de habitaciones y no solo habitaciones, sino incluso una pensión, una casa

pequeña de reposo para veraneantes de Kielce y de Cracovia. Por un momento se animó interiormente y se olvidó del dolor de cabeza, de la lengua seca como un estropajo y del llanto contenido. Pero aquella horrible tristeza volvió. Pensó que su futuro era igual que su pasado, que en aquel acontecerían diferentes cosas que no significarían nada, que no le llevarían a nada. Ese pensamiento despertó se temor, porque detrás de todo aquello, del curso y del ascenso, detrás de la pensión y de la ampliación de la casa, detrás de todas aquellas ideas y de todas las acciones, estaba la muerte. Paweł Boski se dio cuenta de que, en aquella noche de resaca y de insomnio, contemplaba impotente el nacimiento de su muerte. Que el mediodía de su vida había llegado y que ya se aproximaba el anochecer imperceptible, maliciosa y lentamente.

Se sintió como un niño abandonado, como un terrón de tierra en el borde de un camino. Estaba tendido de espaldas en el presente, áspero e impreciso, y sentía que ambos, segundo a segundo, se desvanecían en la nada.

TIEMPO DE RUTA

Ruta estaba incluso dispuesta a amar a Ukleja. Lo hubiera podido tratar como a un animal grande y enfermo. Pero Ukleja no quería su amor, lo que quería era tener un absoluto dominio sobre ella.

En ocasiones, Ruta tenía la impresión de que en el interior de Ukleja se hallaba el peludo Hombre Malo. Sentía que él se acostaba sobre ella igual que el Hombre Malo sobre su madre. Su madre consentía aquello con una sonrisa en la cara. En cambio, en ella aquellos momentos despertaban la ira y el odio; crecían y se hinchaban como la masa con levadura. Ukleja, al final, siempre se quedaba dormido encima de ella. Su cuerpo exhalaba olor a alcohol. Ruta se escurría por debajo de aquel cuerpo e iba al baño. Llenaba la bañera de agua y se quedaba allí hasta que el agua se enfriaba.

Ukleja encerraba en casa a Ruta, sola. Le dejaba en la cocina un montón de comida exquisita del restaurante El Retiro: pollo frío, codillo de jamón, pescado con gelatina, ensaladilla rusa, huevos con mayonesa, arenque con nata y todo cuanto tenían en la carta. En casa de Ukleja no le faltaba de nada. Iba de una habitación a otra, escuchaba la radio, se ponía sus vestidos, se probaba sus zapatos y sombreros. Tenía dos armarios de ropa, un cofre pequeño lleno de joyas de oro, más de una docena de sombreros y decenas de pares de zapatos, es decir, había conseguido todo cuanto deseaba. A decir verdad, al principio creía que podría pasearse con todo aquello por las calles de Taszów y lucirse frente a la iglesia de la plaza, escuchar los suspiros ajenos y ver con el rabillo del ojo las miradas de admiración. Sin embargo, Ukleja no le permitía salir sola. Solo podía salir con él. Y él la llevaba a casa de sus amigos y le levantaba la falda de seda para alardear de sus muslos. O se la llevaba a casa de los Boski de Antaño, o bien, cuando

iba a jugar al bridge a casa de abogados y secretarios, donde ella se aburría y se pasaba horas mirando sus medias de nailon.

Más tarde, Ukleja se apoderó de la cámara con trípode y del equipo de revelado de un fotógrafo insolvente. Ruta entendió enseguida en qué consistía el acto de hacer fotos. El aparato estaba en el dormitorio y Ukleja, antes de meterse en la cama, siempre dejaba preparado el disparador automático. Ruta observaba luego, bajo la luz roja del cuarto oscuro, toda la escoria grasienta del cuerpo de Ukleja: su culo, sus genitales, sus pechos grasientos —prominentes como los de una mujer y cubiertos de pelaje negro—. Se veía también a sí misma, aplastada y troceada, en fragmentos: los pechos, los muslos, la barriga... Cuando se quedaba sola se ponía sus vestidos. Perfumada y elegante, se colocaba frente al objetivo.

«Clic», profería el aparato con entusiasmo.

TIEMPO DE MISIA

A Misia le preocupaba el paso del tiempo especialmente en mayo. Este ocupaba su lugar, apretujándose de improviso en la fila de los meses, y luego estallaba. Todo empezaba a crecer y a florecer. Brusca e inesperadamente.

Misia, familiarizada con la imagen gris y dorada de principios de primavera, con aquella visión tras la ventana de la cocina, no podía acostumbrarse a los cambios diarios que mayo derrochaba. Primero, reverdecían los prados a lo largo de dos días. Más tarde, el río Negro dejaba entrar la luz en sus aguas y reflejaba un color verde que luego, día a día, iba adoptando matices diferentes. El bosque cercano a la Papelera se volvía verdeceldón, después totalmente verde y finalmente se oscurecía y hundía en las sombras.

En mayo florecía el huerto de Misia. Esa era la señal de que ya se podía lavar toda la ropa enmohecida por el invierno: las cortinas, las sábanas, las alfombras, las mantelerías de ganchillo y las colchas. Tendía las cuerdas entre los manzanos floridos y llenaba el huerto blanco-rosáceo de colores chillones. Los niños, las gallinas y los perros iban detrás de Misia todo el tiempo. En ocasiones también bajaba Izydor. Pero él siempre hablaba de cosas que a ella no le interesaban.

En el huerto, pensaba que era imposible detener el florecimiento de los árboles, que era inevitable que los pétalos se desprendieran, que con el tiempo las hojas se tiñeran de tonos marrones, y que al final cayeran. No le consolaba recordar que al año siguiente de nuevo sucedería lo mismo, porque sabía que no era verdad. Al año siguiente, los árboles serían otros, más grandes; sus ramas serían más robustas, la hierba sería otra, y otros los frutos. Una rama nunca florece de la misma forma. «Nunca se repetirá este

momento en el que tiendo la ropa», pensaba. «Nunca me repetiré yo misma.»

Volvía a la cocina y se ponía a preparar la comida, pero todo cuanto hacía le parecía vulgar y torpe. Los *pierogis*, rellenos de carne, col o setas, eran irregulares; los *kopytka*, de harina y agua, desiguales; y los fideos gordos, ordinarios. Tras pelar minuciosamente las patatas, a estas todavía les salían ojos que debía sacar con la punta del cuchillo.

Misia era como el huerto y como todo lo que en el mundo está sujeto al tiempo. Tras el nacimiento de su tercer hijo, engordó, su pelo perdió brillo y se volvió lacio. Y tenía los ojos del color del chocolate negro.

Se quedó embarazada de su cuarto hijo y por vez primera pensó que aquello la sobrepasaba. No quería tener aquella criatura.

Nació un niño al que dio por nombre Marek. Era silencioso y tranquilo.

Ya desde el principio dormía de un tirón toda la noche. Solo se despabilaba cuando veía el pecho. Paweł se fue a hacer otro curso de formación y fue Michał quien se ocupó de Misia durante todo el postparto.

—Cuatro críos son muchos para ti —le dijo—. Tendríais que tomar alguna precaución. Al fin y al cabo, Paweł sabe de estas cosas.

Al poco tiempo, Misia supo con certeza que Paweł iba de mujeres con Ukleja. Tal vez no debiera estar resentida con él. Primero había estado embarazada: gorda e hinchada. Después había venido el postparto y ella lo había pasado muy mal. Sin embargo, estaba resentida.

Sabía que abrazaba y fornicaba con todas aquellas camareras de bares y de restaurantes, dependientas de carnicerías y de todos los lugares que él controlaba como funcionario estatal. Y que fornicaba con ellas. En las camisas de Paweł, solía encontrar manchas de pintalabios o cabellos largos. Empezó a husmear olores ajenos entre sus cosas. Al final, encontró un paquete abierto de preservativos, cosa que nunca había usado cuando ellos hacían el amor.

Misia llamó a Izydor, que estaba arriba, y juntos separaron las dos camas del dormitorio matrimonial. Vio que aquello le había gustado a Izydor; incluso añadió algo de su propia cosecha a la nueva distribución: puso un macetón con una gran palmera en el centro de la habitación y entre las dos camas. Michał lo observó todo desde la cocina fumándose un cigarro.

Cuando Paweł volvió, algo bebido, Misia se le acercó con los cuatro niños.

—Si lo vuelves a hacer, te mataré —dijo. Él parpadeó, pero evitó fingir que no sabía de qué se trataba. Después tiró las botas en un rincón y se echó a reír alegremente.

—Te mataré —repitió Misia con un tono tan grave que el bebé que llevaba en brazos empezó a llorar desconsoladamente.

A finales de otoño, Marek enfermó de tos ferina y murió.

TIEMPO DEL HUERTO

Un huerto tiene sus propios tiempos que se entretejen alternándose de año en año: el tiempo del manzano y el tiempo del peral.

En marzo, cuando el suelo se vuelve cálido, el huerto empieza a vibrar y se aferra al cuerpo de la tierra con sus patas subterráneas y armado de garras. Los árboles maman de la tierra como cachorros y sus troncos se vuelven más calientes.

Durante el año de los manzanos, los árboles absorben de la tierra las agrias aguas de los ríos subterráneos. Estos poseen el poder del cambio y del movimiento; sus aguas sienten la necesidad de pujar, de aumentar y de extenderse.

Durante el año de los perales sucede algo totalmente distinto. El tiempo de los perales es la absorción de los dulces jugos de los minerales; es su lenta y suave unión con los rayos del sol a través de las hojas. Los árboles detienen su crecimiento y saborean el dulzor de la simple existencia. Sin movimiento, sin desarrollo. Entonces el huerto parece inmutable.

En el año de los manzanos, los árboles florecen por un breve periodo, pero es algo bello, increíble. A menudo, el hielo cubre sus flores o bien las arranca un aire violento. Dan muchos frutos, pero menudos y no muy buenos. Las semillas viajan lejos de su lugar de origen: los dientes de león atraviesan los arroyos, la hierba vuela más allá del bosque hacia otros prados y, en ocasiones, el viento incluso se la lleva hacia el mar. Las camadas de animales son débiles y no muy numerosas, pero los que sobreviven a esos primeros días se convierten en individuos saludables y astutos. Los zorros que nacen en el tiempo de los manzanos no dudan en acercarse a los gallineros, al igual que los azores y las matas. Los gatos cazan ratones, no porque estén hambrientos sino por el mero placer de

matar; los pulgones atacan los campos y las mariposas escogen los colores más chillones para sus alas. Durante los años de los manzanos, nacen nuevas ideas. La gente recorre nuevos senderos. Talan bosques y plantan árboles jóvenes. Se construyen diques en los ríos, se compran tierras y se cavan los cimientos de nuevas casas. Se proyectan viajes. Los hombres engañan a sus mujeres y las mujeres a sus hombres. Los niños, de repente, se convierten en adultos y abandonan sus casas. La gente no puede dormir. Se bebe demasiado. Se toman decisiones importantes y se empieza a hacer todo cuanto no se había hecho hasta el momento. Surgen nuevas ideologías. Cambian los gobiernos. La bolsa se vuelve inestable y lo mismo puede uno acabar siendo millonario que perdiéndolo todo de un día para otro. Estallan revoluciones que cambian los regímenes políticos. La gente sueña y confunde sus sueños con lo que considera realidad.

Durante el año de los perales no pasa nada nuevo. Subsiste lo que ya existe y lo que todavía no ha nacido empieza a reunir fuerzas en su inexistencia. Las plantas fortalecen sus raíces, pero sus ramas no se impulsan hacia lo alto. Las flores brotan, pero crecen de una forma lenta y perezosa hasta que se vuelven grandes. En los rosales no hay muchas rosas, pero todas y cada una de ellas son grandes como el puño de un hombre. En el tiempo de los perales, los frutos también son dulces y aromáticos. Las semillas crecen allí donde caen y enseguida echan fuertes raíces. Las espigas de los cereales son gordas y pesadas. Si no fuera por el hombre, el peso de las semillas las doblaría hasta el suelo. Los animales y la gente engordan porque, tras las cosechas, los graneros están atiborrados de grano. Las madres dan a luz a niños grandes y nacen gemelos con mucha más frecuencia. Los animales tienen también numerosas camadas y tanta leche en las mamas que pueden alimentar a sus crías. La gente proyecta la construcción de casas e incluso de ciudades enteras. Dibujan planos, miden la tierra, pero no se ponen a trabajar. Los bancos logran grandes beneficios y en los almacenes de las grandes fábricas abundan las mercancías. Se fortalecen los gobiernos. La gente sueña y, al final, se da cuenta de que todos los sueños se cumplen, incluso cuando ya es demasiado tarde.

TIEMPO DE PAWEŁ

Paweł tuvo que coger algunos días de permiso en el trabajo porque su padre se moría. Se estuvo muriendo durante tres días. Cuando parecía que le llegaba el final, el viejo Boski se levantaba y se iba al Gran Camino. Se quedaba junto a la valla y mecía la cabeza. Stasia y él lo cogían por los brazos y lo llevaban a la cama. Durante esos tres días el padre no dijo nada. A Paweł le parecía que lo miraba de una forma suplicante, como si deseara algo concreto. Pero Paweł creía que ya había hecho todo cuanto podía hacer. Pasaba todo el tiempo junto a él, le daba de beber y le cambiaba las sábanas. Si había otra forma de poder ayudar a su padre moribundo, él no la conocía.

Al final el viejo Boski murió. Paweł se había quedado dormido al amanecer, y cuando despertó, al cabo de una hora, vio que su padre ya no respiraba. El cuerpo menudo del viejo se había quedado flácido como un saco vacío. No cabía duda alguna de que ya no había nadie en él.

Paweł no creía en eso de las almas inmortales y, por lo tanto, aquella imagen le pareció horrible. Le horrorizó pensar que, pasado algún tiempo, él mismo se convertiría en simples despojos humanos. Tan solo eso quedaría de él. Se le saltaron las lágrimas.

Stasia se mostraba muy tranquila. Le enseñó a Paweł el ataúd que su propio padre se había hecho. Estaba apoyado en la pared del granero. Tenía la tapa hecha de tejas de madera.

Paweł tenía que ocuparse del entierro y, lo quisiera o no, debía ir a ver al párroco.

Lo encontró en el huerto de la casa parroquial, junto al coche. El párroco lo invitó a su fresco y oscuro despacho y se sentó tras el lustroso escritorio barnizado. Estuvo buscando durante un rato las correspondientes

páginas en el libro de defunciones y escribió allí con esmero los datos del viejo Boski. Paweł estaba de pie junto a la puerta y, como no le gustaba sentirse como un vulgar solicitante, él mismo se acercó a la silla que había frente al escritorio y se sentó.

—¿Cuánto va a costar? —preguntó.

El cura puso a un lado la pluma y lo miró fijamente.

—No te he visto en la iglesia desde hace muchos años.

—No soy creyente, señor.

—Tu padre también era raro de ver en misa.

—Pero iba a la Misa del Gallo.

El párroco dio un suspiro y se levantó. Empezó a caminar por el despacho gesticulando con las manos.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. ¡A la Misa del Gallo! Eso es muy poco para un verdadero católico. «Santificarás las fiestas.» ¿No está así escrito?

—Nunca me he dedicado a esas cosas, señor.

—Si durante los últimos diez años, el difunto hubiera tomado parte en todas las misas sagradas y hubiera dejado en la bandeja un miserable zloty, ¿sabes cuánto habría recogido?

El párroco estuvo contando durante un rato con la cabeza y después dijo:

—El entierro va a costar dos mil.

Paweł sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza. Empezó a ver chiribitas.

—Pues por mí que se vaya todo a tomar por culo... —dijo y saltó de la silla.

En cosa de un segundo llegó a la puerta y agarró la manija.

—Está bien, Boski —le llegó desde el escritorio—. Que sean doscientos.

TIEMPO DE LOS MUERTOS

Cuando el viejo Boski murió, se encontró en el Tiempo de los Muertos. En cierto modo, ese tiempo pertenecía al cementerio de Jeszkotle. En sus muros había una tablilla en la que alguien había grabado con torpeza:

Dios ve
El Tiempo huye
La Muerte acosa
La Eternidad espera

Cuando Boski hubo muerto, comprendió enseguida que había cometido un error, que había muerto mal, sin prestar atención, que se había equivocado al morir y que tendría que pasar de nuevo por todo aquello. Comprendió también que su muerte era un sueño parecido al de la vida.

El Tiempo de los Muertos encarcelaba en su interior a quienes creían ingenuamente que no era necesario aprender a morir, a quienes fracasaban en la muerte como quien suspende un examen. Cuantos más progresos hacía el mundo, cuantas más alabanzas cantaba a la vida, cuanto más se aferraba a ella, más numerosa era la muchedumbre que llenaba el Tiempo de los Muertos y más bulliciosos se volvían los cementerios. Allí era donde los muertos, tras la vida, recuperaban la conciencia y entendían que habían perdido el tiempo que les había sido otorgado. Descubrían el secreto de la vida después de la muerte, pero era ya un descubrimiento inútil.

TIEMPO DE RUTA

Aquella Navidad, Ruta preparó *bigos* y le echó un puñado de cardamomo. Añadió cardamomo porque sus semillas le parecieron bellas: tenían una forma ideal, un color negro reluciente y olían bien. Incluso su nombre era bello. Sonaba como el nombre de un país lejano: el Reino del Cardamomo.

En el *bigos* el cardamomo perdió su brillo negro. La col, en cambio, se impregnó de su aroma.

Ruta esperaba a su marido para la cena de Nochebuena. Se tendió en la cama y se pintó las uñas. Después sacó de debajo de la cama unas revistas alemanas que Ukleja le había traído a casa y las estuvo hojeando con curiosidad. Lo que más le gustaba eran las fotografías de países lejanos. Había paisajes de playas exóticas, hombres muy bronceados, mujeres esbeltas y de piel delicada. De toda la revista, Ruta tan solo entendió una única palabra: «Brasil». Aquel país era Brasil. Por Brasil pasaba un gran río (cien veces más grande que el Negro y el Blanco juntos) y crecía un bosque enorme (mil veces más grande que el Gran Bosque). En Brasil las ciudades nadaban en la abundancia, la gente parecía feliz y contenta. De repente, Ruta empezó a echar de menos a su madre, aunque estaban a mediados del invierno.

Ukleja regresó tarde. Cuando se detuvo en el umbral con el abrigo cubierto de nieve, Ruta supo enseguida que estaba borracho. A él no le gustó el olor del cardamomo ni el sabor del *bigos*.

—¿Por qué no preparas nunca *barszcz* con *uszki* de carne? ¡Es Nochebuena! —gritó—. Tú solo sabes follar. Te da igual con quién, con los rusos, con los alemanes o con el subnormal de Izydor. Es lo único que tienes en la cabeza... ¡Putá!

Se acercó a ella, con las piernas tambaleantes y la abofeteó. Ella cayó al suelo. Él se arrodilló junto a ella e intentó forzarla, pero su morado miembro no le obedeció.

—Te odio —dijo ella entre dientes, y le escupió en la cara.

—Perfecto. El odio es tan fuerte como el amor.

Ella consiguió escaparse de debajo del corpachón borracho. Y se encerró bajo llave en el dormitorio. Al cabo de un momento la olla de *bigos* estalló contra la puerta. Ruta no prestó atención a la sangre que le brotaba del labio partido. Empezó a probarse frente al espejo sus vestidos.

A lo largo de la noche, el olor a cardamomo se fue filtrando por las ranuras hasta su habitación. Se impregnaron de su olor los abrigos de pieles y las barras de labios. Era el olor de los viajes lejanos y del exótico Brasil. Ruta no podía dormir. Cuando se hubo probado todos los vestidos y los hubo combinado con todos los zapatos y sombreros, sacó de debajo de la cama dos maletas y metió en ellas lo mejor que tenía: dos abrigos de piel de los caros, una piel de zorro azul, una cajita de joyas y la revista de Brasil. Se abrigó bien sin hacer ruido, cogió las maletas y atravesó de puntillas el comedor. Ukleja roncaba derrumbado en el sofá.

Ruta salió de Taszów y se encontró en el camino de Kielce. Durante algunos kilómetros anduvo con dificultad, hundiéndose en la nieve, arrastrando las maletas, hasta que finalmente reconoció en medio de la oscuridad la entrada al bosque. Se levantó una ráfaga de viento y empezó a nevar.

Ruta se acercó a la frontera de Antaño, se volvió, se detuvo con el rostro mirando hacia el norte y halló en sí misma esa sensación que le permite a uno atravesar todas las fronteras, cerraduras y puertas. Gozó de ella durante un instante. Se desencadenó una ventisca y Ruta penetró en ella con todo su ser.

TIEMPO DEL JUEGO

Cuando el jugador encuentra por fin la entrada al Quinto Mundo y se siente indeciso, sin saber cómo seguir, busca ayuda en las instrucciones de *Ignis fatuus o Juego educativo para un jugador* y encuentra la siguiente historia:

«En el Quinto Mundo Dios habla consigo mismo cuando la soledad le atormenta demasiado.

»Observa con placer a los hombres, especialmente a uno llamado Job: “Si le despojara de todo cuanto posee y de todo lo que proporciona seguridad, si le arrebatara todos sus bienes, una capa tras otra, ¿seguiría siendo entonces el mismo que es ahora? ¿Osaría maldecirme y blasfemaría contra Mí? ¿O Me respetaría y Me amaría a pesar de todo?”

»Dios mira a Job desde lo alto y se contesta a Sí mismo: “Seguro que no. Él solo me respeta porque le concedo lo bueno. Le arrebataré a Job todo lo que le he dado.”

»Dios empieza a despojar a Job y lo va pelando como si fuera una cebolla. Lloro desconsoladamente sobre él. Primero le quita a Job todo cuanto posee: la casa, la tierra, los rebaños de cabras, sus trabajadores, las arboledas y los bosques. Después, le priva de sus seres amados: sus hijos, sus mujeres, sus amigos y sus familiares. Finalmente le usurpa a Job todo lo que constituye su persona: la salud del cuerpo, la salud de la mente, las costumbres y los afectos.

»Contempla su obra y tiene que entornar Sus divinos ojos. Job brilla con esa misma luz con que resplandece Dios. Incluso puede que Dios deba entornar Sus divinos ojos porque el fulgor de Job es mucho mayor. Asustado, se lo devuelve todo a Job enseguida, una cosa tras otra, e incluso le agrega nuevos bienes. Instituye el dinero para que pueda intercambiarlo y, junto a este, las cajas de caudales y los bancos. Le proporciona bellos

objetos, modas, deseos y pasiones carnales. Y constantes temores. Lo colma de todo ello hasta que la luz de Job empieza a extinguirse lentamente y al final desaparece.»

TIEMPO DE LILA Y MAJA

Las niñas nacieron el mismo año en que Michał murió del corazón en el hospital de Taszów y en que Adelka empezó a ir al instituto. Esta les guardaba rencor por haber venido al mundo. No podía sentarse a estudiar tanto como deseaba. Su madre, desde la cocina, la llamaba desesperada pidiéndole ayuda.

Eran años miserables, como las chaquetas de antes de la guerra, raídas por las costuras y que entonces llevaban en lugar de abrigos. Eran años pobres, como la despensa, donde tan solo había una olla con manteca de cerdo y unos tarros de miel.

Adelka se acordaba de la noche en que su madre dio a luz a las gemelas y de las lágrimas que derramó. El abuelo, ya enfermo, estaba sentado junto a su cama.

—Tengo casi cuarenta años. ¿Cómo voy a criar a dos niñas?

—Igual que a los otros —dijo él.

Pero la responsabilidad de cuidar de aquel doble problema recayó sobre Adelka. Su madre tenía muchísimas otras cosas que hacer: cocinar, lavar la ropa, limpiar el corral... Su padre llegaba siempre de noche. Ambos se hablaban con rabia, como si no se pudieran ver, como si de repente se odiaran. Él se iba enseguida al sótano, donde curtía pieles ilegalmente. Vivían gracias a ello. Cuando volvía de la escuela, Adelka tenía que coger el cochecito e ir de paseo con las niñas. Después, ella y su madre les daban de comer y les cambiaban los pañales. Por la noche, ayudaba a bañarlas. Finalmente, esperaba a que se durmieran y solo entonces podía sentarse a preparar sus lecciones. Así que, cuando se pusieron enfermas de escarlatina, pensó que lo mejor para todos sería que se murieran.

Estaban acostadas en su doble camita, delirando de fiebre: un doble e idéntico sufrimiento infantil. Fue el médico a la casa y mandó que las envolvieran en sábanas húmedas para que les bajara la fiebre. Después recogió su maletín y salió. Junto al portillo, le dijo a Paweł que se podían conseguir antibióticos en el mercado negro. Aquella palabra sonaba mágica, como si fuera «la fuente de la vida» de los cuentos. Paweł se subió a su moto. En Taszów se enteró de que Stalin había muerto.

Anduvo con gran dificultad por la nieve derretida hasta la casa de Ukleja, pero no encontró a nadie. Luego fue a la plaza, al comité del partido, a buscar a Widyna. La secretaria, que tenía los ojos hinchados de tanto llorar a Stalin, le dijo que el secretario no recibía a nadie. Y no le dejó pasar. Paweł salió y miró con impotencia a su alrededor. «No importa quién haya muerto ni quién muera, Taszów está lleno de muerte», pensó. Se le ocurrió ir a tomar vodka, simplemente. Enseguida, en aquel instante. Dejó que sus piernas lo guiaran hasta el restaurante El Retiro y se dirigió directamente al mostrador, tras el cual Basia lucía su cintura de avispa y sus enormes pechos. Una parte de la cofia se hundía en su espesa melena.

Paweł sintió ganas de meterse detrás del mostrador para abrazarse a su perfumado escote. Ella le sirvió un vodka.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado? —le preguntó ella.

Se bebió el vodka de un solo trago y Basia le acercó un platito de arenques con nata.

—Necesito un antibiótico. Penicilina. ¿Sabes qué es?

—¿Quién está enfermo?

—Mis hijas.

Basia salió de detrás del mostrador y se echó el abrigo sobre los hombros. Lo llevó por varias calles hacia abajo, hacia el río, entre las pequeñas casas que habían quedado de los judíos. Sus fuertes piernas, con sus medias de nailon, esquivaban los montones de excrementos húmedos de caballo. Se detuvo frente a una de las casas y le dijo que esperara. Salió al cabo de un minuto y le dijo el precio. Era exorbitante. Paweł le dio un fajo de billetes. Al rato ya tenía entre las manos una pequeña cajita de cartón. De la inscripción que había en la parte superior, únicamente entendió las palabras «made in the United States».

—¿Cuándo vendrás a verme? —le preguntó mientras él subía a la moto.

—Ahora no —le dijo, y la besó en la boca.

Por la noche, a las niñas les bajó la fiebre y al día siguiente mejoraron. Misia había conseguido con sus oraciones a la Virgen de Jeszkotle, a la Reina de los Antibióticos, aquella repentina recuperación. Por la noche, cuando hubo comprobado que tenían la frente fría, se metió bajo el edredón de Paweł y le abrazó con todo su cuerpo.

TIEMPO DE LOS TILOS

Los tilos crecen por todo el Gran Camino, desde Jeszkotle hasta la carretera de Kielce. Así estaban en un principio y allí permanecerán hasta el final. Tienen troncos gruesos y raíces que penetran profundamente en la tierra, hasta el lugar en donde se encuentran los fundamentos de todo ser vivo. En invierno, sus nítidas sombras, proyectadas en la nieve por sus enormes ramas, marcan las horas de los días cortos. En primavera, los tilos se cubren de millones de hojas verdes que dirigen el sol hasta el suelo. En verano, sus perfumadas flores atraen nubarrones de insectos. En otoño los tilos agregan tonos rojos y marrones a todo Antaño.

Los tilos, como todas las plantas, viven un sueño eterno, cuyo principio reside en la semilla del árbol. El sueño no crece, no se desarrolla junto con el tilo, siempre es el mismo. Los árboles son prisioneros del espacio, pero no del tiempo. Su sueño, que es eterno, los libera del tiempo. En él no crecen los sentimientos como en el sueño de los animales, ni nacen imágenes como en el sueño de los hombres.

Los árboles viven a través de la materia, a través de los jugos que fluyen desde la profundidad de la tierra y de las hojas que se inclinan hacia el sol. El alma del árbol descansa de sus viajes multiformes. El árbol conoce el mundo solo gracias a la materia. La tormenta es para el árbol un arroyo caliente y frío, perezoso y violento. Cuando se aproxima, el universo entero se convierte en una tormenta. Para el árbol, no hay mundo ni antes ni después de la tormenta.

Durante la cuádruple transformación de las estaciones del año, el árbol no sabe que existe el tiempo ni que esas estaciones se suceden una tras otra. Para un árbol, las cuatro cualidades existen juntas. El invierno es parte del verano y una parte de la primavera es el otoño. Una parte del calor es el frío

y una parte del nacimiento es la muerte. El fuego es una parte del agua y la tierra es una parte del aire.

A los árboles los hombres les parecen eternos. Pasan desde siempre por las sombras de los tilos del Gran Camino, no parecen estáticos ni móviles. Para los árboles, los hombres existen eternamente, que es lo mismo que si no hubieran existido nunca.

Los hachazos y los truenos del rayo trastornan el eterno sueño de los árboles. Lo que los hombres llaman muerte de los árboles es tan solo una momentánea alteración de su sueño. En lo que los hombres llaman la muerte de los árboles hay un acercamiento a la inquieta existencia de los animales. Cuanto más clara, cuanto más vivaz es la conciencia, tanto más miedo hay en ella. Pero los árboles nunca alcanzarán el reino de la angustia del animal y del hombre.

Cuando un árbol muere, otro árbol sin significados ni sensaciones adopta su sueño. Por eso los árboles nunca mueren. En la ignorancia de su existencia se halla la liberación del tiempo y de la muerte.

TIEMPO DE IZYDOR

Cuando Ruta se fue de Antaño y se hizo evidente que no iba a volver, Izydor decidió ingresar en un convento.

En Jeszkotle había dos órdenes religiosas, una de hombres y otra de mujeres. Las monjas se ocupaban del asilo de ancianos. Izydor las solía ver cuando llevaban las compras de la tienda en bicicleta. En el cementerio cuidaban de las tumbas olvidadas. Su hábito negro y blanco contrastaba con el desvaído gris del resto del mundo.

El convento masculino llevaba el nombre de los reformadores de Dios. Izydor, antes de presentarse allí, observó durante mucho tiempo el triste y austero edificio, oculto tras las ruinas de un muro de piedra. Se dio cuenta de que en el huerto trabajaban dos monjes, siempre los mismos. Cultivaban en silencio verduras y flores blancas. Solo blancas: azucenas, narcisos de las nieves, anémonas, peonías blancas y dalias. Uno de los monjes, seguramente el más importante, solía ir a la oficina de Correos y hacía la compra. Los demás debían de estar siempre encerrados en el misterioso interior del convento. Se entregaban a Dios. Y eso era precisamente lo que más le gustaba a Izydor. Estar apartado del mundo, sumergirse totalmente en Dios. Conocer a Dios, analizar el orden de la obra que había creado y responder a la pregunta de por qué Ruta se había ido, por qué su madre se había puesto enferma y después había muerto, por qué había muerto su padre, por qué en la guerra se mataba a la gente y a los animales, por qué Dios permitía la maldad y el sufrimiento.

Si Izydor era admitido en el convento, Paweł ya no le llamaría parásito, no se burlaría de él y no lo imitaría. Izydor no tendría que ver todos aquellos lugares que le recordaban a Ruta.

Le confió a Misia sus intenciones. Ella sonrió.

—Inténtalo —dijo mientras le limpiaba el culito a una de las niñas.

Al día siguiente se fue a Jeszkotle y tiró de la antigua campana en la puerta del convento. Durante un buen rato no sucedió nada, tal vez pretendían poner a prueba su paciencia. Pero al final el cerrojo empezó a rechinar y le abrió un hombre viejo con un hábito gris oscuro, un hombre al que hasta aquel momento nunca había visto.

Izydor dijo a qué había ido. El monje no se extrañó ni sonrió. Asintió con la cabeza y le mandó a Izydor que esperara. Fuera. Al cerrarse de nuevo, la puerta chirrió. Al cabo de algunos minutos se volvió a abrir y le permitieron entrar. El monje lo condujo entonces por corredores, escaleras arriba y abajo, hasta una sala espaciosa y vacía, donde había un escritorio y dos sillas. Durante los minutos siguientes entró en la sala otro monje, el que siempre iba a la oficina de Correos.

—Quisiera entrar en el convento —declaró Izydor.

—¿Por qué? —le preguntó simplemente el monje.

Izydor carraspeó.

—La mujer con la que quería casarme se fue. Mis padres murieron. Me siento solo y echo de menos a Dios, aunque no Le entiendo. Sé que entre nosotros todo podría ir mejor si yo Le conociera más de cerca. Quisiera conocer a Dios a través de los libros, de las lenguas extranjeras y de las diversas teorías. Sin embargo, la biblioteca municipal no está bien provista... —Izydor tuvo que contener sus quejas contra la biblioteca—. Pero no crea usted, hermano, que aquí solo leería y leería. Me gustaría hacer algo provechoso y sé que este convento, el de los reformadores de Dios, es precisamente lo que necesito. Quisiera hacer que todo fuera mejor, cambiar todo lo malo...

El monje se levantó e interrumpió a Izydor a mitad de palabra.

—Cambiar el mundo..., me dices. Es muy interesante, pero no es real. No es posible mejorar ni empeorar el mundo. Tiene que continuar siendo tal y como es.

—Pero si incluso os disteis el nombre de reformadores.

—¡Ah!, lo has entendido mal, hijo mío. No tenemos intención alguna de reformar el mundo en nombre de nadie. Nosotros reformamos a Dios.

Por un momento se hizo el silencio.

—¿Cómo se puede reformar a Dios? —preguntó al final Izydor, sorprendido.

—Se puede. La gente cambia. Cambian los tiempos. Los coches, los satélites... Dios puede parecer a veces, cómo decirlo..., anacrónico, pero Él mismo es demasiado grande, demasiado poderoso, y por eso mismo una pizca impotente para encajar en la imaginación de la gente.

—Pensaba que Dios era inmutable.

—Cualquiera de nosotros se equivoca en algo esencial. Es un rasgo puramente humano. San Milo, el fundador de nuestro convento, demostró que, si Dios fuera inmutable, si se inmovilizara, el mundo dejaría de existir.

—No creo en eso —dijo Izydor con convencimiento.

El monje se puso en pie, de modo que Izydor también se levantó.

—Vuelve aquí cuando sientas la necesidad.

—Aquello no me gusta... —le dijo Izydor a Misia cuando entró en la cocina.

Después se echó en su cama, que estaba exactamente en el centro de la buhardilla, justo bajo el tragaluz. El pequeño rectángulo del cielo era un cuadro, un cuadro sagrado que hubiera podido estar colgado en la iglesia.

Siempre que Izydor veía el cielo y los cuatro puntos cardinales, le entraban ganas de rezar; pero cuanto más viejo se hacía, con más dificultad atravesaban su mente las palabras de aquellas conocidas oraciones. En su lugar, aparecían pensamientos que agujereaban sus oraciones y que las dejaban hechas trizas. Intentaba concentrar su atención para imaginar la figura inmutable de Dios en aquel cuadro lleno de estrellas. Y la imaginación siempre creaba una efigie inadmisibles para el entendimiento. A veces era un anciano arrellanado en su trono, con la mirada tan severa y fría que Izydor al momento parpadeaba y lo ahuyentaba del marco del tragaluz. En otras ocasiones, Dios era un espíritu disipado y volátil, tan variable e inconcreto que se volvía insoportable. Y en otras ocasiones, alguien real se hacía pasar por Dios, muy a menudo Paweł, y entonces a Izydor se le pasaban las ganas de rezar. Se sentaba en la cama y meneaba las piernas que le quedaban colgando. Más tarde, descubrió que lo que le molestaba en Dios era el sexo divino.

Un día, no sin cierto sentimiento de culpa, Lo vio en el marco del tragaluz como una mujer, una Deidad o como se la pudiera llamar. Eso le

alivió. Y Le empezó a rezar con una facilidad que nunca había sentido. Le hablaba como a su madre. Aquello duró algún tiempo, pero al final aquellas oraciones acabaron acompañadas de una inquietud que le despertaba febriles oleadas en el cuerpo.

Dios era una mujer, poderosa, grande, húmeda y vaporosa como la tierra en primavera. La Deidad existía en el espacio parecida a una nube de tormenta llena de agua. Su poder era abrumador y le recordaba a Izydor cierta experiencia de la infancia que le daba miedo. Cada vez que se dirigía a ella, esta le hacía comentarios que a él lo enmudecían. Él no podía seguir hablando, perdía el hilo de la oración y de su intención; de una Deidad no se puede exigir nada, uno solo puede aprehenderla, aspirarla, anularse en ella.

Un día, mientras Izydor contemplaba su trozo de cielo, tuvo una revelación. Entendió que Dios no era hombre ni mujer. Supo aquello cuando pronunció «*Dios está en todo*» y repitió las palabras «*Dios*» y «*todo*». En esas palabras se encontraba la solución del problema del sexo de Dios. Dios sonaba igual que *nada, nunca, aquí, ahí, allí...* No tenía género. Izydor repetía con emoción el verdadero nombre de Dios que le había sido revelado y cada vez sabía más y más. Dios era joven, y al mismo tiempo existía desde el principio del mundo o incluso desde antes (porque Dios sonaba igual que *eternamente*), era totalmente imprescindible para cualquier vida (*quienquiera*), se encontraba en cualquier cosa (*dondequiera*), pero cuando uno intentaba encontrarlo, no estaba nunca (*jamás*). Dios estaba lleno de amor y de felicidad, pero solía ser también cruel y amenazador. Tenía en sí todos los rasgos, las virtudes que están presentes en el mundo y adoptaba la forma de cada objeto, de cada acontecimiento, de cada tiempo. Creaba y destruía o permitía que lo que había sido creado se destruyera solo. Era imprevisible como un niño, como un loco. En cierto modo, era parecido a Iván Mukta. Dios existía de una forma tan evidente que a Izydor le extrañaba no haberse dado cuenta de ello antes.

Aquel descubrimiento le produjo un verdadero alivio. Cuando pensaba en ello, estallaba en carcajadas por dentro. El alma de Izydor se desternillaba de risa. También dejó de ir a la iglesia, lo cual contó con la aprobación de Paweł.

—Pero no creo que te admitan en el partido —dijo Paweł un día durante el desayuno, para desvanecer cualquier esperanza de su cuñado.

—Paweł, no hay que masticar la sopa de leche —le llamó la atención Misia.

Porque a Izydor le importaba un comino el partido y el ir a la iglesia. Necesitaba tiempo para pensar, para recordar a Ruta, para leer, para estudiar alemán, para escribir cartas, para coleccionar sellos, para mirar por el tragaluz y lenta y perezosamente presentir el principio del universo.

TIEMPO DE LA SEÑORA PAPUG

El viejo Boski construyó una casa, pero no excavó ningún pozo y por eso Stasia Papug tenía que ir a buscar agua a casa del vecino, su hermano. Se colocaba en los hombros una pértiga de madera y colgaba en ella un par de cubos. Cuando caminaba los cubos chirriaban rítmicamente.

La señora Papug sacaba agua del pozo y miraba con el rabillo del ojo a su alrededor. Veía la ropa de cama ventilándose, los flácidos cuerpos de los blandos edredones de plumas tendidos en las cercas. «Por nada del mundo quisiera tener unos edredones como esos», pensaba. «Calientan demasiado y, además, las plumas se amontonan a un lado. Prefiero mis mantas ligeras con sus fundas de algodón.» El agua fría le salpicaba los pies desnudos. «Tampoco quisiera tener unas ventanas tan grandes. Qué trabajo tiene que dar limpiarlas. Ni esos visillos de tul que no dejan ver nada. Tampoco me gustaría tener tantos hijos. ¿Y los zapatos de tacón alto?... Son malísimos para los pies.»

Misia debía de escuchar el chirrido de la pértiga, porque siempre salía a las escaleras e invitaba a entrar a Stasia. Esta dejaba los cubos en el suelo de hormigón y entraba en la cocina de los Boski, donde siempre olía a leche quemada y a comida. Se sentaba en el taburete que había junto al fogón, nunca en la silla. Misia apartaba a los críos y se metía en el hueco que había debajo de las escaleras. Siempre sacaba algo de provecho: unos pantalones para Janek, un jersey, unas botas de Antek. La señora Papug tenía que arreglar la ropa que heredaba de Misia porque a ella le iba pequeña. Pero le gustaba coser en la cama cuando se despertaba. Añadía nescas, entredoses, volantes y descosía las pinzas.

Misia le ofrecía a Stasia una taza de café con poso. El café siempre estaba en su punto, con una gruesa capa de espuma en donde flotaba el

azúcar antes de depositarse en el fondo. Stasia se embobaba mirando los ágiles dedos de Misia cuando echaba los granos en el molinillo y le daba a la manivela. Al final, el cajoncito del molinillo se llenaba y por la cocina se expandía un fresco aroma a café molido. Le gustaba ese olor, pero después el café le parecía agrio y desagradable. Iba echando en la taza cucharada tras cucharada de azúcar hasta que el dulzor superaba lo agrio. Miraba de reojo cómo Misia saboreaba el café, cómo le daba vueltas con la cuchara, cómo sostenía la taza con dos dedos y se lo llevaba a la boca. Después ella hacía exactamente lo mismo.

Hablaban de los niños, de los huertos y de la comida. Pero a veces Misia también se mostraba curiosa.

—¿Cómo llevas eso de vivir sin hombre?

—Bueno..., tengo a Janek.

—Sabes de qué te hablo.

Stasia no sabía qué contestar. Y le seguía dando vueltas al café con la cuchara.

«Una lo pasa mal sin un hombre», pensaba por la noche en la cama. Los pechos y el vientre de Stasia deseaban abrazar un cuerpo masculino, duro, que oliera a trabajo a pleno sol. Stasia enrollaba la almohada y se abrazaba a ella, como si aquello fuera otro cuerpo. Y de este modo se dormía.

En Antaño no había tiendas. Todas las compras se hacían en Jeszkotle y a Stasia se le ocurrió una idea. Le pidió prestados a Misia cien zlotys y compró algunas botellas de vodka y algo de chocolate. El resto vino solo. Siempre había alguien que necesitaba una botella de vodka por la noche. A veces, los domingos, a alguien le entraban ganas de beber con su vecino bajo un tilo. La gente de Antaño enseguida se enteró de que Stasia Papug tenía una botella a mano y que la vendía no mucho más cara que en una tienda. A las mujeres, los hombres les solían comprar chocolate. Para que no se enfadaran.

De esta forma, Stasia amplió su negocio. A Paweł aquello no le gustó nada, pero más adelante él mismo envió a Witek a por una botella.

—¿Sabes qué te pueden meter por eso? —le preguntaba Paweł frunciendo el ceño, pero Stasia estaba segura de que, en el caso de que le ocurriera algo (¡no lo quisiera Dios!), su hermano tenía contactos y no permitiría que le pasara nada malo.

Al poco tiempo, ya iba a buscar mercancía a Jeszkotle dos o tres veces por semana. También amplió el surtido. Tenía levadura y vainilla en polvo, y todas esas cosas que a un ama de casa le podían faltar de repente un sábado mientras preparaba un pastel. Tenía distintos tipos de cigarrillos, vinagre, aceite... Y cuando, al cabo de un año, se compró una nevera, también empezó a traer mantequilla y margarina. Lo guardaba todo en el pequeño almacén que, como el resto, había construido su padre. Allí estaban la nevera y el sofá donde Stasia dormía. Allí tenía un fogón de cerámica, una mesa y unos estantes cubiertos con percal descolorido. No usaba la habitación desde que Janek se había ido a estudiar a la escuela de Silesia.

La venta ilegal de alcohol —tal como se denominaba en lenguaje oficial el negocio de Stasia— enriqueció su vida social de forma extraordinaria. A su casa acudía todo tipo de gente, a veces incluso de Jeszkotle y de Wola. El domingo por la mañana los trabajadores del bosque aparecían en bicicleta y con resaca. Algunos de ellos compraban incluso medio litro, otros un cuarto y el resto se tomaba un vaso allí mismo. Stasia les servía vodka y les ponía gratis una ración de pepinillos en adobo.

Un día se presentó a comprar vodka en casa de Stasia un joven guardabosques. Como hacía calor, ella le invitó a sentarse y a tomar un refresco de frutas. Él le dio las gracias y se tomó de golpe dos vasos seguidos.

—¡Qué bueno! ¿Lo ha hecho usted misma?

Stasia asintió y, sin saber por qué, le latió el corazón.

El guardabosques era un hombre guapo, aunque todavía muy joven. Demasiado joven. No era alto, pero sí fuerte. Tenía un encantador bigote negro y unos ojos muy vivos de color cerveza. Ella le envolvió con cuidado una botella de vodka en papel de periódico. Más adelante, el joven volvió y ella le invitó de nuevo a tomar un refresco de frutas. Charlaron un rato. Poco tiempo después, una noche, llamó a la puerta cuando ella se estaba desnudando para acostarse. Estaba algo bebido. Stasia se puso el vestido rápidamente. En esa ocasión, él no quería llevarse ninguna botella. Quería beber. Ella le puso vodka en un vaso, se sentó en la esquina del sofá y observó cómo se bebía el vodka de un solo trago. Él se encendió un cigarrillo y miró a su alrededor. Carraspeó, como si fuera a decir algo.

Stasia sintió aquel momento como algo extraordinario. Sacó otro vaso y llenó los dos hasta el borde. Cogieron los vasos y brindaron. El joven bebió y tiró al suelo las últimas gotas. De repente, puso su mano en la rodilla de Stasia. Con tan solo aquel contacto a ella le invadió tal flojedad que, sobrecogida, se echó hacia atrás y se recostó en el sofá. El guardabosques se arrojó encima de ella y empezó a besarla por el cuello. Entonces, Stasia se acordó de que llevaba un sujetador viejo, remendado y zurcido por todas partes, y unas bragas muy dadas de sí, de modo que mientras él la besaba se quitó lo uno y lo otro. El joven la penetró con violencia. Aquellos fueron los minutos más bellos que Stasia experimentó en su vida.

Cuando todo terminó, sintió miedo de moverse de debajo de él. Él se levantó sin mirarla y se abrochó los pantalones. Farfulló algo y se fue directo a la puerta. Ella vio cómo tiraba torpemente de la manija. Salió y ni siquiera cerró la puerta tras de sí.

TIEMPO DE IZYDOR

A Izydor le fascinaban las cartas desde que había aprendido a leer y a escribir. Guardaba en una caja de zapatos todo cuanto llegaba a casa de los Boski. La mayoría eran cartas oficiales y las reconocía por las palabras «Ciudadano» o «Camarada» escritas en el sobre. En el interior solía encontrar misteriosas abreviaturas: «p. ej.» o «etc.». En la caja también había muchas tarjetas postales: paisajes en blanco y negro de los Tatra y del mar con los mismos textos de todos los años: «Afectuosos saludos desde Krynica» o «Saludos cordiales desde los Altos Tatra», o bien «Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo». Izydor sacaba de vez en cuando aquellas colecciones que aumentaban constantemente y observaba cómo la tinta iba perdiendo el color, cómo curiosamente las fechas se iban alejando. ¿Qué había sucedido con la «Semana Santa de 1948»? ¿Y con «el 20 de diciembre de 1949»? ¿Y con la «Krynica de agosto del 51»? ¿Qué significaba eso de que ya hubieran pasado? ¿Habían pasado como los paisajes que quedan tras uno cuando se sigue avanzando, pero que sin embargo continúan existiendo en alguna parte y siguen perdurando para otros ojos? ¿O tal vez el tiempo prefería borrar sus propias huellas, convertir en polvo el pasado y destruirlo para siempre?

Gracias a aquellas cartas, Izydor descubrió los sellos. No le cabía en la cabeza que, siendo tan pequeños, delicados y sensibles a la destrucción, pudieran contener mundos en miniatura. «Son como personas», pensaba mientras los despegaba cuidadosamente de las cartas y de las tarjetas con el vapor de la tetera. Colocaba los sellos encima de un periódico y los miraba durante horas y horas. Había animales y países remotos, piedras preciosas y peces de mares lejanos, barcos y aviones, personajes famosos y acontecimientos históricos. Solo había una cosa que irritaba a Izydor, que la

tinta del matasellos dañara sus delicados dibujos. Su padre, antes de morir, le había enseñado a quitar la tinta de los sellos con un simple método casero. Bastaba la clara de un huevo de gallina y un poco de paciencia. Era lo más importante que le había enseñado su padre.

De este modo Izydor se convirtió en el propietario de una considerable colección de sellos realmente buenos. Y habría podido enviar cartas si hubiera tenido a quién hacerlo. Pensaba en Ruta, pero cada pensamiento lo lastimaba. Ruta no estaba en ninguna parte ni él podía escribirle cartas. Ruta, como el tiempo, había pasado por su lado y se había convertido en polvo.

Un día, hacia el sesenta y dos, a casa de los Boski llegó de la mano de Ukleja una revista de propaganda alemana a todo color. Izydor la miró durante días enteros lleno de asombro ante aquellas largas e impronunciables palabras. En la biblioteca municipal logró hacerse con un diccionario de alemán-polaco de antes de la guerra. En él había muchas más palabras alemanas que *raus*, *schnell* y *Hände hoch*, las cuales todos los habitantes de Antaño aprendieron durante la guerra. Más tarde, un veraneante le regaló un pequeño diccionario e Izydor escribió la primera carta de su vida. En alemán: «Por favor, envíenme catálogos de coches y prospectos turísticos. Me llamo Izydor Niebieski. Esta es mi dirección.» Pegó algunos de sus sellos más bonitos en el sobre y se fue a Jeszkotle, a la oficina de Correos. La funcionaria, con su brillante uniforme negro, le cogió la carta, miró los sellos y la puso en un pequeño compartimento.

—Ya está. Gracias —dijo ella.

Izydor permaneció delante de la ventanilla balanceándose sobre sus piernas.

—¿No se perderá? ¿No se extraviará por alguna parte?

—Si quieres, puedes certificarla. Pero es más caro.

Izydor pegó más sellos y durante un buen rato estuvo rellenando un impreso. La funcionaria le puso un número a su carta.

Al cabo de unas semanas, le llegó a Izydor una carta muy gruesa en un sobre blanco con su dirección escrita a máquina. Los sellos eran extranjeros y totalmente diferentes, ajenos a los ojos de Izydor. Dentro había propaganda de coches de la marca Mercedes-Benz, así como prospectos turísticos de diferentes agencias de viajes.

Izydor jamás se había sentido tan importante en su vida. Cuando por la noche se puso a mirar otra vez sus prospectos, volvió a pensar en Ruta.

Mercedes-Benz y las agencias de viajes alemanas estimularon a Izydor hasta tal punto que acabó enviando varias cartas certificadas al mes. También les pidió a Adelka y a Antek, que estaban internos en una escuela cerca de Kielce, que le llevaran todos los sellos usados. Les quitaba la tinta y los pegaba en sus cartas. A veces conseguía venderle prospectos a alguien por una pequeña suma. Y seguía recibiendo nuevos catálogos y nuevas direcciones.

Más adelante, estableció contacto con agencias turísticas alemanas, suizas, belgas y francesas. Recibía fotos en color de la Costa Azul francesa, de los melancólicos paisajes de Bretaña y de los cristalinos paisajes de los Alpes. Pasaba noches enteras mirándolas con entusiasmo, aunque sabía que para él solo existían en papel satinado con olor a tinta. Se las enseñaba a Misia y a sus sobrinos. Misia decía:

—¡Qué bonito!

Después aconteció una pequeñez que cambió la vida de Izydor.

Se perdió una carta. Una carta certificada que Izydor había enviado a una empresa que fabricaba cámaras fotográficas en Hamburgo. Con una petición de prospectos, por supuesto. Aquella empresa siempre le contestaba y en aquella ocasión no obtuvo respuesta. Durante una noche entera, Izydor estuvo pensando cómo había podido extraviarse una carta certificada si le habían extendido un resguardo y le habían dado un número. ¿No debía ser aquello una garantía de invulnerabilidad? ¿La habrían retenido en el país? ¿La habría perdido algún cartero borracho? Tal vez hubiera habido alguna inundación o el tren que llevaba el correo hubiera descarrilado.

A la mañana siguiente Izydor fue a la oficina de Correos. La funcionaria del uniforme negro le aconsejó que pusiera una reclamación. En el impreso, con dos papeles de calco, escribió el nombre de la empresa y todos sus datos en el espacio del «remitente». Volvió a casa, pero ya no pudo pensar en otra cosa. Si se extraviaban las cartas en Correos, este no podía ser el Correos por el cual sentía tanta admiración. Correos, una organización secreta y poderosa, que tenía a gente en todas partes, por todo el globo terráqueo; aquel Correos, potencia, madre de todos los sellos, reina de todos

los carteros de azul marino del mundo, protectora de millones de cartas, Soberana de las Palabras.

Dos meses más tarde, cuando las heridas psíquicas de Izydor provocadas por Correos habían empezado a cicatrizar, llegó una carta oficial en la que Correos de Polonia pedía disculpas al «Ciudadano Izydor Niebieski» por no haber podido hallar la carta extraviada. Asimismo, la empresa fotográfica alemana declaraba que no había recibido la carta certificada del «Ciudadano Izydor Niebieski» y que, por tanto, los Correos de ambos países se consideraban responsables de la carta extraviada y le ofrecían al perjudicado «Ciudadano Izydor Niebieski» una indemnización por la cantidad de doscientos zlotys. Por último, Correos de Polonia le rogaba disculpas por el incidente.

Y de esta forma Izydor se convirtió en el propietario de una considerable suma. Le dio a Misia cien zlotys y con el resto se compró un álbum y unas decenas de hojas de sellos para cartas certificadas.

A partir de ese momento, en cuanto dejaba de recibir respuesta a alguna carta, iba a la oficina de Correos y ponía una reclamación. Si la carta se encontraba, debía pagar 1 zloty y 50 groszy por los gastos de la reclamación. Eso no era mucho. Sin embargo, siempre sucedía que alguna de las decenas de cartas que él enviaba se extraviaba o se olvidaban de entregarla; o el destinatario del extranjero se olvidaba de haberla recibido y, extrañado ante los impresos que le enviaban de Correos, contestaba: *non, nein, no*.

Izydor recibía dinero. Se convirtió en un miembro más de la familia con los mismos derechos. Era capaz de ganarse la vida.

TIEMPO DE ESPIGA

En Antaño, como en todas partes, hay lugares donde la materia se crea a sí misma y surge de la nada. Siempre se trata de pequeños terrones de la realidad, insignificantes para el todo y que por tanto no amenazan al equilibrio del mundo.

Uno de esos lugares se encontraba en una escarpa junto al camino de Wola. Parecía un lugar anodino, como una topera, como una inocente y pequeña herida en el cuerpo de la tierra que nunca cicatrizara. Solo Espiga conocía su existencia y por eso se detenía en el camino de Jeszkotle para observar la creación del mundo por generación espontánea. Allí encontraba cosas y *anticosas* raras: una piedra roja que no se parecía en nada a ninguna otra piedra, un trozo de madera nudosa, semillas con espinas de las cuales más tarde brotaban en su jardín unas flores miserables, una mosca de color naranja y a veces tan solo algún olor. Espiga solía tener la sensación de que aquella trivial topera creaba también un espacio, que la escarpa que había junto al camino poco a poco aumentaba de tamaño y de esta forma cada año se volvía más extenso el campo de Malak, quien seguía plantando patatas sin darse cuenta de nada.

A Espiga se le había metido en la cabeza que algún día encontraría allí un bebé, una niña, y que se la llevaría con ella para que ocupara el lugar que Ruta había abandonado. Cierta otoño, sin embargo, la topera desapareció. Durante los meses siguientes, Espiga intentó atrapar una vez más la burbujeante actividad de aquel espacio, pero no sucedió nada: así que reconoció que el grifo de la generación espontánea había partido hacia otro lugar.

Al parecer, existió otro lugar semejante durante algún tiempo en la fuente de la plaza de Taszów. La fuente producía sonidos, murmullos y

cuchicheos, y a veces en el agua se encontraba una sustancia gelatinosa y pringosa, compactos ovillos de cabellos, trozos verdes de alguna planta grande. La gente declaró que la fuente estaba encantada y la echaron abajo para construir un aparcamiento de coches.

Y, por supuesto, en Antaño existía, como en cualquier parte del mundo, un lugar donde la realidad se escapaba del mundo como el aire de un balón. Apareció justo después de la guerra en los campos que había detrás de la colina, y desde aquel momento fue aumentando de una forma cada vez más evidente. En la tierra se abrió un cráter, que absorbía, no se sabía hacia dónde, la arena dorada, las matas de hierba y las piedras del campo.

TIEMPO DEL JUEGO

El *Ignis fatuus* o *Juego educativo para un jugador* es extraño y extrañas son sus reglas. A veces, el jugador tiene la sensación de que ya lo ha visto todo antes, que ya ha jugado antes a algo parecido o que conoce este Juego por sus sueños o tal vez por algún libro de la biblioteca municipal adonde fue de niño. En las instrucciones está escrito lo siguiente acerca del Sexto Mundo:

«Dios creo el Sexto Mundo por casualidad, y después se fue. Lo hizo de forma provisional y de cualquier manera. Su Obra estaba llena de agujeros y de taras. Nada era evidente ni estable. Lo negro se volvía blanco y lo malo a veces parecía bueno, del mismo modo que lo bueno a veces semejaba ser malo. Abandonado a su propia suerte, el Sexto Mundo empezó a crearse a sí mismo. Los pequeños actos de creación aparecían de la nada en el tiempo y en el espacio. La materia era capaz de brotar por sí misma adoptando alguna forma. Por las noches se duplicaban los objetos, en la tierra crecían las piedras y los filones de metales y en los valles empezaban a fluir nuevos ríos.

»Los hombres aprendieron a crear con su propia fuerza de voluntad y se llamaron a sí mismos dioses. El mundo se llenó de millones de dioses. Pero la voluntad estaba sometida a sus impulsos y por eso el caos volvió al Sexto Mundo. Todo abundaba y, sin embargo, constantemente surgía algo nuevo. El tiempo se aceleraba y los hombres morían en el esfuerzo de hacer algo que todavía no hubiera existido.

»Finalmente, Dios volvió y, encolerizado ante todo aquel desorden, destruyó toda su creación con tan solo un pensamiento. Desde entonces el Sexto Mundo se halla vacío y hueco como una tumba de hormigón.»

TIEMPO DE IZYDOR

Un día, cuando Izydor fue a la oficina de Correos con un fajo de cartas, la funcionaria del uniforme brillante acercó su cara a la ventanilla y dijo:

—Nuestro director está muy contento contigo. Dice que eres nuestro mejor cliente.

Izydor se quedó inmóvil con el lápiz de tinta suspendido sobre un impreso de reclamaciones.

—Pero ¿cómo es eso? Pero sí, en realidad, perjudico a Correos... Aunque todo lo que hago es legal, no hago nada malo...

—¡Ay, Izydor! No entiendes nada. —La silla hizo ruido al correrse y la mujer asomó la mitad de su cuerpo por la ventanilla—. Correos está ganando dinero contigo. Por eso nuestro director se alegra de que alguien como tú haya dado justamente con nuestra sucursal. Mira..., hay convenios entre algunos estados por los que Correos de ambos países deben pagar a medias cada carta internacional extraviada. Nosotros te pagamos con zlotys y ellos con marcos. Nosotros hacemos el cómputo de esos marcos al cambio nacional, todo según el reglamento. Ganamos nosotros y ganas tú. A decir verdad, nadie pierde. Bueno, ¿qué?, ¿no estás contento?

Izydor, no muy convencido, asintió con la cabeza.

—Sí, lo estoy.

La funcionaria se retiró de la ventanilla. Le cogió a Izydor los impresos de la reclamación y empezó a sellarlos mecánicamente.

Cuando volvió a casa, vio un coche negro aparcado frente a ella. Misia ya lo esperaba junto a la puerta. Tenía la cara pálida y rígida. Izydor comprendió enseguida que sucedía algo horrible.

—Estos señores han venido a verte —dijo Misia con tono grave.

En la sala, sentados junto a la mesa, había dos hombres, ambos con gabardina clara y sombrero. Se trataba de las cartas.

—¿A quién le escribes cartas? —preguntó uno de los hombres, y encendió un cigarrillo.

—Pues a agencias turísticas...

—Esto apesta a espionaje.

—¿Y qué podría espiar yo? ¡Dios santo! ¿Sabe qué...? Cuando he visto el coche he pensado que les había pasado algo a los niños...

Ambos hombres se miraron y el del cigarrillo clavó sus ojos, con malicia, en Izydor.

—¿Para qué quieres tantos papeles de colores? —preguntó el otro de repente.

—Me interesa el mundo.

—Te interesa el mundo... ¿De qué te sirve interesarte por el mundo? ¿Sabes lo que te podría caer por espionaje?

El hombre pasó rápidamente su dedo índice por el cuello.

—¿Te cortan el cuello? —preguntó Izydor aterrorizado.

—¿Por qué no trabajas? ¿De qué vives? ¿A qué te dedicas?

Izydor sintió que las manos le sudaban y que empezaba a tartamudear.

—Quería entrar en un convento, pero no me admitieron. Ayudo a mi hermana y a mi cuñado. Corto leña, juego con los niños. Y a lo mejor hasta me dan una pensión...

—¡Está para que lo encierren! —refunfuñó el del cigarrillo—. ¿Adónde envías las cartas? ¿No las enviarás a Radio-Europa libre?

—No, solo a empresas de automóviles o a agencias turísticas.

—¿Qué relación tenías con la mujer de Ukleja?

Izydor tardó unos instantes en comprender que se trataba de Ruta.

—Se puede decir que todo y nada.

—Déjate de filosofía, por favor.

—Nacimos el mismo día y yo me quería casar con ella..., pero ella se fue.

—¿Sabes dónde está ahora?

—No, ¿usted lo sabe? —preguntó con esperanza Izydor.

—Eso no es asunto tuyo. Yo soy el que pregunta.

—Señores, yo soy inocente. En Correos de Polonia están contentos conmigo. Hoy mismo me lo han dicho.

Los hombres se levantaron y fueron hacia la puerta. Uno de ellos antes de salir se volvió y dijo:

—Recuerda que te estamos vigilando.

Unos días más tarde, Izydor recibió una carta arrugada y sucia con sellos del extranjero que jamás había visto. Miró por instinto el remite y leyó: Amanita Muscaria.

Aquellas palabras le parecieron curiosamente familiares. «Tal vez sea una empresa alemana», pensó.

Pero la carta era de Ruta. Se lo imaginó en cuanto vio aquella letra torpe, infantil. «Querido Izek», decía, «estoy muy lejos, en Brasil. A veces no puedo dormir porque os echo mucho de menos. Pero otras veces no me acuerdo en absoluto de vosotros. Aquí tengo muchas cosas que hacer. Vivo en una ciudad enorme, llena de gente con diferente color de piel. ¿Qué tal estás de salud? Espero también que mi madre esté bien. La echo mucho de menos, pero sé que ella no podría vivir aquí. Tengo todo cuanto quería. No le des recuerdos a nadie, ni siquiera a mi madre. Que se olviden todos de mí cuanto antes. Amanita Muscaria.»

Izydor no se durmió hasta el amanecer. Se pasó la noche tumbado, mirando hacia el techo. Volvieron las imágenes y los olores de los tiempos en que Ruta todavía estaba allí. Se acordaba de cada una de sus palabras y de sus gestos. Los reprodujo uno tras otro. Cuando los rayos del sol alcanzaron la ventana del techo que daba al este, se le saltaron las lágrimas. Después se sentó y buscó la dirección: en el sobre, en el papel, incluso bajo el sello y en su complicado grabado. Pero no la encontró.

—Me voy con ella. Reuniré dinero y me iré a Brasil —se dijo a sí mismo en voz alta.

Después puso en marcha un plan que, sin querer, le habían dado los agentes de paisano del Servicio de Seguridad. Arrancó una hoja de un cuaderno y escribió: «Les ruego me sean enviados prospectos. Saludos. Izydor Niebieski.» En el sobre puso la dirección: «Radio-Europa Libre. Múnich. Alemania.»

La funcionaria de Correos se quedó pálida cuando vio aquellas señas. Sin mediar palabra, le dio un impreso para cartas certificadas.

—De paso, deme un impreso de reclamaciones —dijo Izydor.

Aquel era un negocio muy simple. Izydor enviaba una carta una vez al mes. Estaba claro que no solo no llegaría al destinatario, sino que ni tan siquiera pasaría la frontera del distrito. Cada mes recibía una indemnización por aquellas cartas. Al final, lo único que hacía era meter un papel en blanco en el sobre. Ya no tenía sentido seguir pidiendo prospectos. Aquel era un ingreso extra que Izydor guardaba en una lata vacía de té de la UNRRA. Para el billete a Brasil.

Durante la primavera del año siguiente, los agentes con gabardina se llevaron a Izydor a Taszów. Le apuntaron a los ojos con la lámpara.

—El código —dijo uno de ellos.

—¿Qué «código»? —preguntó Izydor.

El otro lo abofeteó con la palma de la mano.

—Danos el código. ¿Cómo codificas los mensajes?

—¿Qué mensajes? —preguntó Izydor.

De nuevo lo abofetearon, pero esta vez más fuerte. Sintió sabor a sangre en los labios.

—Hemos analizado con todos los métodos disponibles cada palabra, cada centímetro cuadrado de cada carta y de cada sobre. Hemos examinado los estratos del papel. Hemos analizado los sellos. Hemos aumentado unas diez veces su tamaño. Hemos examinado al microscopio su dentado y la composición del pegamento. Hemos estudiado cada letra, cada coma y cada punto...

—No hemos encontrado nada —dijo el otro, el que le había pegado.

—No existe ningún código —dijo en voz baja Izydor, y se limpió la sangre de la nariz con un pañuelo.

Los dos hombres se echaron a reír.

—Bien —dijo el primero—. Mira, hagamos un trato y empecemos desde el principio. Nosotros no te vamos a hacer nada. Vamos a escribir en el informe que no eres del todo normal. Al fin y al cabo, eso piensa de ti todo el mundo. Y dejaremos que te vayas a casa. Y tú, a cambio, nos dirás en qué consiste todo esto. ¿Cuál ha sido nuestro error?

—Es que no hay nada.

El otro estaba más nervioso. Acercó su cara a la cara de Izydor. Apestaba a tabaco.

—Escucha, listillo... Has enviado veintiséis cartas a Radio-Europa libre. En la mayoría de ellas solo había papeles en blanco. Has jugado con fuego. ¡Tú te lo has buscado!

—Dinos simplemente qué código has usado. Y punto. Y te irás a casa. Izydor suspiró.

—Veo que esto es muy importante para ustedes, pero en verdad no puedo ayudarles. No había ningún código. Eran papeles en blanco. Nada más.

Entonces, el otro agente saltó de la silla y le dio un puñetazo en la cara a Izydor. Este se escurrió de la silla y perdió el conocimiento.

—Este tipo está loco —dijo uno de ellos.

—Recuerda, amigo, que nunca te vamos a dejar en paz —pronunció con lentitud el otro mientras se masajeaba el puño.

Izydor estuvo detenido durante cuarenta y ocho horas. Después, el guardia fue a la celda y sin decir palabra le abrió la puerta.

Izydor no salió de la buhardilla en toda la semana. Contó el dinero de la lata y pensó que ya tenía toda una fortuna. Por lo demás, no sabía cuánto podía costar un billete a Brasil.

—Se acabaron las cartas —le dijo a Misia cuando entró en la cocina. Ella le sonrió y respiró con alivio.

TIEMPO DE PEPONA

Para los animales solo existe el presente.

Pepona era una perra greñuda y pelirroja. Tenía los ojos marrones, aunque en ocasiones despedían destellos rojizos. Pepona amaba con locura a Misia, por eso siempre intentaba tenerla al alcance de su mirada encarnada. Cuando era así, todo iba bien. Pepona seguía a Misia al pozo y al huerto, iba con ella al Gran Camino para observar el mundo. Sus ojos jamás dejaban de abrazarla con la mirada.

Pepona no pensaba como Misia ni como ningún otro ser humano. En ese sentido, existía un abismo entre Pepona y Misia. Porque para pensar es necesario tragarse el tiempo, interiorizar el pasado, el presente, el futuro y sus constantes cambios. El tiempo opera en el interior de la mente humana. Nunca se halla fuera. No había ningún surco de ese tipo en el pequeño y perruno cerebro de Pepona, ningún órgano que pudiera filtrar el paso del tiempo. Por lo tanto, Pepona vivía siempre en el presente. Por eso, cuando Misia se vestía y salía, a Pepona le parecía que se iba para siempre. Se iba para siempre a la iglesia cada domingo. Se iba para siempre al sótano a buscar patatas. Cuando desaparecía del campo visual de Pepona, desaparecía para siempre. En esos momentos, la tristeza de Pepona era infinita. La perra apoyaba su hocico en la tierra y sufría.

El hombre engancha el tiempo al carro del sufrimiento. Sufre a causa del pasado y proyecta su sufrimiento hacia el futuro. De esta manera crea la desesperación. Pepona no sufría más que en el «aquí» y en el «ahora».

El pensamiento humano está unido indisolublemente a la injerencia del tiempo. Es un modo de atragantarse. Pepona percibía el mundo como paisajes estáticos pintados por algún Dios. Para los animales, Dios es un pintor. Despliega ante ellos un mundo en forma de vistas panorámicas. El

fondo del cuadro contiene olores, tacto, sabores, voces, es decir, todo aquello que no posee sentido alguno. Los animales no lo necesitan. A veces los hombres, cuando sueñan, experimentan algo parecido. Sin embargo, los hombres son prisioneros del tiempo y precisan del sentido de la realidad. El sueño de los animales es permanente e inútil. Para ellos, despertar significa morir.

Pepona vivía de las imágenes del mundo. Formaba parte de las imágenes creadas por la mente humana. Cuando Misia decía «vamos» y veía que Pepona movía el rabo, pensaba que la perra comprendía sus palabras, como un hombre. Pepona, sin embargo, meneaba el rabo ante la imagen que brotaba en el pensamiento de Misia, y no a causa de una palabra o de una idea. En aquella imagen había una esperanza de movimiento: paisajes que cambiaban, la hierba que ondeaba, el camino de Wola que llevaba al bosque, el chicharreo de los saltamontes y el murmullo del río. Cuando Pepona estaba tumbada sin perder de vista a Misia, era capaz de ver las imágenes que el hombre crea involuntariamente. A veces, estaban llenas de tristeza o de ira. Esas imágenes eran, incluso, mucho más expresivas, puesto que en ellas latía la pasión. Pepona, entonces, se sabía indefensa. No poseía nada en sí que la protegiera cuando la sumergían en esos mundos ajenos y lúgubres; no existía ningún círculo de identidad mágico y protector; no encontraba un «yo» provisto de poderosa energía. Ante aquellas imágenes, Pepona se rendía. Eso explica por qué los perros reconocen en el hombre a su señor y por qué el hombre más ruin puede creerse un héroe ante su perro.

La capacidad de experimentar emociones no diferenciaba en nada a Pepona de Misia.

Las emociones de los animales son, incluso, más puras porque no las enturbia ningún pensamiento.

Pepona sabía que Dios existía. Lo percibía constantemente, no solo en ciertos momentos, como los hombres. Podía notar su aroma en la hierba, porque el tiempo no la separaba de Dios. Y tenía mucha confianza en el mundo, más de la que ningún hombre pueda poseer. Su confianza era semejante a la de Jesús cuando se hallaba en la cruz.

TIEMPO DE LOS NIETOS DEL SEÑOR POPIELSKI

Justo cuando terminó el año escolar, la señorita Popielski, la misma que paseaba por el parque con su gran perro, llevó a Antaño a sus hijos y a los hijos de sus hermanos. Misia siempre les preparaba tres habitaciones en el primer piso y, si era necesario, otra en la planta baja. Así pues, a finales de junio la pensión con que tanto había soñado Paweł Boski empezaba a funcionar a toda marcha.

Los nietos del señor Popielski eran sanos y ruidosos. No recordaban en nada a su abuelo. Como solía suceder en las buenas familias, la mayoría eran niños y solo había una niña. Los cuidaba una niñera, todos los años la misma. La niñera se llamaba Zuzanna.

Los niños pasaban todo el día junto al río, en un lugar llamado la Charca. Los jóvenes de los alrededores iban allí para bañarse en el Negro. Tiempo atrás, el señor Popielski había construido unas compuertas en el río y había regulado el paso del agua hasta los estanques. Entonces los estanques ya no existían, pero el adecuado manejo de las compuertas permitía crear un embalse durante el verano, con una cascada de un metro de altura. Al abuelo Popielski, seguramente, nunca se le pasó por la cabeza la alegría que daría a sus descendientes.

Los niños regresaban para la comida, que Misia a menudo servía en el jardín, bajo los manzanos. Después de comer volvían al río. Por la noche, Zuzanna los sentaba para jugar a cartas, a «países y ciudades» o a cualquier otra cosa para mantenerlos calladitos. Witek, aunque no era mucho mayor que ellos, a veces les encendía una hoguera tras la colina.

Todos los años, en la noche de San Juan, los nietos del señor Popielski iban al bosque a buscar la legendaria flor de helecho. Esa expedición se había convertido en un ritual, y un año Zuzanna ya les permitió ir solos. Los nietos aprovecharon la ocasión y, sin que nadie se enterara, compraron en Jeszkotle una botella de vino barato. Cogieron bocadillos, una botella de naranjada, dulces y linternas. Se sentaron en el banco delante de la casa y esperaron a que por fin oscureciera. Se reían y provocaban barullo, contentos de llevar la botella escondida.

Los nietos del señor Popielski se quedaron callados al llegar al bosque, no porque hubieran perdido el humor sino porque el bosque les parecía horrible y poderoso. Habían decidido hacer acopio de valor e ir a Wydymacz, pero la oscuridad les disuadía... Wydymacz era un lugar encantado, así que irían a la aliseda, donde abundaban los helechos, y a escondidas beberían vino y fumarían como los campesinos de Antaño.

Los chiquillos caminaban en dirección al río, en fila india y agarrados del hombro.

Estaba tan oscuro que hasta las manos extendidas hacia delante se vislumbraban como una mancha apenas perceptible en las sombras. Solo el cielo parecía más claro que el mundo, envuelto en la oscuridad. Un majestuoso colador celestial agujereado de estrellas.

El bosque se comportaba como un animal que defiende su guarida. Les salpicaba de rocío, les arrojaba autillos y ordenaba a las liebres que brotaran bajo sus pies.

Los chavales se metieron en la aliseda y organizaron un pícnic a tientas. La lumbre de los cigarrillos centelleaba. El vino, que bebían a morro por primera vez en su vida, les infundía valor. Luego, corrieron a buscar helechos hasta que uno encontró entre sus hojas algo brillante. El bosque susurró lleno de inquietud. El que había hecho el descubrimiento llamó a los demás. Estaba excitado.

—Creo que lo tengo, creo que lo tengo —repetía.

Entre los enmarañados arbustos de zarzamoras, en los húmedos helechos parpadeaba algo plateado. Los niños apartaron con palos las hojas grandes y, bajo la luz de las linternas, vieron una brillante lata de conserva. El sorprendido descubridor la cogió con el palo y la arrojó a lo lejos entre los arbustos.

Los nietos del amo se sentaron un rato más para terminar el vino y luego regresaron al camino.

Solo entonces la lata de conserva floreció, proyectando a su alrededor un plateado e increíble resplandor.

Espiga, que durante la noche del solsticio siempre recogía hierbas, lo vio. Pero era ya demasiado vieja para pedir deseos; además, sabía que la flor de helecho ocasionaba muchos problemas. Así que dio un rodeo y pasó de largo.

TIEMPO DEL SEÑOR POPIELSKI

—Misia, ¿quieres que nos tomemos un té juntas cuando acabes? —le preguntó a Misia la hija de Popielski, que aún conservaba una bonita figura.

Misia se enderezó frente a la palangana de platos sucios y se secó las manos en el delantal.

—Un té no, pero con mucho gusto tomaré un café.

Fueron con la bandeja hasta los manzanos y se sentaron a ambos lados de la mesa. Lila y Maja terminaron de lavar los platos.

—Misia, tiene que ser muy duro para ti preparar tantas comidas, lavar tantos platos... De veras, te agradecemos todo tu esfuerzo. Si no fuera por vosotros, no tendríamos adónde ir. Y ya ves, esta es la tierra donde nacimos.

La señorita Popielski, que años atrás, hacía ya mucho tiempo, corría con sus grandes perros por los prados, suspiró con tristeza.

—Y si no fuera por vosotros, nosotros no pasaríamos con el sueldo de Paweł. Con el alquiler de las habitaciones yo contribuyo al mantenimiento de la familia.

—No está bien que pienses así, Misia. Al fin y al cabo, la mujer trabaja en casa, da a luz, se ocupa de administrarlo todo. Tú lo sabes mejor que nadie...

—Pero no gana nada y no pone dinero.

Las avispas volaban hacia la mesa y libaban con delicadeza la capa de chocolate del pastel. A Misia no le molestaban, pero a la señorita Popielski le daban miedo las avispas.

—Cuando era pequeña, una avispa me picó en el párpado. Ese día estaba sola con mi padre, mamá había ido a Cracovia..., debió de ser en el treinta y cinco o el treinta y seis. Mi padre se puso histérico. Le dio por

correr de un lado a otro y, al mismo tiempo, me regañaba. Luego me llevó en coche a alguna parte. Apenas me acuerdo... Creo que al pueblo, a casa de unos judíos...

La señorita Popielski apoyó la barbilla en la mano y su mirada se perdió entre las hojas de los manzanos y los tilos.

—El señor Popielski... era un hombre extraordinario —dijo Misia.

Los ojos de color cerveza de la señorita Popielski se humedecieron; parecían dos gotas de miel de abeto. Todo hombre lleva su propia corriente de tiempo interior y Misia imaginó que la de la señorita había dado un giro y proyectaba en aquel momento, justo en el espacio que había entre las hojas de los árboles, las imágenes de su pasado.

Cuando se fueron a Cracovia, la familia Popielski pasó todo tipo de necesidades. Sobrevivieron vendiendo la plata, aunque eso les partiera el corazón. La numerosa familia de los Popielski, dispersa por el mundo entero, ayudaba a sus parientes y les hacían llegar, en la medida de lo posible, dólares o bien oro. El señor Popielski fue acusado de colaboracionista por haber vendido madera a los alemanes. Pasó algunos meses en prisión, pero fue puesto en libertad a causa de su perturbación mental, exagerada en parte por un psiquiatra al que sobornaron, aunque no demasiado...

Al salir, el señor Popielski se dedicaba a caminar entre las cuatro paredes de la oscura vivienda del barrio de Salwator y se empeñaba en colocar su Juego en la única mesa que tenían. Pero su mujer echaba fuego por los ojos y él acababa metiéndolo todo de nuevo en la caja y empezaba otra vez con su interminable ir y venir.

El tiempo pasaba y la señora Popielski reservaba un lugar en sus oraciones para agradecerle que corriera, que se moviera y que, de paso, produjera cambios en la vida de la gente. La familia, toda la gran familia de los Popielski, poco a poco empezó a sacar fuerzas de flaqueza y abrió en Cracovia varios y pequeños negocios. Al amo le fue adjudicado el control de la producción de zapatos —en el marco de un contrato familiar nunca escrito—, concretamente, el de las suelas de zapatos. Inspeccionaba el trabajo de una pequeña fábrica en donde una prensa, traída de algún país occidental, arrojaba de su interior suelas de plástico para sandalias. Al principio lo hacía sin muchas ganas, pero después se sintió atraído por su

trabajo y, tal como le había sucedido siempre, este acabó absorbiéndolo por completo. Le fascinaba el hecho de dar distintas formas a una materia amorfa e indefinida. Incluso, empezó a experimentar con fervor. Consiguió crear un material totalmente transparente y después le añadió diferentes matices y colores. Y se encontró con que había captado perfectamente el espíritu de los tiempos en el ámbito del calzado femenino, porque sus botas de plástico y de caña reluciente empezaron a venderse como rosquillas.

—Mi padre se montó incluso un pequeño laboratorio. Él era así. Se entregaba por completo a todo lo que hacía y le otorgaba un significado absoluto. En este sentido, era insoportable. Se comportaba como si sus suelas y sus zapatos tuvieran que salvar a la humanidad. Se entretenía con probetas y destilaciones, todo bullía y hervía... Al final, contrajo una enfermedad en la piel a causa de aquellos experimentos químicos. Tal vez por una quemadura o por una irradiación. De todos modos, tenía un aspecto horrible. La piel se le caía a tiras. Los médicos dijeron que era un tipo de cáncer de piel. Nos lo llevamos a Francia, a casa de unos parientes, para consultar con los mejores médicos. Pero no hay medicamentos contra el cáncer de piel, ni aquí ni allí. Al menos, entonces no los había. Lo más extraño de todo fue el modo en que él se tomó la enfermedad; entonces nosotros ya sabíamos que iba a morir. «Estoy mudando de piel», decía, y parecía muy contento de sí mismo, casi orgulloso.

—Era un hombre extraño —dijo Misia.

—Pero no estaba loco —añadió enseguida la señorita Popielski—. Tenía inquietudes espirituales. Creo que sufrió una conmoción a causa de la guerra o, tal vez, al abandonar el palacio. Después de la guerra el mundo cambió mucho. Se sentía perdido; por eso murió. Mantuvo la lucidez y la serenidad hasta el final. Yo no entendía nada y pensaba que el dolor le confundía las ideas. ¿Sabes? Sufría de una forma terrible, el cáncer al final le atacó todo el cuerpo y él repetía como un niño que mudaba de piel.

Misia suspiró y se tomó el resto de su café. La lava marrón de los posos se solidificó en el fondo del vaso; en su superficie, jugueteaban los reflejos del sol.

—Nos pidió que enterráramos con él aquella extraña caja, pero con toda la confusión de los preparativos del entierro nos olvidamos... Tengo unos remordimientos horribles por no haber cumplido su última voluntad.

Después del entierro, mi madre y yo le echamos un vistazo a la caja y... ¿sabes qué encontramos? Un trozo de tela vieja, un dado de madera y varias figuras de personas, de animales y de objetos; eran como juguetes. Y un librito muy deteriorado con algunas tonterías incomprensibles. Lo esparcimos todo en la mesa sin poder creer que aquellos juguetes hubieran sido tan valiosos para él. Me acuerdo de ellos como si fuera ayer: pequeñas figuras de latón de mujeres y de hombres, diminutos animales, árboles, casas y palacios, objetos en miniatura... ¡Ah!, por ejemplo, libros del tamaño de una uña pequeña, un molinillo de café con su manivela, un buzón rojo de Correos, una pértiga con sus cubos; todo realizado con suma precisión...

—¿Y qué hicisteis con todo eso? —preguntó Misia.

—Al principio se quedó todo en el cajón donde tenemos los álbumes de fotos. Después los niños lo usaban para jugar. Debe de estar todavía en casa, en cualquier sitio; tal vez con las piezas de construcción de los niños. No sé, tengo que preguntar... Me siento culpable por no haberlo puesto en el féretro.

La señorita Popielski se mordió los labios, de nuevo se le humedecieron los ojos.

—Te entiendo —dijo Misia al cabo de un rato—. Hace tiempo, yo tenía mi propio cajón, con todas mis cosas más importantes.

—Pero eras una niña. Y él era un hombre adulto.

—Nosotros tenemos a Izydor, que...

—Quizá todas las familias normales deban tener un fusible de seguridad, alguien que recoja todos esos trocitos de locura que llevamos dentro de nosotros.

—Izydor no es realmente lo que parece —dijo Misia.

—¡Ah! No estaba pensando en nada malo... Mi padre tampoco estaba loco. ¿O tal vez sí?

Misia se apresuró a negarlo.

—Lo que más temo, Misia, es que su rareza pueda ser hereditaria y aparecer en alguno de mis hijos. Aunque la verdad es que me dedico mucho a ellos. Están estudiando inglés y quiero enviarles a Francia, a casa de mi familia, para que vean un poco de mundo. Quisiera que realizaran estudios que les fueran de provecho, en algún país occidental; puede que informática

o economía, una especialidad concreta que les sirva de algo. Además, van a nadar, juegan al tenis, les interesa el arte y la literatura... Tú misma puedes ver que son chicos sanos y normales.

Misia siguió la mirada de la señorita Popielski y vio a los nietos del amo, que en ese momento volvían del río. Llevaban albornoces de color y el equipo de bucear en las manos. Entraban por el portillo alborotando.

—Todo irá bien —dijo la señorita Popielski—. Ahora el mundo no es lo que era. Es mejor, más grande y claro. Hay vacunas contra las enfermedades, no hay guerras, la gente vive mucho más... ¿No estás de acuerdo?

Misia miró los posos del vaso y negó con la cabeza.

TIEMPO DEL JUEGO

«En el Séptimo Mundo, los descendientes de los primeros hombres se desplazaron unidos de país en país hasta que hallaron una colina increíblemente bella. “Venga”, dijeron, “edifiquemos una ciudad y una torre que llegue al cielo, para convertirnos en un único pueblo y no dejar que Dios nos disperse.” Y, al instante, se pusieron a trabajar, cargando piedras y usando alquitrán en lugar de mortero. Alzaron una enorme ciudad en cuyo centro crecía una torre. Esta llegó a ser tan alta que permitía ver, desde su cúspide, todo lo que había más allá del Octavo Mundo. En ocasiones, cuando el cielo estaba despejado, los que trabajaban en la parte superior se cubrían los ojos con las manos para que no les cegara el sol. Desde allí, veían los pies de Dios, así como la silueta de una serpiente de cuerpo monstruoso que devoraba el tiempo.

»Algunos de ellos intentaban, con palos, llegar más alto.

»Dios los observaba y pensaba con inquietud: “Mientras continúen siendo un solo pueblo y sigan hablando una sola lengua, podrán hacer cualquier cosa, cualquier cosa que se les pase por la cabeza... Confundiré, pues, sus lenguas, los encerraré en su propio interior y haré que nadie entienda a su semejante. Entonces, se volverán los unos contra los otros y a Mí Me dejarán en paz.” Y así fue.

»Los hombres se dispersaron sobre la faz de toda la tierra y se convirtieron en enemigos. Sin embargo, conservaron en su memoria todo lo que habían visto.

»Aquel que una vez vio los límites del mundo, sufrirá su prisión con mucho más dolor que cualquier otro.»

TIEMPO DE LA SEÑORA PAPUG

Cada lunes Stasia Papug se preparaba para ir al mercado de Taszów. Los lunes, los autobuses iban tan llenos que pasaban de largo por la parada del bosque. Stasia se ponía a un lado del camino y hacía señales a los coches. Los primeros años a los Syrena y a los Warszawa y más tarde a los Fiat grandes y pequeños. Se metía con torpeza en el interior y empezaba la charla con el conductor, siempre de la misma manera:

—¿Conoce usted al señor Paweł Boski?

A veces daba la casualidad de que lo conocía.

—Es mi hermano. Es inspector.

El conductor se volvía hacia ella y la miraba con desconfianza, pero ella repetía:

—Soy la hermana de Paweł Boski.

Sin embargo, ellos no daban crédito a sus palabras.

Al hacerse vieja, Stasia engordó y empequeñeció. Su nariz, que siempre había sido prominente, le iba comiendo la cara. Los ojos habían perdido su brillo. Tenía que usar sandalias de hombre porque siempre se le hinchaban los pies. Y de los bonitos dientes que una vez tuvo, solo le quedaban dos. El tiempo no había sido generoso con Stasia Papug y no era extraño que los conductores no quisieran creer que aquella era la hermana del inspector Boski.

Uno de aquellos lunes de mercado y de mucho tráfico, la atropelló un coche. Perdió el oído. Un zumbido constante en la cabeza apagó los sonidos del mundo. A veces, con aquel zumbido aparecían voces, fragmentos musicales, pero Stasia no sabía de dónde procedían; si se abrían paso desde

el exterior o si fluían de su interior. Los escuchaba con atención mientras zurcía los calcetines y ajustaba a su medida la ropa de Misia una y otra vez.

Por las noches solía ir a casa de los Boski. Especialmente en verano, cuando había más movimiento. En la primera planta se alojaban los veraneantes. Llegaban los hijos y los nietos de Misia. Colocaban la mesa en el jardín, debajo de los manzanos, y bebían vodka. Paweł sacaba el violín y sus hijos cogían los instrumentos: Antek el acordeón, Adelka —hasta el día en que se marchó— el violín, Witek el contrabajo, Lila y Maja la guitarra y la flauta. Paweł daba la señal con el arco y todos empezaban a mover los dedos rítmicamente, se balanceaban y seguían el compás con el pie. Empezaban siempre por «Las estepas de Manchuria». Stasia reconocía la música en sus caras. Durante «Las estepas de Manchuria», Michał Niebieski aparecía por un instante en los rostros de los niños. «¿Es posible», reflexionaba, «que los muertos sigan viviendo en los cuerpos de sus nietos?» ¿Viviría ella también en los rostros de los hijos de Janek?

Stasia echaba de menos a su hijo. Este se había quedado a vivir en Silesia al terminar la escuela secundaria. Iba a visitarla raras veces y había heredado de su padre el hacerse esperar y esperar. Antes del verano, ella le preparaba la habitación, pero él no quería quedarse mucho; no todo el verano, como los hijos de Paweł. Se iba a los pocos días y olvidaba coger los frascos de compota que ella le preparaba durante todo el año. En cambio, sí cogía el dinero que su madre ganaba con el vodka.

Ella lo acompañaba a la parada de la carretera de Kielce. En el cruce había una piedra. Stasia levantaba la piedra y le pedía:

—Pon aquí tu mano. Así tendré un recuerdo tuyo.

Janek miraba inquieto a su alrededor y al final consentía en que, bajo la piedra del cruce y durante un año, quedara impresa la huella de su mano. Después, en navidades y en Semana Santa, a Stasia le llegaba una carta suya que siempre empezaba de la siguiente manera: «Con estas líneas, madre, le comunico que me encuentro bien de salud, lo cual también le deseo a usted.»

Aquellos deseos estaban desprovistos de fuerza. Mientras los escribía, seguramente pensaba en cualquier otra cosa. Un invierno, Stasia se puso enferma de repente y, antes de que la ambulancia consiguiera abrirse paso por la nieve amontonada, murió.

Janek llegó con retraso, justo cuando echaban la tierra en la fosa y ya todos se habían ido. Fue a casa de su madre y se quedó mucho tiempo mirando sus cosas. Todos aquellos frascos de compota, los visillos de percal, las colchas de ganchillo y las cajitas hechas de las postales que le había enviado a su madre para las fiestas y para su santo... seguramente no le servirían para nada. Los muebles del abuelo Boski eran rústicos y no harían juego con sus muebles barnizados. Las tazas tenían los bordes mellados y las asas rotas. La nieve se metía en el almacén por las rendijas de la puerta. Janek cerró la casa con llave y después fue a dársela a su tío.

—No quiero esa casa ni nada que sea de Antaño —le dijo a Paweł.

Cuando regresó a la parada del Gran Camino, se detuvo junto a la piedra y, tras dudar un instante, hizo lo mismo que todos los años. Pero, en esa ocasión, hundió con fuerza la mano en la tierra fría, casi helada, y la mantuvo allí tanto tiempo que los dedos se le quedaron dormidos por el frío.

TIEMPO DE LAS SERIES CUÁDRUPLES

A medida que iban pasando los años, Izydor se daba cada vez más cuenta de que ya nunca se iría de Antaño. Recordaba la frontera del bosque, aquel muro invisible. Esa frontera era para él. Tal vez Ruta había sabido cruzarla, pero él no tenía ni fuerzas ni ganas.

La casa se había quedado desierta. Solo en verano se animaba con los huéspedes, aunque él ya no salía para nada de la buhardilla. Tenía miedo de los desconocidos. Aquel último invierno, Ukleja también aparecía con frecuencia por la casa de los Boski. Había envejecido y además había engordado. Tenía la cara gris, hinchada, y los ojos enrojecidos por el vodka. Cuando se sentaba a la mesa, parecía una montaña de carne podrida; con su voz ronca, presumía constantemente de todo. Izydor lo odiaba.

Ukleja seguramente lo notaba y, como tenía de generoso lo que el diablo, le hizo a Izydor un regalo. Le dio unas fotos de Ruta. Fue un regalo bien meditado. Ukleja solo escogió ciertas fotografías: aquellas en las que la escoria de su carne cubría el cuerpo desnudo de Ruta, fragmentado por una estrafalaria iluminación. Únicamente en alguna de ellas era posible ver la cara de la mujer: su boca abierta, con el pelo empapado de sudor y pegado a las mejillas.

Izydor miró las fotos en silencio, después las dejó encima de la mesa y se fue arriba.

—¿Por qué le has enseñado esas fotos? —oyó la voz de Paweł.

Ukleja se echó a reír.

Desde ese día, Izydor ya no volvió a bajar. Misia le llevaba la comida a la buhardilla y se sentaba en la cama junto a él. Durante un rato, ambos se

quedaban así, en silencio, hasta que Misia suspiraba y volvía a la cocina.

Izydor no tenía ganas de levantarse. Allí, acostado y soñando, se sentía bien. Siempre soñaba lo mismo. Había un espacio enorme, lleno de formas geométricas: poliedros opacos, pirámides transparentes y cilindros opalescentes. Flotaban sobre una vasta superficie que, de haber tenido cielo, habría podido llamarse «tierra». En lugar de cielo, se abría un gran agujero negro. Al contemplarlo, su sueño se llenaba de miedo.

En el sueño reinaba el silencio. Aquellos enormes cuerpos no producían chirridos ni susurro alguno, ni siquiera cuando se rozaban entre sí.

En el sueño, él no existía. Solamente había un observador desconocido, un testigo de los acontecimientos de la vida de Izydor que vivía en él pero que no era él.

Tras esos sueños, Izydor tenía dolor de cabeza y tenía que luchar todo el tiempo contra un sollozo que nacía no se sabía dónde y que se había alojado para siempre en su garganta.

Una vez subió a verle Paweł. Le dijo que bajara, que iban a tocar en el jardín. Estuvo mirando la buhardilla y le mostró su aprobación.

—Te ha quedado muy bien. ¡Qué bonito lo tienes! —murmuró.

El invierno hacía compañía a la tristeza de Izydor. Cuando miraba los campos desnudos y el cielo húmedo y gris, siempre recordaba la misma imagen, la que había visto, por medio de Iván Mukta, mucho tiempo atrás. Una imagen del mundo sin significado ni sentido alguno, sin Dios. Aterrorizado, parpadeaba porque deseaba con todas sus fuerzas que aquella visión se borrara de su mente. Pero la imagen, alimentada por su propia tristeza, tendía a aumentar, se apoderaba de su cuerpo y de su alma. Izydor se sentía cada vez más viejo, le dolían los huesos en cuanto cambiaba el tiempo, el mundo lo torturaba de muchas formas. Izydor no sabía qué le sucedía, ni sabía dónde esconderse.

Aquello duró varios meses, hasta que despertó su instinto de supervivencia e Izydor decidió salvarse. Cuando apareció por primera vez en la cocina, Misia se echó a llorar y lo abrazó muy fuerte contra su delantal, que olía a comida.

—Hueles como mamá —dijo él.

A partir de entonces, cada día bajaba con lentitud las estrechas escaleras. Luego, mecánicamente, se dedicaba a echar leña al fuego. A

Misia siempre se le salía la leche o la sopa; pero aquellos olores familiares, tranquilizadores, lo rescataban del vacío mundo que por fin había rechazado. Cogía algo para comer y, murmurando algo entre dientes, regresaba arriba.

—Al menos podrías cortar leña —le soltaba Misia.

Agradecido, se ponía a partir leña hasta llenar el cobertizo.

—Podrías parar ya de cortar leña —se enfadaba ella.

Sacaba de la caja los prismáticos de Iván y, desde sus cuatro ventanas, inspeccionaba todo Antaño. Miraba hacia el este y veía en el horizonte las casas de Taszów y, frente a estas, los bosques y las riberas del Blanco. Avistaba a la señora Niechciałowa, que vivía en la casa de Florentynka, mientras ordeñaba las vacas en el prado. Enfocaba hacia el sur y veía la capilla de San Roque, la vaquería, el puente del pueblo, un coche que pasaba y al cartero. Después, iba a la ventana del oeste con vistas a Jeszkotle: el río Negro, los tejados del palacio, la torre de la iglesia y el asilo de ancianos, que estaba en obras. Al final, iba a la ventana que daba al norte y disfrutaba de la gran extensión de bosque por la cual serpenteaba la carretera de Kielce. En todas las estaciones del año contemplaba los mismos paisajes: blancos y nevados, verdes y primaverales, veraniegos y multicolores, otoñales y descoloridos.

En aquella época Izydor descubrió que la mayoría de las cosas más importantes del mundo son series cuádruples. Cogió una hoja de papel de embalar y dibujó una tabla con un lápiz. La tabla tenía cuatro columnas. En la primera fila Izydor escribió:

Oeste	Norte	Este	Sur
-------	-------	------	-----

Y a continuación añadió:

Invierno	Primavera	Verano	Otoño
----------	-----------	--------	-------

Tuvo la sensación de que había puesto las primeras palabras de una frase extraordinariamente importante.

Aquella frase debía de tener una fuerza enorme, porque, desde aquel instante, todos los sentidos de Izydor se predispusieron a seguir la pista de las series cuádruples. Las buscaba en su buhardilla, pero también en el jardín, cuando le mandaron deshierbar los pepinos. Las encontraba en las tareas cotidianas, en los objetos, en sus costumbres y en los cuentos que recordaba de la infancia. Sentía que recobraría la salud, que saldría de los matorrales y que seguiría por el buen camino. ¿No empezaba ya a estar todo más claro? ¿No era suficiente esforzarse mentalmente y reconocer el orden que se encontraba al alcance de sus ojos? ¿No bastaba con mirar?

Empezó a ir, de nuevo, a la biblioteca municipal para sacar bolsas enteras de libros; se había dado cuenta de que muchas de las series cuádruples ya habían sido descritas.

En la biblioteca había muchos libros que llevaban el magnífico exlibris del señor Popielski: sobre un montón de piedras se alzaba un pájaro, parecido a un águila, con las alas extendidas. El pájaro tenía sus garras apoyadas en las letras FÉNIX. Sobre él había una inscripción: «Exlibris de Felix Popielski».

Izydor solo cogía los libros con el sello de Fénix, porque esa marca se había convertido en un signo de calidad. Desgraciadamente, constató enseguida que la serie de libros con el Fénix empezaba justo en la L. En ninguno de los anaqueles encontró autor alguno cuyo apellido comenzara con las letras de la A a la K. Así que leyó a Lao-Tse, Lenin, Leibniz, Loyola, Luciano, Marcial, Marx, Meyrink, Mickiewicz, Nietzsche, Orígenes, Paracelso, Pitágoras, Porfirio, Platón, Plotino, Poe, Prus, Quevedo, Rousseau, Schiller, Słowacki, Sócrates, Spencer, Espinosa, Shakespeare, Swedenborg, Sienkiewicz, Towiański, Tales de Mileto, Tertuliano, Tomás de Aquino, Verne, Virgilio, Voltaire. Y cuanto más leía, más echaba en falta los autores de las primeras letras del alfabeto: Agustín, Andersen, Aristóteles, Avicena, Blake, Chesterton, Clemente, Dante, Darwin, Diógenes, Eckhart, Eríugena, Freud, Goethe, Grimm, Hegel, Heine, Hoffmann, Hölderlin, Homero, Hugo, Jung. Leyó también, en casa, la Enciclopedia Universal, pero no se volvió por eso más inteligente ni mejor. En cambio, cada vez disponía de más material para escribir en sus tablas.

Algunos de los grupos de cuatro eran evidentes, bastaba solo estar atento:

Ácido Dulce Amargo Salado,

o bien:

Raíces Tallo Flor Fruto,

o bien:

Verde Rojo Azul Amarillo,

o bien:

Izquierda Arriba Derecha Abajo.

Y también:

Ojo Oído Nariz Boca.

Muchas de estas series cuádruples las encontró en la Biblia. Algunas de ellas parecían muy primitivas, antiguas, y además originaban otras. Le daba la impresión de que los grupos de cuatro se multiplicaban bajo sus ojos y se reproducían hasta el infinito. Al final, empezó a sospechar que hasta el mismo infinito también debía de ser cuádruple, al igual que el nombre de Dios:

Y H V H.

Los cuatro profetas del Antiguo Testamento:

Isaías	Jeremías	Ezequiel	Daniel.
--------	----------	----------	---------

Los cuatro ríos del Edén:

Pisón	Guijón	Tigris	Éufrates.
-------	--------	--------	-----------

Las faces de los querubines:

Hombre	León	Buey	Águila.
--------	------	------	---------

Los cuatro evangelistas:

Mateo	Marcos	Lucas	Juan.
-------	--------	-------	-------

Las cuatro virtudes cardinales:

Fortaleza	Justicia	Prudencia	Templanza.
-----------	----------	-----------	------------

Los cuatro jinetes del Apocalipsis:

Victoria	Guerra	Hambre	Muerte.
----------	--------	--------	---------

Los cuatro elementos según Aristóteles:

Tierra	Agua	Aire	Fuego.
--------	------	------	--------

Las cuatro formas de la conciencia:

Percepción Sentimiento Pensamiento Intuición.

Los cuatro reinos de la Cábala:

Mineral Vegetal Animal Humano.

Los cuatro aspectos del tiempo:

Espacio Pasado Presente Futuro.

Los cuatro elementos alquímicos:

Sal Azufre Nitrógeno Mercurio.

Las cuatro funciones alquímicas:

Coagulatio Solutio Sublimatio Calcinatió.

Las cuatro letras de la sílaba santa:

A O U M.

Las cuatro *sefirot* cabalísticas:

Bondad Belleza Fuerza Reino.

Los cuatro estados de la existencia:

Vida Agonía y muerte Etapa posterior a la muerte Renacimiento.

Los cuatro estados de la conciencia:

Letargo Sueño profundo Sueño ligero Vigilia.

Las cuatro cualidades de la creación:

Estabilidad Fluidez Volatilidad Luz.

Las cuatro aptitudes humanas según Galeno:

Física Estética Intelectual Moral y espiritual.

Las cuatro operaciones algebraicas básicas:

Suma Resta Multiplicación División.

Las cuatro dimensiones:

Amplitud Longitud Altura Tiempo.

Los cuatro estados de la materia:

Sólido Líquido Gaseoso Plasma.

Las cuatro bases principales del ADN:

T A G C

Los cuatro temperamentos según Hipócrates:

Flemático Melancólico Sanguíneo Colérico.

La lista nunca quedaba cerrada. No podía cerrarse, porque de lo contrario se hubiera acabado el mundo. Eso era lo que pensaba Izydor. Creía también que se hallaba tras la pista de un orden que regía todo el universo y que había descubierto una especie de alfabeto divino.

Con el tiempo, la búsqueda de las series cuádruples transformó la mente de Izydor. En todas las cosas, en el más mínimo fenómeno, descubría cuatro partes, cuatro etapas, cuatro funciones. Distinguía sucesivas series cuádruples, sus gemaciones en grupos de ocho y las de estos en grupos de dieciséis; es decir, los constantes cambios de la cuádruple álgebra de la vida. Para él, ya no existía el manzano en flor del jardín, sino una estructura compacta y cuádruple formada por raíces, tronco, hojas y flores. Lo más curioso era que la tétrada era inmortal: en otoño en lugar de flores había frutos. Aunque tuvo que reflexionar ante el hecho de que en invierno tan solo quedarán el tronco y las ramas. Descubrió la ley de la reducción del cuatro en dos. El dos era la etapa de descanso del cuatro. El cuatro se convertía en dos cuando dormía, como el árbol en invierno.

Las cosas que no mostraban desde el principio su cuádruple estructura interior constituían un reto para Izydor. Un día observó a Witek mientras intentaba domar un caballo joven. El caballo le daba coces y lo tiraba al suelo. Izydor consideró que la composición comúnmente llamada «hombre a caballo» constaba de dos elementos solo en apariencia. Era verdad que existían, sobre todo, el hombre y el caballo. No obstante, manifestaba también un tercer aspecto: el de la totalidad, es decir, el del hombre a caballo. Pero entonces, ¿dónde estaba el cuarto elemento?

Era el centauro, algo más que el hombre y el caballo, eran hombre y caballo en uno. El hijo del hombre y del caballo. Del hombre y de la cabra. De golpe, Izydor lo entendió todo. De nuevo sintió la misma lejana y olvidada angustia que tiempo atrás le había contagiado Iván Mukta.

TIEMPO DE MISIA

Durante mucho tiempo, Misia se negó a cortar su larga melena blanca. Lila y Maja, cuando iban a verla, le llevaban un tinte especial que restituía, durante la noche, el antiguo color a su cabello. Tenían buen ojo para los colores: siempre escogían el más adecuado.

Un día, de repente, cambió de parecer y mandó que le cortaran la melena. Cuando sus teñidos mechones castaños cayeron al suelo, Misia se miró al espejo y comprendió que era una mujer vieja.

En primavera escribió a la señorita Popielski para decirle que ya no alojaría a veraneantes.

Ni aquel año, ni al siguiente. Paweł intentó protestar, pero ella no le hizo caso. Por la noche, se despertaba de repente con el corazón agitado y el pulso acelerado. Se le hinchaban las manos y las piernas. Se miraba los pies y no los reconocía. «Hubo un tiempo en que tenía los dedos delgados y los tobillos finos. Mis pantorrillas se ponían tensas cuando llevaba zapatos de tacón», pensaba.

En verano, cuando volvieron sus hijos —todos menos Adelka—, la llevaron al médico. Tenía hipertensión. Le recetó unas pastillas y le prohibió el café.

—¡No me imagino vivir sin café! —murmuró Misia mientras cogía su molinillo de la alacena.

—Mamá, eres como una cría —dijo Maja, y le quitó el molinillo de las manos.

Al día siguiente Witek fue a comprar un gran frasco de café descafeinado a uno de los supermercados de divisa extranjera. Misia fingía que le gustaba, pero en cuanto se quedaba sola, cogía el café de verdad —tan escaso en la tarjeta de racionamiento— y se preparaba una taza con

poso. Espumoso, como más le gustaba. Se sentaba en la cocina, junto a la ventana, y miraba el huerto. Escuchaba el susurro de la hierba alta. Ya nadie segaba al pie de los árboles. Veía desde la ventana el río Negro, los prados del cura y al fondo Jeszkotle, donde continuamente la gente construía casas nuevas hechas de bloques huecos y blancos. El mundo ya no era tan bello como antes.

Cierto día, cuando estaba tomando su café, llegaron unos hombres a ver a Paweł. Y se enteró de que su marido los había contratado para construir una sepultura.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —le preguntó ella.

—Quería darte una sorpresa.

Aquel domingo fueron a ver el profundo hoyo. A Misia no le gustó el lugar. Estaba junto a las tumbas del viejo Boski y de Stasia Papug.

—¿Y por qué no al lado de mis padres? —preguntó ella.

Paweł se encogió de hombros.

—¿Por qué? ¿Por qué? —la imitó—. Ese lugar está demasiado lleno.

Misia recordó el día en que Izydor y ella separaron las dos camas de su habitación.

Cuando salieron de allí, Misia echó una ojeada a la inscripción que había a la entrada del cementerio.

«Dios ve. El Tiempo huye. La Muerte acosa. La Eternidad espera», leyó.

El año siguiente fue tumultuoso. Paweł encendía la radio de la cocina y los tres, con Izydor, escuchaban las noticias. No entendían mucho de todo aquello. En verano, volvieron sus hijos y sus nietos. Pero no todos. A Antek no le habían dado vacaciones. Hasta bien entrada la noche se sentaban en el jardín, bebían vino de grosella y discutían de política. Misia, maquinalmente, miraba hacia la cerca y esperaba a Adelka.

—No va a venir —le dijo Lila.

En septiembre, la casa de nuevo se quedó vacía. Todos los días, Paweł recorría sus terrenos baldíos en su moto y vigilaba la construcción de su sepultura. Misia llamaba a Izydor para que bajara, pero él no quería. No levantaba la cabeza de los pliegos del papel de embalar, donde trazaba aquellas infinitas tablas.

—Prométeme que cuando me muera no lo llevarás al asilo de ancianos —le dijo a Paweł.

—Te lo prometo.

El primer día de aquel otoño, Misia molió una porción de café natural en su molinillo, lo echó en el vaso y vertió el agua hirviendo. Luego sacó galletas de jengibre de la alacena. La cocina se impregnó de un maravilloso aroma. Arrimó la silla a la ventana y empezó a beber el café a pequeños sorbos. En aquel momento en la mente de Misia el mundo explotó y sus menudos fragmentos se esparcieron a su alrededor. Su cuerpo se fue escurriendo hasta el suelo, hasta quedar bajo la mesa. El café derramado goteaba sobre su mano. Misia no podía moverse y, como un animal atrapado en un cepo, esperaba a que alguien viniera y la liberara.

La llevaron al hospital de Taszów, donde los médicos dijeron que había tenido un derrame. Todos los días, Paweł, sus hijas e Izydor iban a verla. Se sentaban junto a la cama y le hablaban todo el tiempo, aunque ninguno de ellos estaba seguro de que Misia entendiera algo. Le preguntaban cosas y ella, en ocasiones, movía la cabeza para decir «sí» o «no». Tenía la cara ajada y la mirada hundida y opaca. Ellos salían al pasillo e intentaban que el médico les dijera qué iba a pasar con ella; pero el médico parecía absorto en otras cosas. En todas las ventanas del hospital había una bandera nacional, blanca y roja, y el personal llevaba un brazalete en señal de huelga. La familia se acercaba a los ventanales del hospital e intentaba explicarse aquella desgracia. Quizá se había dado un golpe en la cabeza que le había afectado todas las funciones vitales: la del lenguaje, la de la alegría de vivir, la de la curiosidad por la vida y la de las ganas de vivir. O, tal vez, se trataba de otra cosa: se había caído y, al ser consciente de su propia fragilidad y del milagro de la vida, se había quedado sin una gota de sangre en las venas. Se supo mortal, se quedó exangüe y empezó a agonizar —delante de sus propios ojos— de puro terror ante la muerte.

Le llevaban compota y naranjas que compraban a precio de oro. Lentamente, fueron aceptando en su mente que Misia moriría. Que se iría a otra parte. Pero lo que más temían era que, en aquel ajetreo de la muerte —de la separación del alma y el cuerpo o de la muerte biológica de la estructura del cerebro—, Misia Boski desaparecería para siempre. Desaparecerían todas sus recetas de cocina, se perderían para siempre sus

ensaladas con hígado y rabanillos, sus pasteles de cacao —con su capa de azúcar— y sus galletas de jengibre, y al final, sus pensamientos, sus palabras, los hechos en los que había tomado parte; hechos tan sencillos como su propia vida y, sin embargo —todos ellos estaban seguros—, llenos de oscuridad y de tristeza... La vida no es buena con el hombre y lo único que está en sus manos es encontrar una concha para sí mismo y sus seres queridos y en ella perdurar hasta el momento de la liberación. Cuando miraban a Misia, sentada en la cama, con las piernas cubiertas por una manta y con el rostro ausente, se preguntaban qué aspecto tendrían sus pensamientos. ¿Estaban tan rotos o desgarrados como sus palabras? ¿Guardaban toda su frescura y su fuerza, ocultos en el fondo de su mente? ¿Se transformaban en imágenes puras, llenas de color y de profundidad? También cabía la posibilidad de que Misia hubiera dejado de pensar. Eso significaría que la concha no era hermética; y que Misia, todavía viva, se debatía en el caos y la destrucción.

Misia contempló siempre el lado izquierdo del mundo durante el mes que precedió su muerte. Allí la esperaba el ángel de la guarda, que siempre aparecía en los momentos realmente más importantes.

TIEMPO DE PAWEŁ

Como el sepulcro todavía no estaba preparado, Paweł enterró a Misia junto a Genowefa y Michał. Imaginó que eso le gustaría. Después siguió ocupándose de la construcción del sepulcro, dando instrucciones cada vez más complicadas a los obreros. El trabajo se eternizaba y, de este modo, Paweł Boski, el inspector, iba retrasando el momento de su propia muerte.

Tras el entierro, cuando sus hijos se fueron, la casa quedó totalmente en silencio. Aquel silencio incomodaba a Paweł. Encendía el televisor y miraba todos los programas. La señal para irse a la cama se la daba el himno al final y el cierre de la emisión. Justo en esos momentos, Paweł se daba cuenta de que no estaba solo. Arriba, las tablas rechinaban bajo el paso arrastrado y pesado de Izydor, que ya nunca bajaba. La presencia del cuñado le crispaba los nervios. Un día subió y le convenció de que fuera al asilo de ancianos.

—Te cuidarán y tendrás comida caliente —dijo.

Ante su propia sorpresa, Izydor no protestó. Al día siguiente, ya estaba preparado. Cuando Paweł vio las dos maletas de cartón y la bolsa con ropa, le empezó a remorder la conciencia. Pero tan solo unos instantes.

«Va a tener quien le cuide y comida caliente», se dijo esa vez para sí mismo.

Las primeras nieves cayeron en noviembre, tras lo cual siguió nevando y nevando. Olía a humedad en todas las habitaciones y Paweł sacó un radiador eléctrico, con el que a duras penas conseguía calentar su habitación. El televisor soltaba chispazos por la humedad y el frío, pero continuaba funcionando. Paweł seguía los pronósticos del tiempo y, aunque no le importaran nada, veía todas las noticias. Cambiaban algunos gobiernos. Aparecían y desaparecían figuras en la pantalla plateada. Antes

de las fiestas, llegaron sus hijas y se lo llevaron para la Nochebuena. El segundo día de las fiestas ya quiso que lo acompañaran a casa. Se encontró con que el tejado de la casa de Stasia se había hundido bajo la nieve. La nieve caía en el interior y enterraba los muebles bajo una delicada capa: la alacena vacía, la mesa, la cama en la que había dormido el viejo Boski y la mesita de noche. Al principio, Paweł quiso salvar las cosas del frío y de las heladas, pero después pensó que, sin ayuda, no sería capaz de sacar aquellos muebles tan pesados. Además, ¿para qué los quería él?

—Papá, qué tejado tan miserable hiciste... —dijo dirigiéndose a los muebles—. Tus tejas se han podrido completamente. Mira..., mi casa sigue en pie.

Los vientos primaverales echaron abajo dos paredes. El dormitorio de la casa de Stasia se convirtió en un montón de escombros. En verano, en el huerto de Stasia aparecieron ortigas y dientes de león. Entre estos, las anémonas y las peonías de varios colores florecieron con desesperación. Olía a fresas, pues estas se habían vuelto silvestres. Paweł no salía de su asombro ante lo deprisa que avanzaba la destrucción y la descomposición. Como si edificar casas fuera en contra de la naturaleza, del cielo y de la tierra, como si el hecho de levantar paredes y colocar piedras, una encima de otra, fuera a contracorriente del tiempo. Esa idea lo dejó helado. En la televisión finalizó el himno y la pantalla se llenó de nieve. Paweł encendió todas las luces y abrió el armario. Vio doblados y bien colocados los rimeros de sábanas, manteles, servilletas y toallas. Tocó sus bordes y de repente añoró a Misia con todo su cuerpo. Sacó un montón de fundas y se las llevó a la cara. Olían a jabón, a limpio, a orden. Como Misia, como el mundo que una vez había existido tiempo atrás. Empezó a sacar todo lo que había en los armarios: su ropa y la de Misia, pilas de camisetas de algodón y calzoncillos, bolsas con calcetines, ropa interior de Misia, sus enaguas que tan bien conocía, sus delicadas medias, sus ligas y sus sujetadores, sus blusas y sus jerséis. Sacó los trajes de las perchas (muchos de ellos recordaban todavía los tiempos de la guerra por sus hombreras de algodón), pantalones con cinturones aprisionados en las trabillas, camisas con cuellos rígidos, vestidos y faldas. Durante un buen rato se quedó mirando un traje de chaqueta gris de lana delicada y le vino a la memoria que él mismo había comprado aquella tela y que, luego, la había llevado a la modista. Y que

Misia había encargado unas solapas anchas y unos bolsillos interiores. Extrajo del estante superior los sombreros y los pañuelos de cuello. Bajó unas bolsas y, como si fuera a destripar un animal muerto, hundió la mano en su frío y escurridizo interior. En el suelo, creció una pila de cosas tiradas sin orden ni concierto. Pensó que debía repartir todo aquello entre sus hijos. Pero Adelka se había ido. Lo mismo Witek. Ni siquiera sabía dónde estaban. Después, recordó que solamente se regala la ropa de quienes ya están muertos, pero él todavía estaba vivo.

—Estoy vivo y no me encuentro tan mal. Me las apaño bien —se dijo a sí mismo, y fue a coger el violín, que estaba en la caja del reloj de pie y que tenía descuidado desde hacía tiempo.

Salió, se sentó delante de casa y se puso a tocar, primero «El último domingo» y después «Las estepas de Manchuria». Las mariposas nocturnas revolotearon hasta la lámpara y empezaron a girar sobre su cabeza: una aureola móvil, llena de alitas y de tentáculos. Tocó y tocó, hasta que las cuerdas, tensas y llenas de polvo, se fueron rompiendo una tras otra.

TIEMPO DE IZYDOR

Cuando lo llevó al asilo de ancianos, Paweł se esforzó en explicar, con toda exactitud, la situación de Izydor a la hermana que lo atendió:

—Tal vez no es tan viejo, pero está enfermo y además es deficiente. Aunque yo mismo soy inspector sanitario —Paweł subrayó especialmente la palabra «inspector»— y entiendo de algunas cosas, no podría ofrecerle la atención adecuada.

Izydor accedió con gusto a trasladarse. Allí le quedaba más cerca el cementerio, el lugar donde estaban su madre, su padre y ahora también Misia. Se alegraba de que a Paweł no le hubiera dado tiempo de terminar la tumba y de que Misia hubiera sido enterrada con sus padres. Todos los días, después de desayunar, se arreglaba e iba a pasar un rato con ellos.

Pero el tiempo en el asilo de ancianos no transcurre como en todas partes, es un riachuelo poco caudaloso. De un mes para otro, Izydor fue perdiendo fuerzas y al final tuvo que renunciar a aquellas visitas.

—A lo mejor estoy enfermo —le dijo a la hermana Ángela, que se ocupaba de él—. Quizá me estoy muriendo.

—Pero, Izydor, si todavía eres joven y estás lleno de energía —intentaba animarlo ella.

—Estoy viejo —repetía él con obstinación.

Se sentía desilusionado. Creía que la vejez abría el tercer ojo con el que se percibía absolutamente todo y permitía comprender los mecanismos del mundo. Pero nada se volvió más claro. Solo le dolían los huesos y se pasaba las noches en vela. Nadie lo iba a visitar, ni los muertos ni los vivos. Por la noche, seguía viendo sus imágenes: Ruta —tal como la recordaba— y, también, imágenes geométricas: figuras angulosas y difusas en espacios vacíos. Aquellas visiones le parecían cada vez más descoloridas y borrosas,

y las figuras más retorcidas y descuidadas. Como si fueran envejeciendo junto con él.

Ya no tenía fuerzas para dedicarse a sus tablas. En cambio, aún se levantaba de la cama y recorría el edificio para ver las cuatro partes del mundo; en eso ocupaba todo el día. El asilo de ancianos no estaba construido adecuadamente y no tenía ventanas que dieran al norte, como si sus constructores hubieran intentado renegar de aquella cuarta y más oscura parte del mundo para no echar a perder el ánimo de los ancianos. Por eso, Izydor tenía que salir a la terraza y asomarse por la barandilla. Desde allí veía, por detrás de la esquina del edificio, los inacabables bosques oscuros y la línea de la carretera. En invierno, la terraza estaba cerrada y eso le privaba por completo de la panorámica del norte. Así que se sentaba en un sillón de la llamada sala de recreo, donde sin tregua musitaba el televisor. Izydor intentaba olvidarse del norte.

Aprendía a olvidar y el olvido lo aliviaba, y era más sencillo de lo que nunca hubiera creído. Bastaba con no pensar, durante un día, en los bosques, en las cosas; no pensar en su madre ni en Misia peinándose sus cabellos castaños, ni en la casa ni en la buhardilla con sus cuatro ventanas... Cada mañana, aquellas imágenes aparecían un poco más amarillentas, un poco más descoloridas.

Al final, Izydor dejó de caminar. Sus huesos y sus articulaciones, a pesar de todos los antibióticos y la radioterapia, estaban rígidos y se negaban a realizar ningún movimiento. Lo metieron en la cama en una habitación separada y, allí, lentamente empezó a morir.

Su muerte fue el sistemático proceso de destrucción de lo que había sido Izydor. Fue un proceso de avalancha, como una bola de nieve que se hace cada vez más grande, sin vuelta atrás, autodidacta y maravillosamente efectivo. Tanto como la anulación de datos inútiles de la memoria del ordenador en el que llevaban la contabilidad del asilo de ancianos.

Primero desaparecieron las ideas, los pensamientos y los conceptos abstractos, que con dificultad Izydor había asimilado durante su vida. Con tan solo un «clic», se borraban las series cuádruples:

Líneas	Cuadrados	Triángulos	Círculos
Suma	Resta	Multiplicación	División

Sonido	Palabra	Imagen	Símbolo
Bondad	Belleza	Fuerza	Reino
Ética	Metafísica	Epistemología	Ontología
Espacio	Pasado	Presente	Futuro
Amplitud	Longitud	Altura	Tiempo
Izquierda	Arriba	Derecha	Abajo
Lucha	Sufrimiento	Sentimiento de culpa	Muerte
Raíces	Tallo	Flor	Fruto
Ácido	Dulce	Amargo	Salado
Invierno	Primavera	Verano	Otoño.

Y al final:

Oeste	Norte	Este	Sur.
-------	-------	------	------

A continuación, se desvanecieron sus lugares más queridos; luego los rostros y los nombres de las personas amadas, que, al final, se rindieron por completo al olvido. Se extinguieron los sentimientos de Izydor: lejanas emociones (cuando Misia tuvo su primer hijo), desesperaciones (cuando se fue Ruta), alegrías (cuando le llegó una carta de ella), la seguridad (cuando coleccionaba series cuádruples), el miedo (cuando les dispararon a él y a Iván Mukta), el orgullo (cuando recibía dinero de Correos) y muchos, muchos otros. Y, al final, justo al final, cuando la hermana Ángela dijo «Ha muerto», empezaron a replegarse los espacios que Izydor tenía en sí, espacios ni terrestres ni celestes; se rompían en pequeños trozos, se hundían en sí mismos y desaparecían para siempre. Aquella imagen de aniquilación era peor que nada, más que la guerra, que los incendios, que las explosiones de estrellas fugaces y las implosiones de los agujeros negros.

Entonces, en el asilo de ancianos apareció Espiga.

—Llegas tarde. Ha muerto —le dijo la hermana Ángela.

Espiga no respondió. Se sentó junto a la cama de Izydor. Le tocó el cuello. El cuerpo de Izydor ya no respiraba, ya no le latía el corazón, pero

seguía caliente. Espiga se inclinó sobre Izydor y le dijo al oído:

—Vete y no te detengas en ningún mundo. Y no permitas que te tientes para volver.

Estuvo sentada junto al cuerpo de Izydor hasta que se lo llevaron. Después se quedó junto a la cama una noche y un día enteros, hablando entre dientes, sin pausa. Se fue cuando se hubo cerciorado de que Izydor se había ido para siempre.

TIEMPO DEL JUEGO

«Dios ha envejecido. En el Octavo Mundo ya es viejo. Su mente está cada vez más débil y llena de agujeros. El Verbo se ha vuelto confuso. Al igual que el mundo que surgió del Pensamiento y del Verbo. El cielo se resquebraja como un árbol seco, la tierra se descompone en algunos lugares y se desmorona bajo los pies de los hombres y de los animales. Los confines del mundo se van deshilachando y se convierten en polvo.

»Dios ha querido ser perfecto y se ha detenido. Todo lo que no se mueve está parado. Todo cuanto está parado se desintegra.

»“La creación de los mundos no conduce a nada”, piensa Dios. “La creación de los mundos no prueba nada, no desarrolla nada, no amplía nada, no cambia nada. Es algo inútil. No es más que vanidad.”

»Para Dios no existe la muerte. Aunque, en ocasiones, Dios quisiera morir, tal como mueren los hombres que encerró en los mundos y que enredó en la maraña del tiempo. A veces, las almas de las personas se Le escabullen y escapan a Su mirada omnisciente. Es entonces cuando Dios más los echa de menos. Porque sabe que, fuera de él, existe un orden inalterable, que une todo lo mutable en un modelo único. Y, en ese orden — en el que se incluye hasta el mismo Dios—, todo cuanto parece pasajero y disperso en el tiempo empieza a existir simultánea y eternamente. Fuera del tiempo.»

TIEMPO DE ADELKA

Adelka bajó del autobús de Kielce en el Gran Camino y tuvo la sensación de que despertaba. De que había dormido y soñado su vida en algún lugar, con otras gentes, en medio de acontecimientos mezclados y confusos. Agitó la cabeza y vio frente a ella el camino del bosque hacia Antaño, los tilos a ambos lados, los oscuros contornos de Wydymacz. Todo se hallaba en su lugar.

Se detuvo y se ajustó la correa del bolso que llevaba colgado del hombro. Miró sus zapatos italianos y su abrigo de pelo de camello. Sabía que tenía muy buen aspecto, como recién salida de una revista de moda, como alguien de la capital. Empezó a caminar, balanceándose sobre los tacones altos.

Al salir del bosque, le chocó la vastedad del cielo que, de repente, se había abierto ante ella. Había olvidado que el cielo podía ser tan grande. Parecía contener en su interior otros mundos desconocidos. En Kielce nunca había visto un cielo así.

Vio el tejado de la casa y sus ojos no podían dar crédito a lo mucho que había crecido el arbusto de lilas. Cuando se acercó, por un instante se le paró el corazón. Ya no estaba allí la casa de la tía Papug. El lugar donde siempre había estado, lo ocupaba el cielo.

Adelka abrió el portillo y se paró frente a la casa. La puerta y las ventanas estaban cerradas. Entró en el patio. Estaba totalmente cubierto de hierba. Corrieron hasta ella las pequeñas gallinas, de colores tan abigarrados como los pavos reales. En ese momento, se le pasó por la cabeza que su padre y el tío Izydor habían muerto, que a ella nadie se lo había comunicado y que llegaba a una casa vacía con su abrigo de la marca Telimena, la mejor marca polaca, y sus zapatos italianos.

Dejó la maleta, encendió un cigarrillo y caminó por el huerto donde antes había estado la casa de la tía Papug.

—Así que fumas... —oyó de repente.

Instintivamente, casi sin darse cuenta, tiró el cigarrillo al suelo y sintió en la garganta aquel viejo miedo a su padre. Levantó los ojos y lo vio. Estaba sentado en un taburete de la cocina, entre un montón de escombros que tiempo atrás había sido la casa de su hermana.

—Padre, ¿qué hace usted aquí? —preguntó aturdida.

—Miro la casa.

Ella no supo qué decir. Se miraron en silencio.

No debía de haberse afeitado desde hacía semanas. Tenía la barba completamente blanca, era como si el rostro de su padre se hubiera cubierto de escarcha. De golpe, vio lo mucho que él había envejecido durante todos aquellos años.

—¿He cambiado? —preguntó ella.

—Has envejecido —dijo él dirigiendo su mirada hacia la casa—. Como todos.

—¿Qué ha pasado, padre? ¿Dónde está el tío Izydor? ¿No tienes a nadie que te ayude?

—Todos esperan dinero de mí y quieren adueñarse de la casa, como si yo ya me hubiera muerto. Pero todavía estoy vivo. ¿Por qué no viniste al entierro de tu madre?

Las manos de Adelka echaron de menos un cigarrillo.

—He venido a decirte, simplemente, que consigo salir adelante. Terminé mis estudios y ahora trabajo. Y ya tengo una hija mayor.

—¿Por qué no has tenido un hijo?

Una vez más sintió la conocida opresión en la garganta y tuvo la sensación de que despertaba, por segunda vez consecutiva. Ni existía Kielce, ni existían los tacones italianos ni el abrigo de pelo de camello. El tiempo se desprendía, como el derrubio de una ribera, e intentaba arrastrarlos a ambos hacia el pasado.

—Porque no —dijo ella.

—Todos tenéis chicas: Antek dos, Witek una, y las gemelas dos cada una... Y ahora tú... De todo me acuerdo, yo lo cuento todo minuciosamente

y todavía no tengo ni un nieto. Me has decepcionado.

Ella sacó del bolsillo otro cigarro y lo encendió.

Su padre observó la llama del encendedor.

—¿Y tu marido? —preguntó.

Adelka aspiró y expulsó con alivio una bocanada de humo.

—No tengo marido.

—¿Te ha dejado? —preguntó.

Ella se dio la vuelta y se dirigió a la casa.

—Espera. La casa está cerrada. Esto está lleno de ladrones y de todo tipo de chusma.

Fue lentamente tras ella. Después, sacó del bolsillo un manojo de llaves. Ella observó cómo abría las cerraduras —la primera, la segunda, la tercera—. Las manos le temblaban. Se percató, con sorpresa, de que era más alta que él.

Entró en la cocina tras él y, al instante, sintió el olor familiar del fogón y la leche quemada. Lo aspiró tan rápidamente como el humo del cigarrillo.

Las indolentes moscas se paseaban por los platos sucios que había en la mesa, mientras el sol proyectaba en el hule los dibujos de los visillos.

—Papá, ¿dónde está Izydor?

—Lo llevé al asilo de ancianos de Jeszkotle. Ya era viejo y chocheaba. Al final murió. A todos nos espera lo mismo.

Ella apartó el montón de ropa de la silla y se sentó. Tenía ganas de llorar. En sus tacones altos se había enganchado hierba seca y terrones de tierra.

—No hay por qué compadecerle. Tenía garantizado el cuidado y la manutención. Estaba mejor que yo. Yo tengo que ocuparme de todo, vigilarlo todo.

Ella se levantó y entró en la habitación. Él la iba siguiendo con torpeza, sin quitarle ojo. Ella vio en la mesa un montón de ropa blanca amarillenta: camisetas, calzoncillos, bragas. Sobre un periódico había un cojín de goma y un sello con la empuñadura de madera. Cogió algunos calzoncillos y leyó las débiles inscripciones de tinta: «Paweł Boski, Inspector».

—Roban —dijo él—. Se llevan de las cuerdas hasta los calzoncillos.

—Papá, me voy a quedar aquí algunos días, limpiaré, prepararé un pastel... —Adelka se quitó el abrigo y lo colgó en la silla.

Se arremangó el jersey y empezó a recoger las tazas vacías de la mesa.

—Déjalo. —La voz de Paweł sonó con inesperada fuerza—. No quiero que nadie venga a darme órdenes. Yo solo me las apañó muy bien.

Ella fue al patio a buscar la maleta y, después, colocó unos regalos sobre la mesa sucia: una camisa color crema y una corbata para su padre, una caja de bombones y colonia para Izydor. Por un momento, sostuvo en la mano la foto de su hija.

—Esta es mi hija. ¿Quieres verla?

Él cogió la fotografía y le echó un simple vistazo.

—No se parece a nadie. ¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve.

—Pero ¿qué has hecho durante todo este tiempo?

Cogió aire porque le parecía que había mucho que decir, pero, de repente, se quedó en blanco.

Paweł cogió en silencio los regalos y los llevó a la alacena de la sala. El manojito de llaves volvió a sonar. Ella oyó el rechinar de las cerraduras de seguridad que sellaban las puertas de la alacena de roble. Paseó la mirada por la cocina y reconoció cosas que ya había olvidado. Junto al fogón de azulejos, estaba colgado el plato con doble fondo donde se echaba agua caliente para que la sopa no se enfriara enseguida. En la estantería estaban los botes de loza fina con inscripciones en azul: harina, arroz, trigo sarraceno, azúcar. Desde que tenía memoria de él, el recipiente del azúcar estaba mellado. Sobre la puerta de la sala estaba colgada la reproducción de la Virgen de Jęskotle. Sus bellas manos descubrían con un coqueto gesto el delicado escote; allí donde debía hallarse el pecho ardía un corazón: un pedazo de carne sangriento. Al final, la mirada de Adelka se detuvo en el molinillo de café, con su panza de porcelana y su cajoncitoafiligranado. Le llegó de la sala el sonido de las llaves que abrían las cerraduras de la alacena. Dudó un instante y después cogió rápidamente el molinillo de la estantería y lo metió en la maleta.

—Has vuelto demasiado tarde —dijo el padre desde la puerta—. Ya todo ha terminado. Es hora de morir.

Se echó a reír como si hubiera contado un chiste muy bueno. Ella vio que ya no quedaba nada de sus blancos y perfectos dientes. Permanecieron sentados en silencio. La mirada de Adelka se paseó por los dibujos del hule y se paró en los frascos de compota de grosella, donde flotaban moscas de la fruta.

—Podría quedarme... —susurró, y la ceniza del cigarro cayó en su falda.

Paweł volvió la cabeza hacia la ventana y atravesó con la mirada los sucios cristales, en dirección al huerto.

—Ya no necesito nada. Ya nada me da miedo.

Entendió lo que él le había querido decir. Se levantó y se puso el abrigo despacio. Con torpeza, besó a su padre en las dos mejillas escarchadas de barba. Pensaba que iba a acompañarla al portillo; sin embargo, él fue directo hacia el montón de escombros, donde seguía estando el taburete.

Fue hasta el Gran Camino y entonces se dio cuenta de que estaba asfaltado. Le parecía que los tilos eran más pequeños. Un suave soplo de viento les desprendía las hojas. Estas caían en el campo de Stasia Papug, cubierto de hierba alta.

Cerca de Wydymacz limpió con un pañuelo sus zapatos italianos de tacón alto y se retocó el pelo. Tenía que esperar en la parada todavía una hora para coger el autobús. Cuando llegó, era la única pasajera. Abrió la maleta y sacó el molinillo. Empezó a mover lentamente la manivela. Por el retrovisor, el conductor le lanzó una mirada llena de curiosidad.